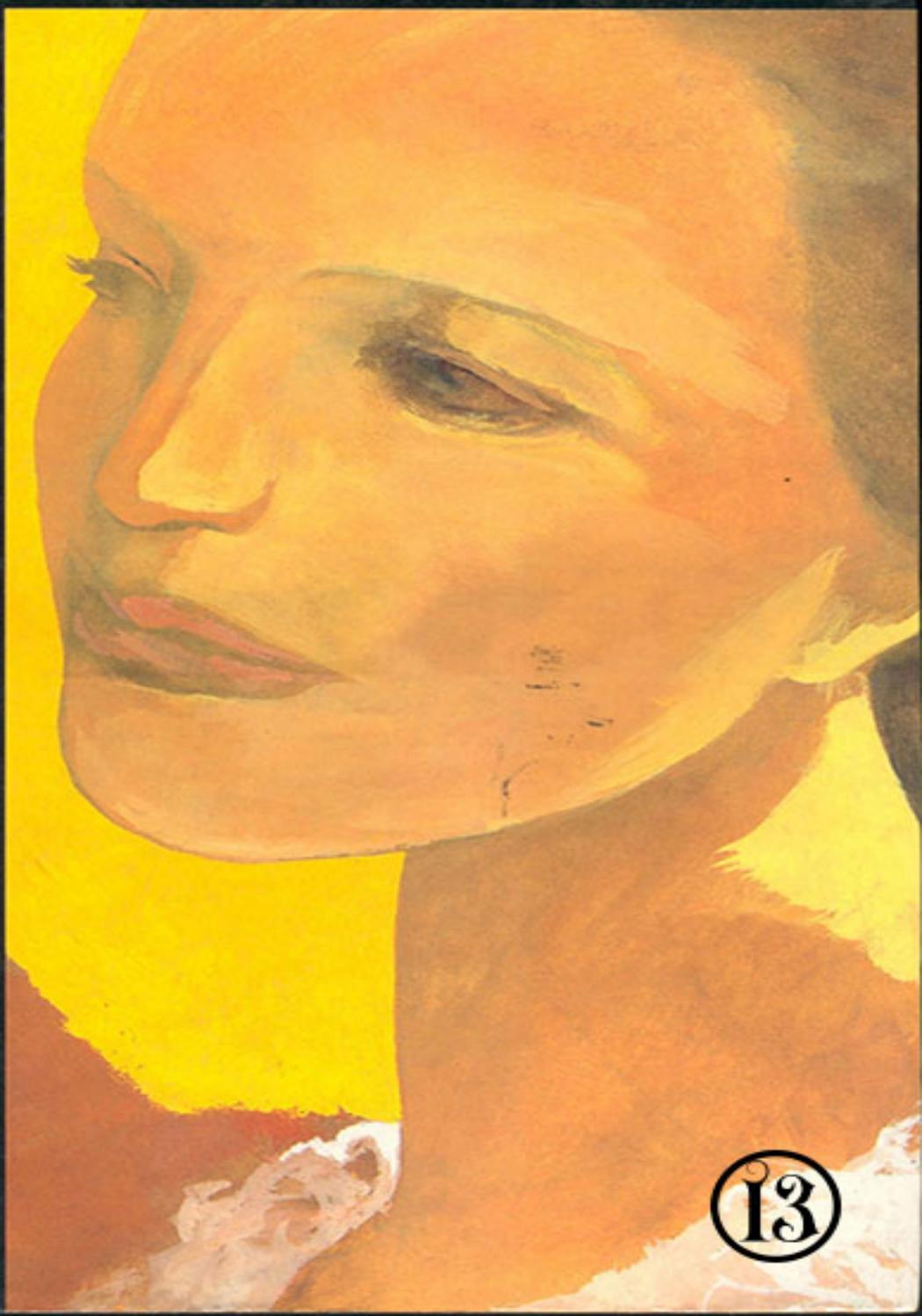


Viajes de Niebla

Pedro Sorela



13

Los *Viajes de Niebla* son los que emprenden un conde anarquista y los otros personajes de esta novela de una orilla a otra del Atlántico, creando un triángulo, en los años centrales del siglo.

Son también los viajes que hace el autor, siguiéndoles a través de idiomas, géneros y acentos que terminan conformando una misma escritura y un territorio todavía no apresado por mapas de ningún tipo. Si los nombres de países y ciudades sólo parecen conocidos, al igual que algunos de los acontecimientos que se ven y se oyen al fondo, es porque esa gente y ese tiempo se dirían improbables y sin embargo existieron. Y si suenan ciertos es porque la novela cumple con su misión de evocar un mundo desaparecido y a la vez recrearlo, y desdibujar los límites entre lo que fue, lo que se recuerda y lo que inspira. Con *Viajes de Niebla* Pedro Sorela recupera algunos colores de sus novelas anteriores, en la propuesta de una obra de manifiesta originalidad.

Pedro Sorela

Viajes de niebla



Título original: *Viajes de niebla*
Pedro Sorela, 1997

Revisión: 1.0
23/12/2019

Para Inés

Por entonces en Madrid un conde con chófer pero sin sombrero acudía los jueves a una tertulia de anarquistas en la azotea de un cine desde la que se podían ver los crepúsculos del palacio Real. Si era invierno y llovía —esos años llovía más—, la bruma y la tristeza imponían un escenario dramático, propicio a un tipo de diálogos fatalistas que recogería el teatro de la época:

—¿Y si voláramos la cárcel?

—Y luego qué.

(Así. Acto I)

Si era verano, los relámpagos y el agua aliviaban la tensión de las ideas, afiladas por el calor. Y ésa era la razón de que al conde de Niva sus amigos obreros le fueran cambiando el título, conde de Bruma, o conde de Niebla, o conde de la Gota (de sudor), en función de las nubes o del viento. A él le hacía gracia.

Una vez que Niebla andaba resfriado —la manía de ir sin sombrero—, Martín, el chófer, pelo blanco, nariz borbónica, rectitud de por lo menos magistrado, supo manipular a la asamblea de forma que los amigos aceptasen bajar al Packard y continuar allí el debate. Esta tarde iba de si son las glándulas o los vecinos los que estropean a los hombres.

Niebla, al que esa noche llamaron Barón de la Tormenta, arrastró

mucho tiempo de un lado a otro la imagen de esa conspiración bajo la lluvia: ocho o nueve hombres apretados en un coche, oliendo a pana húmeda y a cuero noble, subiendo la voz o callándose para escuchar el estruendo del agua. Finalmente se cansó —la leyenda dice que fue al alba, con una mujer desnuda y exhausta durmiendo en la misma habitación de un hotelucho en París, aunque ése es el tipo de leyendas del que hay que desconfiar—, y descargó el agobio de su memoria en aquellos versos:

*Éramos nueve navegando en el Packard
por el mar de Madrid.*

Nueve hombres ciegos. E injustos.

*Al oeste, relámpagos. En derredor, el
enemigo.*

El mar caía del cielo.

Eramos nueve. Remábamos cantando.

Debió de ser por las mismas fechas de la tormenta en el Packard —cielos grises cruzaban con prisa septiembre en París— cuando la mirada de Camila quedó atrapada en una sombra de piernas muy largas, piernas de gigante, muy flaco, que atravesaba el crepúsculo del *boulevard* Saint-Germain y se dirigía hacia ella mientras anunciaba el inminente final del mundo:

—¡Arrepentios!...

También debió de ser Camila la única en no conmoverse, ni desde luego arrepentirse, en la abarrotada terraza del Le Regard, endurecida como estaba por una infancia de sermones de misa de doce a cargo de los curas de Tres de Marzo, propensos al verbo legionario y la profecía apocalíptica. De modo que para ella —cuello de seda, mirada larga, falda de estudiante—, la aparición de aquel profeta rojo que se le venía encima poco menos que saltando con

sus zancos sobre los coches del bulevar no resultaba más que la excentricidad de una especie de cura escapado del púlpito, decidido a hacer oír su mensaje:

—¡Arrepentíos! ¡El fin del mundo se acerca!...

No así para *Mademoiselle* Jobert, la dama de compañía de Camila, una campesina bretona muy vulnerable a las profecías y las amenazas, y más en días de tormenta como ése, cuando hay que guardar a toda prisa el ganado para que no se neurotice con el trueno. *Mademoiselle* Jobert apretaba más aún las piernas bajo su falda ya de otoño, y se esforzaba en racionalizar y neutralizar con sus gafas de culo de botella ese ser enfadado que parecía surgir directamente del otro lado del río: vestía una capucha de obispo de Poitiers y condenaba desde lejos con dos ojos verdes que parecían uno y atravesaban largas distancias del gris de la tarde.

En cualquier otro momento *Mademoiselle* Jobert habría reaccionado con el mismo despegue que sus vecinos de terraza — en su mayor parte escritores o literatos con una imagen pública que hacer respetar—, o al menos con la suficiencia que se espera en París de todo aquel que no sea turista. En modo alguno un parisino de aquel tiempo podía dejarse impresionar por un fantasma sobre zancos, aunque fuese el fantasma del mismísimo Leonard Le Bot, el más célebre de los augures del milenio pues sus profecías de cambio en los colores del universo divertían a los más lerdos del año 1000 y aterrorizaban a los más imaginativos. El fin del mundo comenzaría cuando el cielo fuese amarillo, marrón el mar, la hierba negra, el sol gris, azul la lengua.

Mademoiselle Jobert era muy consciente de sus deberes, y más en calidad de dama de compañía de una joven que seguía siendo extranjera por buen francés que hablase (todavía un punto académico, se decía *mademoiselle*). Pero sucedía que esa misma tarde habían estado visitando Notre-Dame y que el sujeto que llegaba ahora ante ellas —caían las primeras gotas de lluvia, gordas y lentas como las palabras de un juez— parecía el desprendimiento, la descolgada, la reencarnación por vete a saber qué diabólica

alquimia de una de las gárgolas que desde tiempo inmemorial imponen a los visitantes e inspiran a poetas desde los campanarios de Notre-Dame:

—¡Arrepentíos! ¡El fin del mundo se acerca! ¡El fin del viento! ¡El regreso de los ríos! ¡El desagüe de los mares! ¡La llegada de los arquitectos y la nivelación de las montañas! ¡De rodillas, ciudadanos! ¡De rodillas, porque vienen las tormentas y las hordas!

En efecto: al menos las tormentas. Mientras los más tímidos entraban en el café, Camila y *Mademoiselle* Jobert se quedaban en primera línea, bajo el toldo, sujetas por el verbo del obispo de Poitiers que desde lo alto de su púlpito desmontable anunciaba la llegada de las hordas, la reproducción geométrica de las máquinas y el fin del buen gusto para siempre. Ahí estaba la prueba: para horror de *Mademoiselle* Jobert, el obispo de Francia quebraba de algún modo inaudito sus desmesuradas piernas de insecto y, mientras se sujetaba con una mano de un borde del toldo a rayas, con la otra recogía el vaso de coca-cola de Camila y, levantando el meñique, bebía un sorbo con fruición.

«¡¿Lo veis?!», increpó el obispo a quienes pretendían disimuladamente refugiarse de su mirada condenatoria... «¡¿Lo veis?! ¡Nos están corrompiendo el paladar y la lengua, que es donde se encuentra el alma de Francia! ¡Pretenden que bebamos medicinas en un país...» En ese punto se inclinó:

—¿Permite usted? —le preguntó al vecino de Camila.

—Se lo ruego —respondió éste, cortés.

«... en un país cuyas mujeres saben a vino más que a leche» —*Mademoiselle* Jobert enrojeció de golpe—, «cuyos castillos se construyen para defender las bodegas, y cuya literatura, la mejor» —precisó con coquetería de *connaissanceur*— «se debe a la calidad de excelentes beaujolais como éste». Dicho lo cual bebió de golpe la copa de vino que se había servido, se atusó las alas de un imaginario bigote y, reincorporándose a la lluvia con la naturalidad de quien no ha hecho otra cosa que saltar entre los coches en días de tormenta, se alejó de allí a grandes zancadas gritándole a los

coches:

—¡Arrepentíos! ¡El fin del mundo se acerca! ¡Llega la fealdad!
¡De rodillas, ciudadanos! ¡Rezad si sabéis, sátrapas incrédulos!

Así fue como Camila conoció a Diego Loma de Águilas, su vecino en el café.

El destino del segundo secretario de embajada Diego Loma de Águilas —París a los veintiséis años— resultaba sospechoso como un diamante en el dedo de un sastre. Cualquiera familiarizado con las servidumbres feudales de la diplomacia podría deducir de esa pequeña estadística familia, dinero, educación, gustos deportivos, prejuicios religiosos y hasta debilidades, digamos, afectivas. Con Diego se equivocaría. Acertaría en lo fundamental —nadie *gana* un puesto así, igual que nadie *merece* una herencia—, y pese a todo se quedaría con la vaga incomodidad de haber cerrado mal una puerta. Sin saberse muy bien cómo, Diego se salía del molde de acero de la diplomacia internacional y sonaba ligeramente extranjero en el uniforme cosmopolita de las embajadas.

Quizá fuera que se le intuían indicios de una remota insolencia. Nada que ver con la chulería del señorito al entrar en un salón sino justamente lo contrario: la curiosidad de alguien que pese a múltiples chascos todavía espera que suceda algo cuando entra en un salón. Una especie de curiosidad acostumbrada al fraude, un tozudo optimismo nada extraño si se piensa que Diego descendía por línea materna, los Castillo de San Luis, de aquel embajador en Argentina que prefirió renunciar a la carrera antes que a la mujer del ministro de Exteriores local^[1].

Ésa en cualquier caso —que no era tal insolencia, sólo su eco— fue lo que capturó la atención de Camila y consiguió que aceptase la invitación a probar el beaujolais más temprano del año.

—Tiene razón —concedió su vecino cuando el profeta se abría paso a voces por entre el griterío del tráfico—. No sé si el alma se encuentra en el paladar de Francia. Lo que es indudable es que no

está en eso que bebe usted, señorita.

Así era Diego, un caballero de los de entonces, diestro en esgrima verbal y no sólo en ésta, experto en ángulos de sombreros y piernas cruzadas, y propietario de un estilo resultón que no era tanto indicio de gran personalidad como el resplandor de algo lejano, relámpagos sin trueno en el horizonte: la prueba de que había estado en lugares distintos.

En realidad habían sido muchos y muy distintos: La Haya, Sofía, Atenas, La Habana, La Paz y Tánger; toda una lista de lugares exóticos que, sin un gran puerto de partida para el relumbro por contraste, confirman a cualquier viajero como un segundón. Alguien incapaz de alcanzar las grandes capitales, probablemente adiestrado desde la cuna para cederle nombre, dinero y lugar en la mesa a un hermano mayor, y que precisamente por eso ha elegido la diplomacia como medio de alejarse, igual que otros se hacen navegantes o les da por la morfina.

Y ésta era la diferencia: así como a su padre no le había quedado más salida que el vía crucis diplomático por esa ristra de ciudades de las que nunca ha salido un embajador en París, ni siquiera en la Santa Sede, Diego las había conocido sólo en las vacaciones de verano de su colegio en Inglaterra, y ese permanente viaje tenía varias ventajas. La primera, apartarle a tiempo del sistema de humillaciones de los internados ingleses que, dejados en libertad, pueden ir mordiendo en la autoestima de un hombre hasta dejarlo en mesa. Y la segunda, alejarle en esos mismos colegios del tedio de la vida diplomática: un modo de vida codicioso, capaz de tragarse a cualquier pariente, amigo, acreedor o amante que se encuentre a menos de veinte kilómetros a la redonda, y que en unas pocas semanas convierte a un héroe de guerra, pongamos por caso, en un edecán sólo apto para retirar sillas y colocar capas sobre hombros a la salida de los bailes.

De modo que los inviernos entre el viento de los acantilados garantizaban el aprendizaje de conceptos esenciales para comprender la época, a saber: que el sistema británico de castas

está determinado por el modo de pronunciar la *a*. Que en una sola libra conviven con naturalidad onzas y peniques. Y que jamás — *jamás*— una miga de pan debe entrar en contacto con la yema de los huevos del desayuno.

Los veranos, en cambio, equilibraban tanto racionalismo anglosajón e introducían algo de cordura. En Atenas Diego pudo desarrollar una saludable antipatía por lo que no era entonces más que la prehistoria del turismo: alemanes eruditos posando con gesto de conquista ante las minas, cada uno con su Leica a modo de monstruosa deformación del ombligo. En un pasillo oscuro de Sofía le fue arrebatada la virginidad, ya que no la inocencia, por una cocinera cuyo olor a ajo y leche agria parecía de nacimiento, y que pretendió quedar embarazada: para su gran asombro, su padre le excusó. «Déjale, mujer», le dijo a la embajadora, «quien no se la corre de soltero, se la corre de casado». La embajadora echó a la cocinera y miró atónita a su hijo, buscando a distancia las magulladuras que semejante episodio tenían que haber dejado tras de sí. En Tánger su padre vivió al fin uno de los sueños de grandeza con que sueñan los diplomáticos cuando son cachorros y salvó a un hombre que iba a ser lapidado por la multitud: Mohamed. Ahora Mohamed servía la mesa sin meter en los platos ni el borde de los guantes y llevaba el alfanje al cinto como nadie, aunque en cierta ocasión en La Haya a las autoridades se les hizo difícil aceptar que Mohamed hubiese apoyado su alfanje en la nuez de un jardinero que se había permitido alzarle la voz a la embajadora. En La Haya Diego tuvo un domingo de agosto la revelación de que la eternidad cabe en una tarde.

Y en La Habana... gracias a La Habana Diego pudo alargar un par de horas aquel primer encuentro de café con Camila Mallarino, y repetirlo al día siguiente, y después seguirla hasta las carreras de Deauville. Gracias a no asombrarse de que una tresmarina hablase un inglés tan perfecto como el suyo —de hecho tardaron hasta veinte minutos en saber que compartían el español, aunque no el acento: las jotas de las que ella prescindía, él las acentuaba—, y

sobre todo, si hubiese que resumir, a la naturalidad de Diego en comprender que la crianza doméstica de los monos necesita espacio; mucho espacio. Esa rapidez, como era novedad, la impresionó.

No hacía mucho tiempo que, en lo que con el tiempo alguien llamaría «los años niños», en Tres de Marzo las calles aún no habían sido numeradas para que cupieran^[2], y llevaban nombres largos, de los que no se pueden leer desde un coche en marcha: *calle del siete cueros, de las cunitas, o cuesta de los monos*, también llamada *de la salida* porque de allí, de la casa de los Mallarino que compartía la manzana con el convento de Todos los Santos, salían y salen aún los presidentes radicales a tomar posesión en el congreso, todos los tres de marzo a las dos de la tarde, así llueva, truene o relampaguee. Por lo general comienza a llover sobre las tres y media; a las dos, en la calle *de la salida* corren las sombras de nubes malhumoradas y el viento levanta las colas de los fracs y obliga a las señoras a sujetarse la pamelita.

En cuanto al nombre *de los monos*, que ya no usan ni los tresmarinos más viejos, se debía a que en un patio trasero vivieron más o menos hasta la guerra con el Perú los últimos de una dinastía de chimpancés que el viejo Mallarino estudiaba de cerca para sacar graves y a la vez optimistas conclusiones sobre la naturaleza humana. Su momento estelar le llegó en un congreso de frenología en París, justo antes de la Gran Guerra, cuando quiso demostrar que los monos carecen de soberbia, pudor, apego a las copas de sus árboles y orgullo por el nombre, y por tanto cabe una esperanza para los seres humanos. Pero cometió el incomprensible error de elegir, como contrastes humanos, a personajes de la historia de Francia (buscaba la claridad), y en venganza la asamblea negó sus evidencias.

En realidad Camila utilizaba a los monos de su casa de Tres de Marzo como conejillos de una prueba en la que sistemáticamente se

estrellaban todos aquéllos a quienes iba conociendo. Por lo general, bien educados jóvenes del cuadrilátero París, Londres, Budapest y Viena —aire atlético, sonrisa moderada, rectas impecables en el pelo y los pantalones y, a veces, Bugatti frente a la puerta—, que no lograban hacer coincidir la lentitud en la caída de ojos de Camila y la densidad de sus pestañas con la realidad un tanto brusca de la existencia de simios en el patio de su casa. Era como si de pronto se supiera que su padre domaba serpientes o traficaba con armas.

Ese simple dato de los monos tenía la facultad de transformar a Camila, de refinada orquídea cultivada en los mejores invernaderos de Europa, en atracción de circo: una suerte de mona muy bien depilada a la que hubiesen adiestrado para limpiarse los labios y beber sin ruido. Nada más averiguar que Camila criaba micos (en realidad eran chimpancés), los jóvenes elegantes sufrían a su vez una peculiar transformación, dejaban de hablar de polo y de ópera, de Florencia y de Venecia, dejaban de bailar el vals en la lentitud de sus modales, e iban precipitándose por un abismo de curiosidad que terminaba por dejarles en evidencia. Pues lo de los monos tenía la facultad de desatarles las glándulas del lugar común. Oían *monos* y, automáticamente, soltaban la retahíla prevista de preguntas sobre haciendas, plantaciones, esclavos y capataces con patillas triangulares y oro en la crueldad de la sonrisa.

Camila no lo ponía fácil, además. Sin otra pausa que la necesaria para que les vinieran las primeras imágenes de tiros, ríos, selvas y revoluciones, sin ni siquiera explicarles dónde estaba Santiago, un país que a los más listos les sonaba de informes bancarios o remotas clases de geografía, y a la mayor parte simplemente no le sonaba, Camila estiraba aún más su cuello de escultura, dejaba caer las pestañas perezosas, e introducía en la conversación a Víctor Hugo, Balzac y *Madame* de Sévigné: sus gruñidos del amanecer, sus olores ácidos, sus evidentes aunque mudos diálogos con la lluvia de la tarde, sus amores delicados: cómo el tercero se guardaba de mirar cuando los otros dos... su inapelable muerte por nostalgia tras las rejas de la jaula.

Camila esperó pues a la tercera tarde con Diego para tender sus redes:

Hipódromo de Deauville hacia el final de la temporada. Nubes negras acercándose desde Inglaterra. Ocres y rojos ya de otoño. Caballos que parecen jóvenes príncipes lanzando miradas y exhibiéndose bajo el leve peso *de jockeys* con aspecto de insectos. En torno, elegantes.

Diego y Camila han presenciado codo a codo las dos primeras carreras, han apostado juntos en la tercera por Audace, les gustó el nombre, y sin embargo no deben de seguir muy de cerca su esfuerzo porque, en el momento en que Courier le arrebató la cabeza, Diego se queda englobado, ausente. Piensa en los monos, lejos. Piensa en Victor Hugo, Balzac y *Madame* de Sévigné, de los que acaba de hablar Camila con estratégica inoportunidad y, por alguna misteriosa razón, ni a sus palabras ni a sus ojos asoman los tópicos en los que tropezaron antes todos los sometidos a esa prueba. Tampoco, es cierto, aparece la ensoñación de la aventura, ni la imaginación que ve las acrobacias de los monos y al tiempo intuye su melancolía de prisioneros. Lo que aparece es una admirativa comprensión de todo el espacio que se necesita en una casa para que la desvergüenza de los chimpancés y su afición a vociferar al alba no alcancen a molestar a nadie.

Sucede que Camila Mallarino no está preparada para la novedad de que no la simplifiquen.

*Grand Hotel d'Angleterre
5, Boulevard d'Italie*

Deauville, 14 de septiembre

Querida misía Sólita:

Al fin he conocido a un muchacho que creo que le gustaría: es educado, de buena familia, y además muy buen mozo, aunque sé que este último dato no le va a gustar. Me lo presentaron en una recepción en la embajada de Chile, hará una semana; desde entonces no hemos dejado de vernos. Nos ha seguido incluso hasta Deauville, adonde viene todo el mundo por estas fechas para las carreras de caballos. Están mi tío Emiliano y mis primas, y están las Arboleda, los López Pizano (dicen que a lo mejor viene el presidente), las Cajiao, y las Rodríguez Angulo, que se alojan en el Hotel de la République y no en el Hotel

d'Angleterre, el nuestro, que es mucho menos nouveau riche, más de gente decente.

Hace un tiempo parecido al de diciembre en Tres de Marzo, con viento, nubes oscuras (más chiquitas las de acá) y chaparrones que obligan a suspender las carreras, como ayer, cuando ya habían salido los caballos, y arruinan los sombreros si uno se descuida. Pregunté por qué no organizan las carreras en mayo, por ejemplo, y me dijeron que en primavera llueve todavía más acá, en Normandía. Pero es rico. Me recuerda mucho a Tres de Marzo y los paseos por la finca, y el regreso corriendo para tomar chocolate con queso, y pan de yuca y almojábanas, y luego las partidas de canasta frente a la chimenea.

Aquí también jugamos, por las noches, sobre todo al bridge. Deberíamos organizar unas olimpiadas porque los europeos son muy malos y les damos unas muendas terribles. O dejarnos jugar por plata... (tranquila, ya sabe que mi mamá nunca me dejaría: a veces nos dan permiso para entrar en el casino que está en el Hotel de la Republique, al lado del nuestro, pero con tan pocos francos que nos tenemos que salir a los diez minutos. Los grandes, en cambio, creo

que apuestan un jurgo: dicen que el Chato Uribe perdió el otro día su finca de Lulo).

Bueno, misía, la dejo pues me tengo que cambiar para ir a comer. «Para ir a zenar», diría Diego, el muchacho de quien le hablo. Se llama Diego, ¿sabe?, y es un español muy español que pronuncia las ces y las zetas completicas. Y es buenmocísimo. Ya sé que no le gusta que le diga esas cosas, pero sé también que no se me va a poner brava estando las dos tan lejos.

Reciba todo el cariño de quien la añora,

Niña Camila

X. ¿Sabe lo que me gustó de él? Que no me miró raro cuando le hablé de Víctor Hugo, Balzac y Madame de Sévigné. Fue ayer, en mitad de las carreras, antes de la lluvia. Un 13 de septiembre. Espero que no vaya a ser de mal agüero.

¿Qué tal están los micos? ¿Y los pájaros? ¿La perra ya fue mamá? Cuénteme cómo son los perritos. Y sobre todo: ¿qué sabe de doña Jimena? ¿Le dan bien de comer? ¿La sacan a pasear? Aunque ya sé que a usted no le es

fácil saberlo desde Tres de Marzo, por favor, misía Sólita, hágalo por mí: averigüeme qué tal le va. Cuando traigan cosas de la finca, mándele decir a Cristódulo que me hagan el favor de sacármela a pasear todos los días. ¡Pero sin montarla, que son capaces de dañarle el paso!

Camila tenía entonces veinte años, un carácter propenso a los entusiasmos y unas muñecas de bailarina en las que no dejó de reparar Diego, mientras barajaban las cartas, imaginándolas en la cabecera de un banquete o elevándose ingravidas hacia los labios de los cien mil diplomáticos, ministros y directores de orquesta que han de besar las manos de una embajadora a lo largo de toda su carrera. Camila aprobaba el examen del besamanos con la máxima nota.

Igual sucedía con su figura («Tenes tovillos de shegua fina», le había dicho Serapio Urrutia, de los Urrutia de Buenos Aires), sus modales (ni siquiera se le ocurría *mostrarlos*) y su gusto en el vestir: irreprochable o al menos muy parecido al de Diego.

Lo que a éste le chirriaba un poco en los ojos —pese a que era propenso a consolarse con lo de que no se puede pedir todo— era justamente la insuficiencia de esas cualidades a su alrededor. Pues Camila iba envuelta en un grupo donde cada uno era manifiestamente de su padre y de su madre y sin embargo todos parecían tener un interés especial en pasar por ingleses. También por franceses, pero esto quedaba un tanto alejado de las posibilidades de la mayoría a causa del aristocratizante acento que como es notorio hay que inculcar desde la infancia. Sólo unos pocos hablaban *la lengua de Moliere* —también eran proclives a ese tipo de lugares comunes—, y entre otros el padre de Camila, don Aníbal Mallarino, el de los monos, que se había especializado en París en

enfermedades tropicales. Pero incluso en un país aficionado al exotismo y obsequioso con los espléndidos costaba hacer pasar por franceses cierto tostado de la piel, un pelo liso como la lluvia, o nombres que al principio parecían de broma: Aristóbulo, Bastián, Arquímedes, Calimaco o Zoila, la madre de Camila: una señora inglesa hasta la perfección, desde el amor a las perlas a su antipatía por la sal, cuyo máximo honor en vida había sido asistir al jubileo de la reina Victoria.

Todo ello hubiera podido pasar por peculiaridades, matices de salón, de no ser, según comprobó pronto, por una forma astuta y delgada de razonar que no servía para saber sino, más bien, para sobrevivir.

Una especie de desconfianza ante el mundo. Y una desconfianza que a la vez procuraba disimularse, esconderse detrás de modos un tanto barrocos: grandes abrazos, títulos rimbombantes, «¡Mi eminente y queridísimo doctor!», se saludaban al entrar al comedor para el desayuno, ademanes de cierta pompa que parecían querer mimar una radionovela.

Como don Pancracio Rodríguez, el *rey de cobre* según su título más frecuente en los periódicos, que se hacía vestir, llevar y hasta escoltar por un ejército de criados tan nutrido como el que paseaba el Gran Duque Dato por toda Europa. Y al igual que los criados del Gran Duque, todos cosacos, iban vestidos de astracán y marta cibelina para subrayar sus rasgos tártaros, los de don Pancracio Rodríguez iban vestidos de lacayos franceses a la moda del Segundo Imperio, con peluca y calzón corto, lo que sin duda hacía resaltar sus rasgos indios: Pues todos, salvo las camareras, que eran francesas, habían sido seleccionados por la pureza de sus rasgos en lo más hondo de sus minas en Los Andes, e incorporados al ejército de don Pancracio, a su fuerza de intervención rápida, por así decirlo, después de severos periodos de adiestramiento en su oscura mansión de Tres de Marzo. La encargada de adiestrar al servicio era su mujer, doña Julia, prima hermana y a la vez esposa de don Pancracio, a quien éste no permitía viajar a causa de una

legendaria fealdad —piernas de insecto, ojos juntos, nariz de bruja, verrugas... esas cosas—, y sobre todo a causa de una aureola de servilismo traidor que resultaba repugnante hasta para los asalariados más curtidos. Ella se encargaba de la formación del servicio de acuerdo con las más rígidas normas de Lord Keffybridge, en tanto que la de sus hijas corría a cargo de una severa escocesa que sabía hasta con qué punta del tenedor ha de pinchar un guisante quien va para reina. No otro destino les tenía reservado su padre.

Pues incluso en don Pancraccio, o sobre todo en él, se podía percibir esa especie de desconfianza de los tresmarinos que les impedía, por ejemplo, apretar francamente una mano, así fuera la de un deudor que les acabara de pagar. Años después de visitar la ciudad, el viajero inexperto podía comprender que el desasosiego alojado en su recuerdo residía precisamente en esa difusa inquietud de los tresmarinos: cierta incapacidad de mirar derecho en el momento de saludar, silencios distintos latiendo bajo las palabras de la gente, una sonrisa apenas insinuada pero indesmontable que a veces respondía a causas misteriosas... Sobre todo, la sensación de que estaban siempre alerta, incluso en la mitad de un vals o ante una mesa con cristalería de Baccarat; se hubiese dicho que, de caer su imperio, su tardanza en reconstruirlo habría sido inquietantemente breve.

Aunque su memoria de La Paz, un destino de su padre, se conservaba más bien adormecida —a causa del clima, quizá: un eterno otoño al que no le llegaba jamás su invierno y que desdibujaba la verdad, incluida la del recuerdo—, Diego guardaba muy a mano un par de imágenes que le agitaban a veces hasta los sueños: la de las nubes que en La Paz van creando un falso crepúsculo a mediodía, antes de descargar de golpe; y la mirada oblicua de los taxistas del aeropuerto encuadrada en el espejo retrovisor: uno tiene la certeza de que ese antifaz está comunicando una sentencia, sólo que no acierta a saber cuál.

Por alguna razón esos recuerdos le vinieron a Diego de golpe, al

levantar la cabeza y sorprender al Blanco Gómez vigilándole con unos ojos atravesados que concentraban puñetazos, nubes de tormenta y varios artículos del Código Penal. Era en el campo de *croquet* de los jardines del Hotel D'Angleterre, uno o dos días después de la tarde en las carreras. También ese día se preparaba una tormenta: las gaviotas disfrutaban de invisibles desfiladeros de viento y los criados del hotel retiraban tumbonas de lona. Durante unas horas había parecido que iba a pasar algo, pero de haber pasado había sido en silencio, discretamente, dejando en la tarde una melancolía, una atmósfera de final. Fuese lo que fuese, no parecía que hubiese ya remedio.

Así era. Algo se había roto. O al menos se alejaba a una distancia inalcanzable.

Hasta la tarde en las carreras, el Blanco Gómez no tenía noción de que un día, porque sí, hasta los paisajes cambian, terminan e incluso se van. Tranquilo, conservador e inteligente, pero de una inteligencia derrochada en la memoria, Atilio Gómez parecía resignado a su color de cobre oscuro, que si bien dificultaba su entrada en ciertos círculos de Tres de Marzo, no bastaba para excluirle. De modo que se podía mantener con un pie dentro y otro fuera —en el salón rojo de la mansión Mallarino, por ejemplo, que era donde le recibían a él—, y con la paciencia vieja que le venía por su madre: una señora tan sencilla que usó trenzas hasta que su marido se hizo rico y se fueron a vivir a La Soledad, el barrio de la gente decente: nuevas tiendas, nueva iglesia —la del convento de Todos los Santos, que compartía la manzana con la casa Mallarino—, y nuevo colegio. Allí Atilio Gómez fue rebautizado el primer día como el Blanco Gómez, y no le hizo falta más, tenía los genes adiestrados, para comprender que aún le quedaban muchas fronteras por cruzar.

Pero que podía cruzarlas. ¿Acaso no lo habían hecho todos? Todos. Con sus ojos entrecerrados, semioculto en su color de sombra, taciturno como un caimán, y al acecho, el Blanco Gómez pudo ir comprobando que todos los que le llamaban *Blanco* con esa

viril ironía que se usa en los colegios, todos, terminaban por tener algo que ocultar. Con la paciencia suficiente —y a Gómez le sobraba—, y con los ojos de policía adiestrados en la búsqueda de esos rastros y no otros, se terminaba por ver al negro responsable en el origen de cierto matiz de blanco en la palma de una mano que sostenía una cuchara de plata, o determinadas narices de senador que parecían codiciar más aire. Se adivinaba al remoto antepasado indio de pelo lacio causante de que algunas jóvenes eludieran los peinados con muchos rizos, dotados de un poder extraordinario: caerse de golpe y dejarlas desnudas. Gómez llegó pronto a la conclusión de que la mirada gacha de casi todo el mundo era evidentemente la característica de una raza esperando a ser nombrada.

De todo el mundo, salvo de los Mallarino y otras diez o quince familias que parecían no descender de Adán y Eva sino haber sido hechas a mano a partir de catálogos en papel brillante. No sumarían más de cincuenta, quizá sesenta, y constituían los últimos desafíos en la investigación del Blanco Gómez sobre la igualdad de los orígenes. Eso sí, desafíos tenaces.

Desde el principio de su búsqueda el Blanco había localizado los evidentes obstáculos que iban a frenar sus conclusiones sobre la existencia de un pasado en la gente. En toda la gente. Los primeros fueron un Arboleda con los ojos azules de su linaje que en el colegio iba para cura y luego terminó en política, como estaba previsto, un Hurtado Mallarino que se daba el gusto de llegar a caballo al colegio, y sobre todo Camila Mallarino, que en misa de doce, con el perfil recortado por una mantilla blanca y los ojos enamorados, lejos, fue desde niña el ejemplo mismo de la provocación.

Para qué recordar toda la inmóvil energía con que el Blanco Gómez acechó la aparición de algún signo —un color, un pelo, un párpado, algo— que le permitiera una esperanza. Durante años, desde el colegio, se mantuvo en silencio, disimulado en una esquina para que no le echaran, espiando. Frecuentó la iglesia, siendo así que la fe ni se le había ocurrido, sólo para ver a Camila, aunque

fuese a distancia y en la coloreada penumbra de las vidrieras, para verla indefensa. Se esforzó estudiando, sobre todo historia de Santiago, en primer lugar para obtener el prestigio barato de la memoria, y también porque su primer vértigo fue la sospecha de que alguien había estado complicando y embelleciendo esa historia desde el comienzo: Quizá eran Los Cincuenta, precisamente. Igual que la habían protagonizado, ganado y mandado escribir, muy bien habían podido encargarle las omisiones a la medida, la mala fe de las conclusiones y notas a pie de página que añadieran peso pero no aclarasen nada^[3].

El Blanco Gómez aprendió a recortarse las uñas con lima, a dominar el arte de introducir los pulgares en las mangas del chaleco, y a mantener sus zapatos limpios, incluso durante la estación del barro, aunque para ello tuviera que recurrir a los limpiabotas esclavos que aún hoy proliferan en Tres de Marzo como las grietas en las aceras. Pero de momento no consiguió ese nudo de corbata, apretado como un torero, cuyo arte hereditario sólo dominaban Los Cincuenta por una razón hoy conocida: ese nudo sólo se aprendía entonces en Inglaterra, y únicamente, lo mismo que el arte de inclinar un sombrero o de entrar en un salón, después de tres generaciones. Cuatro si se empezaba realmente desde muy abajo: una mina, por ejemplo.

No, el Blanco Gómez no lo consiguió. Su padre se hizo más y más rico, tanto que para defender sus intereses de un modo efectivo no le quedó más remedio que entrar en política, y su familia y su casona en el barrio de La Soledad quedaron envueltos de la noche a la mañana en el indefinible fulgor del poder, que muchos confunden hoy con distinción. No así ninguno de Los Cincuenta, que son precisamente tan escasos porque para pertenecer a ese club, en Santiago, hay que tener entre los apellidos a un conquistador o al menos un colonizador, un Procer, uno o dos poetas aunque eso no es indispensable, tres o cuatro presidentes, y un dictador no demasiado sangriento. (Por ejemplo, la debilidad más grave del breve general Arboleda, dictador de la dinastía Mallarino, fue la de

utilizar la embajada en París como agencia de su avidez filatélica, que rayaba en el vicio). Pero sobre todo hay que tener una bien dotada retaguardia de cuatrerros, seductores de herederas o capitanes de industria. Eso toma su tiempo.

De todas maneras, para cuando a su padre lo nombraron ministro de Finanzas, al Blanco Gómez no le sirvió de nada ir rodeado de escoltas, como si fuese una reina de belleza, pues ya hacía varios años que Camila estudiaba en Inglaterra el arte de quitarse los guantes y sobre todo ponérselos, y la ciencia de distribuir los invitados en torno a la mesa, y en sus vacaciones en Tres de Marzo el tiempo le alcanzaba apenas para aliviarse el corazón de toda la nostalgia acumulada por la melancolía del tiple y los placeres del aguacate. Sin embargo, el ser hijo de ministro, quién sabe por qué, lo envalentonó. Ahí se produjo un complicado quiebro de su paciencia. Rodeado de guardaespaldas y de esbirros que llevaban y traían a su padre mensajes de su imperio, noticias de las quiebras del día, presagios de la Bolsa e invitaciones a banquetes, un día, al desayuno, mientras mordía en una torta de maíz, su única pasión, al Blanco Gómez se le hizo antinatural que él tuviese que esperar a nadie, él, y se marchó a Europa en busca de Camila.

Encontrarla fue más sencillo de lo que cabría imaginar. Ya había terminado en su colegio y bastaba seguirla por el circuito para el que la habían estado preparando: comprando sombreros en París, escuchando a Chaliapin en Londres, navegando el Danubio de Budapest a Viena, jugándose los tobillos —sus tobillos que hacían época— en las pistas de Gstaad sobre esquís de madera, o apostando en las carreras de Deauville. Una existencia brillante, dedujo pronto el Blanco Gómez, si bien tan previsible como los beneficios de un banco. Gómez alcanzó pues el circuito en un torneo de canasta en el Negresco de Niza, y allí desplegó su más invisible paciencia para iniciar un nuevo asedio.

Hasta que llegó Diego y, aunque ya había aprendido la técnica de meter los pulgares en las mangas del chaleco y el arte de

redactar las leyes de modo que no se tengan que cumplir, el Blanco tuvo que aceptar una tardía lección sobre el azar, el destino y en definitiva la injusticia de la vida.

Diego y Camila tuvieron que confiar en el azar para poder verse a solas, aunque no sin cierto escepticismo por parte de él pues la primera vez que se decidió en un cine a pasarle a Camila la mano por el hombro —*Mademoiselle* Jobert había sido secuestrada por una escena de amor en la pantalla—, a ella le bastó girarse hacia él y decirle: «En mi país esto sólo lo hacen los policías con las muchachas del servicio». Diego no lo volvió a intentar, y eso le refleja mejor que el buen gusto de sus corbatas.

De modo que fue Camila la que tomó la iniciativa, y para cuando Diego fue a verla a Deauville, ya la había puesto en marcha: durante las casi tres semanas de temporada hípica fue obligando a *Mademoiselle* Jobert a apostar con ella, primero en las carreras, y luego en el casino, al Black Jade, un juego de niños, y después a la ruleta, otro. El primer día se limitó a pedirle que la acompañara a la taquilla de las apuestas, a apostar por Grand Train, una leyenda de la época. En el segundo le pidió que apostara por ella, y en el tercero le sugirió que se arriesgara por su cuenta, para lo cual, como hacía su padre con ella, le dio una pequeña suma de estudiante. En el casino del hotel, desde el que se oía la orquesta del salón de baile, el proceso fue idéntico: empezaron apostando la mínima en el *Black Jack*, que era lo mismo que Camila jugaba de niña, con sus primos y por garbanzos, con el más inofensivo nombre de Veintiuna, y luego entraron en la ruleta jugando una ficha en el poco arriesgado azar del rojo y negro, par e impar. Era igual que jugar a cara o cruz, sólo que con vestido de noche.

Camila confió en la suerte y aguardó. La noche en que

Mademoiselle Jobert repitió racha y ya se atrevía con tres fichas de diez francos a un solo número, y ganaba, y se veía que se estaba preguntando cómo es que jugar no se le había ocurrido antes, Camila cogió a Diego de la mano y se lo llevó a bailar, por primera vez solos, al salón de al lado. Su madre se había retirado pronto y los demás simplemente no existían. Primero bailaron un vals, luego otro, después una canción de gondoleros y debía de ser ya medianoche cuando el cantante de la orquesta tarareaba más que cantaba aquello de

*Je te cherche au loin
sans te voir
sous mon chapeau
dans mon gateau
sous la pluie
de ma baignoire*

y ellos se abrazaban más que bailaban en la esquina más oscura de la terraza. Cuando llegó a

*Ce n'est pas la pluie
ce que tu sens.
Ce que tu sens
Ce sont mes bras*

Camila, simplemente, se separó un poco, cerró los ojos ladeando la cabeza como había aprendido en las películas, y esperó un beso que no sintió en los labios sino misteriosamente en los pechos, duros para el raso de su delicado escote, y en un súbito vértigo más

abajo^[4].

Sin duda fue el azar el escenógrafo de esa noche de juego, aunque ayudado por la novela ya escrita que todos llevamos tatuada en el corazón. Para comprenderlo basta imaginar al Blanco Gómez en el lugar del galán: imposible. Si doña Zoila Mallarino se retiró pronto, si *Mademoiselle* Jobert se dejó al fin seducir por la insistencia de los negros impares llamando a su puerta, y si los demás permitieron que el baile de la pareja derivase hacia la terraza, fue porque todos querían que así sucediera. Todos. Aunque sudasen de envidia. Ellos por él pues Camila exhibía un talle tan delgado que parecía posible abarcarlo con las manos, un cuello tan blanco que el pelo salía azul del contraste, pero sobre todo ellas pues Diego resultaba el ideal mismo de las madres y de las noches de tormenta: no sólo por ser alto, moreno y con los labios de una raya, que le hacían hoyuelos al sonreír como hubiesen dicho las novelas que leían, sino por inspirar tanta seguridad como una guía de ferrocarriles.

Impresión cierta, por lo demás. Hijo, nieto, biznieto y descendiente de diplomáticos y soldados (a menudo los dos juntos), durante mucho tiempo Diego odió los trenes y los barcos como símbolos de desarraigo, carniceros de los afectos, hasta que un día en Tánger vio a sus padres leyendo el periódico y resolviendo crucigramas en las dos pequeñas butacas inglesas de siempre, y por un instante se sintió en Sofía, y al siguiente en La Paz, y con la llegada a Atenas comprendió que si los instantes se pueden trastear de un lado a otro del mundo sentados en las butacas del café, también debe de ser posible hacerlo con los afectos.

Lo es. Tras la revelación de que los instantes viajan, y hasta se repiten, como si fuesen el repertorio de una compañía de teatro por provincias, Diego aprendió a encontrarle el orden al movimiento, e incluso cierta cadencia a la neurosis de la diplomacia, lo que no deja de tener su mérito. Aprendió pronto pues hizo prácticas con sus

recuerdos y con la historia familiar, que en esos medios ociosos se perfecciona a todas horas del día. Y ello para comprender la verdad sencilla, aunque muy, muy disfrazada, de que la vida de un diplomático es tan previsible como la del maquinista de un tren, siempre y cuando se aprenda un truco: hay que crearse en el alma el deseo de una vida de orden, con su tresillo, su cuenta de ahorros y sus vacaciones en la playa, y sobre todo la confianza de que todo llega si se espera con paciencia. Así no hay guerra, hambre, emigración de refugiados que recorte el sueño de un diplomático, siempre y cuando, y eso es más difícil, sepa no abusar ni de los fritos ni del *whisky*.

El problema es que Camila no lo sabía. A sus veinte años no tenía la cabeza ocupada por canciones, ni el vago deseo de ser raptada en un corcel blanco una noche de luna, como sus ex compañeras de internado, pero casi. En realidad soñaba cosas muy parecidas sólo que a menudo las canciones eran viejas letras ingenuas de los cafetales de su país, o aires de *jazz* oídos en Nueva York y aún no llegados a Europa. En cuanto al corcel blanco, es cierto que algunas noches de luna le subían por el cuerpo ardientes nostalgias, pero ella las confundía con el calor y se retiraba una manta de la cama hasta que se le pasaba. Jamás se le habría ocurrido confundir el corcel blanco con los Bugatti e Hispano Suiza de los jóvenes ricos más o menos intercambiables que la llevaban al Bois, a los salones del Faubourg Saint-Germain o a fiestas en la ruta de los castillos.

No tenía ningún deseo de ser raptada. En el colegio había aprendido a compadecer en silencio a las marquesitas e hijas de banquero de toda Europa que situaban ese sueño de su existencia previsible en Bagdad o en la Riviera, según el rapto se realizase a caballo o en un deportivo rojo escándalo. Ella, en cambio, sabía lo que es un rapto: se produce en lo más profundo del amanecer, cuando es más pesado el sueño. Las flores del balcón rezuman ya rocío. El hombre con espuelas manchadas de barro y algo de sangre salta la baranda de hierro. Observa tras la bruma del

mosquitero y tiene que hacer un esfuerzo para controlar sus manos e impedir que adelanten cualquier contacto con ese cuerpo joven, duro y a la vez inocente, y también ya entregado. Más tarde, se dice. El hombre la coge pues como cogería una liebre, se la echa al hombro, salta el balcón y arranca con ella al galope, hincándole las espuelas a su caballo con más rabia que nunca pues sabe que como lo cojan, lo bajan.

Camila no logra concebir un rapto de otro modo desde que les puso cara y nombre a los dos que huyen sofocando el galope en la raya del horizonte; ella, una santa con las canas tristes guardadas en un moño y un cuento sin final en todas y cada una de sus arrugas: la tía Amalia, que a veces aparece cuando menos se la espera a tomar con su madre chocolate con queso, y que sonrío indulgentemente cuando Camila le pregunta de nuevo cómo fue que la secuestró el tío Ramiro, tío suyo también por el lado Arboleda, en Jerusalén, la finca. Apenas habla, sonrío vagamente, mira todo como si ya estuviera en otro mundo. Dicen que vive sin espejos.

El tío Ramiro, un hombre macizo de pelo lacio y bigote tieso a quien nadie había visto nunca sin botas, miró a Camila con los ojos encapotados de las largas distancias el único día que visitó la casa de Tres de Marzo. Venía a reclamarle a su padre un reloj de campana con pequeños autómatas que había traído de Viena un bisabuelo común. Se lo llevó ahí mismo, y cuando terminó de colocarlo en una carreta, miró hacia las ventanas y en esa segunda mirada Camila vio toda junta, como resumida en una estampa de misal, la vida entera de la tía Amalia y las causas de su resignación, y así, a distancia, quedó vacunada de golpe de cualquier vaporoso deseo de ser secuestrada.

No por ello dejaron de subirle ardores cuando la luna creciente, y también la menguante, aunque distintos: en la creciente la visitaba el sueño de un navegante con la mirada larga de mirar la estrella del sur, y en la menguante la acometía la urgencia de darle vueltas al mundo. Quizá fuesen los dos lados de una misma urgencia.

Así no hubo forma de que Camila supiese a tiempo que bajo un

diplomático puede agazaparse un sacristán —es más: a menudo se agazapa—, un sacristán, un dentista, un ingeniero... todas esas honradas profesiones que suelen elegir quienes en el fondo no le quieren dar la vuelta al mundo, y son muchos.

O que han aprendido cómo dársela llevando en el alma un gorro de dormir. Camila quedó simplemente deslumbrada con Diego y sus modales entre introductor de embajadores y jefe secreto de una revuelta. Se peinaba con gomina y la raya de sus pantalones le podría haber servido de plomada a un albañil. Al tiempo su sonrisa con hoyuelos tenía el poder de convertirlo de golpe en un muchacho y —a Camila se le ruborizaba la memoria— sus labios hacían con los suyos cosas impronunciables que sin embargo no conseguía olvidar durante más de dos horas seguidas. Además...

(Vestíbulo de una mansión en Madrid hacia finales de los años veinte. Sillones frailunos y cuadros oscuros a los lados, un monje de Zurbarán y un bodegón de Sánchez Cotán. Encima de la puerta de entrada, la cornamenta de un ciervo de catorce puntas. Suena un teléfono cantarín y de timbre agudo).

—Casa de los marqueses de Loma de Águilas y de...

—...

—¿Cómo?... ¡Ah!, perdone la señora marquesa, no la había reconocido. ¿Está bien la señora marquesa? ¿Y el señor marqués? ¿Tienen buen tiempo en Hendaya? Ha dicho la radio...

—...

—*(levemente contrito)* Sí, señora marquesa. Perdone la señora.

—...

—No, señora marquesa. Aquí aún hace calor.

—...

—Muy bien, señora marquesa. Las habitaciones de sus señorías, las del señorito Diego y las de invitados.

—... (*apurado*) ¿No las de invitados? (*serenándose*) Como disponga la señora marquesa. No las de invitados sino las del ala este.

—...

—(*dispuesto, eficaz*) No, señora, no habrá problema. Esta misma noche estarán listas.

—...

—Bien, señora marquesa. Esta noche el señorito Diego y ustedes mañana.

—...

—(*otra vez apurado*)... y la vajilla de diario, claro está.

—...

—Buen viaje tengan los señores marqueses. (*Cuelga*)

—¿Qué pasa?

—Que vienen. Todos. Y el señorito Diego con una novia que no gusta.

Con el beso de Camila y Diego en la terraza de Deauville debería haber terminado la obra. Telón, aplausos, salida bajo la lluvia y última copa para meterse poco a poco en lo de siempre. En realidad fue una especie de transición al segundo acto, cuando, convocados y alarmados por una carta que les llega a Hendaya, donde veranean en su villa Mon Bijou, los marqueses de Loma de Águilas se plantan corriendo en París, adonde todos han vuelto, para ver qué es eso de que Diego tiene novia, una novia suramericana, y que piensa casarse.

El escenario es el Crillon, en la Concordia, que es donde siempre se han alojado los Loma de Águilas y razón por la cual últimamente evitan París pues ya no tienen dinero para pagarlo. Seis de la tarde

porque mostrar cualquier impaciencia es de mal gusto, y de buen tono hacerse esperar. Al fondo de un silencioso salón vacío que obliga a los que llegan a caminar largo, como si fueran al encuentro de un rey. Y las que llegan y emprenden la travesía hacia un fondo en penumbra en el que brilla un monóculo son Camila y su madre, doña Zoila, recta, digna y lenta a causa de la gorda sangre inglesa que circula por sus venas tras tantos, tantos años de pastitas de té y *self control*. A Camila sólo le extraña que Diego, de pie junto a su madre como una especie de edecán, no venga a su encuentro y las deje solas atravesando todo ese salón. Le extrañará aún un tiempo, cuando rememore la escena. Luego ya no le extrañará más.

(De una carta de Zoila, en su piso en la Avenue Víctor Hugo, a su hermana Eugenia, en The Malí, Easthampton, Long Island).

... todo iba bien hasta que nos obligaron a ir a su hotel, el Crillon (¿te acuerdas?), para conocernos, en lugar de ser ellos los que vinieran a nuestro apartamento. Nos obligaron a caminar un salón enorme y a mí me recibieron con gran frialdad. El muchacho, Diego, esta bien, pero sus papas son como esos españoles estirados y orgullosos de la Colonia. Se creen mucho porque tienen muchos títulos y usan monóculo, y nos miraron un poco por encima. ¡A nosotras! No saben que a nosotras, en América, nadie nos pone punto y que nuestros títulos valen tanto

como los suyos.

Menos mal que Mallarino no estaba; se encuentra en Viena, en uno de sus congresos. Ya sabes cómo es, hubiese intentado ser amable y contemporizar por la niña, pero luego se le agitaría la úlcera y, tras unos días reconcentrado y de mal humor, de pronto diría: «Nos vamos», y volveríamos de golpe a Tres de Marzo, y allí se encerraría con sus plantas y sus micos, como un indio motilón. De hecho eso es lo que ocurrirá, lo sé, cuando venga de Viena y tenga que conocer a sus consuegros. Pero hará todo por la niña, si es que está decidida, y así parece.

El que no parece aceptarlo es Honorato, que se plantó aquí nada más...

El que no pareció aceptarlo fue Honorato, el hermano menor de Camila, que nada más enterarse del noviazgo de su hermana abandonó el curso que acababa de empezar en Cambridge y se plantó en París para observar a su cuñado y su familia con los ojos centelleantes de un remoto rencor. De Diego retuvo la exacta elegancia que le hacía vestirse y comportarse como si estuviera dictando el manual del caballero, y de los marqueses de Loma de Águilas alcanzó a percibir, con la ignorante agudeza de los veinte años, ese disimulado desprecio que sienten los marqueses por aquellos que les han de superar en el tiro de pichón y más tarde o más temprano han de entrar antes que ellos en palacio. «Se conoce que a estos chapetones no les dimos en la jeta suficientemente

duro», dijo por todo comentario, lo que le mereció un «¡Honorato!» de doña Zoila que no había sido necesario casi nunca. Al día siguiente cogió el primer tren de Londres, no sin antes llamar muy temprano a la habitación de su hermana. (Entonces vivían en un segundo de la Avenue Víctor Hugo, frente por frente con la pequeña puerta por la que todos los días subían frescas actrices a aliviar las últimas urgencias del poeta). Nunca se supo lo que se dijeron. Camila tomó el desayuno en su habitación, como siempre, y cuando mediada la mañana se reunió con su madre en Dufresne, el mejor guantero de París, llevaba ya maquilladas en el fondo de los ojos las huellas de una de esas conversaciones que se recuerdan siempre y hacen envejecer de golpe.

(De una carta del marqués de Loma de Águilas al marqués del Brillo. Cortes Generales, Carrera de San Jerónimo, Madrid).

... No quiero que piensen que mi prematuro abandono de la embajada en Berna es un reproche a lo que se podría interpretar (y se interpreta) como falta de generosidad del gobierno a toda una vida entregada al servicio del Rey y de España. Si es cierto que ese nombramiento no fue plato precisamente de mi gusto, no lo es menos que lo acepté —y lo sigo aceptando si así lo disponéis— con la misma disciplina y lealtad a la Corona que ha caracterizado toda mi trayectoria, al igual que la de mi nombre.

Precisamente por eso quiero volver a

Madrid: creo que el Rey está en peligro. Y si el Rey está en peligro, mi deber me llama a su lado, que es donde le puedo ayudar, y donde estuvo siempre mi Casa, y no tanto en la embajada de Berna, que sinceramente no parece requerir mis servicios con urgencia.

Creo que el Rey está en peligro, y más aún, creo que la mismísima Monarquía puede llegar a estarlo. Y me da la impresión de que vosotros, distraídos por las partidas de tiro al pichón y la amortiguada atmósfera de Puerta de Hierro, no os dais cuenta de ello con la nitidez que se percibe desde aquí, el corazón de Europa, donde las voces se oyen mucho más altas.

No te ocultaré, estimado Pepe, que en mi deseo de regresar a Madrid concurren también razones personales: mi hijo Diego, el que está de segundo secretario en París, se ha enamorado de una chica suramericana, de Santiago. Graciosa, bien educada y con muchísimo dinero, creo, como todos estos americanos de París, pero a mí, qué quieres que te diga, no me hace mucha gracia; ni poca: yo esperaba casar a Diego con alguien de su clase, que le ayudase en la Carrera como me ha ayudado Tina a mí: ya sabes que

en esto la esposa pesa muchísimo, y no creo que ayude si es extranjera. (Sí, ya sé que la esposa de Fernando Maristany lo es, y mira dónde ha llegado, pero ella, al menos, es florentina). Y si quiero ir a Madrid es porque Diego se ha empeñado en llevar a esta joven al objeto de presentarla a sus amigos y para que vea «nuestro mundo»: Madrid, el club, las fincas... (¿Es todavía nuestro mundo? ¿Por cuánto tiempo?) En cualquier caso Tina y yo deseábamos estar cerca, y estoy seguro de que lo comprenderás, al igual que mi urgencia —y esto es lo primero— en estar cerca del Rey en tiempos que no van a ser fáciles.

Te escribo a las Cortes pues no sé si habéis abierto vuestra casa de Zurbano tras el veraneo, y porque quiero que recibas ésta cuanto antes...

De todos aquellos breves días de felicidad oficial —París, amor, otoño, etcétera—, Camila retuvo una cena en su honor en la embajada de España. Contra todo pronóstico pues en aquel exagerado palacio le nació en lo más oscuro de sus entrañas, aunque ella todavía no lo supiera, un agravio, una desconfianza, la molesta sospecha para quien se dispone a casarse con eso, de que las embajadas vienen a ser como teatros de bulevar decorados con un inconfundible lujo de serie que se copian unos a otros, y donde se representa siempre —siempre— la vieja comedia de la

salvaguada del honor o, mejor dicho, su trapicheo salvando la apariencia: firmes matrimonios por dinero, elegantes amoríos sin compromiso, cochinadas bajo la mesa y préstamos con usura.

Pero todo eso tardaría en concretarse, y más en abstraerse: de momento, cuando Camila entró esa noche en la embajada —sus zapatos reflejaron el brillo de los charcos al bajarse del coche—, por un momento pareció que esas cínicas piedras no tendrían más remedio que acordarse de la fecha. Por alguna razón esa noche Camila parecía incluso bella, siendo así que nunca lo había sido. Su atractivo residía en una delicadeza que no tenía nada que ver con la fragilidad, una cierta cadencia en su forma de estar, un modo de ser despierto, quizá un poco impaciente con quienes la resumían en unos cuantos tópicos al conocer su pasaporte, pero en general tolerante hasta con los esnobs que su madre detestaba, por serlo ella también, o con la estupidez, que desbordaba al viejo Mallarino y lo dejaba en un rincón, maltrecho y pesimista sobre la condición humana.

Por eso mismo Camila, que había lamentado la ausencia de su padre, de viaje por Santiago, se encontró esa noche desvelada por una sutil ansiedad cuya causa desconocía, y que sólo la dejó dormir, misteriosamente, cuando en una de las caprichosas vueltas de la duermevela se imaginó al viejo Mallarino soportando en la mesa las trivialidades de la embajadora sobre América:

—Ésos son los países del futuro —decía.

—Desde luego —hubiese respondido él, lo estaba viendo—. Lo malo es que eso mismo me decían a mí cuando era niño.

O mucho peor, escuchando las teorías del padre de Diego:

—La historia de España no se *entiende* sino que se *siente*.

—¿Con qué glándula? —hubiese preguntado el viejo, casi seguro, y se habría armado. Sinceramente, prefirió que no estuviera. Y no es que su padre fuese difícil, al contrario, o que no supiese estar en una embajada— Camila sonrió por la ocurrencia, —sino que hay cosas que no van juntas, jamás, como los ojos y las cebollas. Una vez localizado el foco del desasosiego, y con la

tranquila resignación de quien descubre que su marido ronca, y que roncará toda la vida, se durmió.

Camila aprendió con el tiempo a evocar esa noche y a reírse, como aprenden a hacer todas las familias sobre el azar que los puso juntos. Creen ellos que es azar. Algo sucedió sin embargo esos días en París porque en su memoria Camila fue poco a poco dividiendo su noviazgo en dos, un antes y un después, una primera parte y una segunda, casi que una causa y una consecuencia, lo que es en parte cierto de igual forma que no hay martes sin lunes, ni melancolía sin entusiasmo la noche anterior.

Está claro que la melancolía se corresponde con Madrid, pese a las voces, las risas y las grandes palabras que le daban a la ciudad un aspecto de polvoriento teatro habitado sólo por actores, pero resulta dudoso que al entusiasmo corresponda París. No exactamente. No fueron tiempos, digamos, geográficos, como por otra parte no lo son nunca: las emociones no las trazan las fronteras.

En París Diego y Camila llevaron el noviazgo previsto de museos, conferencias y uno que otro libro —ésa fue la temporada de *Courrier sud*—, de paseos por el Bois, muchos cócteles de diplomáticos, cenas ocasionales en alguno de los pequeños castillos de la ruta del Loira y, sobre todo, de paseos sin fin por las plazas, los cafés, los muelles y los diminutos *squares*, disfrutando de la lenta desnudez de los castaños y haciendo lo que hacen siempre todas las parejas del mundo: preguntas.

La principal afición de Diego eran las antigüedades, y en su matrimonio había encontrado la excusa perfecta para entregarse a ella. ¿Acaso no se cancelarían muchos matrimonios si dejase de haber fiesta y disfraz y pastel y regalos y, sobre todo, muchas compras de cortinas y de sofás? La especialidad de Diego era el XVIII, un siglo poco afortunado en estética que sin embargo a él tenía el poder de ponerle nervioso como a un niño el escaparate de una juguetería. Camila descubrió una tarde de lluvia en un anticuario de l'Île Saint-Louis que a Diego le podía mudar el carácter al

conocer la inminente subasta de un feísimo escritorio Luis XVI en el que tenía puesto el ojo desde que llegó a París, y que resultaba particularmente costoso porque en él, parece ser, Luis XVI trabajó en varios relojes y arregló varias cerraduras, causa última de algunos rayones e impaciencias que el anticuario señalaba con un dedo de uña redondeada y brillante.

Decidió comprar ella el escritorio y darle a Diego una sorpresa, y obtuvo de doña Zoila el permiso de acudir a la subasta. Ése era el tiempo de los caprichos que en la familia de su madre se consideraban parte de la educación de una señora. El remate de antigüedades se desarrollaba en un salón alto y helado del Quai Voltaire, y como no se trataba de una pieza importante, fue una de las primeras en salir, justo después de una cubertería María Antonieta y una colección de catorce sillas doradas que, alineadas, parecían querer decir algo.

El escritorio partía en 15.000 francos. Como no era su primera vez —toda su casa en Tres de Marzo había sido amueblada, metro a metro, a base de subastas en París, Ginebra, Londres y Milán—, Camila dejó que liebres de la casa ajustasen el precio al más realista de 20.000 francos, y permitió que el rematador subiese la voz, antes de dejar caer el martillo, para levantar la mano.

—¡Vingt deux mille cinq cents!, la animó el rematador, y justo cuando Camila se adelantaba con la cabeza al ritual que iba a seguir, «Vingt deux mille cinq cents á la une, vingt deux mille cinq cents...» y comprobaba mentalmente que no se le había olvidado su chequera, escuchó no sin extrañeza que el rematador decía: «Vingt cinq mille», y se la quedaba mirando como esperando su respuesta. La dio: levantó su brazo, no más de tres centímetros.

«¡Vingt sept mille cinq cents!», exclamó el rematador, y un segundo después: «¡Trente mille!».

Ése fue el momento en que *Mademoiselle* Jobert, a su lado, no se aguantó más y dijo: «¡Ah! Zut!», pero para entonces el partido se había acelerado y llegaban ya a los cuarenta mil francos, un precio claramente excesivo para un escritorio de Luis XVI, por rayado que

estuviera en el malestar prerrevolucionario.

Sólo entonces Camila se resignó a volverse. Más allá de una dispersa sala que la miraba con más impaciencia que curiosidad por retrasar la salida de las grandes piezas, vio de inmediato a un hombre joven con un mechón de pelo en la frente, el cuello alto, los ojos muy extraños, abiertos sólo hasta la mitad, y una cordial sonrisa dirigida específicamente a ella. Por alguna razón Camila no sintió que allí hubiese una victoria en juego. Se trataba más bien de un diálogo, un baile, un peloteo de tenis sólo para divertirse. Quiso seguir. Se volvió hacia el frente. Iba a levantar el brazo cuando se lo impidió el vozarrón nasal e impaciente de quien hubiese podido salir en una película de gángsters y que claramente quería terminar de una vez:

—Fifty thousand!

Camila lo conocía. Todo París lo conocía. Era John Fist III, dueño de Fist's, en la Quinta Avenida, y fabricante de dos de cada tres colchones que se hacían en América del Norte, y de tres de cada cuatro almohadas. John Fist era desmesurado coleccionista de soperas, espadas y abrecartas, estaba en París en uno de sus safaris anuales, según había dicho la prensa, y le molestaba que un escritorio Luis XVI con rayones, aunque fuese de Luis XVI, retrasase su compra. Pues en todos los almacenes Fist ponía en el frontispicio: «Recupere en tiempo lo que invierte en dinero^[5]».

Cincuenta mil francos era más de lo que su madre hubiese aceptado como tarifa de clase particular en la educación de una señora, de modo que antes de marcharse Camila se giró hacia el joven y recibió de él una sonrisa del tipo «otra vez será».

Es posible que el destino no exista; que todo sea azar. Pero con el tiempo Camila, hojeando una tarde de lluvia un libro de Niebla, descubrió que ese mismo año había escrito un caligrama sin título en forma quizá de escritorio. Otros dos datos desconcertantes regresaron muchas veces a la tramposa memoria de Camila en muchas tardes de lluvia: el joven de la subasta tenía igualmente los ojos semicerrados y se parecía a Niebla como si fuesen de la misma

familia. Y la ausencia de título en el caligrama indicaba quizá que Niebla no había sabido qué era su dibujo, ni por qué, igual que le hubiese ocurrido con el destino, que se suele mantener oculto hasta que ha pasado y llega la hora de recordarlo y descifrarlo, cuando ya es demasiado tarde.

Yo soy la horenera sin el ave de un rey conyoro
 en mi mar seco sudaban los naufragios
 cantas de amor sentencias de critic tardes de domingo
 fronteras norte del desierto de tiuta seca
 horizonte de mi espejo
 Xornia del abismo: ~~SIX~~ Sentencias de geo inebri
 sembrado en la mierda

landings
de la horenera

agujas
de los

plumas
de ave

conaduras

cadáveres

falucas

décadas

¡Aquí murió
un rey!

Yo soy el campo un centro
de ojo

SIX

Guardamos una imagen fija de las ciudades siendo así que las ciudades, igual que las personas, cambian. Creemos que envejecen. En realidad están sujetas a metamorfosis incomprensibles, y de ahí que nuestras interpretaciones sobre ello sean siempre tan pintorescas. Durante mucho tiempo —poco contado en meses—, Camila tuvo la impresión de que Madrid era una ciudad en ruinas, ruinas de desgaste y olvido más que de guerras, organizada en torno a unos cuantos ministerios con las puertas muy grandes y palacios más bien tímidos. El cielo era siempre azul, y la gente, que como le habían advertido hablaba igual que en las zarzuelas, debía de sufrir dolencias opuestas pues los letreros de *Se prohíbe cantar* se alternaban con los de *Prohibido escupir* hasta en una remota esquina del Teatro Real a la que subió Camila en un entreacto, llevada por la misma curiosidad que la metía en los callejones, las iglesias no catalogadas y los puentes de segunda y hasta de tercera de los grandes transatlánticos: allí donde los emigrantes viajan confiando en las estrellas.

El Teatro Real venía a ser como una especie de aduana entre el Palacio de Oriente, con sus jardines geométricos, monárquicos, y una ciudad amazacotada con olor a aceite friéndose, en la que las mujeres se gritaban de balcón a balcón o, haciéndose las distraídas mientras regaban los geranios, les cantaban graciosas serenatas a los hombres que pasaban por la calle.

En la otra orilla vive el barquero

*Y en el monte canta el carretero
A quién pedirle que me suba al monte,
que me lo cante, que me cruce el río*

Esos mismos personajes con los que Camila disfrutaba hablando porque le parecía oír ecos de no sabía bien qué —su camarera granadina, o Silvano el chófer cuando iban solos en el automóvil, o el empleado de Correos—, se convertían sin embargo en una callada muchedumbre en cuyos ojos negros rebotaba el brillo de sus vestidos largos cuando salían por la noche. Allí, deshilachado sobre las aceras, Camila alcanzaba a intuir un vago latido, como un corazón que aguarda una cita. O una venganza.

Una noche, entre el público disperso que les miraba salir del Real, Camila reconoció a Paquita, la florista de la esquina de Bailón con Mayor, y dio unos pasos para saludarla. De inmediato la notó tensa y por experiencia supuso que sería a causa de su acompañante, un hombre de una sola ceja y mentón agresivo que la miraba burlón. Fuera del puesto de flores Camila no sabía qué decirle, igual que si se hubiese equivocado de teatro, y notó que igual le pasaba a Paquita, que siempre hablaba a tono con las flores:

—Llévese usted rosas, señorita, que a los toreros les gustan mucho.

O si no:

—No se lleve usted gladiolos, que ésa es flor de iglesia. Mire qué violetas tengo. Y las violetas, ya se sabe: callan a las suegras.

De dónde sacaba Paquita sus propuestas de radionovela, vete a saber. Pero armada de una sonrisa que le achinaba los ojos era capaz de decir más con ella que Celeste Celeridad, el locutor de Radio Mediodía que ya por entonces conseguía leer a una velocidad de media novela por hora.

—Eso no se hace —le dijo Diego con la voz apretada en una sonrisa de circunstancias. Caminaban hacia la puerta que sostenía

Silvano con la mirada larga y la gorra en el antebrazo.

—Qué.

—Eso: hablar en la calle con los criados.

Camila le miró sorprendida.

—Paquita no es una criada. Es una florista.

—Más a mi favor. Con las floristas tampoco. —Y a partir de ahí continuó en francés pues ya estaban dentro del coche y no quería que Silvano les pudiese oír. De todas formas Silvano conducía el Hispano Suiza como si fuese un paquebote en un estanque y, antifaz de mirada sujeta en el espejo, se le hubiese podido tomar por sordo.

El Madrid al que llegó Camila era pues un desconchado escenario de opereta en el que, más allá de las serenatas a la inversa de las camareras a los guardias, al fondo se podían escuchar ocasionalmente los disparos del Rey en el Tiro al Pichón de la Casa de Campo, más blasfemias de las necesarias —al principio Camila creía haber oído mal, no podía ser que nadie dijese eso—, y los ecos de discursos encendidos: discursos en manifestaciones, en los diarios y en las Cortes, discursos al desayuno y en los entreactos, discursos en las obras de teatro y en las caricaturas, en las pinturas sobre los muros, en las tabernas, a la salida de los toros y en las novelas de la radio, discursos que rebotaban sin pausa en los desfiladeros de las bambalinas y daban la impresión de que en esa ciudad se hablaba mucho.

Esa noche Camila meditó en la cama con las manos entrelazadas tras la nuca, y no tardó en comprender que no otra cosa le hubiese dicho su madre: en la calle no se habla con los criados. Todo lo más se les saluda desde lejos con esa media sonrisa que sigue dejando las cosas claras. Quizá con otras palabras o incluso sin —su madre era especialista en decir todas esas cosas con una simple mirada—, pero eso es lo que le hubiese dicho. Camila se preguntó entonces qué es lo que le había molestado del regaño de Diego, y entre todas las razones que fue alineando enfrente, de inmediato vio una que palpitaba más: era el

tonito. Quizá su madre le hubiese dicho lo mismo, «con los criados, etcétera», pero nunca con ese tono duro, bravo, medio mordido, en el que no quedaba rastro ni del ingenio del elegante que la abordó en el café de París, ni de la paciencia del que la buscó en Deauville, ni la suavidad del que... en ese punto Camila se ruborizó, abrió los ojos para ver si alguien la veía en su habitación a oscuras, y luego, con el agradable hormigueo en los brazos de la sangre que volvía, se dio la vuelta, se encogió un poco y buscó un sueño que por primera o puede que segunda vez en su vida tardó en llegar.

Madrid, 5 de octubre

Querida mista Sólita:

Hemos recibido la carta en la que nos dice que los perritos son muy lindos. Le escribo con urgencia para que les mande decir a los muchachos de la finca que ¡no se les vaya a ocurrir ahogar ninguno! Tengo muchísimas ganas de verlos y me da mucha tristeza pensar que para cuando yo vaya ya estarán quién sabe dónde... Si hay tiempo todavía, que les busquen casas donde los cuiden, y no como la vez pasada en La Rosaleda: estoy segura de que esas fieras que tiene el viejo Pizano se terminaron comiendo al cachorro que les dimos.

Estoy en Madrid, en casa de Diego. Ya sé que ya sabe, por mi mamá. Diego es un príncipe, tan bien plantado y elegante que molestó a mi hermano Honorato, pero lo que más me fascina de él es que además es un hombre atento y considerado y me hace sentir rico. Lo único que me preocupa es que sea diplomático pues eso va a significar estar de la Ceca a la Meca todo el tiempo, y no estoy segura de que eso me vaya a gustar siempre.

Hace una semana que llegamos a Madrid y, misía Sólita, todavía no sé muy bien cómo es esta ciudad, ni a qué se parece. Tiene un cielo azul casi metálico, que crea sombras muy duras en una ciudad de calles más bien estrechas, como coloniales, tan sucias como las nuestras. En una de ellas, en lo que llaman el Madrid de los Austrias, está la casa de Diego. No es una casa propiamente dicha sino un palacio, aunque la razón para que así lo consideren se me escapa: no se imagine un palacio como los de cuento, con tejados de pincho. Éste se parece más bien al Museo Nacional de Tres de Marzo, que según creo en tiempos fue un fuerte, luego un hospital, y después una cárcel. Pega pared con pared con un ministerio, o algo así (soldados en la

puerta), y con la iglesia de San Casimiro de Jerusalen cuyas campanadas suenan entre el salón y cada cuarto de hora le dan a la casa una atmósfera de Semana Santa. Para que se haga una idea, hay capilla, biblioteca con billar, tres o cuatro salones y unos diez dormitorios. O sea que es más chiquito que nuestra casa de Tres de Marzo, a la que no llamamos palacio. (¿Se imagina las risas de todo el mundo?) Supongo pues que el nombre le vendrá de la vejez de las piedras, y de los lacayos de calzón corto (elegantísimos, pero no creo que los nuestros se dejen), y de un escudo que se encuentra en todas partes, desde el portón de entrada a las fundas de las almohadas (¡qué hilo, mista Sólita!) y, según descubrí anteanoche, en un banquete ofrecido en honor del jefe del partido político al que pertenece el papá de Diego, hasta en la más pequeña de las cucharitas y el más insignificante pocillo de café.

El día que llegamos...»

El día que llegaron, a Camila y Diego les dieron de comer en una mesita dispuesta en el salón de estar, de acuerdo con las instrucciones de la marquesa de Loma de Águilas, y cuando a la hora de la cena quisieron repetir la jugada, Diego, que no había

dicho nada a mediodía, ordenó a Silvano que sirviese la cena en el comedor y Silvano enrojeció como si le hubiesen sorprendido con la camarera.

Camila llegó a Madrid con la sensación de haberse vestido con ropa prestada que crean las llegadas al amanecer después de un viaje. En la estación de Atocha hacía menos frío que en París, el cielo brillaba en la suave brisa de octubre y los maleteros pronunciaban muy bien el español y decían cosas muy graciosas, al tiempo que parecían enfadados por alguna razón.

Olvidada ya la de Tres de Marzo, a Camila le asaltó la mugre con una fuerza que para ella debía de ser masculina porque la llamaba «el mugre»: papeles, colillas, residuos de naturaleza incierta chapoteando en una superficie irregular coloreada por un abundante serrín que no alcanzaba a sofocar un generalizado olor a orines y a tabaco húmedo, y en medio de la cual, como un heraldo enviado para llevarles a buen puerto, les esperaba Silvano midiendo a sus paisanos con la severidad de quien ya se afeita con agua caliente. «Era de temer», pensó Camila al recibir un saludo que parecía el paso de baile de un geómetra. Se equivocaba. La apariencia de las cosas era aún lo único que podía ver.

No anduvieron mucho. De todas formas Camila ya sabía que nunca se ve mucho a través de los cristales de un coche de ocho metros. Sólo en los días siguientes, en los pequeños espacios que les dejaba la vida social, casi siempre temprano, cuando todo el mundo aún dormía en el palacio y nadie se empeñaba en *guiarle* o en *mostrarle*, o en advertirle de *peligros* que la hacían sonreír, Camila se aventuraba en paseos cada vez más amplios por una ciudad cuyas versiones cambiaban a la misma velocidad y energía que las líneas de sol y sombra sobre las aceras.

Liberada al fin de la tutela de una *mademoiselle* —hubiese sido una impertinencia ir a Madrid con una dama de compañía—, Camila no lograba sin embargo quedarse mucho tiempo a solas con Diego, como había esperado en París, y además, alguna noche, se asombraba de su ingenuidad. Pues aunque Madrid no tenía tantos

anticuarios como París, desde luego, a los efectos de soledad o no soledad tenía muchas más fiestas, mucho más club, más golf, más amigos y más gente por las calles.

En esos tiempos agitados una parte apreciable de esa gente protestaba, y protestaba, sin duda, por las mismas razones que se protesta siempre —ceños, mejillas sin afeitado, ojos hundidos sin más esperanza que el rencor—, mas otra parte no menos importante se dedicaba a investigar el lado amable de las cosas, o al menos el más ruidoso, lo que se traducía en una curiosa obsesión por estar lo más posible fuera de casa entre el mediodía y el alba, con un pequeño armisticio a la hora de la siesta.

En Madrid había esos años dos clubs de golf (uno para la alta nobleza y otro para la baja), una sociedad filarmónica, un Palacio Real y ciento quince iglesias, todo ello con una considerable actividad en temporada, y sobre todo un centenar de palacetes repartidos entre la Castellana, Puerta de Hierro y el Madrid austríaco, una enorme cantidad de tabernas y tablaos, y un número aún mayor de cafés, con poetas o sin, que satelizaban tres o cuatro docenas de periódicos nocturnos. La consecuencia de todo ello es que, al margen de la vida laboral de la ciudad, escasa y más político funcional que productiva, el momento culminante del día era la medianoche, cuando ya la gente pensaba distinto sobre la dureza de la vida y aún quedaba una larga distancia hasta el cierre de las tabernas, de seis a siete del alba, para limpiar.

Ni que decir tiene que Camila no andaba por ahí hasta tan tarde, pero la ciudad sí, y eso estaba en el aire con la misma invisible, incontestable y misteriosa certeza que la transparencia de octubre. Era una ciudad alegre. Muy alegre. Todo el mundo hablaba en teatro, en gracioso o en madrileño, y en cualquier momento, en cualquier lugar podía arrancarse un sainete, una verbena o una obra de Muñoz Seca, que comenzaba a triunfar. En serio: los íntimos amigos de Diego, por ejemplo, se llamaban Quico, Pepe y Toño, y se apellidaban África, Victoria y Santa Águeda, que en realidad no eran sus apellidos —muy pocos conocían sus apellidos—, sino los

títulos de sus familias: condes de África Ultramar, marqueses de la Victoria de la Encina y señores de Nuestra Señora de Santa Águeda. (En cuanto a Diego, se le conocía por Diego Águilas, lo que, pensaba Camila con regusto novelero, le daba un aire de bandido). De modo que en los primeros tiempos Camila escuchaba a Silvano acercarse sigilosamente a Diego y decirle: «Le llama el marqués de la Victoria de la Encina» (lo cual no era técnicamente cierto pues el marqués era su padre), y tenía la impresión de que le iba a caer en suerte el privilegio de asistir a la rendición de una ciudad amurallada. Por eso no dejaba de dar un respingo, como en las comedias cuando aparece el marido, al escuchar a Diego subir la voz en el teléfono:

—No seas pelma, Pepe, y dile a Fina que te excuse con tu tío el arzobispo, que para eso se da mucha maña, y vente con nosotros a la ruleta de casa Zalamea^[6].

Una vez fueron al Prado, y Diego le mostró las *Meninas*, los *Fusilamientos* y un par de vírgenes de Murillo con el mismo tonito de orgullo patrio con que a la hora de comer el marqués de Loma de Águilas comprobaba una y otra vez la superioridad del rioja frente al burdeos y la marquesa hablaba del catolicismo y reciedumbre de los navarros —ella misma era un poco navarra por el lado Múgica de Iraburu—, como si fuesen peculiaridades de su jardín. De hecho, para asombro de Camila, el palacio no tenía jardín y las flores para los floreros, que le eran necesarios como beber agua, las aprendió a encargar ella en el puesto de Paquita.

También iban alguna que otra vez al Real, donde Camila asistiría más tarde a la ocasión, histórica en los anales de la sordera como luego se vería, en que la aristocracia y burguesía madrileñas silbaron, abuchearon y patearon *El alba de la ciudad*, de Vinkírovitz.

Pero tanto el Prado como el Real resultaron anécdotas en ese primer viaje de Camila a Madrid, y por un tiempo guardaría de ellos un recuerdo aislado, sin vecinos ni asociaciones. Porque la impresión, la textura que Camila guardó mucho tiempo de ese noviazgo fue la de una inacabable partida de caza sanguinolenta —

lejanos disparos en la niebla, coñac y elegancia en el velatorio de bellos animales manchados de barro enrojecido—, que se fundía sin transición en un campo de golf donde los rojos y ocres del otoño distraían a los jugadores con su belleza hasta el punto de que el récord del campo era claramente peor en noviembre que en abril^[7]. La noche llegaba tras un entreacto en la sauna y los vestuarios de Puerta de Hierro. Allí Camila comprobó, no sin rubor, que las chicas negociaban y se repartían a los chicos mientras se secaban con enormes sábanas mullidas y entibiadas en toalleros calientes; supuso que ellos harían lo mismo. En la noche podía suceder cualquier cosa, siempre que fuese entre reflejos de copas y risas al compás.

Podía suceder el baile, por ejemplo, el baile de disfraces, que Camila conservó siempre como otro hecho misteriosamente aislado, único, reservado para ese día, sin posibilidad de repetirse.

Al amanecer Camila tuvo un momento de duda y se preguntó si estaba en un baile o en una representación de difícil naturaleza — nunca había visto nada parecido—, y en cualquier caso dónde. Pues en ese momento el día levantaba sobre un escenario de niebla en un parque de fábula —álamos dorados, castaños, olmos centenarios de cinco pisos entre grava y estatuas de otra época—, y aquí y allá se oían las risas dispersas de quienes habían salido a disfrutar del frescor del alba.

Ya casi ninguno llevaba el antifaz aunque casi todos se habían vuelto a poner la capa, de terciopelo negro para los hombres, azul de lis para las mujeres. Si se omitían las risas y las inconfundibles voces de fiesta, podrían haber pasado por monjes dirigiéndose a la oración matinal. Ambos, antifaces y capas con tallas precisas, les habían sido enviados junto con la invitación y el ruego de usar los antifaces hasta la medianoche. Camila ya había acudido a muchos bailes de disfraces, pues menudeaban en su época, pero nunca había acudido a uno en el que, al comienzo, cuando importa, todos los invitados estuviesen igualados por capas y disfraces elegidos con astucia por su eficacia, con el extraño efecto de armonizar a todos un par de horas en el mismo gusto.

Ésa era la peculiaridad de ese año. La del año anterior había sido que todos los invitados declamasen un clásico en el momento de escuchar cualquier cosa relacionada con la política. Por ejemplo:

Invitado A (*en un corro de elegantes entregados a la ironía y la maledicencia*):

El otro día me contaron que Pepín Rivera^[8] está completamente arruinado. El juego, ya sabéis. No le va a quedar más remedio que trabajar. Y como unas oposiciones son largas y nada seguras, están pensando en las Cortes. Ya ha comido con Brillo...

Invitados B y C (*atropellándose*):

«¿De qué sirven los verdes faldellines
si el vulgo por los lodos os arrastra?
Hermosos pies, ¿por qué sufrís, botines?»

«Coronado de lauro, yedra y box,
Rosel le quita a Febo su carcax,
pues hace los esdrújulos sin ax,
y a todos los poetas dice ox».

Se intuía pronto el gusto teatral del anfitrión, y su afición por la Historia. Hacía dos años, le contaron a Camila, el tema del baile había sido la historia de España, que en cierto modo era también la de la casa. Hubo bastantes Felipes II, unos cuantos Hernán Cortés y Míos Cid y un par de Colones que acompañaban a multitud de Isabeles las Católicas. Pero como era previsible los provocadores de siempre aparecieron vestidos de Moctezuma, de Pepe Bonaparte y hasta de Hearst, el magnate yanqui que tramó la guerra con España para vender más periódicos.

El baile resultó en todo momento un juego en torno al fuego, más cuanto que después se bordeó el desastre. En cierto momento una Isabel abofeteó a un Inca Atahualpa^[9], y en otro la que figuraba como esposa de Wellington, ignorante de la historia, se agarró del moño con una de las varias Agustinas de Aragón. Creía que debían ser enemigas pues al fin de cuentas Agustina era pueblo, dijo la que había de ser más tarde duquesa de Wellington en la ficción de la Historia, y que en la vida real era duquesa de Jerusalén Conquistada, más conocida como Fifí Jerusalén.

Y luego hubo un Bolívar, uno solo, pero bastó para exasperar los ánimos: unos diez o quince invitados hicieron llamar a sus coches, y algún publicista pensó incluso en acelerarse la reputación resucitando el duelo. Pero se lo pensó mejor al enterarse de que, aparte de gabacho y teatrero, *Bolívar* —que además era el anfitrión— había sido campeón de esgrima y tirador legendario. O quizá se dejó intimidar porque tras el disfraz se encontraba el viejo duque de Santás, título que usaba tal vez precisamente porque en su brumoso feudo de pantanosas tierras se le conocía como *duque de Satanás* desde el origen del mundo.

Aunque, ¿era realmente todo eso? Del duque de Santás, leyenda viva de su época, como dicen las revistas, y tío de Diego, lo único comprobable era que poseía la mejor facha del reino, una envidiable cabellera blanca, el don natural de la elegancia y una cantidad de títulos que le fatigaba repetir. Sólo usaba los de Santás, marqués de la Laguna del Origen y de Santa Fe bajo la lluvia, conde de Ogamora y barón de If, título este francés que al igual que otros ayudaba a ganarle de siempre una reputación de gabacho, afrancesado. Quienes pretendían así insultarle desconocían que él reivindicaba sus insultos: era gabacho por tradición desde que un tatarabuelo suyo permaneció un lustro como embajador en Versalles, y luego se trajo el gusto por el idioma, la inteligencia y la claridad, y por piel como homenaje a una institutriz parisina que tuvo el detalle de iniciarle en la vida con delicadeza y sin complejos de culpa, como parte de la educación de un caballero; un don inapreciable en aquella época melancólica en que se temía que un simple viaje a París pudiera condenar el alma.

Pero lo que inesperadamente concitaba más odio eran los bailes de disfraces que organizaba en Gádor, exquisitas representaciones en las que muchos sospechaban haber hecho el ridículo. Peor aún: pese a haberlo hecho no sabían dónde, en qué. Cómo no iba a ser teatrero, pensó Camila ya muy tarde en la noche, con ese escenario a su disposición: Gádor no era ya lo que debía de haber sido, pero tampoco todavía lo que estaba destinado a ser. Basta recordar el

detalle de que, cien pasos detrás y ya bastante adelantado el siglo, un pinche de jardinero aún borraba con un rastrillo las huellas que iba dejando el duque, en los caminos de grava, durante los paseos que al alba servían de transición al día desde el insomnio.

En cuanto a la casa, ¿sobraba, en realidad, como parecía? Incluso en aquellos años, cuando aún no se distinguía claramente la ofensiva para obligar a la gente a sobrevivir en cajas de zapatos, incluso en aquellos años Gádor parecía ya una exageración, un exceso, un capricho inútil. Cercada de olmos mucho más altos que ella, de robles, chopos, álamos, castaños que la noche de la fiesta tuvieron el detalle de alfombrar el parque con manchas ocres y rojizas, la casa no parecía tan grande, al principio, y había que ir descubriéndola como una galería de espejos: se hubiese dicho que cada salón parecía enlazar con otro, y con otro, y con uno más, según le parecía a Camila, extrañada sobre todo de que un espacio la intimidara pues su casa de la calle de la Salida, en Tres de Marzo, no era mucho más pequeña.

Lo que sucedía en Gádor es que cada salón, cada cuarto, parecía un resumen, un indicio de algo, en tanto que, en la casona de Tres de Marzo, por alguna razón no evidente esos mismos salones techados en Francia, amueblados en Inglaterra y alfombrados en Persia parecían no un resumen sino tan sólo un comienzo, un primer capítulo. Y éstos no eran sólo complejos de americana, pensó Camila mientras atravesaba salones y se cruzaba con invitados que admiraban lo que veían, y comentaban cuadros como si estuvieran en un museo. En cierto momento se quedó mirando una mesa de ajedrez con una estimulante posición que se hubiese dicho el resultado de una partida empezada siglos antes.

Esa impresión de resumen parecía tener que ver, no tanto con el tiempo, pues tiempo pasa por todas partes, sino con una cierta calidad de ese tiempo, un cierto peso, una cierta intención. Como los céspedes de Inglaterra, tiempo sobre todo en la lenta conquista, igual que en el ajedrez, de cosas y espacios completamente inútiles pero en los que se alcanzaba a escuchar, más allá de las risas y los

comentarios previsibles de los invitados, toda una convincente razón para vivir.

Quizá algunos lo llamarían belleza, y ésa era la reputación de Gádor (aunque muchos añadían en voz esquinada que se trataba de una belleza extranjerizante, poco española). Pero no era sólo la belleza, pensó Camila, a quien habían educado en la apreciación de sus formas más triviales, un sombrero, un mantel, un florero, sino de una como interpretación del mundo. Al observar una esquina compuesta por un pedazo de pesada puerta, una parte de un fresco italianizante, un pequeño retrato de una dama de negro montada a caballo y un ventanal sobre un parque en el que empezaba el alba, Camila pensó que Gádor era un idioma, una interpretación, una propuesta de mundo. En ese momento estaba sola. Ningún otro invitado se había aventurado tan lejos —sólo cuatro o cinco salones más allá del baile, en realidad—, y apenas se adivinaba el lejano rumor de la fiesta.

Pensó que ya debía volver. A lo mejor Diego había comenzado a echarla de menos, y al tiempo sentía que cruzaba una de las fronteras invisibles que tiene todo baile, y que en absoluto dependen del alcance de la música. En este caso, además, la música se fundía con un tenue piano sin origen concreto.

Precisamente ésa fue la tentación para el espíritu de explorador de Camila. El alba iba despertando lentamente a los árboles del parque húmedo cuando abrió la pesada puerta de la esquina, la única que encontró cerrada, y cuyo pomo a la altura de su boca la empequeñeció. Entró en una biblioteca de dos plantas que la empequeñeció mucho más, y al cabo de cierto tiempo terminó por tropezar con los ojos entrecerrados, lejos, probablemente furiosos de Niebla, que sin embargo siguió tocando el piano como si no pensara interrumpirse nunca.

Luego las cartas de Camila dejaron de comentar la transparencia de aire, la suciedad de las calles o la alegría de la gente. Desde ese amanecer con Niebla ya no supo bien dónde se encontraba. Parecía que en esa expedición hacia la biblioteca de Gádor hubiese cruzado una frontera.

Y nada había cambiado, eso es lo extraño, como no fuera que los árboles fueron adelgazando hasta quedarse en esqueleto y que los discursos que se escuchaban por todas partes aumentaron en excitación, vehemencia, aspecto de estar utilizando los últimos argumentos.

Eso fue lo que cambió, precisamente: otra selección del oído. Igual que en un cambio de la música, Camila dejó de escuchar el *allegro* de las fiestas, las cacerías, el golf de Puerta de Hierro, una música en la que las risas exageradas sonaban demasiado fuerte y carecían de justificación. ¿Dónde estaba la gracia? Empezó a oír otras cosas y leyó otros periódicos, por ejemplo, lo que supuso meter a Silvano y a Conchita, su doncella, en un tráfico clandestino pues al palacio de Loma de Águilas no llegaban más que los diarios predecibles, en tanto que los otros, capaces de alterar el enfermizo corazón del marqués, simplemente no entraban. Camila quiso interrogar a Conchita sobre su casa, su pueblo, sus hermanos, y renunció al intuir su rápida humillación: como la mayor parte de los pobres, la muchacha sentía que había en ello algo vergonzoso. Quiso interrogar a Silvano sobre el ruido de fondo en la ciudad — gritos, pintadas sobre el amarillo de los árboles, bisbíceos del marqués con sus amigos— y encontró una esfinge que sonreía con

la seguridad de quien sabe el secreto.

Ya no miró la calle con ojos de turista, predispuesto a admirar cualquier cosa que tenga más de un siglo —iglesias, estatuas o viejecitas merendando bajo arañas de cristal en un salón de té—, y se le afiló el sentido del viaje que pese a todo se le había ido metiendo bajo la piel en internados, transatlánticos y hoteles de la costa normanda donde los ricos de todo el mundo iban a tomar las aguas. En misteriosa y rápida alquimia, la madrugada en Gádor también le hizo prestar atención a las opiniones de la mesa, que de pronto ya no le parecieron una lejana cháchara sobre una sociedad de risas y apellidos muy sonoros y comportamiento más bien provinciano.

—¿Y qué tal el baile en Gádor? —preguntó el marqués; en el mismo tono hubiese preguntado por un teatro, un postre, un vino. En ese momento se servía de una enorme bandeja de plata el cocido de los domingos, en cuyo centro, sobreponiéndose al tocino y la morcilla, asomaba el escudo familiar con la corona de marquesado sobre cuatro cuarteles. Ya se disponía Camila a aprovechar esa única ocasión de mostrar entusiasmo cuando el marqués dejó los cubiertos en la bandeja— la doncella vacilaba bajo el peso —y continuó en un tono jovial que Camila había aprendido a reconocer como el de su odio:

—¿Y con qué genial *mise en scene* transformó esta vez Gádor mi querido hermano?

Diego vaciló, se tomó su tiempo para responder, y finalmente accedió a regar los oídos de su padre con los dardos que éste quería oír: ese humor feudal que sabe buscar el talón de Aquiles de un pez, si es necesario, sólo para ridiculizarlo. Diego consiguió hacer reír a su padre.

«... Silvia Reconquista llevaba floreros colgando de las orejas», «Carmen Casa Urquiza iba embalsamada con el mantel de su boda», «Valle Florido se agarró tal moña que tuvo que salir nadando...», sin caer en la cuenta de que bajaba unos milímetros, si no en el afecto, en la admiración de Camila, que es su condición

previa. Y Camila supo de una vez lo que ya intuía: que en la familia de Diego también había dos bandos, y que Niebla estaba en el de enfrente. La prueba es que ahí lo llamaban Iñigo.

—Me llamo Iñigo —había dicho el pianista en la biblioteca de Gádor—, pero mis amigos me llaman Niebla.

—¿Por qué? —preguntó Camila.

—Porque así soy yo: lluvioso, deshilachado, improbable, gris.

En el curso de ese cocido de domingo —presidía el cura que había oficiado la misa—, Camila logró saber que Niebla venía de una deformación de Niva, su verdadero título.

—¡Un glorioso título! —exclamó el marqués—, por el que mi sobrino Iñigo debiera sentir orgullo: lo ganó Alvar Gayán de Gádor en el sitio de Niva, en Flandes, y todos sus poseedores lo llevaron con dignidad —ahí al marqués se le cayó la voz— hasta hoy: mi querido sobrino se mofa de él y hasta se hace llamar Niebla como si fuese un saltimbanqui, un asaltante de caminos.

A lo mejor Niebla se tomaba a sí mismo como una especie de asaltante de caminos y desde luego un saltimbanqui. ¿Acaso no eran instrucciones de saltimbanqui las que figuraban en las obras de teatro que montaba en la universidad?

YAGO (estirándose, untándose en el suelo hasta que nada sobrepasa la altura de su nariz): Ya no puedo más.

BORIS (desde el suelo, punteando con el torso y —sobre todo— con la mandíbula y la nariz): De qué. ¿De haber nacido? ¿De ti? (concediendo)... Tienes razón: yo tampoco (muy cansado). Tírate. Arrójate. Nada...

(Así Acto II)

Y desde luego, pensó Camila regocijada cuando lo supo, desde luego su comportamiento era a veces de asaltante de caminos. ¿Acaso no hizo desaparecer en una sola noche todas las manzanas previstas para los postres del colegio durante un invierno? Resultó

fácil saber cómo se las había arreglado: al día siguiente de la apuesta, pues mediaba una apuesta, todas las ollas de la cocina del internado, «todas», subrayó Diego, y parte de los alambiques del laboratorio de física y química, amanecieron inservibles para siempre por una alegre capa de caramelo que se reía de los estropajos. La peste dulce duró meses. Durante mucho tiempo nadie fue capaz de probar una manzana.

Lo que Niebla nunca tenía previsto, «lñigo», se corrigió Diego al sentir la mirada de su padre, lo que lñigo nunca tenía previsto es que había un método infalible para descubrirle. El padre José alineaba a todo el colegio en el patio, bajo el frío, los montes de hielo azul, la nieve o lo que estuviese cayendo, y después de echarles un sermón que les iba amoratando las manos, las narices y las piernas de sus pantalones cortos, preguntaba:

—¿Quién ha sido?

Parecía un rito. En el mismo impulso musical de la pregunta llegaba la respuesta. Desde las últimas filas, Niebla avanzaba un pie, luego otro, y llegaba hasta el podio desde el cual el rector dirigía sus arengas. Allí levantaba su mirada lenta que parecía alargar más el cuello y hacía una pausa con gran sentido musical.

—Yo. Yo he sido —decía.

La sentencia solía ser rápida y siempre la misma: condenado a no salir uno, dos, tres, cuatro... hasta dieciséis domingos como la vez de las manzanas. En su caso daba igual porque el tiempo no producía domingos suficientes para que pudiese pagar sus condenas. Cuando los dieciséis, máxima pena jamás impuesta, lñigo tuvo que quedarse en Navidad en el colegio. Y ése fue el error de sus jueces: junto con los cuatro o cinco huérfanos becados del colegio, Niebla creó un pequeño conjunto de cámara que, la verdad, sonaba de angustia.

Pero a él no parecía importarle. Al volver de vacaciones todos le pudieron ver tranquilo, con el cuello más largo y los ojos más lejanos que nunca, como fortalecido por el exilio y la solidaridad en la desgracia. Lo que confirmó su siguiente fechoría.

En este punto Camila observó, no sin confusión, que ése era su primer momento en Madrid parecido a la felicidad que le suponían. Hasta Silvano y las dos camareras se habían olvidado de ofrecer una repetición del postre y escuchaban a Diego con atención de estatuas.

Nada más comprender el rector que la música, aunque fuese música de gatos, era el medio utilizado por Iñigo para alejar de él a los huérfanos, de él y de su paternidad frustrada, la prohibió. En ese punto hasta la marquesa dio un respingo:

—¿Prohibió la música?

—No técnicamente —dijo Diego—. Lo que hizo fue sabotear los ensayos. Comprimirlos. Arrinconarlos en los extremos fatigosos del día. Tentarlos con recreos, partidos de fútbol y cosas parecidas. A Niebla solo no le hubiese afectado, él se crecía con esas cosas, pero a su orquesta de huérfanos sí: a ellos les gustaba el fútbol.

Niebla ideó entonces un sacrificio, una inmolación, su quema de las naves, algo así. Una sonada despedida, y nunca mejor dicho: toda una noche estuvo flotando por el colegio, desde la caseta del jardinero al campo de fútbol, de las cocinas al campanario, una música ubicua, trashumante y de melodía discutible, que imponía dos evidencias: resultaba incompatible con el sueño y sus intérpretes no podían ser sino Niebla y su banda de huérfanos, ausentes de sus camas e invisibles e indestructibles durante toda esa noche de insomnio.

Ésa fue la vez en que al rector se le trastornó la pedagogía. Como si todo el mundo no supiese ya quiénes eran los músicos, por la mañana hizo formar al colegio bajo una bruma propia de una guerra de trincheras, lanzó su filípica y después preguntó:

—¿Quién ha sido?

Y en efecto, en ese instante se abrió la puerta del patio que daba al huerto y apareció Niebla, estragado por una noche de insomnio creador, más delgado y con la cabeza más echada hacia atrás, lo que parecía soberbia y era sólo el intento de vencer la pereza de los párpados. Con la cadencia de siempre llegó hasta el podio del

rector, desdibujado por la humedad de marzo.

—Yo —respondió, también ritualmente.

Y aquí fue cuando el rector se arrojó del podio y le atizó un bofetón cuyo eco rebotó en los muros durante cinco minutos, evocó Diego, lo había contado muchas veces. En el silencio del comedor se escuchó nítidamente y se vieron blancos los cinco dedos en la mejilla roja del chico. La marimba que llevaba Niebla bajo el brazo brilló brevemente en el aire, como el carrusel de una feria, antes de estrellarse contra el pavimento con un ruido alegre pero desordenado de juguete roto, muy en la línea de lo que se había estado escuchando toda la noche.

—Entonces comprendimos lo que había querido decirnos —exageró Diego como se exagera evocando los grandes momentos del arte—. El colegio entero se quedó tan sorprendido con el sopapo —Loma de Águilas dejó de jugar con un montoncito de migas y miró a su hijo— que durante los cinco minutos de su eco nadie vio que los huérfanos de la orquesta habían seguido a Niebla hasta el podio, y que por su actitud desafiante reclamaban su ración. Nadie vio tampoco que la ceja de Iñigo sangraba. En muy poco tiempo todo él parecía querer salirse por la ceja.

Nunca se supo cómo se enteró el tío Luis...

—Le llamaría Iñigo —se impacientó Loma de Águilas.

—Lo dudo —dijo Diego.

—No importa —cortó la marquesa, quería oír el resto.

... nunca se supo cómo se enteró el tío Luis: a la mañana siguiente se apareció temprano en el colegio con el Packard conducido por Martín, lo que significa que había viajado toda la noche. Cruzando el estruendo del recreo con su pelo blanco y sus bigotes alineados con regla —se atrevió a contar Diego, a su padre le gustaría la imagen— se hubiese dicho un embajador desembarcando en medio de un carnaval de salvajes. Pero no reía. Escuchó los balbuceos del rector mientras le brillaba la furia en el monóculo. Luego se limitó a decir: «A un chico no se le pega porque un chico no es un animal. Tampoco los animales aprenden mucho a

golpes». Entonces se giró hacia nosotros —evocó Diego, miraba a Camila—, y a Iñigo le dijo: «Recoge tus instrumentos. Te vienes conmigo». A mí me preguntó qué deseaba hacer.

—¡Lo que faltaba! —tronó Loma de Águilas—. ¡Qué ibas a hacer! ¡Quedarte! Un hijo mío no se acobarda por un bofetón.

No, pensaron por lo menos tres de los presentes. Ni tampoco hace música^[10].

En esos años hacía más frío, aunque menos, mucho menos del que haría después. Y nadie parecía notarlo. Una simple sílaba arrojaba al aire un chorro de vaho digno de un discurso, en la calle los hombres parecían menos listos pues se calaban el sombrero para abrigarse la calva, y las mujeres tendían a usar faldas más estrechas y largas, y es probable que juntaran más las piernas. Nada de ello importaba: a diferencia de lo que sucedería cuando el frío y la caspa ocuparon el primer plano, en esos años ocurrían demasiadas cosas en el aire para que nadie se fijara en el suelo mucho tiempo.

Camila y Diego no tenían previsto pasar más que un mes o dos en Madrid pero por alguna razón se fueron quedando. Es verdad que entonces el tiempo era distinto. En realidad eran distintos los instrumentos para medirlo: los empleados no tenían vacaciones, por ejemplo, o las que tenían no iban mucho más allá de las previstas en la Biblia. Y sin embargo esa esclavitud no resultaba mucho peor que la de ahora. El trabajo era, por así decirlo, más relativo. No había jefes espiando minutos de retraso, ni mucho menos máquinas carceleras para medir entradas y salidas, y en general se aceptaba que un empleado era un ser humano y por tanto tenía derecho a leer el periódico en la oficina, comentar los toros del domingo y, sobre todo, salir a tiempo para el aperitivo, la siesta, el café y la charla: los lujos del español, que decía uno de los filósofos de la época. Entonces, quién sabe por qué, había muchos.

Así las cosas no parecía extraño que Diego pudiese tardar tanto en reincorporarse a la embajada en París. En aquel tiempo, si los

empleados eran considerados seres humanos, los diplomáticos habían decidido ser una especie cosmopolita de rentistas y, lejos de la mirada de sus empleadores, podían comentar más toros, tomar más aperitivos y dormir más siestas que nadie. Camila se preguntaba si casarse con Diego significaría esa suerte de vacación sin fin, una existencia extraña con el marido siempre en casa, jubilado sin estarlo, cuando terminó por comprender que ese domingo eterno no era normal, ni siquiera entre diplomáticos, y que de alguna forma confusa tenía que ver con el griterío, las pintadas, los discursos a cualquier hora y el ceño fruncido de las masas. Y se dio cuenta porque el ceño se le iba contagiando a Diego y a toda su pandilla de amigos con nombres de batalla.

(De una carta de Camila a su hermano Honorato, en Cambridge).

A veces me gustaría vivir en un lugar tranquilo como Cambridge. Aquí seguimos yendo a fiestas, pero menos que cuando llegamos. Hace un frío tremendo. Es de lo más desconcertante porque al mismo tiempo hace más sol que nunca y al cielo parece que lo lavasen con jabón. Por las noches entra una niebla que me recuerda a Tres de Marzo y entonces me da nostalgia. Aunque ya pronto será Navidad, aquí todo el mundo está cada vez más serio. Hay mucha discusión política...

La había. Con la llegada del invierno fueron disminuyendo las

cacerías y aumentando las reuniones de hombres en los palacios ocultos del Madrid de los Austrias. Las reuniones terminaban casi al alba y los conjurados salían hablando en voz baja y se disolvían en la neblina fantasmal de las farolas. El ruido cambió: si las pintadas en los muros subieron de tono, también se fueron haciendo menos dramáticas, más festivas: «Ni Monarquía, ni República: cine», decía una enfrente del Palacio Real, no muy lejos de donde se celebraban las reuniones de Niebla con sus amigos anarquistas. Mas en los periódicos, en las Cortes, las bromas no menudeaban. Se decían cosas gordísimas, como que el hambre de los campesinos era designio de Dios (mesa de Loma de Águilas, hora de la comida, vino de la casa); que había que abolir los títulos, o mejor, distribuirlos entre el pueblo: panaderos marqueses y peluqueros almirantes (*Alarma*); y que Pepa Hurtado, *La Tartamuda*, cantaba mejor, incomparablemente mejor que la gran Conchita Vidal (Congreso de los Diputados). Un caos.

En ese ambiente prerrevolucionario los amigos de Diego se fueron haciendo menos bromistas, en el Teatro Real se escuchó una noche *El canto de los marineros*, de Filipo D'Anvila («Una profanación», tituló *La Crónica del Siglo*), y Diego tuvo la idea, y ésta creció imparable, de casarse para la primavera, en Madrid.

—No puedo dejar a mi padre en momentos como éste —le dijo a Camila.

Era una de esas ideas que crea la necesidad, la guerra, la inminencia de algo.

(De una nota enviada mediante ujier, en bandeja de plata, por el marqués de Loma de Águilas al marqués del Brillo, su jefe de filas, cuatro más adelante en el Congreso de los Diputados. Madrid).

¿Te has fijado en lo que ha dicho? ¿Eso de que las fuerzas de la reacción se

encontrarán cuando menos se lo esperen con la reacción de las fuerzas por ellos mismos invocadas? Es urgente que nos reunamos. Propongo adelantar la sesión de mañana. En mi casa, esta noche.

A Camila no le importó no casarse en la capilla de la casa de la calle de la Salida, en Tres de Marzo, y por consiguiente a sus padres tampoco. En realidad Camila tuvo que manejar su muñeca izquierda para impedir que doña Zoila se presentase en Madrid nada más regresar Diego de pedir su mano. Diego bajó del tren de París con un ramo de rosas blancas y grandes ojeras de insomnio, y besó a su novia en la mejilla con una sonrisa lejana.

—Han aceptado —dijo.

—Por supuesto —dijo Camila—. Siempre me dan lo que les pido.

—Nos casaremos cuanto antes. Pero, Camila —aquí se detuvo a mirarla—, yo voy a estar muy ocupado. Mi madre te ayudará.

La marquesa no la ayudó: se hizo cargo de todo con esa sonrisa indiscutible de ciertas embajadoras, que tiene la fuerza de hacer que el camarero traiga una bandeja sin necesidad de decírselo, conseguir que otro embajador aporte fondos para un baile de beneficencia, o convencer a su nuera de que es mejor que se concentre en su futura felicidad. Camila obedeció. No porque no se diera cuenta de las cosas sino porque intuía perfectamente que una boda es más un asunto de los padres que de los novios, y más en la casa de los Loma de Águilas. Allí la boda del heredero del título era más que nada un asunto de estado, y ya tenían suficiente con que el heredero se fuese a casar con una americana, y una americana cuyos blasones venían de una revolución contra el Rey: una traición. De manera que Camila se olvidó de la ceremonia y de la fiesta, y se concentró en el futuro feliz de las novias, que en su caso era una felicidad etérea, gaseosa, inconcreta: no le podía imaginar ni una casa, ni un país, ni una rutina. Además, de la vida conspiratoria que

llevaba Diego por entonces podía salir cualquier cosa.

La que de todo su entorno pareció alegrarse más con la noticia fue Dulce, su doncella. Se le iluminaron los ojos que ya tenía brillantes, puso la boca en O y se cruzó emocionadamente los brazos sobre el pecho, mientras retenía la respiración, en un abrazo que no se atrevía a darle a su señorita. Camila quedó tan conmovida que le regaló un pañuelo de seda. La muchacha lo sujetó sin atreverse a acariciar la seda —sus manos enrojecidas por años de plancha estaban paralizadas como un mendigo con un premio de lotería—, y luego lo devolvió.

—No puedo aceptarlo, señorita —le tendía de vuelta el pañuelo, una seda ocre con perros y caballos de caza—. Es demasiado fino. En mi pueblo pensarían mal. Además yo nunca tendré ocasión de ponerme algo tan bonito.

La Navidad llegó ese año más de sorpresa que de costumbre, sin nieve, con restos de amarillo enganchados aún en los árboles y el cielo de Madrid imperturbable. Sólo en la misa de gallo, en la capilla del palacio de Loma de Águilas, Camila cayó en la cuenta de que esa Navidad era distinta y de que por primera vez la pasaba fuera de su casa. Entonces, como a una página sigue otra, pensó también que desde hacía años no la pasaba tampoco en Tres de Marzo, con fiestas desde nueve días antes y rezos a la Virgen entre estallidos de pólvora. Sordos al estruendo de ese país en guerra, los Reyes Magos avanzaban lentamente por el Belén hacia la cuna del Niño Dios, unos centímetros cada día.

Hacía ya unos cuantos años, pensaba Camila, incapaz de concentrarse en la misa, que las fiestas les sorprendían en los escenarios de las películas —Nueva York, Londres, Gstaad...—, hasta el punto de que había terminado por aceptar la teoría anglosajona según la cual el único vehículo de la felicidad navideña es el trineo. Y ésa debía de ser la razón por la cual sus padres buscaban los lugares de las tarjetas de felicitación, donde sucedía

siempre la misma historia, como si creyesen que sólo en ellos se representaba la Navidad.

Tarjetas del mismo estilo decoraban las chimeneas de donde les sorprendiera la Navidad, y aunque a primera vista parecían darle un aire único a ese año, en realidad conseguían todo lo contrario. Y en la capilla de Loma de Águilas, bajo la mirada atónita de una Virgen de los Ojos Grandes, figura románica que flanqueaba el altar, Camila comprendió que las docenas de tarjetas que sus padres se empeñaban en escribir eran en realidad una inversión para recibir otras tantas, y hacían parte del ritual para que se le notara mucho el lado nómada a las navidades de la familia, el desarraigo. Igual que los gitanos llevan las ollas, las escobas y hasta el fuego a cuestas, y por eso no les importan los caminos, sus padres disimulaban su ausencia de raíces con tarjetas, pavo, champán y muchos regalos entre los que siempre había algo de Saks y de Harrod's, envueltos en papeles con los mismos personajes de las tarjetas y rematados con otras más pequeñas en las que ponía:

*to Camila
from Papá,*

o viceversa. Nunca faltaba el *plum pudding* —nunca—, lo que acentuaba el misterio de la Navidad pues como es notorio el *plum pudding* tiene que permanecer un año bajo tierra, arropado en lino, borracho de *brandy* hasta las cejas.

En la capilla vagamente gótica de los Loma de Águilas, el padre Pelayo invocaba:

—Por todos los mártires de la Iglesia, pasados, presentes y futuros.

Y un coro de voces femeninas respondía:

—Roguemos al Señor.

—Porque en estos tiempos azarosos conservemos la vista para reconocer nuestros valores y el valor para defenderlos.

—Roguemos al Señor.

—Porque tengamos el coraje y la decisión de colocar las cosas en su sitio y rechacemos la inercia de mantenerlas en el lugar que ocupan...

Eran las mujeres las que rezaban. Las señoras delante, el servicio detrás, en la puerta, y en el sexto y último banco, doña Manuela, el ama de llaves, una gallega experta en protocolo que llevaba la estrella de la soledad tatuada en la frente. Todo era muy parecido a Tres de Marzo, pensó Camila. Aparte de la decoración, pues la capilla de la casa de Tres de Marzo era un salón afrancesado sobre el que se abrían las puertas de espejo de un altar, la diferencia estaba en que los hombres de Tres de Marzo no iban a la iglesia, y si iban sólo hincaban una rodilla durante la Elevación, con lo que lograban conservar una difusa virilidad de caballeros. En la capilla de Loma de Águilas, aunque tampoco respondían al cura, se arrodillaban sin condiciones, humildemente, como las mujeres.

Era el cura, en realidad, el que hablaba por ellos:

—En estos tiempos de incertidumbre —había sermoneado el padre Pelayo en un tono alto y tenso sin apenas pausas como si todo fuese una sola palabra inevitable—, en estos tiempos de incertidumbre hemos de volver más que nunca la vista atrás para encontrar en el abismo del tiempo los valores de nuestros ancestros que se han conservado inmutables desde su revelación por Dios a los profetas, a los Apóstoles y a los Doctores de la Iglesia, nuestros queridos Obispos. Otros profetas aprovechan el ruido y la confusa noche de estos tiempos para prometer inminentes redenciones a un pueblo ingenuo y puro. ¡Pero son falsos profetas y al prometer mienten! A todos nosotros corresponde el deber de proteger al pueblo, como siempre hemos hecho, de su inmoral bellaquería.

Era uno de ellos. En el resopón de madrugada que siguió a la misa, Camila descubrió que el padre Pelayo se movía con soltura por entre las copas de cristal de Baccarat y la vajilla holandesa, aunque cierta insistencia en demostrar su propio abolengo le denunciaba como nuevo rico; al menos, nuevo en los salones. El

padre Pelayo decía cosas como ésta:

—Pepe Granada, el médico de Palacio, no tiene nada que ver con los Granada de Valladolid, emparentados con el conde de la Lágrima de Toro. Lo sé porque uno de ellos, Juan Manuel, Juano, que ahora es consejero del Banco de los Cinco Puntos Cardinales, estudió con mi hermano en Deusto y alguna vez vino a casa de vacaciones. Yo lo casé con Belén Reconquista, la hija del conde de Zamorilla de la Reconquista, una chica encantadora.

Todo ese parloteo de salón con modales de púlpito, que denunciaba al cura como las manos blancas denuncian a los príncipes en las revoluciones, no parecía molestar a los marqueses. Debían tener un capellán en la casa, y lo tenían. Y el capellán debía presidir dos madrugadas al año, Navidad y Viernes de Pasión, y las presidía, así tuvieran que soportar su jerga de aspirante, por lo demás, para ellos, «muy divertida». Al fin de cuentas ¿no terminaba el clero casi siempre así? Juventud soñando en la conversión de los antropófagos, madurez enredada en las trampas de la carrera eclesiástica, y vejez agradecida por la calefacción y el chocolate caliente, asustada también de que ese milagro de la generosidad pública se vaya a terminar de golpe.

Al menos el padre Pelayo quería parecerse a ellos, pensaban los marqueses, y no le daba por ser San Francisco de Asís o un Padre Pistolas, como el curita de Alamillo del Guadalquivir, en tierras de los Paraíso^[11]. Loma de Águilas lo recordaba de una montería: el último verano el cura había encabezado una revuelta pidiendo tierras y el fin del milenario derecho de cielo, que otorgaba a los señores la propiedad del cielo hasta cincuenta leguas en la vertical de sus tierras. El cura de los Paraíso se había alineado apasionadamente con el clero que reclamaba su cancelación, al estimar que a esa altura existían muchas posibilidades de que se estuviera hablando del cielo de la Biblia, que es incontestablemente propiedad de Dios.

Pues bien: tres muertos. Tres muertos, uno de ellos el cura, un número nunca determinado de heridos, y sobre todo un malestar en

las fincas que había obligado a los Paraíso a prolongar su veraneo en Hendaya y a suspender la temporada de caza en esas fincas magníficas para el corzo y la perdiz, hasta vete a saber cuándo.

Tiempos amargos, pensaba el marqués al sentarse en el salón grande. Mientras la marquesa le servía un anís, él le ofrecía un puro a don Pelayo. Tiempos amargos en que uno debe estar agradecido porque el capellán de su casa no sea un incendiario.

Es cierto que a su modo lo era, incendiario, el padre, aunque eso les importase una higa a los marqueses. Es probable que ni lo supieran. Por tal lo tenía conceptuado la Sociedad Internacional de Astronomía, con sede en Ginebra, que había dedicado incluso un número de su revista *Nicomeda* a refutar las teorías de ese astrónomo español atrevido hasta el extremo de proponer extrañas relaciones entre las estrellas, y en particular la existencia de *arvernos* (así los llamaba él), especies de abismos habitados por fuerzas demoníacas que se tragaban todo lo que pasara cerca, incluida la luz. ¡La luz!^[12]

De eso trataban pues las madrugadas de Navidad en el palacio de Loma de Águilas. Con el estómago no muy pesado por una cena ligera, aunque servida con gran pompa sobre un mantel-mapa de los que se necesitan cuatro criados para doblar; influidos quizá por la misa y el misterio de la noche, los Loma de Águilas, igual que señores de la Antigüedad, escuchaban al padre Pelayo rendirles cuenta de las últimas novedades sobre el estado del cielo y el paso de meteoritos y de estrellas a modo de caravanas.

Ante toda esa grandeza perdía importancia la pasión del padre Pelayo por los títulos y su propia cercanía con ellos. Minucias de sabio. También se reducía el rol de las revoluciones y de los cambios producidos por el implacable paso del tiempo, y ésa era la razón por la cual, pese a que le estaban hablando de los primeros cambios de verdad definitivos en el cielo^[13], el marqués de Loma de Águilas encontraba un misterioso alivio en todo ese lenguaje estelar que le devolvía la ilusión sobre la inmovilidad del universo.

Lo que Camila recordó siempre, sin embargo, no fue la crónica

de cómo el padre Pelayo se opuso en el último congreso de París a quienes defendían la ineluctabilidad del paso de Sagitario por las coordenadas A/7 y 7UN, sino las caras de su futura suegra, de doña Manuela y de Margarita *Tita* Santa Agueda, hermana de la dueña de casa, cuyo marido se negaba a venir a Madrid desde sus tierras en Ávila. Mientras se les informaba que el mundo entraba en una era de Acuario en la que habría grandes cambios y dos más dos ya no serían cuatro, las tres mujeres miraban con profunda atención y sus perfumes parisinos comenzaban a recordar inciensos de conversos.

Así no resultó extraño que Tita Santa Águeda se inclinase en cierto momento hacia delante para preguntar con su acento suave y ligeramente gangoso:

—Pero, padre, las estrellas siguen siendo las almas de los obispos muertos, ¿verdad?

Ya casi amanecía.

Y atardecía ya casi al día siguiente cuando Silvano le ofreció a Camila un pequeño sobre azul en una bandeja de plata al mismo tiempo que por la izquierda Conchita le ofrecía otra con un inmenso pavo en trozos y le aconsejaba en voz baja:

«Coja pechuga, señorita, que blanquea la piel», su forma de decir «de lo que se come se cría».

El sobre azul tuvo el poder de hacer enrojecer a Camila como si hubiese sido sorprendida leyendo una propuesta indecente. Víctima de la educación inglesa de su madre, en la mesa hizo alarde de la frialdad necesaria para no abrir el mensaje, que permaneció sobre una mesa hasta la hora del café. En el salón de estar Camila esperó a que le sirvieran una taza, revolvió media cucharilla, encendió un cigarrillo y, mientras soltaba dos delgadas columnas de humo por la nariz y escuchaba un comentario de su suegra sobre una inundación en una de las fincas, abrió el sobre con un delicado pulgar. Una breve nota decía:

El autor, que es amigo, me contó el final de Alejandra de día, con la condición de que no se lo dijese a nadie. Guarda el secreto: al final ella se va con él.

Niebla

Tres días antes, en uno de sus solitarios paseos, Camila se

había quedado mirando la puerta de un sospechoso entresuelo de la calle Duque de Maura, una de sus preferidas, de la que en efecto a los pocos segundos y como respondiendo a una llamada, o a una profecía, según, salió Niebla entre humo de tabaco, rodeado de sus amigos conjurados: gorra, pana, sorna en los ojos y pitillo amarillo en una esquina de la boca. Camila no se sorprendió; desde niña misía Sólita le había dicho que tener poderes es como quien sabe cantar, y no hay que buscar más explicaciones. Niebla en cambio sí que se quedó mirándola todo lo estupefacto que le permitían sus párpados caídos: con un abrigo de camel *beige*, sin sombrero, el pelo recogido y un pañuelo de tonos azul índigo y granate que sólo conseguía abrigar la mitad del cuello, Camila parecía muy distinta de la nerviosa sombra vestida de baile que entró en la biblioteca de Gádor como buscando algo, y sin embargo era la misma: una silueta, unos tobillos de yegua fina, una forma de mirar, un poco de medio lado e inclinando la cabeza sobre un hombro. En torno a sus labios sin pintura se producían regulares nubecillas que disolvía de inmediato el cristal de la mañana. Se produjeron tres antes de que Niebla la saludara.

Volvieron a la guarida. Niebla, Camila y tres de los cinco obreros, que se quedaron por una especie de sentido de la hospitalidad. Era una de esas frías tabernas que en Madrid aún pueden salir de cualquier esquina, con cáscaras de gamba y huesos de aceituna en un suelo de serrín, humo viejo, el ruido inacabable de una radio por la que esa mañana, como todas las mañanas, se emitía un capítulo de *Alejandra de día*, olor a churros y a café y una parroquia de voces enronquecidas por el coñac de la noche y el anís del desayuno.

De lo que escuchó en ese rato Camila lo fue olvidando todo salvo un fondo, confuso pero alegre, del que de vez en cuando surgía una blasfemia estrangulada, cortos diálogos posibles gracias a ráfagas de silencio,

«¡Jamás regresaré!»

«¿Lo prometes?»

y la deferencia con que la trataban los tres amigos de Niebla — para ellos seguía siendo una señorita— pese a los esfuerzos de éste por crear cierta naturalidad.

¿Esfuerzos? Había tanto esfuerzo en Niebla, esa mañana, en la taberna de Manolo en Duque de Maura, como el que mostró Rubinstein cuando por esas mismas fechas tocó en Madrid y fue invitado a cenar en Gádor, igual que hacía regularmente el tío Luis con todos los grandes músicos que pasaron por la ciudad: ninguno, ningún esfuerzo. Terminada la cena el café fue servido en la biblioteca y la prueba de que Rubinstein se encontraba a gusto fue que, sin que nadie se lo pidiera, se sentó ante el piano, despejó el teclado, tanteó dos teclas como quien comprueba la temperatura del baño, y sin más transición abordó una mazurca con tal facilidad que parecía estar tomando un dictado de Chopin. En su seguridad se hubiese dicho que continuaba un concierto anterior, en otro sitio.

¿Es posible que Camila hubiese sido invitada a esa cena?, ¿fue ella la elegida por el maestro, que se inspiraba siempre en unos ojos de su público? Bien es verdad, y eso bastaría para explicar la inspiración del maestro, que ese día se trataba de la biblioteca de Gádor, en la que nadie permaneció nunca indiferente, y del célebre piano de color de vino que ya por sí mismo, silencioso y muerto, era una obra de arte. Inspiraba. Daban ganas de esculpirlo.

Niebla no hablaba mucho y esa mañana en la taberna de Manolo tampoco lo hizo. Mientras él miraba el mundo con la falsa indiferencia de sus ojos gachos y creaba distraídamente un hombrecillo con palillos y aceitunas, permitió que a Camila y sus amigos se les enredaran los lugares comunes sobre el frío y demás con los juramentos que iba desgranando la parroquia —contra el gobierno, el frío, los ricos, el Rey y el fútbol, droga del pie—, el todo con un fondo de ráfagas de la radionovela. Sobando y resobando el recuerdo de esa mañana durante mucho tiempo, a falta de otra cosa, Camila fue fijando para siempre en la memoria, o tal vez

reinventando, lo que sonaba en el preciso instante en que Niebla consiguió cubrir con una anchoa la cabeza de su hombre aceituna, con lo que obtuvo una especie de cosaco verde, que le regaló. Sonreía y sus ojos se achinaban por las esquinas; pese al pelo gris de las sienes parecía un muchacho. Muchas veces Camila pensaba que ahí fue el inicio. Otras veces pensaba que no. Ahí, mientras *ella* le decía a *él*:

ELLA: No quiero que vayas.

ÉL: Tengo que ir. Si no lo hago yo no lo hará nadie.

ELLA: Pues que no se haga.

ÉL: Sabes que eso no es posible.

ELLA: ¿Ni siquiera por nosotros?

«Al fin le encuentro», dijo entonces otra voz. Era un individuo de nariz brillante que a Camila le pareció un esclavo en su día libre a causa de su aspecto agachado, pero es probable que estuviera frustrada por la interrupción. El hombre resultó ser Dositeo Carpintero, de *La Crónica del Siglo*, que firmaba como *Avispero*; quería saber qué opinaba Niebla del *affaire de las estampitas*^[14].

Otras veces Camila pensaba que fue ahí cuando empezaron las cosas, ahí, cuando Niebla se quedó mirando a Avispero y luego le dijo que era ella, como tresmarina, la más indicada para opinar.

—Es que precisamente la señorita hablaría desde enfrente —argumentó Avispero.

—Pues yo hablaría siempre desde su lado —replicó Niebla—. Incluso desde éste, si decide venirse a vivir aquí, aunque lo dudo... Este frío es tan desagradable.

—¿Qué quiere decir *enfrente*? —preguntó uno de los amigos de Niebla.

—Quiere decir en la frente —le replicó otro.

—¿Y qué tiene de malo la frente de la señorita?

—Eso: ¿qué tiene de malo?

Todos miraban a Avispero, que iba encogiéndose visiblemente en su traje rodillón. Varios parroquianos se habían callado, y Manolo se había acercado a ver qué otra cosa se ofrecía.

«Adiós» —dijo él.

«¡No!» —dijo ella—: «Al menos, llévame contigo».

«¡Paca!», gritó Manolo. Hablaba en dirección a la pequeña cocina. Salía un olor a gambas. «¡A ver si apagas esa puñetera radio de una vez!»

«No», intervino Camila, y se quedó aterrada al comprobar que todo el mundo la observaba, esperando. Más sorprendida que nadie, Paca asomaba por la cortina de cuentas. En la radio sonaba la música de las grandes despedidas. «Que no la apague; a mí también me gusta», dijo Camila ya más suavemente, mientras sentía que una aspereza en la cara oculta de la mesa le mordía en la rodilla apretada por los nervios contra la tabla, y en minutos le abría una carrera en la media desde el muslo hasta el empeine. Podía sentirlo al tiempo que el deshielo con Niebla y sus amigos.

(De la siguiente columna de Avispero en La Crónica del Siglo).

«Personajes hay de la vida nacional que no se sabe si son de condición sólida o líquida, dado su comportamiento gaseoso, si caminan, rampan, se extienden o evaporan. ¿Acaso flotan? Decidiéndose por encima del bien y del mal, ajenos a la lucha y al esfuerzo de nosotros los bípedos, ellos se deslizan, escalan, se esconden, ausentan o aparecen a voluntad, en función, se diría, de pulsiones, antojos, gases que sólo los psiquiatras y los dioses podrían descifrar.

Viene todo esto a cuento porque el otro día me topé con Gayán de Gádor, no el duque de Santás sino el que se hace llamar Niebla, rodeado de acólitos a una hora en que los únicos que andan por las aceras son los quiosqueros y carteros. Me pregunté: ¿se ha pasado Niebla al oficio de cartero? ¿No? ¿Al de quiosquero quizá? Lo digo porque de su actividad pública más conocida, la de poeta, su único

oficio que yo sepa, hace tiempo que no vemos resultados. Más o menos desde aquellos temblorosos versos visitados por el Numen que tantas esperanzas nos hicieron abrigar a muchos:

Existo si me recuerdas

De tu memoria vive mi venganza^[15]

Como cronista que soy le pregunté su opinión sobre el escándalo de los grabados. Además de por español, expoliado y ofendido por el mexicano, tenía curiosidad de saber la opinión de un artista aristócrata pues al fin de cuentas ¿no es el escándalo una herencia eminentemente aristocrática? Ese derroche, esos grandes ademanes, ese trato del patrimonio nacional como si fuera el cortijo familiar...

Y así fue, en efecto. Levantando nariz, exhibiendo barbilla, esforzando la mirada para vencer aunque fuera por un instante lo que parecía un inconmensurable hastío, Gayán de Gádor eludió la pregunta y la dirigió a la damisela que le acompañaba, y que por su actitud parecía su secretaria. Según dijo, era ella quien debía opinar sobre la afrenta mexicana, pues es tresmarina. O sea, tenía tanta autoridad para opinar como nosotros sobre la presencia de Italia en Etiopía o las recientes elecciones en Finlandia.

Lo que el poeta no dijo es que esta dama que le acompañaba era Camila Mallarino, dama santiaguina prometida de su primo Diego, hijo del marqués de Loma de Águilas y nuestro actual segundo secretario en la embajada de París.

¿Qué hacía esta dama con el poeta Niebla a una hora insospechada en una taberna del centro de Madrid?

En cuanto a horas insospechadas...»

La marquesa sacó el periódico ya doblado por la página de la columna y lo dejó sobre el regazo de Camila como si fuera el cachorro palpitante de un punto de interrogación. Ambas iban

sentadas en la parte de atrás del Hispano Suiza de la casa, que las llevaba a un té de señoras, dentro de la gran *tournée* de presentación y confirmación de Camila en Madrid. La marquesa le pidió a Silvano que cerrase la ventanilla de separación, y en ese gesto comprendió Camila que en todo eso había algo vergonzoso. Sujetó el periódico con cautela y leyó, y cuando llegó al final tenía roja hasta la raíz del pelo, el periódico le quemaba a través de los guantes, el corazón se le ahogaba de furia y temía que si pretendía hablar no pudiese hacerlo.

La marquesa debió de interpretar mal el rubor de Camila.

—Entonces ¿es cierto? —comentó.

—¡Es falso! —logró replicar Camila.

—¿No estaba Iñigo en esa taberna que dicen?

—Sí, sí estaba... —Camila vio que tras el velo del sombrero las pupilas de su futura suegra se cubrían de escarcha.

—¿Qué es entonces lo falso?

—¡Todo! —exclamó Camila—. Estábamos en la taberna, pero no así. No es ni siquiera una taberna, sino un bar muy simpático propiedad de Manolo y Paca...

—... ¿Paca? —preguntó la marquesa, y la palabra quedó colgando en la calefacción del coche como una estalactita. Luego, mirando por la ventanilla de su lado, articuló pedagógicamente: «En Madrid las tabernas no son lugares a los que vayan las señoras». La miró intentando sonreír. «Ni siquiera la de Manolo y... Paca». Y cuando ya habían llegado y se veía una mano de Silvano sosteniendo abierta la puerta de su lado y en la otra su gorra de plato: «¡Ah! y mi sobrino Iñigo tampoco es una compañía muy recomendable. Ningún hombre lo es para una novia, ni siquiera el novio, pero además Iñigo es, cómo lo diría... un original». Se quedó pensando un instante. «Sí, eso es: un original». Sólo entonces se puso la sonrisa y se decidió a bajar.

Poco antes de que llegaran sus invitados a la boda, Camila escribió un programa de mano sobre su familia, una especie de *Dramatis personae* para uso de la contraparte, y en el cual se puede apreciar una punta de talento:

Mi papá Aníbal: médico, especialista en enfermedades tropicales, se dedica a investigar cosas, a menudo con la ayuda de Balzac, Victor Hugo y *Madame* de Sévigné, para lo cual los tiene enjaulados en nuestra casa de Tres de Marzo.

Mi mamá Zoila: mi mamá siente una gran afición por Inglaterra, donde ha vivido mucho tiempo.

Tío Emiliano: es el de la voz cascada por un accidente. Hermano de mi mamá (un poco mayor). Viaja y bromea todo el tiempo y es muy querido.

Tía Eugenia: hermana de mi mamá. Vive en Estados Unidos. Le gusta mucho la ópera.

Lou: su socia. Le gusta pescar y las águilas.

(Ambas, tía Eugenia y Lou, tienen el negocio de conseguir cosas imposibles).

Honorato: mi hermano, estudia en Cambridge.

Misía Sólita: mi niñera. Fue quien me crió desde chiquita. La dulzura personificada y la sabiduría. Es también una gran cocinera, y platos suyos como las croquetas de pescado o el *Aspic de paté a la misía Sólita* figuran en los libros^[16]. Tiene las trenzas más perfectas que jamás una mujer ha podido conseguir.

La escritura de la lista encarnó a Camila en un dramaturgo y así cayó en la cuenta, porque le faltaba un segundo acto, de que no recordaba exactamente cómo le había pedido Diego que se casara con él. Sí recordaba que de pronto se habían visto adelantando la fecha —iba a ser más tarde—, y el lugar —debía haber sido en la casona de Tres de Marzo—, por culpa de la situación política y el aire de los tiempos: nubes grises como no se veían desde hacía un siglo invadían desde el norte el cielo siempre azul de Madrid, y un viento desconocido forraba por asaltos los muslos de las mujeres cuando menos lo esperaban y hacía volar hojas, ramas, papeles. El volumen de la vida pública subía. Ya muy pocos preguntaban qué tal la familia ni felicitaban el santo y había que esforzarse para escuchar por encima de los gritos y ver más allá de los grandes ademanes: Rocío Cintrón, la primera actriz del teatro Fuenteovejuna, se negó a interpretar el papel de Ofelia, en *Hamlet*, con el exagerado pretexto de que no podía fingir amor por un príncipe, aunque fuese danés. En esas mismas fechas un espectador ajeno a las claqueas conocidas, un espectador auténtico, se levantó en el teatro de la Rendija, donde se representaba *Hernani*, y gritó «¡Muera el sentimiento!», sin darse cuenta, quizá, o dándose la, de que llegaba con un siglo de retraso.

Ése fue pues el escenario al que, en primavera, llegó sin avisar el tío Emiliano. Se bajó del tren de Santander, última etapa de un viaje que le traía más o menos desde Nueva York según el momento en que se comenzase a contar, dejó sus maletas en el Ritz, y en el mismo taxi se dirigió a Tacón, el mejor tablao de entonces. De allí salió sobre las nueve de la mañana para volver al hotel, darse un baño con abundantes sales, afeitarse y, oloroso a Pinin Fariña, llamar y pedir a la simpática señorita con acento de misionero que le enviase el desayuno con café y huevos pericos.

—No señor —le contestó la telefonista—, aquí no tenemos huevos de perico.

Aquello pasó a engrosar el equipaje de anécdotas del tío Emiliano, pobladas de extranjeros incomprensidos por los nativos,

que por lo demás no se dejó ver hasta casi el día de la boda. Siempre fue así.

La siguiente en llegar, aunque tampoco se supo, fue la tía Eugenia, en el impulso de un viaje tan largo y tan antiguo que llegó hasta Lisboa y dio la vuelta por Sevilla y Barcelona antes de alcanzar Madrid cargada con varios juegos de esos manteles portugueses de dieciséis metros que se elaboran con la específica misión de ocupar armarios y consolas barrigonas de nogal, y ser objeto de regalo de boda, al cabo de otro cuarto de siglo, a la siguiente generación.

La tía Eugenia venía con Lou, Lou Reg, su socia norteamericana en un comercio de caprichos y objetos y artefactos imposibles que ambas gobernaban a distancia con una eficacia casi asiática.

Una vez por semana, más o menos, y por lejos que estuvieran, Eugenia y Lou recibían un telegrama en el que su hombre de confianza, un tal Suley, o Chulei (*Su* para ellas), planteaba un problema de alto estado mayor: «DÓNDE CONSEGUIR OKAPI STOP CÓMO». Al parecer una princesa árabe quería uno, y lo quería para corresponder a la potencia y generosidad de un campeón cubano de Jai Alai. Ese día Lou se impacientó: «EN EL ÚNICO LUGAR DONDE EXISTEN ESTÚPIDO STOP ÁFRICA CENTRAL STOP VÍA AMARILLA STOP».

¿Cuál era, en qué consistía ésa *vía amarilla o rosa, gris, blanca... ¡escarlata!* que caracterizaba sus telegramas de órdenes como las pinceladas maestras de un artista? Ése es uno de los grandes enigmas que se mantienen hoy en día, al igual que sus fuentes de información: cómo sabían Eugenia y Lou dónde encontrar una niñera de ojos verdes para el siguiente martes, o plátanos en enero, o escayolistas de techos florentinos, o relojes con el retrato del zar, o zapatos con piel de perro, o veneno de sortija, o medias de nailon (cuando era todavía una curiosidad de laboratorio), o croquetas de cola de marsupial para prolongar la felicidad toda la noche, o jirafas gordas, o cuadros probables de Christian Le Bot...; en fin, todas esas cosas que se les ocurren a los ricos en la vieja superstición de que el capricho es una forma de

arte.

Probablemente sacaban esa información de sus propias compras. Si bien se mira, la tía Eugenia y Lou no hacían casi otra cosa que recorrer el mundo conocido en busca de objetos únicos que individualizaran aún más *The Malí*, su mansión de Easthampton, en Long Island, que con el tiempo, en la euforia de la posguerra, fue abierta al público durante un par de años como un ejemplar magnífico de neobarroco americano tardío.

Eugenia y Lou recorrían pues el mundo comprando querubines de mármol, cuernos isabelinos de caza y mantelerías portuguesas para banquetes medievales, pero en realidad ésa era una tapadera de su verdadera actividad de espionaje comercial, y ambas cosas, compras y espionaje, constituían la coartada perfecta para la razón última de su existencia nómada: el rastreo de sus placeres dispersos. ¿Eran placeres porque se encontraban lejos, o estaban lejos porque de otro modo no hubiesen sido placeres? No importa: Lou soportaba la inacabable paliza de recorrer el mundo persiguiendo la interpretación más estremecida del aria *Quando men vo...* de *La Bohème* porque a su vez Eugenia la acompañaba en sus expediciones guerreras por el golfo de México y aplaudía cuando Lou vencía al maldito pez espada, y vencía siempre, y posaba para la cámara junto a su enemigo muerto. A Eugenia le gustaban la ópera, las ferias de artesanía, el expresionismo alemán —por alguna razón misteriosa conocía a Dix y a Beckmann—, y la jardinería que no lo pareciera.

A Lou le gustaban las águilas y por consiguiente los grandes precipicios. En *The Mall* tenía una especie de criadero secreto de aves rapaces —aunque jamás logró que le naciera ninguna—, y a veces acudía a las fiestas llevando un azor o un halcón en un guante de terciopelo azul que le cubría hasta el codo, y que a veces, también, hacía juego con un parche que se ponía sobre un ojo enfermo de pereza, decía ella. Pero sobre todo Lou sentía una debilidad que no solía ocultar por casi cualquier tipo de pelea, boxeo, sumo o lucha libre. Quizá la afición le venía de un remoto

matrimonio, del que jamás hablaba. Sobre todo, aunque eso no lo decía, soñaba con que algún día se repitiera el privilegio extraordinario —ya le había sucedido un par de veces en el curso de su nebuloso pasado— de presenciar una bronca a patadas y navaja en el fondo de un callejón de olor patibulario. En los combates para los grandes cinturones era todo un espectáculo verla morder un puro y vociferar a carcajadas: «Knock him out! Kill the bastard, you asshole!», mientras que a Eugenia se la veía claramente disfrutar, no tanto con la pelea, que miraba prudentemente, como con el entusiasmo de Lou. Formaban una sociedad muy bien avenida y hubiera terminado bien de no ser porque... pero ésa es una historia demasiado larga.

A don Aníbal le hubiese gustado quemar la ciudad —era su hija la que se casaba—, pero no le dejaron. «No están los tiempos para jaleos», le dijo su futuro consuegro, y el doctor Mallarino pensó que si los españoles pronunciaban tan fuerte la jota era para hacerle sitio en la boca a palabras como *jaleo*, *jurar*, *jefe*, *joder* o *juez*, y a sus proles.

De modo que porque no estaban los tiempos para jaleos —hacía en efecto un sol de abril que incitaba a pintar acuarelas— el jaleo de los Mallarino en el Ritz se quedó reducido a una recepción de sólo dos salones con un resultado de dos columnas en la prensa. Y equivocadas:

Los marqueses de Loma de Águilas ofrecieron en la noche del martes una recepción en el Ritz en honor de los padres de la señorita Camila Mallarino, a punto de contraer nupcias con su hijo, hoy a mediodía. A la recepción acudieron los duques de Orán y de Cielo Azul, y el duque de Santás; los marqueses de Veintidós Cañones, del Olivar de la Torre y de la Cruzada de los Niños, el obispo de Toledo y los condes de Niva, de Febrero, y de Risco del Pájaro, todos tíos y primos

del novio, así como la familia de la novia, viajada expresamente a Madrid. Don Aníbal Mallarino, el padre, es un eminente sismólogo dedicado al estudio de los simios, razón por la cual, parece ser, dispone de una plantación de ellos en Santiago, la nación hermana de Hispanoamérica...»

Seguían después más asistentes pero no vale la pena citarlos vista la poca fiabilidad de la crónica: no era el obispo de Toledo el tío de Diego, sino el de Sigüenza, y no es nada seguro —es más bien improbable— que el conde de Niva (Niebla) acudiese; además, ni en la guía de Nobleza más remota hubo nunca ni un marqués de la Cruzada de los Niños, ni, mucho menos, un conde de Risco del Pájaro. Además la actualidad de la crónica, por así decirlo, quedó desplazada ante la inminencia de un mucho más grave problema estratégico que desveló la verdadera naturaleza del conflicto, a saber: ¿cómo distribuir en la boda a los invitados de la mesa principal?

Al regresar ya casi al alba a casa la noche de la fiesta en el Ritz —el tío Emiliano se los había llevado a todos a Tacón—, Diego y Camila se encontraron con que había luces en el salón de estar, y voces. Voces con ese punto de tensión que avisa a los de la casa que deben cerrar las ventanas. Así lo hizo Diego: cerró la puerta de doble hoja del salón —luego Camila pensó que más para avisar a los que estaban dentro que para impedirle a ella oír—, y regresó al vestíbulo a despedirse. Ésa era su última noche allí, al día siguiente Camila se uniría a sus padres en el hotel, de donde saldría para la iglesia. Diego recibió su capa y luego la besó medio segundo en la boca con la mitad de afuera de los labios. Entonces le deseó buenas noches con una voz de como mínimo siete años de casados y no de penúltimo día de noviazgo, ése en que se jura amor eterno con más fuerza que nunca pues al día siguiente ya gobiernan los nervios y luego comienza la realidad, el descuento. Diego estaba en tensión, lejos, como si se temiera algo. Camila comprendió que no era el momento: fue su primera resignación. Le puso una mano en el

antebrazo, fingió un bostezo para ocultar su ansiedad, deseó buenas noches y comenzó a subir las escaleras.

No había llegado al primer piso cuando la alcanzaron unas palabras más veloces que ella y que desmontaron la farsa con Diego con la rapidez de insultos desde un palco. Camila quiso que fuera un espejismo —la noche, el cansancio, los nervios—, pero la nitidez de la voz de la marquesa y el rastro casi fosforescente de desprecio que había dejado al cruzar las puertas, atravesar el vestíbulo y alcanzarla en la escalera impidieron que se hiciera ilusión alguna: «Cocodrilo azteca», había dicho la marquesa, con tanto asco que Camila la había oído a veinte metros. Esas palabras formulaban exactamente, como un guante, el asalto después de un asedio, el palo tras la culpa, justo lo que se había estado temiendo.

De modo que a menos de veinticuatro horas, la boda estuvo a punto de ser cancelada por diferencias graves entre las partes. La Casa de Loma de Águilas sostenía que bajo ningún concepto el *cocodrilo azteca* podía sentarse en la mesa principal del banquete y, además, durante la ceremonia en los Jerónimos debería sentarse en la cuarta banca, detrás de la familia, junto con el resto de la servidumbre.

—Misía Sólita *no* es servidumbre —comenzó muy seguro Aníbal Mallarino.

—¡Ah! ¿entonces es familia? —preguntó amablemente la marquesa de Loma de Águilas.

Más tarde, cuando regresaron al hotel a vestirse para la cena, en un tapizado pasillo del Ritz se podía percibir perfectamente la indignación de Zoila Mallarino, que atravesaba las paredes:

—¡A mí esa señora no me mira chiquito por muy marquesa que sea y por muy suegra de mi hija que vaya a ser!

Pero después de la cena en su honor en el palacio de Loma de Águilas, impresionada tal vez pese a todo por el escudo del marqués impreso hasta en el lomo de las cucharillas, deslumbrada

por tal cantidad de títulos entre los invitados que aquello parecía una biblioteca pública, entusiasmada por el baile de Mohamed y los criados vestidos de calzón corto sirviendo a los invitados, doña Zoila propuso esa noche a su marido:

—¿Sabes que entre sus invitados está el príncipe Schiorella di San Pietro?

—Zoila —don Aníbal adoptó su voz más paciente—: en Italia hay más príncipes que esculturas de emperadores. Creo que hasta se alquilan para ir a las fiestas.

Quizá. Pero misía Sólita saltó de la mesa principal y fue a parar a la tercera o cuarta. La principal quedó así:

Comita

Diego

Tia Eugenia

Duque de
Jancas

Lola

Principe Schiavella
di San Pietro

Marquesa de
Loma de Aguilas

Arzobal
Mallarino

Marquis de
Loma de Aguilas

En el gran comedor de Loma de Águilas, el san Benito de Zurbarán y la naturaleza muerta de Sánchez Cotán en tonos marrones y negros han perdido un poco su aire severo gracias al tráfico de criados y de viandas y al hecho de que allí se celebra una boda. La gran mesa en la que caben treinta sentados ha sido sustituida por otras, más pequeñas. De alguna forma las mesas configuran una escala, de mayor importancia a menor, que se va perdiendo en la biblioteca, donde ha sido retirado el billar, y en algunos de los salones pequeños. Aunque la tarde, afuera, apenas comienza a declinar, hace ya un buen rato que se han encendido las arañas, todas las arañas, y contribuyen a crear una atmósfera de tarde iluminada, igual que en una de esas tormentas de primavera, cuando el sol y la lluvia juegan por entre desfiladeros de viento.

Ruido de fondo de conversaciones y movimiento de eficaces y silenciosos criados.

TÍA EUGENIA: De verdad, debiera usted ir. Además, aquello está lleno de España. Por todas partes.

SANTÁS:(*pensativo*) Sí... aunque no es eso lo quemás me atrae... Lo que me frena es el barco. Si los aviones fueran a América, hace tiempo que me habría decidido. Pero los barcos...

TÍA EUGENIA: ¡Si son muy divertidos! ¡Días y días sin nada más que hacer que jugar al *bridge* y mirar los peces voladores!

SANTÁS:... Y aguantar a los pelmazos que hayan tocado como compañeros de viaje (*quitándose el monóculo y limpiándolo con una arruga del mantel*). No: por grande que sea el barco, siempre está lleno de pelmazos.

DIEGO:¿No crees que te interesas demasiado por misía Sólita?

CAMILA:(*sorprendida*) ¿Demasiado?

DIEGO:Sí, demasiado. A qué venía detenerse en plena salida de la iglesia para abrazarla. ¡Parando todo el cortejo!

CAMILA:No lo habría hecho si no la hubieran enviado al banco del servicio.

DIEGO:(*en voz baja*) Camila: misía Sólita no *podía* estar en los bancos de la familia...

CAMILA:¿No?

DIEGO:Ya lo hemos hablado...

(*Por delante de Loma de Águilas, un poco forzadamente, tía Eugenia coge la mano de Camila.*)

TÍA EUGENIA: Camila... (*Camila se vuelve y hace un esfuerzo por sonreír*) Camila, por qué no me dices quién es quién. Todo el mundo me saluda muy amablemente y yo quedo como un zapato pues no reconozco a nadie. Por ejemplo...

CAMILA: ¿Sí? (*los tres forman un extraño conjunto: mientras Loma de Águilas intenta aparentar normalidad, la mano pecosa de tía Eugenia sujeta la blanca y delgada mano de Camila, destinada a embajadora, incitándola a hablar*)

TÍA EUGENIA:... por ejemplo: ¿quiénes son ese par de muchachas que no paran de reírse?

CAMILA: La pelirroja es Silvia Arboleda Pizano y la mona es Claudia Pizano Arboleda.

LOMA DE ÁGUILAS: ¿Familia del general?

CAMILA: Nietas.

TÍA EUGENIA: Por cierto, ¿por qué no ha venido?

CAMILA: No lo sé muy bien. Dijeron que vendría pero luego surgieron problemas.

TÍA EUGENIA: Camila, el general Pizano se alimenta de problemas (*y piensa*). De hecho se los fabrican especialmente, para que se alimente (*de viva voz*). ¿Y aquel muchacho moreno? No estaba en las recepciones de estos días...

CAMILA: (*con la voz ligeramente distinta*) Ése es el Blanco Gómez. Llegó anoche.

TÍA EUGENIA: Veo que en Tres de Marzo siguen con el humor de

siempre (*volviéndose a Loma de Águilas*). ¿Sabe cómo me llamaban a mí?

LOMA DE ÁGUILAS:(*un poco azorado*) No... pues no, no imagino.

TÍA EUGENIA: (*recordando. Luego...*) Bueno, dejémoslo... ¿Y quién es aquella joven tan dulce que parece mirarnos a todos como en una pecera?

CAMILA:Es Magola Cajiao, una buena amiga.

TÍA EUGENIA: (*sorprendida*) ¿Magola Cajiao? ¿Magola aquí? (*recordando*). La última vez que la vi fue en la finca de su familia, galopando feliz en un caballo color de miel... ¿Y aquéllos? ¿Aquellos que se ríen tan duro?

ZOILA:Y dígame, príncipe, ¿usted a qué se dedica?

PRÍNCIPE SCHIORELLA DI SAN PIETRO: (*un punto desconcertado*) ¿A qué me dedico?... Llámeme Luigi, por favor... Pues... (*decidido*) a nada, nada en particular.

ZOILA:(*cortés*) Ah, qué bueno.

(*Largo silencio, ambos se concentran en lo que comen*).

CAMILA:(*llamando con un gesto discreto a Silvano, que en ese momento pasa detrás suyo*). Dígame, Silvano (*Silvano se inclina*). ¿Está bien misía Sólita?

SILVANO:(*ligeramente envarado*). Perdón, señorita Camila. No sé qué es lo que me pregunta la señorita.

CAMILA:(*impaciente pero manteniendo la voz baja*) Que si está bien

misía Sólita. En su mesa. Si le dan conversación.

SILVANO:(*después de mirar discretamente, de nuevo servil*). Sí, señorita, parece que está bien y que come bien.

CAMILA:(*resignada*) Está bien, Silvano, gracias.

MARQUESA DE LOMA DE ÁGUILAS: ¿Usted ya conocía Madrid?

ANÍBAL:Oh sí, he venido varias veces. Desde que era estudiante.

MARQUESA:Entonces, le gusta.

ANÍBAL:Sí, cómo no, pero su interés para mí no es tanto ese...

MARQUESA:¿Ah no?

ANÍBAL:... no, sino el hecho de que aquí uno comprende muchas cosas.

MARQUESA:(*divertida*) ¿Ah sí? Qué interesante. (*Pero no pregunta qué cosas se comprenden.*)

Ya es prácticamente de noche cuando los novios cortan la tartarascacielos con el espadín del uniforme de gala de Diego. De ese acontecimiento no se hacen fotos, de acuerdo con una tradición no escrita de la casta según la cual no se toman fotos de los novios cortando pastel, de la misma forma que tampoco se les hacen mientras se cambian para el viaje de novios. Sí hay fotos, en cambio, del novio repartiendo puros, y brindando. En una de ellas brinda con Camila. Lo que más se ve son los ojos de Camila, que contrastan con todo el decorado, como si perteneciesen a otra función y hubiesen sido traídos a última hora.

Camila tuvo siempre dificultades para recordar su boda —de hecho muy pronto ya no pudo decir ni quiénes habían sido los testigos—, pero en cambio se acordaba de algunos hechos previos, o paralelos, o marginales si se prefiere, que con el tiempo fueron aumentando su resonancia hasta situarse en el centro del cuadro.

El primero sucedió minutos después de que Diego se hubiera despedido de ella ante la puerta de la habitación 21 (también eso parecía un presagio) del Ritz. Al cabo de diez horas había de salir de allí a casarse con él para siempre, de modo que en la despedida lo que sobre todo sintió fue el vértigo de quien está cenando con su destino la noche anterior. Diego la enlazó con delicadeza por el talle, la miró a los ojos intentando verle más allá, y la besó como en las películas, girando la cabeza en el ángulo exacto, sin despeinarse. Luego la volvió a mirar, esperó tres segundos para que la despedida encajara en la cadencia de una noche perfecta, y sólo entonces se alejó con pasos iguales por el mullido suelo del pasillo, no sin antes decir, igual que un personaje de novela:

—A mediodía. Te estaré esperando.

De modo que cuando un tiempo más tarde llamaron discretamente a la puerta Camila se precipitó a abrir pensando que era él que volvía para despedirse mejor. Pero no se encontró con Diego sino con un hombre oscuro, vestido con un largo abrigo negro que en la primavera de Madrid parecía un disfraz, y cubierto con un dramático sombrero de ala ancha, calado hasta unos ojos negros y achinados que la miraban con la fiebre que nunca había estado en los ojos de Diego.

«Sí, soy yo», dijo el Blanco Gómez —porque era el Blanco Gómez que llegaba en línea recta desde Berlín, y en ese mismo instante Camila se daba cuenta de que estaba vestida sólo en combinación.

«Un momento», dijo, y cerró la puerta. Un minuto después, perfectamente vestida de calle, volvió a abrirla para llevarse al

Blanco Gómez a una de las salitas más discretas del hotel, a la vista, de todas formas, de quien quisiese mirar.

Lo que quería el Blanco Gómez era suplicarle que no se casara con Diego. «No es como nosotros», llegó a decir incluso con un atrevimiento que ninguna otra desesperación hubiese podido motivar. Así lo comprendió Camila, que manejó el asunto con una gran compasión disfrazada de prudencia. Escuchó al Blanco Gómez, permitió que esa última noche sacara todo lo que tenía dentro porque nunca más lo iba a poder hacer, y fingió que no veía unas lágrimas y no escuchaba promesas por las que un día, quién sabe, podía llegar a odiarla. En cierto momento estuvo a punto de interrumpirlos Honorato, que regresaba del Madrid del alba, pero pudo detenerlo con uno de esos milimétricos movimientos de cejas que sólo comprenden los hermanos y los cómplices. El incidente le hizo saber que ya tenía que cortar. Al Blanco Gómez le había sacrificado ya la lozanía de sus ojos el día de su boda. Suave pero firmemente se despidió.

Aunque cueste creerlo, al cabo de no mucho tiempo Camila tenía dificultades para recordar su vestido de novia —no hubiese sabido si era blanco o crudo, por ejemplo—, pero en cambio se acordaba con tal nitidez de cómo misía Sólita y Conchita la ayudaron a vestirse que su memoria sobre ello se fue afilando y en lugar de olvidar detalles, los recobraba.

Y no hubo nada de particular, en apariencia: una vieja ama arreglando misteriosos pliegues del vestido de una novia mientras la recuerda bebé, niña y muchacha, y siente, toca casi, el paso del tiempo, y una novel doncella que no se atreve casi a tocar a la novia, y a quien la admiración le sale casi líquida por los ojos. No eran sin embargo esas dos formas de amor las que se fijaron en la memoria de Camila —aunque quizá fuesen su soporte—, sino el juego sutil que se libraba entre las dos mujeres, la anciana y la joven, la tres marina y la andaluza, la mestiza y la rubia, y en el que ella, Camila, venía a ser una especie de red: el campo donde jugaban.

En cierto momento Conchita se ausentó para buscar una pinza y misía Sólita comentó: «Qué muchacha tan querida». Y en otra ausencia de misía Sólita fue la chica la que dijo: «Qué maja es, me recuerda a mi abuela».

Camila no les prestó casi atención. Estaba aterrada.

En Mon Bijou, la villa de Hendaya de los Loma de Águilas, Camila recobró remotas sensaciones. Tenían que ver con una cierta calidad de la mañana, con los equilibrados espacios de la casa, con un tipo de desgaste de los muebles, elegidos sobre todo por su comodidad (no sólo), y naturalmente con el ruido del mar y el inacabable juego de las gaviotas frente a las ventanas.

Pero no hay que buscarle muchas vueltas a un hecho muy sencillo: Camila dormía por primera vez con un hombre y era feliz. Durante todo el día iba gastando su plenitud, la seguridad de que podía ganar una maratón o componer un concierto para violín y orquesta mientras sentía cómo se le iba afilando el anhelo. Cruzado el mediodía Camila tenía la sensación de ser un lápiz al que alguien iba sacando punta con torturante lentitud. Y al llegar la noche, después de una cena a dos en que el olor a sol y a mar atravesaba el del perfume, Camila se ponía su camión de actriz de cine, ya no con el temor de la primera vez sino con la creciente confianza de quien descubre una ciencia, un idioma, un nuevo arte, y que además tiene talento.

La primera vez fue en el tren expreso Madrid-París, que excepcionalmente llegó con una hora de antelación —lo esencial entonces en los ferrocarriles españoles era no llegar a tiempo— y a punto estuvo de estropearlo todo. ¿Estropearlo? No había mucho que estropear: con un dolor tan sorprendente que ni sabía de dónde venía, Camila preguntó «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?» en el mismo instante en que el revisor llamaba con los nudillos a la puerta del coche cama y decía: «¡Quince minutos para San Sebastián!», de

modo que las primeras palabras de Diego tras tomar posesión, esas primeras palabras cuyo acierto es el más delicado y difícil de los actos de amor, esas palabras fueron una frase que a Camila le pareció siempre un augurio, un enigma, una condena aunque no sabía de qué.

«Que faltan quince minutos», dijo Diego, y tras un nuevo beso, muy distinto a los anteriores, se comenzó a incorporar.

Con el tiempo esos quince minutos se iban a convertir en semanas, meses y hasta siglos, según los vientos que corrieran por los desfiladeros de su matrimonio, pero en esos comienzos se limitaron a indicar un sencillo retraso perfectamente recuperable, y fue recuperado: tan sólo dos o tres días después conseguían llegar a tiempo, lo que tiene un considerable mérito vista su inexperiencia.

La razón, también aquí, es muy sencilla: ambos tenían, por así decirlo, si no vocación propiamente dicha, sí cierta disposición natural. Diego, educado en los viriles deportes de la esgrima, el tiro a pistola y las anillas y barras paralelas, era también propietario de una cierta delicada cadencia en sus modales, refinados por horas y horas de adiestramiento en la mesa y el juego, que le conformaban un talento natural para tratar sin hacerle daño con una mujer como Camila.

Quién sabe si con otro tipo de mujer todo hubiese sido tan correcto. Con una mujer ardiente, por ejemplo, o con una virgen temerosa. Probablemente no. Si con Camila comenzó con tan buen pie fue entre otras cosas porque lentamente, sin saberlo, sin decirse, Camila había sido educada desde la cuna para recibir un día en su camisón de reina a un hombre como Diego: joven y fuerte, enérgico y decidido si era necesario, pero con el refinado instinto de saber qué se puede hacer, qué no se puede, todavía, y cuándo se podrá. Con el don natural —que no era natural, sino azarosa conquista de una pedagogía de milenios—, con el don de saber qué decir durante la cena, a qué oler al dejar caer la chaqueta, y cómo y dónde acariciar conjuntamente con un beso de apertura y humedad tan exactas que se hubiera podido medir con un

barocompás.

¿Cómo se prepara a una mujer para ese momento? Todo influye. Todo. Desde el silencio punteado de pájaros que debe envolver siempre a una cuna a los tejidos delicados con que se debe vestir una mujer desde niña. Desde las odiadas clases de *ballet* y piano con un profesor que siempre tiene la nariz grasienta, o halitosis, o un ojo de mirada muerta, al entrenamiento vitalicio en arreglar floreros. La equitación enseña mucho, al igual que el baile y los idiomas, y el juego de cartas y en general los deportes: la noción de la vida como equipo y también como intercambio. Como esfuerzo pero también como placer, y a ser posible como placer en el esfuerzo, la conquista.

Camila recuperó en dos noches sus quince minutos de retraso, y se distanció tanto de su dolor del tren que llegó a parecerle imaginario, porque era una notable equitadora, porque tenía nociones de música y hablaba un par de idiomas, porque desde niña se había complacido en el tacto de las telas y en los colores de la naturaleza, y sobre todo porque una especie de sentido común que no abundaba la había mantenido a salvo de las muchas tonterías que entonces se les decían a las chicas. A los chicos también pero sobre todo a las chicas.

No hacían vida social pese a que la temporada estaba a punto de comenzar o había comenzado ya en las villas de los ingleses, que siempre eran los primeros en aparecer. Al principio, todavía en Madrid, Diego le había prometido a Camila llevarla a conocer San Sebastián, Zarauz, San Juan de Luz, Fuenterrabía y otros lugares de sus veraneos de infancia —ésos en que la gente sueña toda la vida sólo porque allí averiguaron lo que es un beso—, pero lo cierto es que no consiguieron apartarse de una ensimismada rutina: se acostaban pronto y se levantaban tarde, y desayunaban *croissants*, muchos *croissants*, en un mirador de tonos blancos y azules que Camila asoció para siempre con la juventud y la esperanza, una forma doméstica de felicidad. A última hora paseaban por una playa de arena elástica que crecía o empequeñecía según las ambiciosas

mareas del Cantábrico, un mar que a Camila le parecía caprichoso aunque redimido por su viento sincero y sus gaviotas. Por la tarde recuperaban el sueño, o perdían un poco más, leían, jugaban algo o volvían a pasear mirando llegar la noche, antes —la señal era la desaparición del sol en el mar de primavera—, antes de vestirse para cenar. Preparada por Hortense, la cena la servía Casimir, un antiguo *poilu* de la Gran Guerra que durante el día conducía un taxi cuando no había mucho que hacer en Mon Bijou, es decir casi siempre.

Que una noche tibia de abril Hortense también les sirviera la cena fue el primer indicio de que algo había sucedido; aún no les importó. Ya estaban acostados cuando Casimir se permitió llamar a su puerta para contarles que habían comenzado a llegar muchos españoles, en su mayor parte propietarios de villas en la costa, y todos con cierta inquietud en los ojos. «Sé de lo que hablo», garantizó Casimir. «Ya lo he visto antes».

(De una carta de Diego a su mujer, en París).

... La situación es muy grave pero no consigo que me afecte. Mi padre se marchó con el Rey, mi madre no cesa de llorar; rezar y decirme que tenemos que mantener lo que se pueda. Lo mismo me dejó escrito mi padre. Cuando llegué a Madrid él ya se había ido. Lodo fue muy rápido, muy poco después de las elecciones. Don Alfonso dijo que no quería que por él pudiesen morir españoles y cogió la ruta de Cartagena. Con él se marcharon mi padre, Brillo, creo que incluso mi tío Luis y otros leales. Pocos, como siempre en las derrotas. Me he quedado prácticamente solo. En su carta mi padre me decía: «Ahora os quedáis vosotros. Haced lo que podáis». ¿A quién se refiere? ¿Quiénes somos nosotros?

Y sin embargo no consigo concentrarme en nada que no seas tú. Camila, ¿por qué no

nos casamos antes? Cuando recuerdo Hendaya y pienso en lo que he perdido me dan ganas de golpearme contra las paredes. Te añoro. Recuerdo nuestros paseos, las gaviotas, los croissants del desayuno y esa mirada de niña que tienes al despertar. Recuerdo el silencio de la tarde, recuerdo tu mirada cuando de pronto levantaba los ojos de mi libro y te veía mirándome (nunca he leído tan poco, y de todas formas no me acuerdo de lo que leí), y recuerdo tu dulzura, la suavidad de tus manos. Siempre las intuí, pero ¡tanto! Camila...».

(De una carta de Camila a su marido, en Madrid).

... Por favor, no se preocupe por mí, yo estoy divinamente y también lo añoro. Tanto mi mamá como yo estamos muy preocupadas por lo que va a suceder. Mi papá te manda preguntar si se te ofrece algo. Que cualquier cosa que necesiten, a la orden.

No te puedo hablar de lo que pasaba allí porque desconozco la situación y estoy segura de que lo que hagas lo harás bien. Sobre todo, ¡ten cuidado!

Yo también lo añoro. Y no se preocupe por Hendaya. Seguro que volvemos. Yo ayudé a Hortense y Casimir a volver a enfundar los muebles y a cerrar la casa. El pobre Casimir estaba tan consternado: nunca es agradable traer malas noticias.

¿Quiere que vaya? No creo que la situación sea tan grave como para impedirme estar al lado de mi marido. Me siento como una cafetera vieja, olvidada en un cajón...

No era cierto: Casimir no estaba consternado sino feliz con la llegada de la república a España —años y años de escuela republicana, y de considerar la toma de la Bastilla como la ocasión más alta que vieron los siglos—, y Camila era para Diego lo contrario de una cafetera. Era más bien una joya, un anhelo, uno de esos recuerdos que permiten sobrevivir y por tanto no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Ninguno. No se daba cuenta de que al resguardar los sueños se les condena a crecer, mudar de voz y eventualmente marcharse de casa.

¿Qué riesgo temía Diego? No lo sabía muy bien, eso era lo peor. Nada en su mundo parecía quedarse en su sitio, y eso que había llegado a Madrid cuando aún duraban en las calles algunas borracheras de celebración, iguales que las de fin de año y las victorias por el fútbol. A Diego le costaba creer que ésa fuese la misma ciudad de la que se había marchado no hacía un mes, y que en ésa su casa se hubiese celebrado días antes un banquete.

No era fácil describir la atmósfera que había ocupado el palacio, aunque Diego tampoco hubiese tenido a quién describírsela. Si pensó en contárselo a Camila se abstuvo, como hacen los soldados cuando la noche antes de la batalla escriben a su madre...

Era una cuestión de silencio. No es que el palacio hubiese sido nunca muy ruidoso —era demasiado grande y los ruidos morían antes de encontrar seres humanos—. El bullicio que conseguía llegar desde la calle resultaba ahora estruendoso pues en la casa todo el mundo había cortado los puentes con él. Era el silencio de un convento en una ciudad en carnaval: mientras la ciudad canta, baila y brinca, las monjas rezan.

En la capilla del palacio de Loma de Águilas, Cristina Castillo de San Luis, Tina Águilas de casada, rezaba y lloraba y lo hacía siempre a solas: llorar porque las lágrimas en público tienden a acortar distancias con los criados. Y rezar porque el padre Pelayo había salido la misma noche del 14 de abril hacia una de las fincas —nunca se sabe en dónde ni en qué pueden parar las revoluciones —, embozado en el disfraz de un corredor de comercio construido a toda prisa, no sin dificultad, rascando el fondo de los armarios del marqués. «Dios mío, va demasiado elegante», pensó la marquesa cuando el padre Pelayo acudió a despedirse, pero pronto se tranquilizó al percibir que el sacerdote tenía los torpes modales del uniformado de cualquier especie a quien de pronto le obligan a separarse de su rebaño.

En el trayecto desde la estación Diego había percibido lo que su primo Niebla concentró más tarde:

*Día, noche y día
los tranvías bailan pasodoble
Ingenieros estupefactos:
he ahí lo imposible
—castillos de piedra ardiendo—
luego existe*

Tres diputados cantan

*y seis curas se disfrazan
Un rey marino se acuesta en el mar,
una doncella cambia de nombre cuatro
veces
y cuatro carniceros bailan
mostrando el hacha*

*Misteriosos carteros ríen
En la tormenta cien palacios
comienzan la travesía
Casi todos los príncipes lloran*

Más tarde, al leer esos versos durante un viaje en la tierra de nadie de una habitación de hotel, aunque ya había pasado tiempo Diego revivió la mezcla desgarradora de compasión por los suyos y la rabia por su ineptitud histórica que sintió entonces, cuando encontró a su madre llorando rezos o rezando sobre lágrimas en la capilla de su casa, esperándole para entregarle una carta de su padre que en otro siglo hubiese sido una espada, un nombre, un estandarte. Diego escuchó el verbo épico de su madre, lo leyó en la carta de su padre, se acordó de las manos de Camila, de sus tobillos, de su piel y de su timidez en las noches tibias de Francia, y un instante, aunque se dominó pronto, tuvo por primera vez la impresión de que había nacido en el momento y quizá el lugar equivocados.

En efecto, los temores de Diego y sobre todo de su padre se fueron confirmando: no habían pasado dos meses del nuevo régimen cuando el ministro de Exteriores le llamó a Madrid (ya estaba en Madrid, la carta dio una vuelta por París) y le ofrecieron una secretaría en Persia. Evidentemente se lo querían quitar de encima. Dimitió. Además el ministerio se iba llenando como una bañera con dos grifos de políticos ajenos a *la carrera* que a todas luces no sabían distinguir ni una nota verbal ni un cuchillo de pescado, y que, rompiendo la tradición seria del servicio diplomático, comenzaron a exportarse a las embajadas más golosas.

A París, en lugar de Diego, enviaron a un patán que usaba corbatas a rayas con chaquetas a cuadros, se dejaba caer un mechón de pelo sobre la frente y era además economista. ¡Economista! ¿Qué podía hacer un economista —esto es, una especie de brujo con bachillerato— en las recepciones del Hotel Matignon? ¿En qué lugar dejaría a España? Con estos argumentos Loma de Águilas protestó ante el marqués del Brillo, quien le escuchó comprensivamente mientras se miraba de vez en cuando las uñas, mortificado porque en la última manicura Adelita no le había retirado la cutícula del anular izquierdo. En cambio, qué bien le quedaba a Adelita su bata rosa.

—No te preocupes, Fernando —dijo Brillo—. Si a tu sastre le cae la lotería hay que dejar que lo celebre un rato. Lo más probable es que se lo gaste en coches, joyas y abrigos de piel... y en otros sastres, claro. Lo único que tienes que procurar es que no se siente a tu mesa porque entonces te comenzará a tutear y quién sabe si a

mirar a tu mujer. Lo demás ya lo hará el tiempo. El tiempo siempre juega a nuestro favor. Al fin de cuentas nosotros somos centenarios.

Fueron regresando. Casi todos los leales que se habían marchado con el Rey al exilio lo dejaron entregado a la melancolía en un hotel de Roma y fueron regresando para ver qué podían poner a salvo de todo lo que los republicanos les iban a quitar. Pasó el tiempo y apenas les quitaron nada —sólo tierras que de todas formas no cultivaban—, pero eso no les hizo regresar al exilio, que si se prolonga mucho es poco lucido. Además era obvio que el enemigo se preparaba para cuando bajaran la guardia. De modo que dejaron a sus jóvenes cachorros al cuidado de sus casas en Madrid, donde ya no había corte, mantuvieron una guardia en el nuevo parlamento, cuestión de esperar las grietas propicias, y se retiraron a sus fincas o a sus casas en la costa de Francia, cuarteles de verano que por la situación política pasaron a ser de invierno.

El único que no regresó fue Santás. Ni siquiera a recoger los discos de ópera que tanto le acompañaban en Gádor y que mandaba poner a todo volumen mientras paseaba por los caminos de grava.

Santás no había ejercido nunca de cortesano, pues su familia tenía ganado el derecho a no serlo —con independencia de que la mayor parte optaran por sí serlo— desde bastante antes de que los Borbones llegaran a España. Los Gayán de Gádor les vieron llegar, los miraron siempre con el punto de escepticismo con que se mira a los forasteros ricos, y les fueron leales. Claro que les fueron leales. ¿No era ésa la esencia misma de su razón de ser? La lealtad. La lealtad al Rey con independencia de que fuese un imbécil, un hemofílico, un borracho. En el fondo no importaba ni que tuviera un rostro, un nombre. Lo único que importaba es que fuera legítimo (sea lo que sea lo que eso significa) para que los bien nacidos pudieran ejercer su lealtad. Algo superior, situado más allá de la idea, del sentimiento, incluso más allá del propio objeto. Lo único, quizá, que en su versión genuina no se puede comprar y cuyo valor sólo se transmite de generación en generación, de siglo en siglo, y

aumenta con el tiempo.

De modo que bastó su abdicación para que Santás volcara su vida en acompañar y ayudar en lo que pudiera al Rey, un ser en quien no veía las habituales simpatía y campechanía que cantaba todo el mundo sino la condición trágica de quien tiene que sonreír sin pausa pese a saberse condenado. Y Santás estaba mejor colocado que nadie para saberlo: con el Rey había jugado a las canicas en el Palacio Real sobre alfombras que parecían campos, con el Rey había fumado a escondidas, y con él había intentado seducir, sin éxito, a sus dos primeras modistillas de la Puerta de Toledo, que se debieron de oler algo bajo los disfraces insuficientes para taparles el lado petimetre porque huyeron en cuanto les fue posible.

Pero tan pronto acabó la regencia de su madre y el Rey tuvo que ponerse de perfil para que lo acuñaran en las monedas, Santás desapareció. Con la excusa de viajes cada vez más lejanos se fue disolviendo el vínculo. A fuerza de excusarse, hasta el Rey comprendió que no había que invitarle a recepciones oficiales. Si escuchaba críticas hacia él, le defendía: para seguir una vieja tradición, la Corte odiaba a Santás por su soberbia, según decían sin darse cuenta de que escupían contra su espejo, y por la misma tradición le adjudicaban el mote de Luzbel aprovechando que en sus tierras los campesinos jugaban desde hacía generaciones con su título hasta convertirlo en Marqués de Satanás. El título no reconocido de Luzbel lo lució por primera vez Ramiro, el conquistador de Burgo de Osma que en el siglo XV no sólo consiguió encandilar a la reina Carlota Joaquina y entrar en su dormitorio, que eso hubiese sido irrelevante, como conseguir para su casa la orden del Halcón, que por tradición corresponde sólo a Reyes, eventualmente a algún Papa. Hay pocas cosas que un noble español, incluso un español que no sea noble, perdona menos que el ennoblecimiento ajeno: de modo que Luzbel.

En realidad, en contra de lo que se temía la Corte, no había ninguna influencia. En el supuesto de que el Rey viera a Santás, lo

hacía «en petit comité» (ésa era una expresión que se usaba mucho en la Corte), o en Gádor, o en cacerías, o en reservados de tabernas nocturnas, como habían hecho de jóvenes. No se sabe nada: si aún persiste una conjura de silencio sobre la vida oculta del Rey, lo que sigue dando pie a la misma vieja leyenda de regusto aristocrático, sobre la vida de Santás se sabe todavía menos: muchos viajes, especialmente por los desiertos y las selvas de África, campañas en Marruecos de las que regresó con una prematura vejez en los ojos, boda con una italiana delicada que le dio a Niebla el algo más de sus ojos entrecerrados, y encierro en Gádor cuando quedó viudo, que fue muy pronto. A partir de entonces sólo salía para llevar o traer a Niebla de sus internados, cuando aún era niño. Luego ni eso.

Si bien se mira, de las relaciones del Rey con Santás sólo quedan los recuerdos de alguna niñera o preceptor, lastrados por el mito, una foto de ambos en la boda de Santás, la única que se tomaron juntos, y un pasaje de las memorias del barón de Término:

«Estábamos todavía cenando cuando al capitán le trajeron un mensaje. “Majestad”, dijo después de leerlo, “ya estamos en aguas internacionales”.

Durante un buen rato nos mantuvimos en silencio. Hasta los camareros se quedaron quietos. Sólo se oían las gaviotas que seguían el barco y que aún eran gaviotas españolas.

Comprendiendo la emoción del Rey, todos, Brillo, Loma de Águilas, yo mismo, intentamos consolarle: “Pasarán estos días”, le vinimos a decir, “y podréis volver; los españoles os quieren”.

El único que se mantenía en silencio era el otro Gayán de Gádor, Santás. Al cabo de un rato don Alfonso le preguntó:

—¿Y tú qué opinas, Luis?

Santás no pareció pensarlo, pero sí hizo una pausa.

—Creo que no regresaremos, majestad.

—Luego... no es cierto que los españoles me quieran.

Santás hizo otra pausa.

—No os conocen, majestad.

Entonces odiamos a Santás. Incluso su hermano, Loma de Águilas, se le veía en la cara. Ahora creo que tenía razón y que don Alfonso tenía derecho a saber la verdad. La historia terminó por darle a Santás la razón. Lo que ocurre es también que nosotros estábamos obcecados y no podíamos creer que España realmente prefiriese la República...».

Memorias de un súbdito (Lisboa, 1961)

El día de las elecciones de abril, y sin que nadie se lo dijera, Santás comprendió a media tarde lo que debía de estar ocurriendo. Al fin de cuentas él conocía al Rey y podía preverlo mejor que una pitonisa. Apagó la radio, mandó hacer su equipaje y se encerró con Niebla en su biblioteca, no mucho, justo el tiempo de despedirse sin discursos. Luego fue al cuarto de la plancha, donde a esa hora permanecía reunido el grueso del servicio y, como hacía a veces, elogió a la cocinera el tocino de cielo del mediodía.

Volvió a cruzar la casa para salir por la puerta principal pues sólo utilizaba la pequeña de cristales de la biblioteca cuando salía a sus paseos por el parque bajo la ópera. Entonces, mientras se ponía distraídamente los guantes de resobada piel de cerdo, miró los árboles en abril con la única tristeza de ese día, y se despidió del mayordomo que le sujetaba la puerta exactamente igual que si fuese a Londres a encargarse las camisas. Subió al Packard, ordenó: «A palacio», y no miró atrás ni cuando cruzaron el portón de piedra y hierro, en uno de cuyos lados estaba sencillamente escrito: «Gádor».

Del diario de a bordo del *Magallanes* (antes *Reina Cristina*).

Viernes 15 de febrero de 1935

*A las 05° 34' atravesamos el Trópico de
Cáncer*

Barómetro bajando.

Vientos de 35 nudos.

Marejada.

*Buena parte del pasaje, mareado. Últimas
gaviotas de las islas. Delfines al alba.
Primeros peces voladores.*

Camila respiró al comprobar que Rodrigo había heredado el don familiar de no marearse en los barcos, lo que no la eximió de ir viendo disminuir de forma alarmante sus reservas de pañales, que el niño iba consumiendo con salud y entusiasmo. Al cuarto día de Atlántico Camila se vio obligada a reclamar uno de sus baúles de las bodegas, donde guardaba la provisión de pañales de tierra firme. Conseguir que se lo trajesen no fue fácil, pero ésa era y es aún, a veces, una de las ventajas de las cosas españolas (y tres marinas):

que las normas siempre son discutibles, a condición de usar buenos modales. Algo que no terminaban de comprender muchos extranjeros, como esa señora neoyorquina del camarote 8, que por la torpeza de ofrecer una propina al tercer oficial, para que le subieran una maleta, se quedó sin un vestido de noche azul súbitamente indispensable para la fiesta del capitán. Cuando días más tarde pudo acceder a él, en Curaçao, ya hacía demasiado calor.

De modo que ahí estaban, Camila y su niño, fascinado él con que el ojo de buey del camarote se llenara sucesivamente de mar o cielo con la cadencia de un tiovivo, y fascinada, atónita ella con la simple existencia de su hijo. Entretanto Diego, en la litera de arriba, perdía por segundos toda ilusión o siquiera curiosidad y quería tirarse al mar.

La tormenta se insinuó en el trópico de Cáncer, justo como si el barco entrara en un mar mucho más inesperado y peligroso. El *Magallanes* atravesó muy, muy tarde en la noche esa frontera celeste que se ve en el cielo pero se siente en la tierra, y de inmediato Camila se despertó con una pacífica lucidez, una suave exaltación como si en ese momento comenzara el verdadero viaje. Se levantó, comprobó que el bebé dormía tranquilo en su hamaca, no miró a Diego pues bastaba con escucharle el sueño de hombre, se vistió a oscuras por encima del camisón y salió a cubierta. Amanecía. Era el comienzo del comienzo del alba, cuando un perezoso incendio se decide a separar el mar del cielo y por la frontera entre ambos navegan los peces voladores. Eligen esa hora sin testigos porque son reservados.

En el puente de primera clase sólo había un marinero, que la saludó con la secreta complicidad transoceánica de quienes disfrutan con el silencio. Camila se cerró su chaqueta hasta el cuello, se acodó en la borda, vio pasar a cuatro peces voladores en formación delta, creyó intuir las sombras de dos delfines saltando en el mar todavía negro, y entonces comprobó que el incendio de la aurora, a lo lejos, oscilaba más que el día anterior de un lado a otro

de la barandilla del barco, y que de él salían sombrías humaredas. Antes hubiese disfrutado con todo ello y con el viento, también despierto. Esa mañana Camila bajó presurosa a su camarote, donde dormía su hijo.

El primer día aún hubo pasajeros en el comedor o sentados con mantas en la cubierta, pese a que el aire entibiaba por momentos. Al día siguiente, con el mar de muy mal humor, Camila se encontró comiendo a solas, con un único compañero de travesía cinco mesas más allá. Era un señor enjuto, de pelo gris y ojos negros muy vivos, que le sonrió cuando Camila se levantó para ir a ver a su marido agonizante y a su hijo. Al repetirse la escena por la noche —Camila se había traído al niño en una cesta pues Diego estaba realmente en las últimas—, el señor se le acercó y cortésmente le preguntó si no le importaba cenar con él.

Fue una velada muy divertida en la que Camila, el señor y un par de camareros, y seguramente el niño en su cesta, porque no despertó, disfrutaron como si dispusieran de una feria, un teatro, una gran orquesta de baile sólo para ellos. El grueso del tiempo fue empleado en sujetar platos encima de la mesa y patatas *pochées* dentro de los platos, pues todos ellos padecían la *tentación de abismo* que al parecer sufren los poetas extremistas, y tendían a rodar y arrojarse al suelo. Al tiempo el principal polo de atención era la pista central del circo, donde el vino y el agua se libraban a comprometidos ejercicios de horizontalidad sin por ello manchar nunca el mantel, en tanto que en los extremos de la escena, como ocurre a menudo, los dos camareros se entregaban sin pudor a un virtuosismo de pie marino que Camila, aunque disfrutaba del espectáculo, dudaba pudiese repetir cuando volviese a su camarote.

Siempre la recordó, Camila, esa noche. Siempre se preguntó la causa pues no le pasaba lo mismo con otras tormentas y ésta cada vez cambiaba lo más importante. A veces volvía a ver los latigazos del agua en las ventanas, cada gota reflejando las luces, los relámpagos iluminando la catástrofe, las ráfagas de viento que parecían avisar de algo. Otras veces se imponía en cambio una

extraña paz, una suerte de armisticio en ese comedor vacío transformado en circo a la deriva. Y en otras no podía eludir al señor Schwartz en el papel de protagonista. Siempre lo llamó así, señor Schwartz, y si alguna vez supo su nombre lo olvidó. El señor Schwartz, correcto como una especie de anticuado funcionario vienés, que durante toda la cena, llamándola siempre *madame o chere madame*, le estuvo contando de otras tormentas, tifones, huracanes por el mundo, con una precisión de novelista, sin que se supiera en cada caso si los había vivido, leído u oído, ni dónde, ni cuándo, ni por qué.

Y en otras ocasiones a Camila no le quedaba más remedio que recordar el momento en que al salir del comedor, el señor Schwartz pidió al camarero que por favor le acercara un libro olvidado en su primera mesa. «Pensaba que iba a cenar solo», le explicó a Camila. Y el camarero, como en un golpe de último efecto de ese circo sin espectadores navegando en la tormenta, trajo *Viajes*, de Niebla, justo el poemario que Camila se desvelaba pretendiendo olvidar.

*Despierto y quedo inmóvil,
con los recuerdos de piedra.
Escucho, palpo el aire,
busco un aeropuerto.
Negro en el silencio negro.*

*Me asomo prudente como un pájaro:
ahí está la noche, resignándose.
Otra vez el gris, otra vez,
sin sombrero, sin perfume.*

La noche sabe que el día es una mancha

*y la tolera. Se recoge, lee, duerme.
El viento peina el mar,
lo viste, lo desviste.
Los astros bailan, saludan, se disuelven...*

*Nada importa. Sólo
el viaje.
En el silencio,
el viaje.
En la noche, el alba, el día,
el viaje.
¿Una misión?, ¿una llamada?
Sólo el viaje.*

*El ojo en el catalejo, el corazón en el
bolsillo,
la mano en el adiós, el hasta nunca.
Un solo viaje sin puertos, sólo escalas.
Donde esté la noche pongo el barco.
No soy explorador si no navego.*

De modo que Camila no aguantó más ni las noticias entusiastas de los periódicos parisinos sobre la República española, ni las cartas de Diego, repletas de silencios, y se plantó en Madrid un día de julio para comprobar lo que intuía en la distancia.

De momento no pudo comprobar nada pues en Madrid nada ni nadie podía hacer otra cosa que intentar sobrevivir a un calor que caía sobre la ciudad como una boina de hojalata y gobernaba seis de cada diez actos de la vida: huir de él, esconderse, aguantarle, respirar un poco con la noche, levantarse al alba para cerrar todas las ventanas y contraventanas y procurar que algo de penumbra consiguiera llegar hasta la noche.

Además, en Madrid quedaban sólo dos maleteros de la estación de Atocha, cinco taxistas y unas pocas mujeres que entraban y salían de tiendas de ultramarinos donde probablemente alguien las atendía en la penumbra al amparo de un ventilador y un botijo y armado de un matamoscas. De camino hacia su casa Camila coincidió en un semáforo con un coche agrisado por el polvo bajo el sol. Por alguna razón no parecía tener destino ni venir de ningún sitio. Estaba ocupado por cinco perfiles de piedra mirando al frente y con las sienes húmedas por el calor. Camila pensó que tanta gravedad sólo podía ocurrir en España, tuvo un remoto y misterioso sentimiento de regreso a casa, o por lo menos a una de sus casas, y en el deseo de buscarle una explicación a ese coche extraviado en la tarde calcinada pensó que debían de ser toreros. Así se lo dijo al taxista.

«Lo son, señorita» —le dijo el taxista, demasiado aplastado por

el calor para mostrar ninguna emoción—. «Son El Olivo y su cuadrilla, que están triunfando y toread en esta tarde en Madrid».

«¿Con este calor?», se preguntó Camila, pero no lo dijo, economizaba sus fuerzas. Aun así se quedó con un sabor en la boca como a cal y a ceniza que esta vez no supo identificar. A la mañana siguiente, hasta ese momento satisfecha y feliz como una recién casada, lo comprendió. Estaba en un gran titular en el periódico que les llevaron a la habitación con el desayuno. El Olivo no había sabido esquivar la muerte pese a sus dones premonitorios de gitano y su habilidad de contorsionista. *Naufragio* se llamaba su verdugo, un toro cárdeno y bizco con el característico mirar atravesado de los toros del hierro del conde de Luzdeluna, que desde hacía años, y por una apuesta, se dedicaba con alucinada terquedad a conseguir toros de ojos verdes.

El titular del periódico quitó a Camila la ceniza de la boca pero comenzó a teñir el cielo brillante y azul de ese mes de julio, que entraba impúdico por los altísimos ventanales de la habitación. Diego regresó del cuarto de baño afeitado, bañado y oloroso a Pinin Fariña y, sin percibir que un titular de periódico les separaba la mañana de la noche, se sentó en el borde de la cama, abrazó a Camila, la besó y poco a poco la fue reclinando sobre unas sábanas ya muy deshechas. Camila percibió que bajo la seda de su batín estaba desnudo y de nuevo dispuesto, como si nada hubiese sucedido durante la noche. Y no es que ella no lo deseara, al fin de cuentas era una mujer a quien la historia le había interrumpido la luna de miel cuando aún estaba aprendiendo, y esos tres meses habían sido de frustración y anhelo. Pero el oscuro perfil de sienes húmedas de El Olivo y su cuadrilla se interpuso y, al revés de lo que debe suceder por las mañanas tras una noche de entrenamiento, Camila permaneció lejos, aunque deseara acercarse: la conmovían las promesas de amor, los rayos de sol y los trinos de pájaros.

La casa de los Loma de Águilas no era la misma, hasta el punto de que ese septiembre, al regreso de Hendaya —el veraneo ese año sólo duró un mes y medio, y no fue un verdadero veraneo sino

un tiempo atormentado por rumores de expropiaciones, revueltas, regresos del Rey y complots—, Camila se encontró convertida en la dueña de la casa. Señora del palacete castellano regulado por las campanadas de la iglesia vecina, con cuadros de mártires en las paredes y vastas alfombras que en algunas esquinas comenzaban a dejar asomar el gris de sus huesos de cuaresma.

Con un equipaje de dieciséis baúles reforzados en cobre que cubrían las contingencias de cualquier tipo de exilio, la marquesa de Loma de Águilas se había negado a regresar a Madrid: «Ya hay demasiada gente que no se sabe quién es», explicó, y fue directamente de Hendaya a Londres, donde se reunió con su marido, llegado de Roma, para iniciar ambos en el *Halifax* una vuelta al mundo. Ese tiempo sería suficiente para que las fuerzas de la historia y sobre todo de la decencia volvieran a colocar las cosas en su sitio. Ellos, como otros muchos, tenían la certeza de que sería un asunto de semanas, quizá meses.

No lo hizo mal, Camila, pese a las evidentes dificultades. A fin de cuentas seguía siendo una americana, y si sus profesores le hubieran podido exigir que resolviera casi cualquier problema protocolario de dieciséis sentados a la mesa, difícilmente —ellos mismos lo hubiesen tenido peliagudo— podían pedirle que se enfrentase a los enigmas de alta matemática que surgen cuando todavía se escucha el carruaje del Rey saliendo por el patio trasero mientras los revolucionarios se encuentran ya en el vestíbulo.

Esos meses que siguieron a su regreso de Hendaya fueron ese momento, que se prolongó incluso unos pocos años. Camila presenció los primeros tres y medio desde primera fila y se podría decir incluso que participó en ellos y tuvo leves aportaciones a la historia de esos días^[17].

Pues Diego no renunciaba a nada. Contemporáneo de un siglo que para entonces ya había multiplicado por tres los cambios de cualquier otro, diplomático, es decir intrigante, por oficio pero también por genética, encargado por su padre de la dinástica misión de salvar lo que se pudiera, Diego se convirtió en una especie de

Pimpinela Escarlata, con quien, por otra parte, estaba lejanamente emparentado^[18]. Una suerte de elegante guerrero infiltrado en los salones enemigos.

Salvo todo ese agitarse, no mucho más queda en limpio de esos años que luego la historia borró, primero por orden de amnesia obligatoria, después mediante las leyendas de los exiliados y múltiples novelas que los transformaron por completo en busca de la añoranza eterna por el tiempo ido. Camila misma no fue nunca capaz de contar en orden esos tres años que a ella siempre le parecieron quince, quizá porque en ellos le nacieron las primeras canas, porque tuvo un hijo y por otras cosas que no se pueden mencionar pues es ésa una forma demasiado simple de contar las cosas y falsearlas. Y porque de alguna forma extraña, distinta, inesperada, recibió una educación decisiva sobre cosas que nunca había sabido ni que existían: que la gente viajaba en metro, que las mujeres parían hombres pero no podían elegirlos para alcaldes, que los libros eran un bien de privilegio, que las cárceles podían ser lugares de ayuda, o la poesía. Cierta clase de poesía. Le iban a servir siempre. Fue su guerra, por así decirlo, aunque luego viviera otras con cañonazos de verdad.

Y no hay modo de organizar la información que tenemos de esos años: mucha pero desordenada. Era un tiempo desordenado. En las cartas a los suyos, por ejemplo, Camila no menciona para nada las dificultades que tiene, salvo en una carta a misía Sólita, que dice:

Todo el servicio es bueno —¡muy bueno!— y leal. Me da la impresión de que no ganan mucho: Rosa, la cocinera, me contaba que toda su plata se le va en hacerle un ajuar decente a su sobrina, que es huérfana, y eso que mi suegra le ha dado algunas toallas y manteles... Ahora que lo pienso: ¿cuánto le pagamos nosotros al servicio en Santiago?

El único que no me gusta nada es don Antonio, el administrador, que al principio miraba para san Felipe cuando yo le pedía las llaves (tuvo que intervenir Diego), y a pesar de

todo no para de decirme que descanse y le deje a él el trabajo. He notado que a nadie del servicio le gusta, y eso que ahora, con el ambiente político, está mucho más suavecito. Es el ejemplo mismo del voltearepas.

A su hermano Honorato le habla de otra forma:

... aquí me he estado acordando de aquello que nos decía mi papá, de que en nuestra época sólo importará lo que tengamos bajo el pelo. Eso todavía no es cierto, evidentemente, pero hay algo de final de un mundo en los intentos desesperados de Diego y de los amigos de Diego por conservar, conservar lo que ya no se puede. Esa insistencia en que nos vistamos para comer (aquí se dice zenar), aunque estemos los dos solos, o en que los mayores se pongan sus trajes tradicionales para la cacería de la perdiz. ¿Qué sentido tiene eso cuando en Gijón, Barcelona, Bilbao, y aquí en Madrid, en los barrios del otro lado del río, todos parecen querer una existencia, cualquier existencia en la que nosotros no quepamos? Me da mucho susto el mundo al que llega Rodrigo que, dicho sea de paso, tiene sus ojos...

No era cierto: Rodrigo no tuvo nunca la dura mirada con que Honorato paralizaba más que seducía a sus frágiles novias inglesas,

ni siquiera en los primeros días, semanas, cuando los recién nacidos parecen minúsculos y arrugados ciegos que por azar han ido a parar a una cuna extranjera. Tenía por el contrario esos ojos adormilados y pacíficos que sólo parecen capaces de reconocer el pecho de su madre para colgarse de él, y que en su caso no cambiaron cuando el niño creció. Se mantuvieron. Eran los mismos ojos entrecerrados de Niebla —venían de una tatarabuela de Siena—, que por un rebote genético había heredado Rodrigo: con todo su arte de ladearse el sombrero y colocar un abrigo sobre los hombros de una dama, Diego en cambio tenía esa mirada de mandíbula cuadrada de los hombres incapaces de ver que un pájaro no es realmente un pájaro.

Para Camila, sin embargo, los ojos de su hijo supusieron durante mucho tiempo una especie de tortura. Algo parecido a lo que debe de sentir la joven viuda de un héroe de guerra cuyo niño ha heredado el mentón y el aire decidido de su padre. En los ojos de su niño veía, y lo veía todo el tiempo, la otra vida que le tenían reservada para el caso de no haber cedido al destino rival de casarse con Diego. Durante mucho tiempo en los ojos de Rodrigo Camila evocó y encontró a Niebla, hasta que poco a poco se fue imponiendo la realidad de su hijo, que crecía al tiempo que la memoria de Niebla adelgazaba como el recuerdo de un sueño, se abstraía, se idealizaba quizá en poemas, símbolos enigmáticos.

Por eso es importante contar lo que sucedió en realidad:

Camila volvió a encontrarse con Niebla unas semanas después de su regreso a Madrid, y en el mismo lugar. Todo era muy distinto de su recuerdo: el parque de Gádor brillaba en silencio bajo la nieve y la escarcha. Los olmos y castaños centenarios agrietaban el azul del cielo petrificado por el frío. Desde luego no había fiesta alguna de disfraces y ningún jardinero rastrillaba caminos de grava a treinta pasos del viejo Santas. No había ópera.

No es que la casa hubiese perdido vida. Es que la tenía de otra

forma. Camila observó no sin sorpresa que, en ausencia de Santás, Niebla mantenía en Gádor las costumbres —el servicio respetaba los horarios de los uniformes, había flores en los floreros, la plata brillaba—, a la vez que él tampoco renunciaba a sí mismo. Quizá era igual que antes sólo que ahora se notaba todavía más por la ausencia de su padre. La misma mirada que parecía siempre estar recordando, la misma elegancia hecha de naturalidad y azar en un tiempo de normas y rectas, incluyendo la del pelo. El aire de venir de un lugar memorable —una conspiración, un libro, una cama, un secreto...—, justo antes de partir hacia una misión, una guerra...

Y era precisamente la ausencia del viejo Santás la que subrayaba los parecidos, aunque parecieran contrarios. Por alguna razón la mirada entrecerrada de Niebla tenía que ver con el ojo inmóvil de Santás tras el monóculo. Su azarosa elegancia no era, y de eso Camila sabía mucho, sino una variante juvenil de la ortodoxia del viejo: Santás era de los que consideraba más grave salir sin sombrero que sin pantalones. Y el aire de venir e ir hacia los lugares donde ocurrían las cosas no era a la larga otra cosa, según terminó por decidir Camila en la inútil memoria, que la muy vieja certeza de que los Gayán de Gádor eran quienes protagonizaban la historia.

Diego creyó siempre, aunque lo dijo pocas veces, que Niebla había organizado la comida como un vodevil, con él en el papel de marido burlado intentando pedir cuentas, y Niebla en el de amante burlón que se escurre para que no se las pidan. Toda la vida Camila supo que Diego no tenía razón pero nunca le llevaría la contraria. Pues desde ese mismo día, desde antes quizá, Niebla se convirtió en una de esas sombras que rondan toda pareja por el hecho de serlo, y que los dos procuran mantener ocultas. Aunque uno de los dos la mantiene latiendo.

Por alguna razón Camila sabía que eso que Diego creía conspiración contra él era precisamente el nuevo estilo impuesto por Niebla en Gádor. Eso: una especie de improvisación permanente que desafiaba las normas del mundo de Diego, construido con el peso de los años y la plomada del albañil, y de la que resultaba una

sensación de azar.

Cuando ese día de febrero llegaron a Gádor, puntuales, el único que parecía esperarles era Martín, el chófer-mayordomo que les recibió los abrigos con lo que a Camila le pareció un discreto alivio. En la hora que siguió, Martín fue llevando a su presencia a los demás invitados, como una especie de perro perdiguero que deposita los patos a los pies de su amo y luego se desentiende. Camila no era su amo pero en ausencia del suyo Martín parecía haber intuido en ella, más que en Diego, los requisitos para sustituirle. Se hubiese dicho una prueba del instinto que define a los grandes mayordomos.

Pues con unos reflejos que hubieran enorgullecido a sus profesores de Lausanne y de Ramsgate, Camila se hizo con la situación y procuró que los invitados de Niebla se sintiesen cómodos y no se dejasen intimidar por la casa, por los ademanes de Martín, cuya chaquetilla blanca de camarero le caía como la casaca a un introductor de embajadores, por la altura de los árboles del parque y por los dos pisos que en la biblioteca guardaban la lectura de varias vidas, incluso vidas de sabios.

Allí, mientras Camila se dejaba ir con uno de los invitados a la adivinación de cuántos libros podía haber, y cuál sería la mejor y más rara historia, tropezó una vez más con los ojos de Niebla. En esta ocasión no estaban furiosos sino achinados por una simpática sonrisa de chico. Con los brazos apoyados en la barandilla del segundo piso —en una mano sostenía un libro— parecía estar disfrutando con la representación.

La tormenta pasó pero dejó el viento gris y el mar inquieto, de modo que buena parte de la travesía del Atlántico se hizo en un barco semivacío, silencioso como un club, con pasajeros dispersos en las tumbonas de cubierta, el shuffleboard y el tiro al plato, en el que algunas tardes dos viajeros se aplacaban los nervios e irritaban a los demás con sus gritos de «¡Plato!», disparo, disparo; «¡Plato!», disparo, disparo. Desde todas partes se veían nubes y se escuchaba el viento, y a veces los saltos de los ocasionales delfines parecían, más que un juego, un cortejo.

Por la noche los pasajeros se esforzaban en acudir a los bailes de la travesía, en parte porque no hacerlo era como desairar al capitán, un elegante marino que gobernaba el *Magallanes* sin hacerse una arruga, sobre todo porque ponerse un esmoquin o un vestido de noche, especialmente un vestido de noche, aliviaba misteriosamente el mareo, por lo menos durante la primera hora. Un perfume adecuado o una corbata negra devuelven cierto orden al mundo.

Se puede decir que esa travesía del *Magallanes* fue diferente, no sólo por el diario de a bordo: «mar arbolado», «vientos de cuarenta nudos», «el baile del paso del ecuador de la travesía fracasa por el mareo del pasaje», sino porque no hacía falta mirar demasiado ni ser un novelista para comprender que no eran tiempos ni para campeonatos de shuffleboard, ni para bailes, ni mucho menos para mares en calma.

Por algún ancestro marino, quizá corsario, en ese mar insolente Camila se sentía en su casa. Feliz de que su niño no se mareara —

siempre mantenía la horizontal gracias a su cuna en hamaca—, exaltada por el viento, las nubes, el mundo moviéndose bajo el barco vulnerable, lo que a ella le hubiese parecido extraño habría sido un mar en calma, gaviotas planeando aburridas y la luz de las estrellas llegando hasta el barco sin tener que esforzarse. No era eso lo que estaba en el aire.

De todas formas el aspecto un poco huérfano del *Magallanes* no se debía sólo al mareo del pasaje: era febrero y en primera clase debían de ir vacíos por lo menos uno de cada dos camarotes, lo que producía un poco el mismo efecto que un gran hotel con sólo unas pocas luces encendidas bajo la lluvia. Subrayaba ese vacío el que la segunda clase fuera llena —estudiantes de regreso de Europa, actores haciendo las Américas, comerciantes con espíritu de conquista y muchas misioneras con los ojos alumbrados—, y la tercera, abarrotada: de cantantes. Al amplio puente de primera, donde aquí y allá unos cuantos pasajeros dormitaban o intentaban leer arropados por mantas con el anagrama del barco, llegaba durante el día el rumor ansioso de la humanidad amontonada abajo.

Con la noche y cuando el mar lo permitía ese rumor de ansiedad se cambiaba en guitarras, acordeones, violines, palmas y hasta castañuelas, más de una vez, y sobre todo en canciones, alegres si se cantaban hacia proa, melancólicas si mirando la popa, que a veces contaban cosas en idiomas enérgicos y enigmáticos. Parecían venir de otra gente, otro viaje.

*Käs lumbe der shnoel,
dun suçedan down et mored.
Käs lumbe der shnoel,
ras wände, a solitel korsai.*

*O Tir, zazor min its taita,
O Tir, saär tuzur, O Tir,*

*oa in llas e shasho an il no.
Jahá quis in, ¿it llas?
¿It no? ¿it shasho es?*

*Rruún ni aa, yaj!
Rruún ni aa e ni sall
zajat ir Éhl
da tuzur, da lumbe,
da saär tuzur,
da Es. O Tir... O Tir.*

*In met dos
alamis sin et glug,
e in sall ret,
e no morede,
i glugia in aoa
in inim Ehl^[18a].*

Así era. Según le explicó a Camila el señor Schwartz, que junto con ella y el niño parecía el único pasajero de primera a quienes no impresionaba la neura del mar, en la tercera clase, *de emigrantes*, de algún modo unificados por el fuerte olor verde de la pintura de los bajos del transatlántico, convivían seres con el entusiasmo necesario a embarcarse cerrando una casa sin mirar atrás; junto a ellos iban otros que huían. Acaso era lo mismo.

«¿Huyen?», se alarmó Camila, y en esa simple pregunta y esa alarma se puede ver hasta qué extremo estaba aislada España, incluso la España que entonces hacía notables esfuerzos por rebajar los Pirineos. (Inútilmente, como se vio un tiempo más tarde;

entonces doblaron su altura). Precisamente por eso, porque *huían*, Camila le pidió al señor Schwartz que la llevara a conocer ese lugar abarrotado de cantantes en fuga. Sorprendido y circunspecto como un funcionario imperial, el señor Schwartz se negó, y unas cuantas réplicas después le pareció que Camila se resignaba. No la conocía. En realidad ésa era la excusa que necesitaba, y esa noche fingió que se iba a la cama, mucho antes de medianoche, durante otro desangelado baile de etiqueta para pasajeros de rostro pálido.

Lo que hizo Camila fue echarse su capa de terciopelo por encima de los hombros desnudos, y esperar a que nadie la mirara. En esos bailes cada invitado se siente el centro del universo, por lo que no es difícil pasar inadvertido. Luego salió al puente alto del buque tan sólo ocupado a esa hora por el viento en los oídos, el eco de los pálidos valeses y ráfagas de los acordeones de abajo. Camila desenganchó la cadena de la escalera casi vertical que daba acceso al segundo puente, y bajó.

Era una noche más bien fría, con la luna tapándose y destapándose como si tuviera insomnio, y resultaba poco propicia a estudiantes y misioneras. Camila pudo cruzar como una sombra por el puente de segunda clase, que de todas formas, sin canciones y ni siquiera bailes desangelados, era siempre la primera en irse a dormir.

Al llegar al puente de tercera —no había puente, en realidad, sino que por tercera parecía entenderse todo lo que estuviera más abajo del nivel en que se ven los delfines—, al llegar al puente de tercera Camila tomó conciencia de su desnudez. En aquel escenario alegre y a la vez oscuro, como si alguien estuviese ahorrando en lámparas, su vestido escondido bajo la capa parecía uno de los poquísimos no previstos en ese baile donde sin embargo se admitía casi todo: boinas y gorras, pañuelos para las mujeres, trajes negros para algunas ancianas, vestidos pequeños en las niñas que correteaban jugando, parches en las rodillas de más de un pantalón...

Pero nadie le dijo nada a Camila. Nadie le dijo que no estaba

invitada. Ni siquiera se lo dieron a entender con las miradas y silencios con que a veces se envuelve al forastero, que camina bajo una campana transparente de un material más sólido que el bronce. Camila sabía mucho de eso pues el grosor de las campanas y su transparencia es lo que decide el juego de poder en los salones: cuanto más pequeño el aspirante, más transparente es su campana —las miradas le atraviesan como si fuese invisible— y sin embargo más gruesa: pocos se le acercan.

Seguramente allí abajo había algún tipo de campanas, tenía que haberlas en un lugar tan apretado y oscuro, y aunque Camila no fue capaz ni de intuir las no pudo evitar pensar que a algunos no les hubiese venido mal una campana desodorante. Era sin embargo un prejuicio, incluso para Camila que padecía un olfato excepcional, pues en ese lugar a la intemperie todos los olores resultaban naturales, salvo *Musique*, su propio perfume, y de todas formas pronto eran disueltos por el viento.

No tuvo tiempo para concentrarse en olores porque en ese amplio salón que parecía un circo instalándose ocurrían muchas cosas, todas muy pequeñas y como más aprisa. A esa hora tardía había gente jugando a las cartas, durmiendo, mirando las estrellas, tocando el acordeón o cenando: de algunas ollas de campamento salían apetitosos aromas a conejo, garbanzos, cominos y azafrán. Y en cada una de ellas la invitaban: «¿Gusta?». En una de ellas incluso la invitaron por su nombre:

—Tome unas lentejas, señorita Camila, que tienen chorizo y chistorra de mi pueblo.

Fue algo tan natural que Camila estuvo a punto de sonreír, dar las gracias y continuar su camino como había hecho hasta entonces. Miró otra vez a quien la invitaba, y le parecieron una cara, una sonrisa conocidas en un tiempo lejano. No tan lejano: Dulce, una de las camareras de la casa de Madrid, casada hacía tres años, seguía teniendo los dientes blancos y el pelo brillante, pero ya no resultaba fácil reconocer a la doncella delgada y con guasa en los ojos que cantaba mientras tendía las camas. Casi todas cantaban

pero Dulce cantaba romances castellanos y villancicos. Hasta en Semana Santa. Recordaba una estrofa que decía:

*No me rompas el cántaro,
niño, no me lo quiebres.
Si me quebraras el cántaro
habré el agua de llevar
en mi boca y con la mano*

que en boca de Dulce sonaba como

*Rómpeme el cántaro, niño,
niño, el cántaro quiébralo.
Si me quebraras el cántaro
el agua te he de llevar
en mi boca y con la mano*

Camila aceptó pues el más delicioso plato de lentejas que hubiera probado nunca, aunque sólo fuera porque en ese mar ya tibio la chistorra de Alaurín del Conde, el pueblo de Dulce en tierras de Ávila, parecía una exquisitez tan exótica como los aguacates pichos que cometió una vez la nostalgia de comprar en París.

Gracias a la chistorra pudo conocer a Benito, el marido de Dulce, un hombre con la sombra de barba y ojos encapotados que había visto a menudo en los novios de las chicas de la casa, cuando venían a buscarlas el domingo por la tarde y se quedaban esperándolas con la gorra en las manos en la puerta de atrás. Quizá por esa misma sospecha del fondo del ojo, una vez casadas las chicas no volvían a la casa a felicitar las Pascuas, y cuando lo

hacían habían cambiado: ya no eran tan alegres, como si un pesado secreto les frenara la risa, y habían perdido la soltura, la gracia y el cómodo anonimato que antes les daba el uniforme: entonces interpretaban un papel y se podían resguardar detrás. Cuando al cabo de un tiempo regresaban vestidas de domingo se creían en el deber de vestirse de fiesta. Quedaban desnudas. Se sentían perdidas.

Tan perdidas como se sintió Camila esa medianoche, cruzado el ecuador del viaje, con una tibia humedad en el aire que ya no era la de un mar europeo y una hora distinta en el reloj: había que cambiarla cada día y medio. Camila agradecía la hospitalidad de Dulce a la vez que adivinaba la verdadera historia, como nubes en el fondo de un estanque, al otro lado de sus palabras: donde Dulce decía «futuro en América», Camila, que nunca había sido mal pensada, oía «fracaso en España». Cuanto más insistía Dulce en que comiera chistorra, o una naranja, más se convencía Camila de que ella y Benito estaban huyendo del hambre. Y la compadecía. Y cuanto más se interesaba Dulce por «el señorito Diego», más sentía Camila el oscuro silencio de Benito, al lado, que las envolvía a las dos.

Cuando finalmente Camila le contó de Rodrigo, del que Dulce no había llegado a saber, reconoció en sus ojos un conflicto ya visto antes: a un lado esa ilusión, esa ternura que les asoma a las mujeres cuando se habla de niños. Es algo que les quita de golpe la edad, sea cual sea la que tengan, y que las vuelve otra vez un poco muchachas. Y al otro lado, una inconfundible telaraña que también asoma cuando por alguna razón *niño* es una palabra proscrita, que no se debe decir en su presencia. Camila no se atrevió a preguntar.

Los cantos de los emigrantes fueron menguando, la brisa tibia cogió fuerzas, como siempre hace al dejar atrás la zona más oscura de la noche, y las nubes abrieron un poco y pusieron en primer plano cinco estrellas. Parecían significar algo. Se encontraban bajo la O larga y negra partida que arma la constelación de Caldas y constituye una de las puertas del trópico^[19]. Entonces Dulce

preguntó por «el señorito Niebla». Así suceden las cosas.

Con una N. Así firmó Niebla la segunda carta que le envió en su vida, en el mismo papel azul-gris que Camila asoció ya para siempre con las notificaciones del destino.

TEATRO REAL DE
MADRID

ORQUESTA
FILARMÓNICA DE
VARSOVIA

Viernes 6 de octubre.

19.30 horas

Fila 6, silla 4 de

platea

Esa especie de nota, invitación, promesa, tensó a Camila como un peligro a la vuelta de una curva, entre otras cosas porque el mensaje llegó hasta sus manos atravesando obstáculos con la desfachatez de un héroe, el despego de un suicida. Llegó sin ninguna precaución en el correo de la mañana. A mediodía Diego no reparó en ella al ojear su correo antes de pasar al comedor. Por

suerte eran los días del abortado cuartelazo del coronel Manzano en Cartagena y Diego no pensaba sino en eso. Al ver el sobre escrito con la letra puntiaguda y pretenciosa de los salones, debió de pensar que se trataba de una invitación más, sin dar importancia al hecho de que iba dirigida sólo a su mujer. Sería para un té de señoras. El correo fue depositado como todos los días por Silvano en el salón de estar junto a la bandeja del café y los primeros diarios de la tarde. Sobre ellos saltó Diego con una ansiedad de periódico-adicto, en realidad sólo quería saber si habían surgido nuevos apoyos a Manzano.

Sentada en una butaca cuya escasa altura le obligaba a cruzar las piernas y doblarlas a un lado, Camila sirvió el café, encendió un cigarrillo y sosteniéndolo en escuadra con la punta de los dedos, colocó el paquete de correo en su regazo y procedió a abrir los sobres. Introducía el pulgar derecho en el pequeño resquicio de la solapa. No seleccionaba.

Nunca sabría qué iba en el montón de abajo. Después de otra invitación se encontró en la mano con el sobre de Niebla, de un tacto tan reconocible como el de una piel. Era exactamente igual al de la nota que le había escrito hacía meses para contarle que al final de *Alejandra de día*, el serial de radio que se podía seguir en Madrid de portal en portal, «ella se va con él». Hacía mucho tiempo que Camila guardaba aquella carta en la memoria de su cabeza, y también en la de sus dedos. Con el corazón latiéndole y un zumbido en los oídos, introdujo el dedo en la solapa y esta vez procuró abrir el sobre con cuidado, sin hacerle dientes ni mordiscos.

No fue, claro. Camila no fue ese viernes de octubre al Teatro Real, en teoría porque Diego le había pedido a última hora, como siempre, que organizara una cena para unos diez, en realidad porque, a pesar de lo que había estado imaginando, anhelando y no durmiendo, no encontró el valor. Aunque Camila era una mujer leal, ¿qué puede hacer la lealtad en esos casos?

Tres semanas después recibió otra invitación, idéntica a la primera, con la misma intención de camuflaje visible en el contraste

entre la pretenciosa caligrafía del sobre y la N de la firma. Niebla la invitaba a escuchar a Vinkírovitz, que interpretaría en Madrid por primera vez.

Esta vez acudió. Se estuvo diciendo que era para evitar el riesgo de recibir más invitaciones y que Diego terminara por descubrirlas: eran sencillas entradas a conciertos de abono y sin embargo Camila intuía que había algo incontrolado en ellas, algo que podía crecer por sorpresa y volverse inmanejable. En realidad aceptó porque Diego realizaba una de sus giras por las cortes europeas, en uno de sus últimos intentos de buscar apoyos a la desesperada causa del Rey. Esta ausencia heroica no dejó de pesar en la balanza —si malo es engañar a un marido, hacerlo con un soldado parece perverso—, pero no lo suficiente.

De todas formas Camila no podía ni imaginar que lo que estaba haciendo tuviera algo que ver con el engaño. Si lo hubiera sospechado no habría acudido. ¿No iba ella casi cada semana al palco de los Loma de Águilas en el Teatro Real? (No lo había hecho desde la primera invitación de Niebla). Aceptar no significaba más que oír la misma música desde otro sitio.

El viernes de octubre en que Vinkírovitz estrenó en Madrid *El alba de la ciudad*, el Teatro Real seguía casi vacío a las 7.25. Afuera una noche tibia clausuraba un agradable día de otoño, con nubes al final, que invitaba a salir más que a quedarse. En la sala el vacío resultaba tan ruidoso y visible que hasta Camila lo percibió, pese a que ella misma era una de esas personas que suelen llegar al teatro justo cuando están apagando las luces y no se fijan sino en que la chica de la primera escena es más joven que su vestido. Esta vez estaba en su asiento, formal, desde las 7.23 —una hora elegida, no un azar—, y naturalmente toda ella se tensaba en la espera de Niebla como el cielo, esos días, había esperado las nubes. Su fila era la 6. Entre ella y el pasillo, un asiento. Dudó: ¿Y si Niebla sólo le hubiese enviado la invitación como un gesto de cortesía? La posibilidad del ridículo la estremeció menos que la decepción. Detrás suyo y a su lado, el vacío, que no se atrevía a mirar, parecía

crecer por segundos.

Esa noche Camila vestía un azul oscuro suavemente eléctrico que hacía resaltar su cabello negro y la delicadeza de sus manos sobre la falda. Apenas si se había tocado los labios. Delgadas líneas en los párpados contribuían a una mirada que se hubiese dicho serena pero no lo era, una mirada que desea llegue la penumbra de un concierto para camuflarse. Más difícil de saber es que Camila había elegido ese azul precisamente porque de todo su vestuario era el que más le disfrazaba las emociones, y que la sombra en los párpados apaciguaba en sus ojos la ansiedad. Las manos le sudaban un poco, lo que no le sucedía jamás, las aletas de su nariz delgada buscaban más aire, y le parecía que su discreto perfume de recién casada, *Matin*, de Gross, resultaba demasiado fuerte para un concierto. La confundirían.

Todo eso, más en desorden, ocurría en los siete minutos que mediaron desde su llegada hasta que apagaron las luces. Había cometido además el error de peinarse con un moño antiguo, otra defensa, sin caer en la cuenta de que si por un lado la hacía mayor, algo más sobria, por el otro había un poco de provocación, desafío en ese moño blando que al tiempo dejaba su nuca desnuda, desamparada, expuesta a un vacío cada vez más resonante a causa de las escasas voces que lo iban poblando detrás y hablando en cuchicheos.

Llegó la hora y se apagaron las luces como si se tratara de las campanadas de un reloj. Camila lo estimó una falta de consideración para con ella y el asiento vacío a su lado. Nunca eran tan puntuales. En realidad esa hora de música precisa era una de las exigencias de Vinkírovitz más fáciles de cumplir^[20]. Se terminaba de hacer la penumbra y salía Vinkírovitz con su elegante bastón y su pierna rígida de la Primera Guerra Mundial, cuando un golpe de aire alcanzó a Camila. Mientras Vinkírovitz se sentaba entre aplausos que se hubieran podido contar, Camila comprobó que entre ella y el pasillo había ahora una sombra, y que le sonreía. Le pareció una sombra deslumbrante. De inmediato sintió el peligro, sin duda, el

encanto de esa sonrisa en la penumbra. La envolvía, la llenaba por dentro. Pero no tuvo miedo, como hubiese sido su deber, sino una gran tranquilidad.

Nada más verle Camila comprendió que Vinkírovitz estaba borracho, y por ello volvió a escuchar entero el concierto, y sobre todo a oírlo, cuando un par de años después se encontró a *Herr* Schwartz con el mirar abstracto y la voz borrosa, sentado de través, a media mañana, en una de las tumbonas de cubierta. Al principio no se notaba. Había una especie de disciplina en su actitud, un poco como la voluntad de permanecer erguido que tiene el enfermo afiebrado que pone sus pies en el piso en busca de un poco de frescura. Por el puente corría sin pausa una brisa brillante que contribuía al disfraz. Al remover el pelo canoso, daba la impresión de que la evidente inseguridad del señor Schwartz tenía que ver con el viento y los bamboleos del barco, sólo pacíficos cabeceos en esa mañana azul. Hacía un par de días que navegaban ya por mares tibios.

Sólo al saludar animosa y sentarse junto a él Camila cayó en cuenta que el señor Schwartz no llevaba sombrero, y el señor Schwartz era una de esas personas que sin sombrero se sienten desnudas. Ése fue el primer signo de alarma. Luego, como síntomas inconfundibles desde mucho, mucho tiempo atrás, Camila vio fascinada la representación de un clásico universal: la mirada abstracta, la voz borrosa, la insistencia del borracho: «Tiene que haber visto usted las ballenas. Es imposible no verlas. Vimos unas ayer, y otras anteayer por la tarde, y el día anterior. El día antes también vimos ballenas. No puede no haberlas visto...». La capacidad de beber de una botella sin fondo colocada en una hielera junto a un platillo de aceitunas y otra de Martini puesta ahí para decorar la fabricación incesante de Dry Martinis que de Martini no tenían más que el apellido. La insistencia en invitarla, si no a una copa, por lo menos a un jugo. Con ataques de súbita ternura el

señor Schwartz parecía pensar que Camila debía beber jugos, como una niña. El sentimentalismo. El recuerdo del pasado. Las declaraciones de soledad. Las declaraciones de incompreensión. Los ojos húmedos sin que terminaran de llegar las lágrimas...

Nada de eso veía Camila, sin embargo, pese a que miraba con el educado interés con que se suele mirar a los locos y los ancianos. Como si fuese un recuerdo evocado por la lluvia, Camila veía a Vinkírovitz en el Teatro Real de Madrid a través de las vacilaciones del señor Schwartz en la cubierta del *Magallanes*. Le veía cruzar el escenario con una especie de determinación y una sonrisa burlona, le veía sentarse con un cierto alivio frente al piano, y cerrar la tapa del teclado para tener el privilegio de levantarla de nuevo lentamente, con el ceremonial de la gran música.

Sólo entonces ese viernes de noviembre Markus Vinkírovitz comenzó a tocar. Aunque quizá *tocar* sea un concepto excesivo. Primero puso un dedo súbito sobre un *do* más bien grave, un *do* beethoveniano pero uno solo, lo dejó flotar en el aire para que hasta los de la última fila tuvieran tiempo de verlo pasar y disfrutarlo, y luego interpretó con dos dedos un rápido zapateado de cuatro o cinco notas, antes de volver tras una pausa al grave *do* que abría el primer capítulo. Entonces Vinkírovitz se volvió al público y sonrió. Nítido, inconfundible, universal, de su sonrisa se desprendía el ensimismado misterio de las sonrisas de borracho.

En el inmenso vacío del teatro, que sentía en su nuca, Camila escuchó unas primeras risas agazapadas. Pero también presintió a su lado una nueva tensión, como cuando un pez besa el anzuelo para ver a qué huele.

Camila siempre creyó que el estreno en Madrid de *El alba de la ciudad* había podido llegar de milagro a la última nota, hasta que, después de la guerra, cuando comenzaba a ser ya una pieza clásica (aunque aún temida), tuvo la oportunidad de escucharla en el Covent Garden. Entonces la interpretaba uno de esos nuevos pianistas perfectos que jamás se han emborrachado, pero para su gran sorpresa se comportaba casi exactamente como lo había

hecho Vinkírovitz. El asunto no estaba pues en la interpretación sino en la música. El pianista no parecía tocar sino más bien improvisar notas, y más que improvisar notas, inventarlas. Notas azarasas, casi desconocidas. No eran *dos* normales, ni *mis*, no digamos *soles*. Los *soles* parecían días nublados, o crepúsculos, o cualquier otra cosa menos cielos españoles sin nubes ni matices. (A Camila le daban un poco de miedo esos cielos, como se lo daban los santos y los mártires). Por primera vez en la historia de la música, estas notas parecían haber nacido sin destino. Se dejaban rescatar por Vinkírovitz de la invisibilidad y el silencio haciendo uso de la verdadera, la única libertad del azar y la ausencia de meta. Esa música era una coincidencia en el aire, cuánto más milagrosa que se debía a un artista inocente y lejano, un artista sin intención. Abstraído en un mundo interior mucho más sugerente que ese pretencioso y recargado hangar madrileño donde se dejaba exhibir como un mono de feria —y por lo mismo: para comer—, Vinkírovitz parecía coger las notas de su mundo invisible con las mismas vacilaciones y al tiempo la seguridad con que un niño, un poeta o un loco juegan e improvisan.

La música de Vinkírovitz estaba llena de tachaduras, vacilaciones y arrepentimientos, todo lo cual se veía como manchas de tinta en un manuscrito. Por alguna razón cuyo misterio Camila meditaría el resto de su vida, esas notas tímidas, heridas y tambaleantes se fijaban en la memoria, cavaban una zanja y dividían el tiempo entre un antes y un después.

En algún momento de aquella creación sobre el borde de un acantilado alguien no soportó más el silencio entre las notas. O la imperfección de éstas. O la tensión que se creaba cuando Vinkírovitz levantaba un dedo y apuntaba a una tecla, y procuraba inmovilizarla con los ojos. De golpe se aceleraron los murmullos que habían impedido la perfección del silencio entre las pausas. Unos cuantos carraspearon. Ésa fue la señal. Murmullos y risas ya indisimuladas, escondiéndose unas tras otras, se transformaron pronto en ese viejo graznido de las multitudes cuando ridiculizan lo

que no comprenden y temen. Se teme lo nuevo, pues nos envejece.

«¡Payaso!», gritó un valiente, y en un instante se incendió el teatro. Sobre Vinkírovitz, que parecía no darse cuenta, comenzaron a caer risas puntiagudas y sarcasmos y un tomate que le alcanzó en la cintura y le escurrió una mancha impresionante sobre una de las alas del frac. Vinkírovitz siguió tocando. En ese momento abordaba el pedazo que se ha dado en llamar *Los pájaros* —realmente no tiene sentido hablar de *movimientos* en la música de Vinkírovitz—, por lo que la algarabía del patio parecía el doble.

«¡Farsante!» «¡Turista!» «¡Timador!», le gritaban desde la platea y los palcos, y Vinkírovitz seguía buscando, inventando sus pájaros por entre el piano^[21].

«¡Tramposo! ¡Embaucador! ¡Cuentista!», se oía, y Vinkírovitz, impasible. Le cayó un huevo sobre el teclado pero eso no impidió que acertara con las teclas correspondientes: cuando la música se lo permitió, se limpió el huevo en los pantalones, igual que hacen los niños con los mocos.

La indiferencia de Vinkírovitz y el hecho de que continuara tocando —su música parecía sumar ahora un matiz de ironía— iban excitando al patio, que navegaba hacia la deriva, directo hacia la exasperación.

«¡Terapeuta!», gritaba la marquesa de Monasterio, y enarbolaba sus impertinentes. «¡Voltaire!», gritaba el conde de Urquiza^[22], y luego soltaba un enigmático «Je, je». «¡Patán! ¡Belcebú!», se desgañitaba la señora de Pérez, que años después, aprovechando el caos, derivaría en Pérez de la Escotilla... Nada: Vinkírovitz, inconmutable.

Algo había en su música porque Camila le miraba suspensa, indiferente al mido de los lados y detrás, una especie de motín tan poco interesante como una pelea en las graderías de un estadio. Eso apenas lo escuchaba. Sí sentía en cambio el extraño puente que la tenía sujeta a Niebla, a su lado, como si ambos atravesaran juntos una tormenta, una guerra, una bronca de borrachos, y vieran un refugio al mismo tiempo.

Aunque ¿era la música lo que la tenía pendiente de Vinkírovitz como de un milagro? ¿O era en realidad ese puente con Niebla y a través de él la música? Muchas veces Camila se lo preguntó, sin hallar nunca una respuesta nítida, y mucho menos cuando escuchaba de nuevo *El alba de la ciudad*, como aquella vez en Londres, y conseguía volver a oír, latiendo bajo la losa de leyenda que ya velaba esa música, la rabia y genuina novedad que esa noche la conmovieron.

De todas formas Camila estaba «chocada», como hubiese dicho ella, por un público que no alcanzaba a comprender. Si no les gustaba, ¿por qué no se iban?

«¡Gabacho!», le gritaban a Vinkírovitz, muy injustamente pues no tenía nada de francés y en París a su música tampoco le había ido muy bien. «¡Sordo!», gritaban. «¡Trompetista!» «¡Saltimbanqui!» «¡Pedo!», y sobre el escenario caían huevos y tomates.

Al principio intimidada, no tanto por la violencia de los insultos como por el filo de su sarcasmo, poco a poco Camila sentía cómo le subía a la garganta una indignación casi desconocida, que sólo recordaba de la vez en que vio a un mayoral azotar a un caballo bajo la lluvia con un fuste de circo al tiempo que lo montaba con espuelas de estrella.

«¡Cojo!», gritó alguien, y Camila se giró como si la hubieran mordido para descubrir quién podía ser tan miserable. Quedó muy sorprendida porque quien podía serlo era Agata Cumbreflorida, una chica silenciosa y tan delgada que un embarazo se le hubiera notado al segundo mes. Agata se encontraba en el palco del marqués de Ante junto a un grupo que a Camila le costó reconocer, pese a que todos eran habituales de su propia casa. De jovencitas salidas del colegio del Sagrado Corazón, recién presentadas en sociedad, se habían transformado por efecto de la música en histéricas amazonas que soltaban insultos entre carcajadas amarillas. En cuanto a los hombres, aunque mantenían la pose del pelo engominado, esa *distancia* que le inoculan con la leche del ama de cría a los marqueses de medio pelo, gritaban «¡mendigo!»,

«¡hortera!», «¡dominguero!», con desdén. Camila comprendió que los estampidos de sus escopetas de caza habían terminado por secarles el cerebro. Y sintió pena por ellos —así era Camila—, y se prometió que los hijos que tuviera nunca se les parecerían.

En ese instante un resto de tomate que aún no era papilla hizo el camino de regreso por el cielo del Teatro Real y fue a estrellarse contra la gargantilla de brillantes que partía en dos el cuello de cigüeña de Ágata Cumbreflorida. La joven quebró el porte para mirarse y la expresión que puso fue de incrédula sorpresa, como quien no puede aceptar que un mono se columpie de una lámpara en un comedor de Estocolmo, por ejemplo. Camila volvió la vista hacia delante y, en uno de los grandes momentos de su vida, vio a Niebla agachándose sobre el escenario del Real para comprobar qué tomates estaban suficientemente enteros que pudieran regresar al frente. Recogerlos. Y arrojarlos.

A su lado Vinkírovitz le miraba, ya sobrio si es que alguna vez había estado borracho, seguía tocando, miraba hacia los palcos y soltaba grandes carcajadas. Una alegría de niño le brillaba en los ojos —nada que ver con la venganza sino más bien una gran afición a lo imprevisto—, mientras se olvidaba de los pedales del piano y llevaba el ritmo con su pierna buena.

«¡Leb shätz!», gritaba de vez en cuando con entusiasmo. «¡Leb shätz!»

Herr Schwartz se rió mucho. Aunque llevada por su memoria y su emoción, a Camila no dejaba de sorprenderle este entusiasmo en alguien tan geométrico: la raya de sus pantalones hubiera podido servir como regla, y en sus uñas ovaladas con lima no había mugre suficiente para el microscopio de un detective.

Llegaban ya. Desde no hacía mucho se apreciaban señas inequívocas, no sólo por las gaviotas y cormoranes sino también por dos cigüeñas, el azul aguamarina del mar y las sombras de tiburones y otros bichos que custodiaban aduanas misteriosas y dejaban entrever fieras disputas por la basura del barco.

Y sobre todo el calor. Un calor dictatorial que aumentaba con cada milla y cruzaba las sombras, como si el barco navegara sobre un mar a punto de ebullición. Sobre el puente aún se podía estar. En los camarotes el calor astuto neutralizaba la corriente de los ventiladores y se deslizaba hasta la bañera, donde una noche de agonía Camila tuvo la certeza de estar sudando bajo el agua. Ni ella ni Diego recordaban ese calor pues la memoria elige. Pese a sus viajes, creían con ingenuidad de europeos que no podía hacer más. Les preocupaba el niño, aunque él, aparte de consumir biberones de limonada suave como un alcohólico, no parecía particularmente preocupado. Camila lo mantenía desnudo en su hamaca y, con su aspecto de Tarzán niño, sólo se despertaba para reclamar más bebida y un taparrabos seco. Luego se volvía a dormir.

Diego en cambio sufría en su litera como un oficial de Cristóbal Colón. Su palidez toledana contrastaba más contra una barba negra de santo que desde hacía unos días ya no tenía el coraje de afeitarse.

Y no es que estuviese mareado: el barco navegaba ahora un lago azul que parecía indicado para enseñar a nadar a los niños. Era como si en sus mareos, sus vómitos, sus deseos de morir hubiera visto algo que podía cambiarle por dentro. De noche se animaba algo pero aun así se mantenía en silencio, huraño. Se hacía llevar la cena. «No te importa, ¿verdad?», le preguntaba a Camila, mientras ella se vestía para reunirse con el señor Schwartz. (Aunque no era con el señor Schwartz, propiamente, sino con todo lo que el señor Schwartz traía consigo). No, a ella no le importaba. Le miraba suavemente a través del espejo del tocador mientras se ponía sus pendientes de perla y le sonreía como se hace con los convalecientes para darles seguridad. Luego, al marcharse, le besaba en la sien y se la dejaba olorosa a *Bleu*, su suave perfume de joven madre que va en barco.

(Primera anotación del cuaderno de Diego).

Había olvidado el ríelo siempre nublado del trópico. Una especie de neblina húmeda que no te suelta hasta que te vuelves a marchar. Te bañas y antes de secarte ya estás sudando. Los espacios del barco no ayudan. Celdas. Camarotes con ojos redondos e inmóviles, que a veces parecen un poco jueces a punto de aplicarte una ley. Sé sin embargo que desde fuera, en la oscuridad, parecen anuncios luminosos de otras tantas noches de estreno.

¿Quién mira a quién?

Por ese mismo ojo redondo vio pasar Camila una madrugada las casas holandesas y estrechas de Curasao, con tejados puntiagudos para dejar resbalar la nieve. Sólo que en Curaçáo no había nieve.

Camila estaba tendida en combinación en la litera de abajo — sus combinaciones eran más cortas y frescas que sus camiones de película—, y tras una noche de dudas sobre si atreverse o no a dormir al raso, disfrutaba de la paz de Rodrigo durmiendo y de la desaparición de las estrellas en el alba. Se le había casi olvidado que en el trópico eso sucede a toda velocidad, y lo recobraba con un montón de recuerdos que salían enganchados como en una deducción matemática. Cuando los tejados de cuento de Curasao desfilaron en el silencio de una madrugada llena de pájaros, Camila ya se sentía en casa.

Y eso que no era la suya. Como le explicó al señor Schwartz después de haber recorrido con él las tiendas de indios de la ciudad, y comprado telas de colores transparentes, y aguacates, papayas, mangos y cucuruchos de arroz con camarón sólo por el placer de ver, oler, paladear y sentir en la mano la tibieza del regreso a casa, aquéllos eran el cielo y los sabores de su infancia y su nostalgia, o por lo menos sus alrededores, y a la vez no lo eran. Como si hubiera sucedido algo.

—Pues claro que ha sucedido, *madame*. ¿Le parece poco su hijo? Ése sí que es un cambio.

Entonces Schwartz se quedó mirando a una familia de centroeuropeos con ropas inadecuadas que pasaban frente a la terraza donde tomaban un refresco tras las compras. Debían de venir del *Magallanes* y se les veía acalorados. Buscaban una dirección, un conocido, algo.

«De todas formas el mundo entero está cambiando», dijo Schwartz en un tono más acorde con el fondo de sus ojos. «Y

nosotros tenemos que asistir a ello sin poder salirnos del teatro».

La guerra en el Real terminó cuando se agotaron los tomates. De todas formas con la subida al escenario de Niebla los saboteadores habían enmudecido un instante, como si no supieran cómo insultar a uno de los suyos y sólo supieran hacerlo con un músico cojo y extranjero.

Además Niebla no fue el único. Desde la platea, el gallinero y los palcos pronto se le unieron unos cuantos, pocos, los suficientes sin embargo para hacer retroceder a los demás. Manchado de huevo y tomate, Vinkírovitz pudo terminar aquella interpretación memorable de *El alba de la ciudad* en el silencio necesario a la melancolía de su final, y ante un público respetuoso y tan escaso que cuando terminó el concierto subió al escenario a felicitar al músico personalmente. Al final quedaron Vinkírovitz, Niebla y Camila, y se fueron a cenar.

Así entró Camila en una ciudad que desconocía pese a que la había caminado muchas veces. Sólo que la caminaba de día y ésta era una ciudad de noche. No hay que idealizar, sin embargo. El Madrid de Niebla no era otro que el de los cafés, los poetastros, los periodistas anhelantes y el vino con sifón de aquellos años de mesas de hierro y mármol casero para ahorrar mantel. Que casi todo sucediera de noche explica la cantidad de leyendas sobre la época. Las mayores energías de esa población legendaria se iban más en conseguir que les pagaran un poema o una canción que en componerlos. No digamos inventarlos. Como sucede con los genios, ahí La Obra tenía que nacer en circunstancias de guerra —la seducción de los editores, las intrigas de las antologías, la miopía ambiental, los robos de los galeristas, la gorronería necesaria para ser invitado a una copa—, o no nacer nunca. El escenario era de humo en el aire y en el suelo serrín y huesos de aceituna, y cruzada la medianoche, como sucedía en los tiempos de las luchas cuerpo a cuerpo, había héroes que al fin se decidían, a la mañana siguiente, o mejor por la tarde, a descargar de una vez la obra maestra que

llevaban inscrita en la frente. Había otros, los más, más fríos y supervivientes, que pensaban no tanto en escribirla o en pintarla sino en cómo hacer para que le dieran un premio. Cualquier premio.

Al comienzo pareció que la noche con Vinkírovitz no iba a ser tan fácil: aunque Camila y Niebla intentaron entre ambos tres o cuatro idiomas, pronto se hizo evidente que el músico no hablaba más que el suyo, y éste era por completo impenetrable^[23].

Pero inmediatamente después quedó claro que no habría ningún problema. Vinkírovitz no necesitaba idioma. Era un hombre agitado y alegre a quien la vida le entraba por la piel, la memoria y los ojos. Sobre todo los ojos. Cercados, resguardados por unas desordenadas cejas grises, arrugas de marino y grandes ojeras de muchos insomnios, sus ojos brillaban como grutas de azul oscuro y parecían disfrutar mucho con un espectáculo que sólo él podía ver.

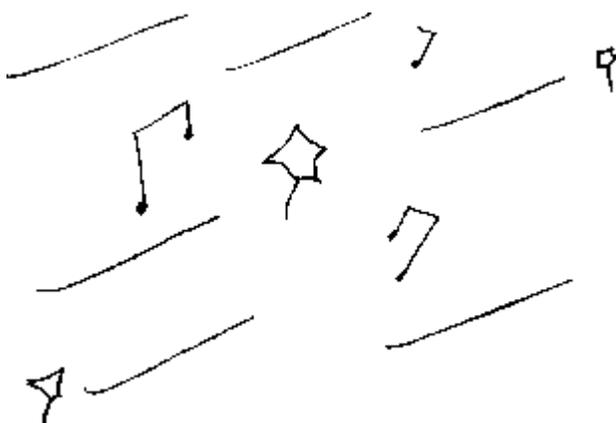
A los cinco minutos lo más difícil era hacer encajar al personaje en su leyenda. Vinkírovitz no parecía en absoluto el neurótico que hacía descalzarse a los demás mientras componía, ni un déspota con esclavo para silenciar las voces de los locutores en la radio, ni mucho menos alguien capaz de sacudir a un músico que desafinaba. O mejor dicho sí parecía capaz; era el lenguaje lo que fallaba: su historia no debía contarse así. Con un idioma de burócratas se le atribuían cóleras y neurosis cuando lo que pasaba era que a Vinkírovitz la vida no le cabía en el cuerpo. Incluso su *cojera* no era tal. *Cojera* es también un lenguaje de tecnócratas y en su caso era evidente prueba de su vitalidad, su pasado generoso, su valentía. Era, sin retórica, una medalla. Pero *medalla* da a entender que su pierna tesa era de envaramiento, y nadie menos rígido que Vinkírovitz. Sólo que para descubrirlo hacía falta mirar dos veces, y de noche no hay mucha gente dispuesta a hacerlo, ni capaz.

Niebla, Camila y Vinkírovitz atravesaron pues la primera parte de la noche como un extraño trío que no hablaba mucho pero parecía contento. Que no hablaba con palabras. En realidad entre los tres no cesó nunca de haber la misma camaradería de soldados iniciada en la batalla del Teatro Real, y que se fue reforzando a lo largo de la

noche, como si fuesen encontrando nuevas razones para la amistad en los erizos que Niebla pidió para ellos en una taberna retirada, en el vino, en una cierta calidad de la noche de octubre que parecía de abril.

Eran los primeros días frescos tras un verano agotador y el cielo tenía incluso de noche esa transparencia por la que circulan mejor las nubes, el aire, las miradas y el entusiasmo que precede al invierno, cuando al fin parece posible comenzar, comenzar algo.

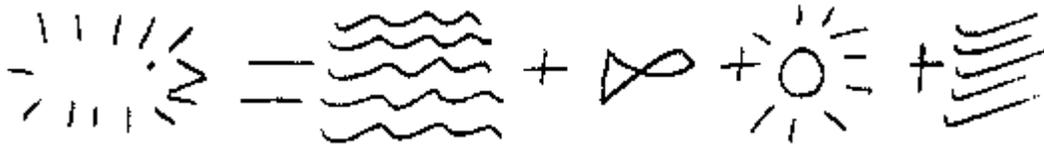
Hablaron mucho, en realidad, y el hecho de que fuese por signos, sonidos o dibujos no le resta valor. Del otoño, por ejemplo. En ese punto de la discusión se pusieron rápidamente de acuerdo.



, dibujó Niebla en una servilleta. O del sabor de los erizos. Mientras se los iban comiendo, Vinkírovitz dibujó:



y Camila quiso matizar:



En ese momento apareció ante ellos Avispero, con los ojillos inyectados que ponen ciertos periodistas impúdicos cuando descubren una cerradura, y que en la cerradura no está la llave.

«Sabía que aquí encontraría a los héroes», dijo. Camila miró en tomo y no vio más que un café como todos los que ella no conocía, y de nuevo se quedó intimidada por las dimensiones de la ciudad que no había visto. Miró a Avispero, y al fin, con buena voluntad, recordó a aquel ser agachado y rodillón que les había abordado en el bar de Manolo y Paca la mañana que se encontró a Niebla en la calle. Estaba recordando ya su crónica en el periódico, aquella que su suegra le había puesto en el regazo como si fuese una prueba sólo porque estaba impresa, y se hubiese enfadado mucho de no ser porque Avispero ya había formulado una vez una pregunta a Vinkírovitz, e insistía en que se la tradujesen.

—No puedo —dijo Niebla.

—Cómo que no puede. Claro que puede. Por qué no habría de poder.

—Pues porque no hablo setón.

—¿Setón? ¿Qué idioma es ése?

—El que habla Vinkírovitz —Niebla se quedó pensando—. Y supongo que en el que compone.

—Venga ya. No me diga que han montado ustedes ese número en el Teatro Real sin ponerse antes de acuerdo...

Niebla lo miró con sus ojos entrecerrados sin saber todo lo que se jugaba. Así funciona el destino: aunque deja una pequeña parte al libre albedrío, no dice cuál, ni cuándo.

—¿Habla francés? —preguntó Avispero.

—Quién, ¿yo?

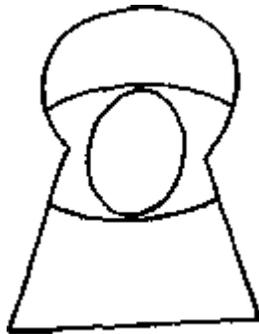
—No: él.

—No lo sé —dijo Niebla—. Pregúnteselo.

Avispero vaciló. Sus ojos seguían inyectados, pero de otra cosa. Se lo preguntó, más o menos.

A estas alturas algo estaba sucediendo con Vinkírovitz. Las arrugas se le habían hecho más profundas, los ojos, más oscuros, y se hubiese podido apostar a que debajo de la mesa la pierna mala se le endurecía:

—Eniuq se tsee trenioc? —preguntó en su idioma enigmático. Pero Niebla le debía de haber leído el fondo del ojo porque cogió otra servilleta y dibujó:



Vinkírovitz se inclinó, miró atentamente el dibujo y lo comparó con el sujeto que tenía enfrente y que sin ningún disimulo lo escrutaba para verle las dos o tres palabras con que lo podría resumir en su periódico cuando contara lo que ya se regocijaba en titular: «Revolución abortada en el Teatro Real».

«Mardie ed nasog», comentó Vinkírovitz con aire definitivo. «Flotj», añadió con disgusto.

(Del cuaderno de Diego).

Si el capitán perdiera su sextante, podría saber en qué momento del viaje nos encontramos los pasajeros. Todos nos hemos empezado a querer mucho: esto quiere decir que ya estamos llegando. Al principio, la curiosidad por los demás pasajeros: un día. Luego llega la decepción al comprender que son siempre los mismos: segundo día. Y luego una larga partida de escondite mientras cruzas el océano procurando evitar siempre, siempre las mismas caras: en los comedores, la piscina, los bailes. Un viaje es una cárcel de lujo. Igual que el reo perdona a su carcelero justo antes de salir —brinda incluso con champán, como hacen ahora algunos en España—, cuando se adivina en el aire el olor de la tierra, a los mismos pasajeros que se han estado evitando les entra una especie de nostalgia mutua y se intercambian direcciones

inútiles, regalos, incluso promesas de amor. Entonces aparecen las muchachas con sus libros de firmas. Esta mañana me abordó una en cubierta. Muy tímida, muy tímida. Ya la había notado. Silenciosa pero siempre sonriente, como si viera algo que los demás no vemos, y le bastara. Me ofreció su libro y me llamó «señor». Leí algunas dedicatorias. Hablaban de su sonrisa, dulzura, ojos, abanico, esperanza, y algunas aludían veladamente a todo lo que dejamos atrás: la noche, la oscuridad, el pasado, Europa. Me sentí incapaz de hacer otro tanto. Le dibujé mi barco en la noche.

Con el olor húmedo de la tierra que llegaba hasta el barco se aceleraba calculadamente el ritmo de fiestas, concursos y bailes pues en caso contrario la mezcla de excitación y espera habría hecho estragos. En ese viaje del *Magallanes*, sin embargo, el entusiasmo de la orquesta —una orquesta de quince que igual tocaban el *Danubio azul* que el *Himno de los lanceros del Rey*— no lograba agitar más que débilmente a un pasaje cuya alma ya había llegado a destino en tierra firme y cuyo cuerpo no esperaba más que reunirse con ella.

Además hacía un tiempo raro, en el Caribe. Eran esos días en que nada parece poder contra un calor gris y traidor que quema en la sombra y los azules bailan sin descanso sobre un mar verde y neurótico.

Eran las seis y Camila y el señor Schwartz se hubiesen sentido náufragos en un transatlántico a la deriva de no ser porque desde el puente de inmigrantes ascendía un melancólico acordeón. El aire ni

respiraba. No así el calor, ni el cielo, que lanzaba relámpagos en la pared del fondo. El señor Schwartz hizo un esfuerzo, quebró la inmovilidad de la tarde, sirvió para ambos un poco más de té frío, y sólo entonces preguntó si la música de Vinkírovitz le había gustado.

—No, no puedo decir que me gustara —dijo Camila— Me pareció mismo horrorosa... Yo también habría tirado huevos.

—No lo creo —dijo Schwartz.

—Pero me sucede algo raro —el acordeón se calló y dejó un silencio en el silencio de la tarde—, y es que no me la puedo quitar de la cabeza... No es como con las otras músicas, que uno oye y ya está. Esto es igual que si me hubieran sembrado una pepa en la cabeza, una pepa de música, y que con el tiempo hubiese florecido —se rió—. Tengo un árbol de música en la cabeza.

—No se ría —dijo Schwartz—. Probablemente es cierto. Pasa lo mismo con otros grandes.

—¿Usted cree que Vinkírovitz es un grande?

—¿Usted no?

Camila se quedó pensando. Llevaba una amplia pamelita tropical, comprada en Curasao, con un largo pañuelo amarillo a modo de cinta. Bajo su sombra sostenía el platillo y la taza a la altura del pecho, como hacen las señoras.

—No, no creo que Vinkírovitz sea un grande, pero eso no quiere decir nada porque yo no sé música y cada vez que oigo *La comparsita* creo que su compositor fue un genio. Lo que sí le puedo decir es que Vinkírovitz se me escurre. Ni siquiera soy capaz de agarrar su recuerdo. Siento que las cosas se me mueven en la cabeza. Igual que la noche del concierto... Me pregunto si pensaría lo mismo de no haberse producido la pelea en el Teatro Real, y Niebla, y todo lo que siguió.

—Igual me sucede a mí.

Lo que siguió fue que Avispero se fue sin conseguir que alguien le tradujese lo que quería decir «Llotj», y no mucho después Vinkírovitz los abandonó a su suerte en mitad de la noche. Por signos les hizo comprender que quería estar solo y caminar. Algo

había sucedido. La batalla en el Real le había entusiasmado. «¡Leb shätz!», gritaba. Que le arrojasen tomates y le insultaran por su música parecía tensarle el nervio luchador. La conversación con Avispero, en cambio, le había puesto melancólico como si en lugar de un baile se hubiese encontrado con una cena de embajada.

Niebla y Camila lo comprendieron porque a ellos les ocurría lo mismo. Ya no tenían ganas de entrar en la noche y la ciudad, como al terminar el concierto, sino de salir, o al menos quedarse solos. Con sus ojos impúdicos, sus manos húmedas, su traje rodillón, un vago pero tenaz olor que Camila no supo localizar porque nunca había estado en contacto con la curiosidad cuando es amarilla, Avispero les había recordado que el mundo, incluso la noche, está más poblada de marquesas tomatistas y periodistas avisperos que de Vinkírovitz. Llevada por el desencanto, Camila recordó incluso aquella crónica viscosa de Avispero que su suegra le había depositado en el regazo y en ese mismo lugar sintió que algo se le encogía de asco y aprensión. Pensó que ese sujeto volvería a manosearla con sus dedos húmedos en una máquina de escribir que se imaginó nueva, reluciente, quizá por asociar lo nuevo con lo obscuro, y sintió un gran desamparo, se sintió impotente. No dijo nada.

Caminaban por el paseo de Rosales, que no mucho tiempo después iba a ser el frente en la batalla de los mil días por Madrid. A un lado edificios y al otro el bosque en bajada hacia el mismo valle donde se celebraban los incendios que los Borbones habían decidido ver desde el Palacio Real todos los días al caer el sol. En aquel tiempo Rosales era un barrio elegante, si bien con esa única capacidad madrileña de hacer convivir en el mismo portal a duquesas, coronelas viudas e inspectores de Hacienda. Esa noche hacía fresco pero aún estaban puestas las sillas de hierro en las terrazas. Unas cuantas hojas que caían sobre los charcos bastaban para imponer los árboles próximos del bosque oscuro, para hacer sentir de algún modo en la noche su nobleza amarilla y roja.

Si es cierto que Avispero les había puesto melancólicos, no lo es

menos que así estaban cómodos. Abandonados por Vinkírovitz, caminaban en silencio en la dirección del paseo que no lleva a ninguna parte, ensimismados en los reflejos sobre el piso mojado, sus pasos y algún coche que creaba en los charcos un agradable rumor de humedad. En cierto momento Camila le tomó del brazo, para no resbalar, y ya no lo quitó, y en otro Niebla comenzó a contarle de sus reuniones con anarquistas, en la azotea de un cine, no lejos de allí.

—¿Anarquistas? —preguntó Camila. No lograba juntar a Niebla con unos seres de ojos encendidos que acechaban el paso de reyes con sombreros de plumas.

Sí, anarquistas: un maestro de escuela, un escultor que esculpía en pan para poder soportar la rutina de su trabajo efímero, un oficial de la guardia, un barrendero, un arquitecto que odiaba el ángulo recto, Lola: una mujer soltera con cuatro hijos y treinta gatos, un boxeador, un violinista y Martín, el chófer.

—¿Martín? ¿Martín, el chófer de Gádor, con su aspecto de embajador presentando una enérgica protesta porque España ha sido postergada en la tribuna del último torneo de polo?

El mismo. Martín fue sargento en las campañas de Marruecos, y lo que allí vio, y que nunca se ha contado, le hizo alérgico para siempre a las armas, los uniformes, los rebaños, las oficinas y las órdenes. O sea un anarquista puro, de libro. Pese a todo, al licenciarse seguía teniendo un aspecto de coronel de Alto Estado Mayor. No quería volver al campo «y ser un esclavo del señorito», decía en su lenguaje antiguo, y lo único que sabía hacer con máquinas era disparar y conducir. Disparar quedaba descartado.

—¿Y tu padre lo sabe?

—Qué.

—Que Martín es anarquista.

—Estaban juntos en Marruecos.

—¿Y cómo lo aguanta?

—Lo comprende.

—¿Y cómo le aguanta las órdenes Martín?

—Es el único a quien se las aguanta —caminaron un rato en silencio—. Además, en el fondo tienen muchas cosas en común.

Esa frase también se le quedó a Camila goteando en la cabeza hasta que consiguió hacerse un hueco. Igual que la música de Vinkírovitz. Igual que la música de Vinkírovitz y, si se piensa, igual que toda esa noche que parecía haber sido encontrada por un dramaturgo torpe en una esquina de un escenario donde se desarrollaba la obra principal.

Acto Primero

Un paseo desierto, en otoño, de noche. Una pareja. El lleva la cabeza echada hacia atrás, como si tuviera un problema de soberbia, o viceversa. Ella, una mujer agradable más que bonita, va bien vestida, tiene piernas bien formadas y unos tobillos delicados. Se diría que está un poco nerviosa. O sorprendida. Él le acaba de decir que le gusta la lluvia, y que en Madrid la echa de menos. Y está sorprendida porque a ella le ocurre lo mismo, sólo que nunca se atreve a decirlo: desconfiar del sol parece una blasfemia. «El cielo es el mar de Madrid», dice la gente. De modo que cuando llega el otoño, él está tan cansado de ese cielo de pedernal que se tiene que marchar hacia el norte, en busca de nubes y a ser posible

tormentas. Justamente saldrá en unos días.

ÉL: ¿Quiere venir?

Esa noche en el paseo de Rosales Camila se imaginó con Niebla en París, París en el octubre amarillo de los castaños, y se le puso una cosa en el vientre. Fue un momento. Quizá si Niebla hubiese dicho otra ciudad habría sido distinto. Pero dijo París y París era Diego. El otoño, la lluvia y los anticuarios. Estaba segura de que si alguna vez escuchaba junto a otro hombre a uno de los profetas milenaristas de Saint-Germain anunciando el final del mundo se sentiría tan mal como si le permitiera olería al despertar, el olor del cuerpo al alba es el más íntimo que existe. El vértigo duró sólo un instante que le dejó acelerado el corazón.

—Yo creía que Niebla vivía en París —dijo el señor Schwartz y sus palabras casuales sonaron extrañas contra el dramático entierro de postal que se veía desde la cubierta del *Magallanes*: el sol hundiéndose entre rojos, grises, violetas y relámpagos.

«Siempre es muy difícil saber algo claro con Niebla, y no sólo por su nombre». El señor Schwartz sonrió e hizo un gesto al camarero. «Un poco más de té», le dijo.

—Lo siento, ya hemos cerrado el servicio.

—¿Cerrado el servicio? —Schwartz miró en torno—. ¿Han declarado una huelga?

El camarero sonrió.

—No: es que falta poco para llegar.

En efecto: hacía un instante que el sol desaparecía, no ya tras la raya pura del mar sino tras una sombra difícil de distinguir a causa de la pompa y los funerales. Todo sucedía a una velocidad mayor que la del barco. Con el hundimiento del sol se levantó una ligera brisa.

—Siempre ha sido difícil con Niebla —repitió Schwartz, mirando a lo lejos—, y creo que es porque él así lo quiere: el asunto de las dos tintas, por ejemplo.

Camila no decía nada. Sólo se había quitado el sombrero. La brisa le hacía temblar unos mechones muy suaves de pelo delgado.

—En la temporada pasada se celebró en Londres una subasta a beneficio de los refugiados alemanes y aparecieron los manuscritos de dos obras de Niebla. Eran muy distintos.

—En qué.

—El de *Así* parecía escrito por una persona tranquila. En un cuaderno sin demasiados tachones, tinta negra. El otro, en cambio, estaba lleno de desorden e ira. Hojas sueltas, tintas diferentes, incluso cosas escritas con un gran desasosiego a máquina, a lápiz y también uno con lo que parecía una barra de labios.

Por tonto que resultase, Camila no pudo evitar un vacío en el vientre.

Puesto que ella no contesta siguen caminando. Tampoco él se ha detenido para preguntar

ÉL: ¿Quiere venir?,

sino que ha sido una pausa, una especie de compás en su cadenciosa marcha por la calle tras la lluvia.

Aunque no se note, la pregunta la ha dejado a ella nerviosa. Parece una broma, pero ¿lo es? Sonríe y duda. Siempre hay algo de cierto en una broma y por eso algunos las usan para decir lo que de otro modo no se atreven.

Durante este tiempo han ido hasta el final del paseo, han vuelto y ya están yendo de nuevo, y lentamente Él se va soltando. Hablan un poco de todo, y con matices irrepetibles. ¿Cómo imitar el aire frío, las luces de los charcos, el rumor de la ciudad, a lo lejos? Él le habla de cómo una vez vio amanecer en el bosque de al lado y cómo iba naciendo en su entorno la nieve recién caída. Le cuenta cuánto le gustan las ventanas iluminadas y adivinar cómo vive la gente a partir de una sombra, un pedazo de lámpara que se puede ver desde la calle. «Ahí, en ese portal» —le indica— «vivía una profesora de literatura a la que llamábamos El Moco. Era pequeña y mala, y vestía de rojo y negro en homenaje a Stendhal. Pero yo estaba enamorado de ella». Y entonces el hombre recuerda una tarde en que las memorias de un muerto, leídas en voz alta en clase, le descubrieron que alguien puede hablar sobre uno desde ultratumba, dos siglos atrás, y acertar como si estuviera copiando al carboncillo.

—¿No ve? Lo que yo le decía. Con Niebla es muy difícil.

—¿Por qué lo dice?

—Pues porque no entiendo cómo una profesora de Niebla podía

vivir en Madrid. Si no estoy mal, él nunca estudió en Madrid. De hecho ayer mismo leía unos versos —el señor Schwartz vaciló, se sacó del bolsillo el libro de Niebla, buscó la página, le pasó el libro abierto:

*No nací en tierra firme
sino en una isla a la deriva.
Desde entonces soy un náufrago.*

*Prefiero barcos a castillos a lo lejos.
Aunque no sé por dónde sopla
ni amanece, veo mejor si hay viento.*

*En lugar de banderas tengo libros,
si quiero una causa leo una página.
Una causa, una bandera, un himno.*

*Pero ya leo poco, ahora escribo.
Escribo en otras páginas, que arranco,
que borro, olvido, imagino.*

*Ése soy yo, lo que he leído.
Los viajes me han borrado el pasaporte.
En cualquier bandera intuyo al enemigo.*

Parecía que el señor Schwartz iba a buscar otros poemas pero desistió de golpe y cerró el libro y se calló igual que cae un pájaro alcanzado por un disparo, intenta seguir volando y de pronto cae en la cuenta de que es inútil.

En minutos se había hecho casi de noche, ya salían las estrellas y el fuego del horizonte se apagaba a ojos vista. En cambio en la mancha de tierra ya brillaban algunas luces. En su camarote, mirando por la ventana redonda, Diego dibujaba en su cuaderno.

El *Magallanes* se deslizó lentamente hasta la puerta de la bahía de Granada, una de las más bellas del mundo, y se detuvo. Con el tiempo Camila llegó a creer haber oído cómo todo el barco retenía la respiración, pero ya se sabe lo novelista que es la memoria. Hacía un rato que disminuía la velocidad, y eso que aún navegaban por un mar de color oscuro, todo lo oscuro que puede llegar a ser el Caribe. Y cuando a la última luz del día ya se podían ver en el puerto las siluetas rosas de hombres vestidos de blanco, el *Magallanes* apagaba sus motores y al cabo de un minuto dejaba caer el ancla.

Como si fuese una señal, Diego se incorporó de la litera desde la que había estado mirando a Camila doblar los camisones que un calor inmoral le había prohibido ponerse. Comprobó por el ojo de buey que en efecto habían tirado el ancla y, fiel a una impaciencia a la que se sentía con derecho por edad, sangre y nombre, sobre todo nombre, salió furioso del camarote para averiguar qué es lo que se permitía retrasar su llegada a puerto.

Regresó no mucho después, abatido más que calmado, pero con el tipo de abatimiento que tiene un preso cuando aún no sabe su sentencia y aún queda la posibilidad de que un azar termine por ganarle al código.

—El puerto está cerrado —informó—. Dicen que porque es la fiesta nacional...

¡Claro! ¡Tres de Marzo!, cayó Camila. Terminadas las maletas (sus maletas parecían alardes de un artesano para impresionar a una diva), Camila jugaba con Rodrigo en la litera de abajo y admiraba la espalda recta de los bebés. ¡Tres de Marzo! Como una

fórmula, esas tres palabras le trajeron una lejana algarabía de multitud que ya había olvidado: el amortiguado rugido de un como animal que no se sabía si estaba contento o furioso, la cara de ansiedad de misía Sólita, que la cuidaba en la habitación azul de los pájaros, y el asombro que sintió al ver a su padre llegar todo despelucado y tarde a la hora del almuerzo. Todo despelucado, con el cuello de plástico desprendido de la camisa y diciendo unas palabras que no entendió pero que retuvo porque le parecieron una especie de canción:

Ya está otra vez:
tomaron el Congreso,
tomaron el Palacio,
estado de sitio
y toque de queda...

Su padre se la quedó mirando a los ojos con una gravedad no menor que la que hubiese empleado un primer ministro al despedirse de su gabinete mientras afuera retumban los cañones y ya se escuchan las voces de la revolución: «... y esta vez quién sabe hasta cuándo, mi querida amiga: el general García Pizano ha leído libros. Esta vez no se contentarán sólo con robar». Camila, que tenía seis años, se quedó pensando si le gustaba que su padre la llamara *mi querida amiga* y ya no *la sonrisa más bonita de América*.

«... pero yo no me fío», terminó Diego con la misma cara fúnebre que ponía cuando hablaba de política en España.

¿Sólo de política? En ese instante, con otra luz, Camila cayó en la cuenta de que a su marido se le habían afilado los ojos y la desconfianza, que ya no gastaba bromas ni hacía sorpresas. Procuró que no se le viera. Ya era tarde: Diego se había vuelto astuto como los políticos que odiaba.

—Qué miras —dijo—. Qué piensas —y Camila pensó en el elegante con quien había presenciado el anuncio del final del

mundo, desde el Café du Regard, en París, y le costó reconocerle. Seguía el elegante— lino, frescura, naturalidad... es difícil que alguien pierda eso y a la vez algo muy escaso en el trópico, —pero había algo en su mirada que a veces era resentimiento y a veces, como en ese instante, se ponía turbia.

Camila intentó que no se le notara. «Ahora no», le dijo, «vamos a desembarcar».

—Desembarcaremos mañana. Hoy es fiesta nacional.

—El niño...

—Es un bebé.

—Ya estamos vestidos...

—Antes no te importaba.

—Hace calor...

De todas formas ya era tarde. Ya estaba recostada en la litera de abajo, el niño en su hamaca, y ya Diego le pesaba encima y le acariciaba el pecho y los muslos, alternando, como en una especie de costumbre de la pasión. Camila miró hacia el niño y vio en sus ojos un civilizado interés. Se le hizo intolerable.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo—. ¡Pero un momento! —Diego se detuvo y ella se levantó. Se desnudó rápidamente por encima y por debajo de la combinación, que se dejó con esa habilidad que tienen algunas mujeres para guardar pudores imposibles, y se subió a la litera de arriba, donde su hijo no la pudiera ver. Diego subió tras ella. Al poco tiempo comenzaron los voladores y la pólvora con que en Granada celebraban el día de la Patria. Los fuegos de artificio eran más bien pobres en la tibia noche estrellada. A cambio hacían mucho ruido^[24].

(De una carta de Diego a sus padres, en Mon Bijou, Francia).

Granada se merece la fama que tiene. El día que llegamos, al atardecer, se agotaron

los rollos de fotografía de la tienda del barco, e incluso las cámaras de fotografía, que vendían a precio de oro. Y eso que nuestro barco no era precisamente un crucero: bastantes centroeuropeos emigrantes, muy nerviosos cuando nos dijeron que el puerto estaba cerrado porque era fiesta nacional. Camila se hizo muy amiga de uno, Herr Schwartz, que parece algo así como el relojero del emperador Francisco José, y de la misma época. Creo que también va a Tres de Marzo.

Estamos pasando unos días en Granada, reponiendo fuerzas (la verdad es que uno termina impacientándose en el mar como los marineros de Colón). Nos alojamos en El Palmeral, un excelente hotel con enormes ventiladores colgados del techo, amplias verandas y un jardín de palmeras, claro, por el que anoche vi llegar corriendo hacia el hotel a una señora de Nueva York dando gritos medio desnuda. Según me contó Camila, que paseaba por el jardín, muerta de risa (no paseaba muerta de risa, sino que así me lo contó), lo que sucedió es que a la señora se le dejó caer desde un árbol una iguana entre el vestido. Ahí mismo se desnudó pegando

alaridos. En ese momento no parecía posible explicarle que a las iguanas sólo les interesan las mariposas, así que Camila se quedó mirando. De todas formas, esta señora, que viajó con nosotros, siempre parece tener problemas con los vestidos. En el barco quería siempre los que estaban en las bodegas, y cometió el error de confundir a los oficiales con camareros. Al parecer viene a reunirse con su marido, presidente de una mina o algo así. No le debieron de advertir que «such is life in the tropics».

Es cierto que se reía, al contárselo a Diego, pero a Camila el episodio de los gritos en el jardín —gritos puntiagudos de mujer pechugona— le sentó igual que si le hubiesen interrumpido un abrazo con su amante tras una separación de ocho años, cuatro meses y dieciséis días: el tiempo de su exilio. Esa mañana lo había contabilizado en la cama justo después de beberse un jugo de lulo que le hizo sentirse culpable por haber estado tanto tiempo ausente.

Envuelta en la humedad como en una toalla mojada y tibia, Camila sentía desde su llegada que todos los poros del cuerpo se le abrían para recibir más. Más aire, más calor, más olores y sabores. No era el mismo calor del barco, que en la bañera la hacía sudar bajo el agua. En tierra el calor lo mantenía a uno húmedo como un pez y también abría el apetito. Desde que puso el pie en América Camila no hacía otra cosa que engullir mangos, mazorcas, guayaba, puro arroz blanco tan seco que se podía coger con las manos como pan, y sobre todo tomar café como quien bebe agua, un café de aroma y sabor de tal calibre que su padre el viejo Mallarino lo

llamaba café del Génesis porque era igualito que el Paraíso. Además se le podía gozar sin pecado. Por mucho que uno bebiera no había nervios ni insomnio. Tan sólo la impresión de estar más vivo que nunca y en un gran jardín.

Así era. De los pocos pasajeros del *Magallanes* alojados en El Palmeral —los demás esperaban en hoteles céntricos y ruidosos sus permisos de residencia—, Camila era la única que apenas salía. Los otros iban todo el tiempo a conocer la ciudad colonial, ver la música en los cuerpos de los mulatos, comprobar cómo las negras llevaban cosas sobre la cabeza y la cabeza sobre cuerpos con vida independiente. Camila no. Camila, más bien callada pero feliz, se le veía, no hacía otra cosa que dormir en cueros, masajeados por las enormes aspas del techo de su habitación, beber jugos, disfrutar con una humedad tan vigorosa que hacía sudar a los plátanos —los había de cincuenta tipos— y pasear en unos atardeceres que parecían de mentira por el jardín de palmeras e iguanas. Tenía todos los síntomas de la amante que ha vuelto.

Unos días después de llegar estaba tomando el té con el señor Schwartz en la veranda y de pronto preguntó:

—¿Cómo era lo de las dos tintas de Niebla?

El señor Schwartz no pareció extrañarse de la pregunta. Depositó en la mesa su vaso de té helado.

—No eran dos —precisó—. Dos eran las tintas de los manuscritos que se subastaron en Londres. Azul negro y vino tinto. En realidad parece ser que Niebla cambia de tinta con la misma velocidad de sus sentimientos... sus emociones, ideas... lo que sea que hace escribir a los poetas —Schwartz se quedó mirando el atardecer catedralicio con repleta indiferencia de millonario—. Lo que me pregunto es dónde consigue todas esas tintas.

—Se las hace él mismo —dijo Camila, sin querer. Las palabras le habían salido solas. Tendría que explicarse. Pero el señor Schwartz la miraba con la misma impassibilidad de quien ha visto cómo el heredero de un imperio se fugaba con la costurera, hacía mucho, y cómo un gran filósofo, hacía unas semanas, era echado de clase a

patadas por estudiantes transformados en terroristas. No pedía explicaciones.

En cierto momento de la noche Niebla había sacado una pluma para apuntar algo en una libreta de cuero que llevaba, y Camila vio no sin sorpresa que la tinta de la pluma era de un color gris exactamente igual al del cielo del alba en el instante en que dejó de escribir.

—¿Cómo lo consigues? —le preguntó. Niebla la miró sin comprender.

—¿Cómo consigues que la tinta sea igual al color del cielo?

—Espero que lo sea para ponerme a escribir. ¿No lo hacen los pintores? Yo hago lo mismo.

Sólo un tiempo después Camila pudo leer lo que Niebla había escrito esa noche. Y no porque hubiese sido difícil convencerle, sino porque no se había atrevido a preguntárselo. Cuando al fin se atrevió —era uno de esos momentos en que se piden los imposibles—, Niebla se incorporó un poco, recogió su libreta negra y estuvo buscando la cita. A su lado Camila tuvo la impresión de que Niebla sostenía un juguete, un juguete que dejaba entrever, y tan sólo entrever, letras de colores. Niebla encontró la página. Le mostró el cuaderno abierto:

Una mujer envía a su hermana melliza a despedirse de un hombre que parte en un tren, al alba. Sabe que si va ella, su emoción levantará las sospechas de la policía, que vigila. Luego, tras no haber podido verle, la mujer pasará largos momentos frente al espejo, nostálgica, melancólica, para saber una y otra vez cómo fue la despedida.

Eso estaba escrito en gris, en el gris del amanecer. Luego Niebla le permitió leer otras páginas:

No tener miedo a la oscuridad, estaba escrito en negro en la misma página que Marie Deja pintaba en negro y se suicidó. Ayer me encontré un lápiz negro de maquillaje negro en la acera y me pregunté, no sin temor, qué podía significar. De modo que para conjurarlo escribo estas líneas con él.

En naranja estaba escrito más adelante:

Un hombre encuentra en su agenda el nombre de una mujer que no recuerda, y un teléfono. Duda unos días, esperando su memoria, que no llega. Finalmente llama. Y cuando le responde una voz agradable de mujer, cuelga. Luego sigue esperando la memoria pero ésta sólo le trae composiciones con la voz de la mujer. Largos discursos sin cara ni sonrisa, parlamentos, diálogos, declaraciones, como una música. Puede ver la música dibujándose en el aire, pero nunca ve a la mujer.

Y en rojo:

La palabra que mejor debe conjugar el escritor es No.

No.

Recordarlo.

En ese momento Niebla le cogió suavemente la libreta. Sonreía.

—No —dijo, del mismo modo que hubiese dicho «preferiría un zumo de tomate» o «parece que va a llover». Para compensarla, luego le mostró una vieja caja usada, llena de pequeños compartimentos ocupados por los polvos de colores para fabricar las tintas de los sentimientos más inesperados.

De la columna de Avispero en la Crónica del Siglo. 22 de octubre.

«... Ante semejante tomadura de pelo el público madrileño reaccionó con la gracia que le caracteriza. Pues éste es un pueblo acogedor y generoso hasta que alguien pretende mangonearle y ese alguien, mira qué casualidad, suele ser un extranjero. “¡Turista!”, comenzaron a llamar a Vinkírovitz, el compositor setón de apellido judío, y también “¡Terapeuta!” y “¡Voltaire!”. Que estas exactas definiciones provinieran de ciertos palcos de aristócratas no debe hacernos prejuzgar su precisión y oportunidad. Como el abuso no amainare, algunas damas del Real —teatro que hay que reincorporar desde hoy a la nueva geografía republicana— procedieron a demostrarle al *músico* cómo las gastamos en esta capital. Debía de haberse informado con los franceses, pues, naturalmente, el hombre vive en París.

(...)*«... y ahí estaban, sentados ante raciones de callos, sesos y angulas (debe de ser porque de lo que se come se*

cría) el *maestro* junto con el conde de Niva y la nuera de los marqueses de Loma de Águilas, doña Camila Mallarino, esposa de su primo, don Diego Loma de Águilas, que por lo visto deben de ser muy amigos. Ya en otra ocasión les vimos juntos, en una taberna que me parece recordar se llama “Paca”.

Como es nuestra obligación de periodistas le preguntamos su opinión de protagonistas sobre los acontecimientos referidos. Quedó inmediatamente claro cuál era: con una voz de color ya muy vino tinto y la mirada torva, el músico, mal perdedor, hizo saber su opinión con un vocabulario que mi respeto a la letra impresa en general y a mis lectores en particular me impide reproducir. De modo que, como “en la mesa y en el juego se conoce al caballero”, sin necesitar más pruebas me levanté de ese pesebre pseudoartístico y me marché. Recordaba a don Quijote cuando...»

Para cuando subieron a *La Esperanza*, un barco de hélice que les haría remontar el río hasta el pie de las montañas de Tres de Marzo, hacía ya dos días que su llegada era un acontecimiento y al hotel no dejaban de enviar cestos de fruta y bandejas con postres de receta difícil como adelantos del recibimiento triunfal que les preparaban en la ciudad del altiplano.

La primera fue una discreta nota aparecida en *El Defensor de Granada* a los tres días de llegar:

«Procedentes de Europa, donde residen, han llegado a Santiago, a bordo del *Magallanes*, don Diego Silva y señora, marqueses del Cerro de las Águilas, con la intención de instalarse en Tres de Marzo...»

Fue como un disparo de salida. Al día siguiente *El Faro del Caribe* decía:

«Los marqueses del Desfiladero de las Águilas le están dando la vuelta al mundo mientras se resuelven los acontecimientos de la vieja España».

Y el siguiente *Granada Radical* precisaba:

«La capital se prepara para recibir como se debe a la hija de una de las más viejas dinastías radicales de la República

de Santiago».

Mientras, *El Tiempo*, fiel a su nombre, hablaba de las *lluvias de regalos* que se preparaban en *numerosos té y almuerzos...*

«... ya que en su día no hubo cómo hacerlo pues doña Camila Mallarino y Su Alteza el Duque del Cóndor se casaron en la victorhúguica catedral de Notre-Dame en París».

A lo mejor fueron las bandejas de fruta, o los postres, o el calor, verdadera melaza contra la que tenía que remontar *La Esperanza* entre la indiferencia prehistórica de los caimanes asoleándose en las orillas. Sucedió que al niño se le soltó el estómago, y no había modo de sujetarlo, y al poco tiempo a Camila no le quedó de otra que arremangarse y ponerse a lavar pañales que se acababan a una velocidad de espanto.

Hacía días que parecían semanas que no veían más que el marrón del río, el verde polvoriento de las orillas y el azul desteñido del cielo que se iba agrisando hasta la tormenta de las tres y media. Y que no escuchaban otra música que los irritados trinos de las aves del trópico y las carcajadas insolentes de los micos, acompañadas de gestos y desafíos que en cualquier salón les hubieran costado más tarde o más temprano la muerte.

En cierto momento estaba todo el pasaje derritiéndose a la sombra del toldo de cubierta, cuando un hombre que no hablaba pero miraba atravesado se sacó el revólver como quien no quiere la cosa y se bajó un mico ni grande ni pequeño que al caer sobre ellos hizo un ruido de punto y aparte. El hombre lo bajó del toldo con el menor número de gestos posible y, sujetándolo por los pies, como un recién nacido, se lo alargó al cocinero que había salido chorreando grasa y sudor al oír el disparo.

—¿Se va a a comer el mono? —preguntó Diego, interpretando el gesto, y en su voz ya se podía ver perfectamente cómo el hombre

del revólver hincaba los dientes de su sonrisa torcida en los dedos, el muslo, el corazón del mono que aún hubiera podido vivir grandes pasiones.

El hombre le oyó y quiso tranquilizarle.

—Sólo los sesos, señor. Y si le provoca, tendré mucho gusto en convidarle, a usted y a su señora.

Así que no es extraño que más tarde, al ver a su mujer frotando pañales, Diego le preguntara:

—¿No tienes a nadie que haga eso?

Aunque no fue tanto lo que dijo sino cómo lo dijo.

Camila se quedó tan quieta como si le hubieran dado un fuetazo sobre la espalda húmeda, donde se le pegaba la combinación. La penumbra del cuarto y el ventilador del techo no lograban secar las líneas de sudor que le caían por la cara. Antes de responder se enderezó, le miró y se echó para atrás un largo mechón que al lavar le colgaba de la frente. Sin que ninguno de los dos hubiese podido entonces intuirlo, al hacerlo compuso una imagen de mujer sudorosa preocupada por su hijo y encolerizada por su marido, que sería, misterios de la memoria, la que recordaría Diego cuando la soledad y el infortunio de la guerra se la convocaran como la imagen feliz de un pasado perdido.

Esa noche llegaban ya a El Clavo, puerto fluvial por debajo del nivel del mar donde los días verdaderamente calientes de aire macizo uno podía ver salir chorritos de sudor de algunas personas con los poros engrasados por la cerveza. Un lugar por tanto adecuado para anhelar el invierno con la mentirosa memoria de la nostalgia. Esa antesala en un mundo de insomnio, mosquitos y sudor venía a ser como una última prueba, una última expiación del Purgatorio sobre la tierra. Porque de ahí, a lomo de mula o en un tren esforzado traído por la revolución del doctor García Pizano, se remontaba hacia el altiplano verde y lleno de nubes, donde a igual distancia del cielo y de la tierra caliente se extendía la ciudad de Tres de Marzo. Era por entonces todavía una ciudad niña.

Para Rodrigo subir al tren fue como ingresar en un prestigioso sanatorio de alta montaña, aunque aún se arrastraran casi sobre el valle. No debían de haber subido más de doscientos o trescientos metros hacia los tres mil ciento cuarenta y seis en los que colgaba Tres de Marzo cuando el niño pareció entrar en una zona de paz y se durmió. Un par de horas después se despertó con hambre para reclamar por gestos alguna de las viandas que indias con trenzas brillantes y sombrero gris de hombre ofrecían a los pasajeros gritando desde un andén de estación. Camila compró el queso suave envuelto en hojas de plátano y el pan de yuca que eran los preferidos de su propia infancia y, aunque lo tenía previsto, comprobó con alivio que su hijo ya estaba curado. Como decía el doctor Mallarino, «el mejor síntoma de salud es el apetito^[25]».

Sólo entonces se dio verdadera cuenta de que ya no estaban en tierra caliente, o en todo caso llegaban a la frontera de salida. Ya no había que nadar contra el aire, y en el cielo cada nube tenía derecho a despegarse de la masa. La gente que les ofrecía cosas en las estaciones donde paraban —y paraban en todas y a veces se devolvían para repetir— empezaba a ser más india y mestiza que negra y mulata. Pese a sus gritos ofreciendo sus mercancías eran también más serios. Y el paisaje, aunque siempre, siempre verde, había dejado de ser de un verde gris sobrepoblado, achajuanado por el calor, para irse transformando en un verde oscuro y húmedo que poco a poco comenzó a dar café y despertó en Camila recuerdos olvidados y olores sin embargo invisibles pues se encontraban al otro lado de la ventanilla.

No sin cierto asombro Diego y Rodrigo vieron cómo, por efecto de la inclinación del tren encaramándose a la cordillera, iba aflorando una santiaguina de pura raza a medida que caían casi visibles las invisibles capas de lecturas francesas, modales ingleses y moderación suiza, y cómo en el verbo suave de Camila iban apareciendo palabras y acentos que nunca le habían ni sospechado,

que ella misma ni siquiera sabía que recordaba, y que estaba encantada de volver a oír saliendo con toda naturalidad de su propia boca.

Entonces, en medio de los cafetales, del asombro de su marido y de la tolerancia de su hijo, que aceptaba con naturalidad el nuevo sonido de su madre, Camila recordó algo y sintió el mordisco de la ausencia cuando uno es feliz y no tiene con quién compartirlo. Porque si había alguien capaz de disfrutar con el prodigio de un idioma naciendo, o renaciendo, ése era Niebla.

Niebla, con un talento para los idiomas que no se sabía si le venía de sus ojos de poeta, de sus dedos de pianista o de su atrevimiento de creador. Niebla, que no hablaba muchos idiomas, «sólo los que habla todo el mundo», le había dicho a Camila, si bien, a cambio, podía imitar cualquier origen, amparado desde luego en su cosmopolita delgadez y sus ojos somnolientos —raros, y por tanto de cualquier parte—, pero sobre todo gracias al don de copiar la cadencia interna, los silencios y sonidos de casi tantos idiomas como los que hablan los traficantes de armas.

Camila no pudo menos que sonreír al recordar una fiesta insufrible en una embajada en la que Diego y ella fueron presentados al encargado de negocios de Séptica, minúscula república que nadie sabía que no mantenía relaciones con España, entre otras cosas porque muy pocos sabían si Séptica existía en realidad.

Ni siquiera lo sabía Diego, que se hubiese visto en dificultades si en un crucigrama hubiese topado con la siguiente propuesta para una palabra de siete letras:

«República con las montañas más escarpadas del mundo
y con un idioma de quince vocales.»

De toda esa fiesta fácilmente previsible que en los jardines de la embajada de Suiza conmemoraba la caída de la Monarquía y la fundación de la cucocracia, tan sólo Camila se dio cuenta de que el

idioma que hablaba ese diplomático un tanto extravagante era setón, la lengua de Vinkírovitz, misteriosa pero reconocible en sus *kas* y *lrs* prehistóricas, aunque probablemente, pensó, era un setón tan falso como una sopa de sobre.

—*lnea salk c vasa ynittesus all rl kshwyi eddiav breihak!* —manoteaba Niebla ante una audiencia de diplomáticos que mantenían la cara de *poker* incluida en su sueldo. Y con desánimo concluía— *lossol + eiruspkbevil, eld rlmnuod: oh cmu.*

Más extraño que su acento en la garganta era el hecho de que nadie salvo Diego y Camila lo reconociesen, pues Niebla no se había puesto otro disfraz que el uniforme diplomático del traje ultraplanchado, la corbata de nudo duro y semierecto, el pelo sometido con gomina y unas gafas redondas de revolucionario de libro.

—¿Por qué viniste a la fiesta de la embajada? —le preguntó Camila más tarde. Intuía y deseaba la respuesta.

—*Orepqu esáabche tnee áalft vasba yuque eriavdnus eriard kns* —improvisó Niebla en lo que sólo parecía setón y no lo era, y sin embargo Camila le comprendió.

Con el tiempo llegó a descifrar la gramática del idioma parasetón de Niebla —*setónico*, le llamaron—, y aunque de viva voz sólo pudieron dirigirse frases muy elementales del tipo «yo amo te» o «mi sastre se ahogó», una tarde de domingo en Tres de Marzo, poco tiempo después del regreso de Camila pero suficiente para que la novedad no consiguiese aplazar ya el tedio del día de fiesta, Camila escribió en un pedazo de papel una frase ardiente que le salía de la piel y le quemaba los dedos y que por pudor no hubiese podido decir en ningún idioma conocido.

—*Et nroao oadt onimc lpelik, imsd o se, imsboal, nuqaeu sats imen, iarad cqluricae osac vegropk vistaeur imen.*

Así, en un papel cualquiera, por el azaroso choque de la fuerza y el deseo, que es como se hacen los grandes hallazgos, descubrió Camila un modo de hablar con Niebla a distancia, y de decirle lo que sólo le permitía decirle la existencia de un océano entre los dos. Los

idiomas también miden las distancias. Y nunca fue capaz de deshacerse de ese primer papel que probaba un hallazgo, por así decir, casi científico. Cortó cuidadosamente con los dedos ese margen de periódico donde había escrito sus sentimientos en un arranque, lo dobló en un manuscrito muy pequeño y lo guardó tras la foto en el minúsculo portarretratos de oro en el que guardaba una microscópica imagen de Rodrigo y el primero de sus rizos de color dorado. Así se hacían las cosas entonces^[26].

Cuando Camila regresó a Tres de Marzo, los Cincuenta habían comenzado a perder (aunque por supuesto ellos fueran los últimos en sospecharlo), la larga, la invisible guerra contra el número que como estaba escrito los ha llevado a su práctica extinción. Un ejemplo: cuando Camila se marchó, en la ciudad había un y sólo un club de caballeros, creado en el mismísimo fervor fundacional de la revolución de independencia. Cuando regresó había dos: el Blanco Gómez había esperado a regresar de Europa para vengar la antigua afrenta de cuatro bolas negras —¡cuatro!— que le negaron a los dieciocho años su ingreso en el *Jockey*, y más o menos una década más tarde fundó Le Cercle, club para hombres solos igualmente, con la democrática novedad de que para rechazar a un candidato no bastaba una sino que hacían falta cinco bolas negras de los socios en ejercicio.

En el *Jockey*, como suele suceder en estos casos, ni comentaron la iniciativa, del mismo modo que un campeón de esgrima no se detiene a conversar con el ganador de un concurso de peluqueros. Sin caer en la cuenta de que nadie lo había intentado aún, pensaron que se iba a estrellar: puesto que toda la *gente decente* (ésa era la expresión que utilizaban) pertenecía ya al *Jockey*, estaba claro el destino de Le Cercle, que además había adoptado un nombre francés y cabalístico, y lo francés, ya entonces, comenzaba a declinar^[27].

La primera sorpresa vino con la evidencia de que el club había reunido suficientes miembros pues los Cincuenta (que con primos, socios, cuñados y similares formaban la sociedad del *Jockey*) no

eran conscientes de que en el país hubiese más dinero que el suyo. Desde luego unos pocos médicos de la ciudad se habían formado en Europa con esfuerzo y algunos de quienes les compraban el café de sus haciendas tenían coches, e incluso *chauffeur*, pero ése, todavía, no era dinero de verdad. Lo de verdad inquietante era que los socios de Le Cercle —suficientes socios como para alinear hasta treinta coches frente al club a la hora del almuerzo— tuvieran dinero para traer un *chef de cuisine* directamente desde Francia, un portero arrebatado al Savoy de Londres, y tres camareras de nacionalidad indefinida, cuya definición a nadie absolutamente le importaba un rábano.

Éste fue de hecho el único, cómo llamarlo... incidente un tanto peligroso en los siempre delicados primeros pasos de un club social. Si por un lado las tres camareras contribuyeron al éxito del club —pues de éxito y espectacular estamos hablando—, qué duda cabe que también lo amenazaron, tan pronto como las señoras, novias, suegras y amantes de los socios supieron de su existencia y de unas habitaciones, en el último piso, amuebladas con masculinos sofás Chesterfield —cuántas eran: ¿dos?, ¿cuatro?, ¿cinco?— para el supuesto de que un socio con tragos decidiese de pronto quedarse a dormir. Acosado por el peligro, el Blanco Gómez sacrificó a las muchachas y las despidió, aunque luego hizo que la burocracia estatal las absorbiera en abstractos e incomprensibles empleos en los que se perdió su rastro, incluso en una ciudad entonces tan pequeña como Tres de Marzo. Ahí acabó el problema.

Y sin embargo Tres de Marzo ya no era tan pequeña como había sido. No se trataba de su perímetro, que apenas había engordado desde la Independencia. Ya no era la misma ciudad porque entretanto había ocurrido la revolución del tres de marzo, que al cambiar el nombre de la ciudad de Loyola por el de su fecha (falseando dos números) impuso no sólo un sentido más dinámico y cuantitativo de la vida, sino también un rumbo un tanto chueco y ciertos cambios de largo alcance.

Los animales, por ejemplo. En la ciudad donde nació Camila, los

animales tenían, por así decir, derechos ciudadanos. Había corderos y cervatillos en los jardines, guacamayas multicolores se hacían centenarias en las cocinas —la decana era una que hablaba en castellano colonial y trataba al lechero de *vuesamerced*— y la gente se daba el gusto de llegar a caballo hasta la oficina, el colegio o el patio de su casa, aunque ya hacía unos años que don Aníbal Arboleda había importado de Alemania el primer automóvil que entró en Santiago^[28]. En los asientos de algunos coches aún se habían podido ver chimpancés acompañando al chófer a hacer las diligencias, y por las calles, donde deambulaba gente con revólver y un loro de pirata agarrado en el hombro, aún andaban con toda libertad culebreros vendiendo sus pócimas contra la migraña, los dolores de muelas y la ansiedad por el paso del tiempo.

Las tropas del doctor García Pizano entraron el uno de marzo en la ciudad para esa misma noche asar los ciervos de los jardines en las fiestas de la victoria. En las semanas, meses que siguieron, la Revolución prohibió que los micos pudiesen ir en automóvil y las culebras por las aceras, «lugares ambos reservados a las personas humanas», decía ese primer decreto discriminado[^] y luego adoptó otras medidas, como la obligación de podar árboles, pastos y enredaderas y castigar los duelos a muerte, las peleas a bala y las desvergüenzas amorosas en público, en la estrategia, vista a distancia, de ir escondiendo la naturaleza, que estaba ahí antes que nadie. Aunque grandiosa, una naturaleza por otra parte tranquila, en cuyo aire delgado y cielos realmente altos se podía advertir a simple vista una soledad milenaria.

Pero el doctor García Pizano había regresado de estudiar medicina en París con un verdadero empacho de libros sobre Robespierre y la Revolución Francesa, lo cual había sido y seguiría siendo por muchos años el destino de tantos estudiantes de medicina de ultramar^[29]. Ya los padres de la patria habían fundado ésta sobre el mismo entusiasmo, que entonces era una gran

hoguera, de modo que al general García Pizano, que andaba por la tercera o cuarta generación revolucionaria, no le quedaban sino las brasas, circunstancia que él supo siempre y que pesó en su destino como una cuna ilegítima. Dicen que desde muchacho se agarraba grandes berrinches al conocer las reformas del anterior dictador de cierta relevancia, el general Angulo:

—Carajo —decía— este indio gediondo no me va a dejar nada para hacer.

El general Angulo, algo más blanco que García Pizano, dicho sea entre paréntesis, fue quien terminó más o menos la conquista del país, al menos sobre el mapa, y quien otorgó el voto a las tribus de la selva, a quienes siempre se les había negado con el indiscutible argumento de que nunca sabían qué pasaba en la entonces Loyola y en consecuencia su voto sería ciego. Con la decisión de Angulo no se perdió nada, pues para entonces los jefes regionales del partido radical ya tenían distribuida la selva en distritos grandes como haciendas. Ésa fue la causa de que los radicales, únicos beneficiarios de esa última voluntad, hicieran quedar muy bien al general Angulo en los libros de texto, repartidos gratis en las escuelas de todo Santiago, y con esa imagen de padrecito de los indios pasó entero a la retórica nacional.

Unos cuantos le habían precedido en la dictadura del país, aunque en su mayor parte se dedicaron exclusivamente a robar y a zanjar cuentas con otros generales, que a menudo remontaban a su juventud en la Academia de oficiales y eran deudas de juego o mal cicatrizadas heridas de vanidad. Dos hubo, sin embargo, que merecen un recuerdo, no fuera más que porque dan el tono de su época: el general Iriarte, que no necesitaba ya robar porque había descubierto y guardado el secreto de unas fabulosas minas de oro cuando no era más que un teniente de infantería en la *guerra de los límites* con Colombia, y el general Ángel, de quien se puede decir sin temor a equivocarse que desequilibró a su favor la balanza demográfica de Santiago. Todos los grandes guerreros lo hicieron siempre, salvo Alejandro y Julio César, o intentaron que lo pareciera,

pero el general Ángel cumplió con sus obligaciones mucho, mucho más allá de lo que le exigía su rango, hasta el punto de que tanta crónica agradecida de mujeres que contaban y no acababan le terminó por ganar el sobrenombre de El Cielo. Y ésa es la razón de que, aún hoy, se puedan ver en el altiplano de Tres de Marzo y en muchas partes del país los característicos ojos sorprendidos, como de santo románico, que tuvo el general Ángel desde la cuna y que desde luego tenía la mañana en que un marido con la memoria envenenada le enterró un hacha en la espalda cuando paseaba con su nieto^[30].

El doctor García Pizano era un mestizo astuto que había conseguido pagarse los estudios de medicina en París a base de limpiarse personalmente los cuellos de las camisas y, eventualmente, traficar con los cadáveres de la Escuela de Medicina. Es sorprendente la cantidad de beneficios que, como en la matanza del cerdo, se pueden extraer de los cadáveres humanos.

En ese primer entusiasmo revolucionario que comenzó a celebrar el tres de marzo cuando aún era el dos, algunos recordaron que Aníbal Mallarino había estudiado con García Pizano en París, no hacía tanto tiempo, y acudieron para que el viejo Mallarino, que entonces no lo era, les contara cuentos con los que comenzar a tejer la leyenda del héroe. Pero lo único que se encontraron fue el cuento gris del estudiante gris que va a un país con llovizna helada y durante seis años sólo se aparta de la rutina en contadas ocasiones: cada vez que quiere celebrar que falta un año menos para regresar a su casa, o los domingos que no puede más de soledad, se emborracha. Y una tarde de abril —abril en París desborda el tópico— decide sin ningún rigor intelectual no ver lo obvio y, fabricando un gran amor en un gran escenario a partir de una pobre sonrisa de puta, se va con una a una *chambre de bonne* en la trasera de un restaurante. Huele a sopa de ajo.

Estos episodios no los cuenta Aníbal Mallarino, pero se pueden suponer veraces pues más o menos siempre termina por haber borracheras y más o menos putas en la vida de los estudiantes.

Los mismos ávidos de noticias que cuando García Pizano llegó al poder le habían pedido anécdotas del coraje del héroe en su juventud, cuando cayó fueron a ver a Mallarino para pedirle secretos, mezquindades, sombras en las que se hubiese podido adivinar su vocación de déspota. Pero ahí se volvieron a encontrar con el mismo testigo, y en el mismo sitio: si antes se había resistido a los abusos de los constructores de estatuas oficiales, ahora se oponía a su derribo agolpes.

—No —repetía Mallarino con su paciencia de jarabe—, no era cierto que García Pizano hubiese dirigido en París una red de contrabando de cadáveres, y menos una industria para producirlos: quizá había vendido alguno a las facultades de medicina, pero ése era un comercio casi legítimo entre los estudiantes.

—No, no era cierto que García Pizano hubiese traficado con morfina en algunos garitos parisinos. Lo que sí vendió fueron helados, en Versalles, durante el verano. Helados de puro hielo, que fabricaba con la complicidad de una camarerita normanda enamorada de él hasta la imprudencia y que le hacía un hueco en la nevera de sus señores. Entonces casi nadie tenía neveras.

—Sí, el general estuvo en la Legión Extranjera, y se escapó. Él lo había dicho muchas veces: lo primero para aprender, y lo segundo para no estar aprendiendo hasta la edad de darle de comer a los pajaritos en los parques.

—No, García Pizano no había sido nunca un gigoló. Simplemente le gustaban las mujeres, como a todo el mundo —decía Mallarino con su voz de sabio, y su talante y sentido común habrían seguido destruyendo argumentos realmente fuertes pero no podían nada contra la malevolencia y el rumor. Cuando radicales y celestes se pusieron de acuerdo un cuarto de hora para conseguir un general útil que le diera el golpe, mandara al dictador a un exilio millonario en Nueva York y les devolviese la oportunidad de seguir con la guerra civil, Mallarino, que lo había combatido, fue uno de los contados que salió en su defensa. Y no porque creyera ni en uno solo de sus decretos— precisamente desconfiaba de los más

ilustrados, —ni por el recuerdo de sus años jóvenes en París; por ellos precisamente no le perdonaba todo lo que hizo. No: Mallarino salió en defensa del tirano en el exilio por simple respeto a la realidad. Él era un científico.

Así, el Santiago al que llegaron Camila y Diego con un bebé en brazos no era desde luego el que había dejado Camila, una especie de paraíso inocente en el que los disparos de la agitada vida política se escuchaban hacia el fondo, en los bordes de la selva, pero tampoco era exactamente el que había legado la revolución del doctor García Pizano, un general escindido entre Robespierre y el trópico, vacilante entre las leyes y las balas, entre el chamizo de paja en que nació de una india descalza y un capataz de Betanzos, Galicia, y el palacio que se hizo construir, tan francés que en las camas mandó poner almohadas duras y redondas que no debían de servir para dormir (nunca averiguaron para qué servían), y bidés en los cuartos de baño: un aparato que escandalizó a las barraganas del general. Todas, todas y cada una se negaron a usarlo con la excusa de que ése no era más que un nuevo argumento para que la gente puerca siguiera sin bañarse con la excusa de que en Tres de Marzo hacía demasiado frío.

(De una carta de Diego Silva a sus padres, en Mon Bijou).

¿Conocéis Tres de Marzo? Está en un valle verde que recuerda Irlanda, Normandía, Baviera, Cachemira, pero sólo los recuerda. En Irlanda la tarde pinta a veces el verde de violeta. Aquí le da una profundidad que no había visto nunca. Y cuanto más oscuro, más alto el cielo: las nubes, muy altas, costean la cordillera que de alguna manera va obligando a la ciudad a crecer hacia lo largo desde el sur hasta el norte. Son las nubes más rápidas que he visto. Eso hace que los atardeceres parezcan fiestas. O tragedias. Nunca nada estable ni definitivo. Algo en cualquier caso de lo que apenas nos enteramos.

Eso es: en este valle a tres mil metros de altura se tiene la impresión de que pese a la grandeza, el viento, los espacios, una parte considerable se mantiene en secreto: por

debajo del aire que mueve con afán las nubes se adivina el silencio, el silencio fundador, cuando aún no había nadie.

Y también el posterior: hacia donde se mire una especie de sombra advierte que lo que uno está viendo no es todo. En los ojos de mucha gente hay un lado... ciego, oscuro, no tanto por lo que impide ver como por lo que impide que se vea dentro de los ojos.

Aunque uno diría que no es ciego ni oscuro para todo el mundo. Al margen de que sean indios, mestizos, negros, que de todo hay, parece que entre ellos se comprenden. Uno cree al principio que debe de ser un código para mantenerse a salvo de los blancos: la Conquista, la Colonia, la Opresión... todo eso que se dice. Luego uno descubre que los blancos participan: en la mirada, con un punto casi siempre de algo parecido a la ironía —una especie de ironía helada, de ironía quieta—, pero sobre todo en el idioma: hablamos el mismo idioma y sin embargo el de ellos, ¿cómo decirlo?... no pesa. O pesa de otra forma. Si un santiaguino dice mesa, se refiere a algo distinto de lo que nosotros entendemos por mesa. O puede que hable de la misma mesa que tú, sólo que a

velocidades distintas. Si un tresmarino te anuncia que vendrá esta noche a cenar, está designando algo muy amplio y azaroso donde pueden suceder todo tipo de cosas, incluida la de que en efecto venga a cenar a la hora anunciada... y puesto que todo era posible desde el comienzo, no hay lugar a excusas porque las cosas sucedan de otra forma.

Es inútil cualquier discusión. El otro día le hablé secamente a una camarera e inmediatamente después oí que le decía a otra: «¡Cómo son de enojones los españoles!». Me pregunto cuántos habrá conocido.

Ninguno. Pastora, la más vieja de las muchachas de Todos los Santos, la finca de los Mallarino, no había conocido a ningún español de carne y hueso pero por alguna razón silenciosa e invisible tenía la idea de que eran enojones, creídos y crueles, y ésa era la causa de que desconfiara desde chiquita de una parte de sí misma, puesto que también sabía que alguno de sus abuelos tenía que haber sido un español. Lo veía por las mañanas, al hacerse las trenzas, evidente como un pedazo de guayaba sobre un quesillo.

También asociaba a los españoles con la iglesia, y como era una india muy devota y tenía verdadera fe, arrojaba ese misterio, que la inclinaba a suavizar su opinión, en el saco ya muy lleno de las preguntas sin resolver que de todas formas no pretendía resolver. Pastora simplemente se echaba el saco a la espalda y lo cargaba, con menos quejas aún que si hubiese sido su hijo.

Pastora había tenido cuatro, cuatro hijos, y el último era hijo del

primero aunque eso no lo sabía sino ella. Sabía que ni siquiera misía Sólita, en la vasta sabiduría de sus ojos achinados, podía aceptar en la casa a la madre de un hijo habido de otro hijo, de modo que el nuevo terminaba siendo hermano y sobrino de sí mismo. Ella era la única en saber un secreto que por lo demás muchos compartían. No compartían ése secreto, sino que muchos tenían uno parecido y sabían que los demás también. Era pues un secreto a voces, casi una costumbre a juzgar por los ojos verdes, las verrugas en la frente o un modo de caminar en diagonal, como los caballos de paso, que se repetían en las haciendas a modo de marca de ganado, pero de lo que nadie hablaba.

En Todos los Santos la marca era la nariz romana y, a veces, el pelo crespo de los Mallarino, un tipo de rizo grueso, griego, acaracolado, que podía conmovier a las mujeres hasta las lágrimas cuando lo veían en sus hijos dormidos, pero las exasperaba cuando intentaban domarlo después de que a ellas les lloviera encima, algo bastante frecuente y súbito en el invierno de Santiago: un tiempo tan impredecible como casi todo, que ni siquiera se sabía cuándo comenzaba y cuándo terminaba, y además ni siquiera se discutía. En Santiago las palabras *invierno* o *verano* no eran conceptos sucesivos sino simultáneos y más bien geográficos: abajo hacía calor, arriba frío (un suave y a menudo neblinoso frío muy agradable), y de pronto, porque sí, a las tres y media de la tarde, llovía. Llovía con la misma naturalidad con que a la ola sigue el murmullo.

Diego, Camila y Rodrigo llegaron a la estación de Tres de Marzo justo en el centro del diluvio de la tarde, que sólo les dejó entrever las montañas tan pronto el tren se terminó de encaramar a la cordillera y, con un suspiro, enfiló la bajada a la capital. En realidad en ese momento no había comenzado aún a llover pero las nubes estaban tan bajas y tan oscuras que parecía que a esa altura la noche llegaba antes. Por las ventanas no se podían ver más que jirones húmedos de hierba, y unos hombres vestidos con cortas ruanas de lana blanca y sombrero gris, que miraban pasar el tren sin

saludar.

—Parecen tristes.

—Sí... quién sabe —Camila hablaba ensimismada—. Pero además vamos muy alto. El aire aquí es delgaditico. Hay que economizar la respiración.

Dejaron pasar otros dos o tres campesinos inmóviles.

—Es una lástima que llegemos con tormenta —dijo Diego.

Camila siguió mirando la nube gorda de lluvia casi negra que la reflejaba al otro lado del cristal. Al fin dijo:

—Es lo que más falta me hacía.

En la estación de Tres de Marzo los esperaban unas cien personas vestidas con paraguas negros y trajes de paño oscuro que en realidad resultaron ser doscientas, según el atónito cálculo de Diego cuando le presentaron a la 183. Una apretada población de primos, tíos, concuñados y parientes de todo tipo, hasta el punto de que cuando Diego hubo observado más tarde una repetición de apellidos superior a la normal y preguntó si había alguien en todo Tres de Marzo que no estuviera emparentado, Camila hizo amago de comenzar a pensar pero su madre se le adelantó.

—No —dijo con lógica irrefutable—; si no es pariente no es Alguien.

Pese a su experiencia Diego se sorprendió de las inmensas distancias que pueden recorrer ciertas ideas simples.

—¿Y yo?

—Tú ya eres Alguien puesto que eres el marido de Camila.

Diego se acordó de su propia madre y tuvo que llevarse la mano a la boca y toser un poco para disimular su sonrisa, que de todas formas se notó.

No pudo ver Tres de Marzo hasta el día siguiente. La tarde de su llegada le tocó atravesar las diez calles que separaban la estación de la casa Mallarino poco menos que a nado. Más allá de los telones de agua que cayeron esa tarde durante tres horas no pudo ver más que gente intentando huir mientras levantaban los brazos para defenderse, o se cubrían con la chaqueta con la eficacia de un

manco que intentara taponar un grifo con el dedo.

Una ciudad pequeña de casas blancas se adivinaba borrosa y a punto de sucumbir bajo el agua. Pero no era probablemente del agua de lo que intentaban huir, sino de su escándalo. Porque la tormenta golpeaba con furia el amplio techo del automóvil de los Mallarino y, a una cadencia que parecía un plan estratégico, lanzaba sobre la tierra relámpagos y truenos que doña Zoila, la madre de Camila, comentaba con un «¡Santa Bárbara bendita!» sin dejarse ni uno, pese a su vocación inglesa, como si fuesen aplausos en un concierto de canto. Camila miraba por la ventanilla con los ojos muy abiertos. Parecía feliz.

No era sólo la lluvia. Varias cosas sugerían que Tres de Marzo se encontraba en un país distinto a todos, muy lejos incluso de su propia costa, muy lejos de cualquier mar en cualquier caso, y no sólo porque su temperatura era la de un otoño inacabable y anochecía siempre a toda prisa a las seis y veinte de la tarde — siempre— con evidente desprecio de las más reconocidas leyes astronómicas. En Tres de Marzo, sobre todo, parecía que todos sabían algo que el resto del mundo no sabía ni sabría nunca —se necesitaba otra cosa que tiempo— y por eso por primera vez en su vida Diego se sintió tan irremediabilmente extranjero como si hubiera llegado a China.

Ese secreto estaba relacionado con un duelo en el fondo de los ojos, como si todos supieran que había sangre en el jardín de atrás, o iba a haberla en cualquier momento, y disimularan con el extranjero. La mirada tenía que ver con eso inestable que se podía ver en los ojos de los españoles en los últimos tiempos, empezando por los del propio Diego. Sólo que la de los españoles era una inquietud de inminencia por algo que iba a ocurrir, y en los ojos de los tresmarinos ya había sucedido. Estaban de luto. Y no se resignaban.

Era un mundo complejo, ordenado por leyes no formuladas, más ocultas que de costumbre. A Diego, por ejemplo, le costaba entender que en las casas radicales no hubiese nada azul, ni

siquiera la ropa de los bebés varones, a quienes en Tres de Marzo se vestía de blanco y negro; parecían pequeños camareros llorosos porque no les subían el sueldo. En las casas del partido Celeste, en cambio, no había nada rojo, y eso se llevaba al extremo de encalar los ladrillos o a pintar las tejas con los colores inesperados que asomaban a los cerros al caer la tarde.

A Diego, familiarizado con la rigidez de la vida política española, le costaba comprender la costumbre de que todo nuevo presidente radical saliera de la casa Mallarino para tomar posesión en el palacio de San Ignacio, dos cuadras más allá, en un cortejo que casi siempre iba empapado pues el tres de marzo a las tres y media de la tarde era en Tres de Marzo el corazón del corazón del invierno y llovía^[31]. Y Diego no pudo entender que esa costumbre se mantuviera siempre, incluso cuando los Mallarino, por problemas de repartos de herencias, pasaron a la oposición: no al lado de los Celestes, que eso hubiese sido mucho, pero sí mediante la creación de un partido, Izquierda Radical, que tuvo que hacerse oír desde las montañas. Por cierto que le oyeron. Al cabo de no mucho el presidente del momento llamó a Arquímedes Mallarino a parlamentar en Tres de Marzo, y de ahí surgió el llamado Pacto del postre de natas: según unos porque con él lo celebraron, y según otros porque el tratado tenía más capas ocultas de lo acostumbrado. El pacto estipulaba que a Arquímedes Mallarino se le devolvían sus tierras en el suroeste y sus acciones en las minas de oro de Churumanguí (aquellas descubiertas por el general Iriarte, el tirano que no necesitaba robar), y a cambio la facción prometía sus votos al siguiente candidato radical. Al tiempo los celestes prometían dejar de hacer campaña en las iglesias; incumplir esa promesa era sin embargo parte de su irrompible tradición.

—No tenemos pasado —decía a su yerno el viejo Aníbal para explicar que el nuevo presidente saliera de casa Mallarino—, y por tanto tenemos que inventarnos uno y sostenerlo con tradiciones absurdas; ninguna tradición lo es hasta que consigue ser absurda.

—¿Y los indios? —preguntaba Diego. Era un europeo.

Con las manos sujetas a la espalda, el viejo Mallarino miraba pensativo hacia la calle.

—Los indios... —decía—. Los indios están al otro lado de la lluvia. Apenas se les ve.

Y era cierto: al otro lado de las ventanas de la casa Mallarino apenas se veían tras la lluvia las sombras de indiecitos que bajaban de los cerros con recuas de mulas cargadas de leña o de flores silvestres, y que con el sombrero en la mano y una voz de pájaro se acercaban a la puerta de servicio para ofrecerlas por nada.

Ocho de la mañana en un dormitorio iluminado por toda la luz alegre que permiten unos visillos blancos. Sobre la cama, algo perdida en el lado noble de la habitación, frente a las ventanas, Camila escucha desde hace un rato el amortiguado rumor de la casa y de la calle —en el jardín están regando—, pero no se atreve a abrir los ojos. Tiene miedo. Eso es. Miedo. Hoy es uno de agosto.

Pero se abre la puerta y entra una indiecita joven, con trenzas brillantes y perfectas, llevando una enorme bandeja de paja en la que se ordena en una alegre vajilla el desayuno de un mayoral: jugo de lulo, dos tajadas de papaya, huevos pericos batidos en la sartén con tomate y cebolla, pan de yuca y arepas: arepas de maíz calientes y sedientas de mantequilla derritiéndose, y una jarra con medio litro de café de olla, aromático y suave. De todo lo que disfruta desde su regreso, este café de la mañana es lo que más disfruta. Es principalmente su aroma el que le hace abrir los ojos.

—Buenos días, niña Camila —dice la indiecita, mucho más joven que ella, y después de que se haya incorporado un poco le encaja la bandeja en torno a la cintura con una suavidad, piensa Camila, que sólo tienen los indios.

Camila le devuelve los buenos días, le pregunta si el niño ya se ha despertado y charlan un poco mientras la doncella recoge la ropa del día anterior.

«¿Se ha levantado ya don Diego?», pregunta Camila, y en ese momento entra Diego perfectamente bañado, afeitado y vestido con un traje de espiguilla de excelente corte, en uno de cuyos bolsillos asoma un pañuelo blanco de dos puntas oloroso a Pinin Fariña. Eso

es justamente lo que ha estado temiendo Camila esta mañana de uno de agosto: la aparición de Diego, temprano, con una sonrisa de reconciliación. No anuncia nada bueno. No anuncia nada bueno porque luego la pelea es cada vez más fuerte, los golpes desde más alto y el dolor mayor.

Y además, Camila no sabe por qué, muchos de esos dolores suelen suceder desde hace veintiséis años el uno de agosto, tal vez porque, igual que una niña, le sigue poniendo ilusión a la fecha, como si el mundo y el tiempo le debieran algo y no se pudieran portar mal ese día.

Miedo porque la doncella ha desaparecido como un fantasma y, sentado en la cama de sábanas bordadas con las iniciales de la señora de la casa, Diego le coge la mano, se la lleva a los labios, le desea felicidades con la mejor voluntad del mundo, se nota, e incluso se saca del bolsillo un paquete alargado y muy bien envuelto, eso importa, que deposita junto a los cubiertos, en la bandeja. Entonces, en la primera mañana de sus veintiséis años y la noche anterior muy, demasiado reciente, Camila siente más miedo que nunca. Miedo al dolor, a la decepción. Sonríe a su marido. Coge el regalo y comienza a abrirlo con las manos aéreas que sedujeron a Diego hace ya años en París.

Nada de eso, ni regalo, ni manos, ni sol, era ya posible hacía unas horas, cuando regresaron de un fin de semana en Todos los Santos, la finca de los Mallarino.

—¿Quieres algo especial para la comida? —intentó Camila.

—Sí —replicó Diego—: me gustaría cenar en mi cuarto.

A veces ocurría —Diego se retiraba temprano y se hacía servir en la habitación—, pero hasta el momento siempre había pretextado dolores de cabeza o cansancio, que los tresmarinos, orgullosos de tener una posibilidad sobre tres de morir de infarto, se apresuraban a atribuir a la altura. Camila no replicó y Diego se fue a su habitación sin desear buenas noches, otra convención quebrada.

Más no eran esas brusquedades las que dolían a Camila sino el no comprenderlas. Al fin de cuentas al comienzo Diego se había fascinado con la misma ciudad y la misma finca de Todos los Santos que ahora parecían irritarle. Cuando el sábado vieron llegar el automóvil del Pato Arboleda, e inmediatamente después los de las Camargo, el Chato Henao y el Perro Loxter —así le llamaban porque una vez, de muchacho, había vencido a un atracador arrancándole media oreja de un mordisco—, Diego comentó: «Ya tenemos aquí el circo».

Naturalmente los miembros del circo lo sabían, igual que los leones saben cuándo va a ir en serio el látigo del domador. E igual que los leones, gruñían y desnudaban el colmillo. Llegaron el sábado por la mañana; el fin de semana terminó justo después del almuerzo del domingo, que era lo más pronto que podía terminarse. A Camila le pareció que el fin de semana había durado un mes.

Escena: en el jardín exterior de una vieja finca colonial, un grupo de jóvenes toma aperitivos y charla. El paisaje es verde y se podría decir que transcurre en Inglaterra —idea que tiende a confirmar el vestuario de la obra—, de no ser por unos cuantos detalles: el cielo es muy alto, grandes nubes marchan encaravanadas en su bóveda y, más allá de enormes eucaliptos que hacen brillar al viento sus hojas grises, una hilera de montañas de aspecto bronco y pelado le pone fin al paisaje. La casa no podría estar de ningún modo en Devonshire ni en lugar parecido: allí no hacen estas tejas rojizas que de alguna forma guardan el sol, incluso bajo la lluvia, y ya no hacen en ninguna parte. Y sin embargo los personajes hablan en inglés.

UN JOVEN CON ZAPATOS DE ANTE, PANTALÓN DE FLANEL Y FOULARD: And you know what he said to me?

UNA JOVEN CON SLACKS, SUÉTER DE CACHEMIR Y OTRO FOULARD: No, but I'm sure you're gonna tell us.

EL JOVEN: He said: If a lot of people think like you, I wonder just what it is that goes wrong in your countries.

Coro de voces que no se sabe si es admirativo o burlón, si en inglés o en español.

DIEGO (*su castellano suena muy marcado*): ¿Y qué es lo que hay de malo en estos países?

Silencio. Otro silencio.

OTRO JOVEN, TAMBIÉN CON PANTALONES DE FLANEL Y CHAQUETA DE TWEED: Pues quizá habría que preguntárselo a todos esos cabreros de Extremadura que vinieron a América a matar indios y robarse el oro.

(Del cuaderno de Diego, sin fecha).

... De vez en cuando uno sorprende en la calle una mirada porque quema en la nuca. Nunca de frente. Uno se vuelve y ahí está un indio, con los ojos vacíos, apagados. Pero uno sabe que ha sido él. De momento son pocos, y siempre en la ciudad. Vendrá el día en que llegarán al campo, como han llegado en España. Campesinos que mencionan a Dios al saludar, al comer, al despedirse, y de la noche a la mañana, porque sí, comienzan a odiar.

Escena: Más o menos los mismos personajes de antes en un lugar del mismo jardín, más cercano a las caballerizas. Van vestidos aproximadamente en los mismos tonos y tejidos de otoño inglés

aunque todos con pantalones y botas de montar de cuero bruñido, blando y magnífico, a los que algunos suman espuelas y fustas de aspecto militar.

Unas nubes más oscuras han bajado al altiplano y ya sólo permiten adivinar la cordillera, a lo lejos. Peones con ruanas blancas y grises de lana cruda sujetan de la brida unos cuantos caballos y aguardan. Parecen capaces de aguardar mucho. Caballos todos estupendos, muy bien cepillados, con la crin corta y larga pero limpia; son muy irregulares: altos, bajos, llaneros e ingleses, como de diversas familias. Diego aguarda en una esquina a que terminen de traer los caballos de todos sus invitados. Camila monta ya Doña Jimena, una yegua noble y nerviosa que disfruta, cualquiera puede verlo, con su dueña, que también disfruta: la mano baja, las riendas cortas (cuatro riendas), el cuello suavemente quebrado y dúctil a la conversación y a la escena. Como una señora que improvisara con los asientos de una mesa, Camila va distribuyendo: Veloz para la Nena Bejarano, que monta muy bien (todos montan como mínimo bien), León para el Perro Loxter, Azul, un bello mocho retinto, para Betina Camargo, y Miel de abeja para Elenita, su hermana. El Chato Henao ha pedido a Dólar, y el Pato Arboleda, a Crepúsculo. Al fin traen al Bizco para Picas Pizano y a Ping Pong para Diego. Ping Pong es una yegua no vieja que lleva a su lado una potranca, Bolita, y por ello se porta formal, con prudencia. El Bizco, como su nombre indica, es un gañán atravesado que no puede ir junto a los otros porque muerde y cocea, y que sólo sirve para que otros gañanes de distinta especie se le midan e impresionen, o crean que impresionan, a las mujeres.

Pizano y Silva se disponen a montar al tiempo. «¡Ah vaina!», dice de pronto Pizano. «Me vine con espuelas y este caballo no se puede montar con espuelas». Parece pensar mientras mira alrededor. Se detiene en Diego, le mira las botas.

—Hombre, Diego —le dice—: usted no lleva espuelas. Le cambio el caballo.

Todos miran a Diego, que ya ha montado en Ping Pong. A su

lado, Bolita.

Camila: «¿Y por qué no te quitas las espuelas?»

Pero es como si no hubiese hablado: todos siguen mirando a Diego. Silencio. Diego comienza a bajar de su yegua.

Camila (con ironía): «Qué pasa, Picas, ¿tienes miedo del Bizco?»

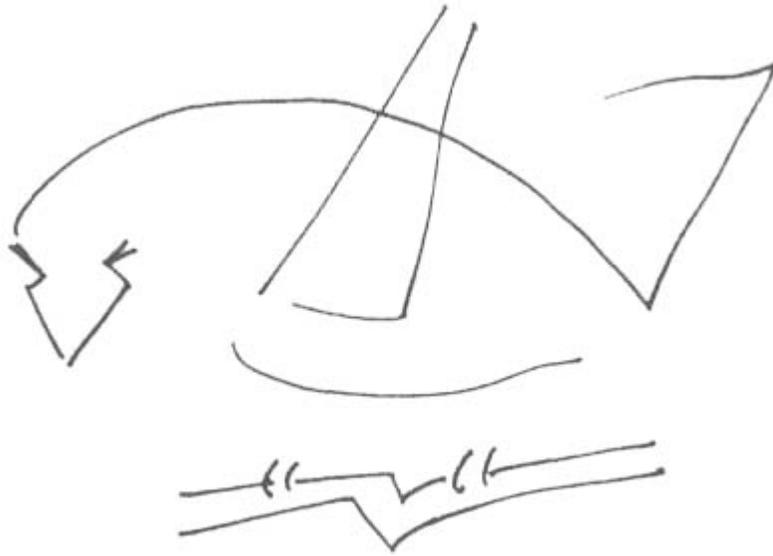
Es una de esas frases cuya respuesta dura el resto de la vida.

(Del cuaderno de Diego, sin fecha).

A veces uno mira una iglesia y se siente en Sevilla. O a una mujer, siempre y cuando no hable. O el patio interior de una finca, como éste de Todos los Santos. Según me contó Camila, a principios del siglo pasado, ya después de la independencia, una noche se escucharon voces, cascacos, gritos y todos los hombres salieron de sus habitaciones en torno al patio creyendo que alguien atacaba. En el tiroteo murieron dos. Averiguaron luego que un tío de la familia se había querido robar a una sobrina —algo por lo visto no infrecuente—, y uno de los muertos había intentado impedirselo. El tío murió. Camila no sabe cómo. La sobrina hizo votos. Ésa es la razón de que ahora en el patio luzcan farolillos y que cuelguen todo tipo de plantas

en los arcos.

Y ahí está la diferencia: no en los arcos, que podrían ser españoles —lo fueron al nacer—, sino en las plantas que los habitan. En España serían narcisos, gitanillas, damas de noche, pendientes de la reina, jazmines. Aquí son heléchos y flores de colores tan definidos y húmedos que parecen llevar la sombra y la lluvia incorporados. Camila me dice que algunas de ellas son orquídeas (su padre las estudia), pero aquí las orquídeas no tienen esa palidez que conocemos, con la belleza de lo que va a morir. Aquí sugieren una fortaleza oculta, antigua, anterior a nosotros y también posterior. Las orquídeas de Lodos los Santos dan cobijo incluso a un pajarillo tan pequeño que parece un colibrí, y sobre cuya naturaleza fronteriza el viejo Mallarino aún discute con sus colegas europeos. Al parecer, éstos no pueden comprender que un pájaro, lo que se dice un pájaro, pueda anidar en un florero. Se llama Pájaro manzanita, sabe Dios por qué, y tiene el pecho de un azul muy alegre, que destaca incluso en el cielo en días despejados. Se parece a esto:



Lo mismo sucede con las iglesias. Parecen de Sevilla y sin embargo están llenas de rastros, huellas de indios. No sólo vírgenes con trenzas y sanjuanes de pelo lacio y ojos rasgados, sino leyendas que parecen latín y en realidad es un latín en versión tahita, el pueblo inca que vivía en este altiplano en el borde del imperio y de cuya cultura no queda nada, ni siquiera las misteriosas piedras gigantes del Perú. Nada salvo el corte transversal de la basílica de Nuestra Señora de Loyola, en Tres de Marzo, que reproduce la figura de un cuatroluces, insecto que los tahitas veneraban por su capacidad de generar brillos, es decir soles, crepúsculos,

vidas, en cuatro matices distintos.

Por ejemplo la leyenda que sale de la boca del arcángel Gabriel en el ingenuo retablo de la capilla de Todos los Santos. No Ave María Gratia Plena, Benedicta tu inter mulieribus sino Aima Gratia Plena... Aima, en tahita como en tantos idiomas, es madre y también tierra.

A las mujeres les sucede como a la virgen. En España, y antes, en París, pensé que a Camila sólo se le podría rastrear el origen en su familia, desde luego, en su acento, alérgico como toda ella a lo escarpado. Aquí voy más lejos: su suavidad, por ejemplo, va más allá de su condición de mujer. Su capacidad de quedarse inmóvil, mirando cómo pasa la tarde por un árbol, algo que nunca le había visto. Y sus ojos. Lo que había en sus ojos, ahora lo entiendo, era la inmutable soledad de este valle a tres mil metros de altura... Uno no puede escapar al color del cielo bajo el que ha nacido.

No sólo. En los ojos de Camila había también por lo menos tres cartas de Niebla y un mensaje^[32] y es probable que ya hubiera recibido por lo menos dos cuando aquel domingo por la noche Camila entró en el dormitorio de Diego para darle las buenas noches y se encontró la cena —revuelto de maíz acompañado de arroz, sorbete de plátano— intacta en la bandeja.

De espaldas, frente a la chimenea encendida, Diego escribía en su cuaderno apoyado sobre la rodilla de una pierna cruzada. El cuaderno se había ido convirtiendo para Camila, como las habitaciones privadas de Le Cercle o ciertas calles de Tres de Marzo que ya por entonces se comenzaban a asilvestrar, en un territorio inaccesible. Diego se refugiaba en su cuaderno cada vez con más frecuencia como otros maridos se refugian en la calle dando un portazo, buscan una civilización perdida en la selva, aprenden a jugar al golf.

Sin saber siquiera lo que le ocurría, Camila sintió celos, celos del cuaderno, y tuvo la necesidad de interrumpirlo. También sentía cierta culpa y eso tampoco lo sabía: así son las cosas. Camila se sentó en el brazo del sillón de Diego y le acarició la cabeza igual que a un chico, como las mujeres sólo lo hacen cuando desean algo o les desborda la ternura. Diego dejó de escribir. Esperaba, quizá. Camila le atrajo hacia el respaldo, con dedos imperceptibles le giró la barbilla, ella misma se inclinó a besarlo moviendo muy suavemente los labios y con una lengua tímida que sin embargo ya se había decidido. Esto era algo excepcional. Normalmente permanecía en sus habitaciones y sólo cuando estaba muy segura y contenta aceptaba salir. Diego parecía ensimismado, lejos tras un fin de semana que había parecido de guerra. Aun así despertó. Sentía los inocentes dedos de Camila jugando en su nuca sin saber que era un campo minado (o quizá ya no eran tan inocentes), olía su suave perfume tamizado por un día de campo y un viaje, y sentía contra él el pecho de Camila, apenas protegido por una fina lana y los dibujos de la combinación. De pronto se encontró en que sus propios dedos se habían metido bajo la falda y jugaban en esa arriesgada frontera que había, antes de la unificación, cuando las medias de las mujeres llegaban sólo a los tres cuartos del blanco interior de los muslos, una piel más sensible y vulnerable aún que la del oído.

Por primera vez en mucho tiempo se unieron lentamente, con complicidad, con cariño, con pasión en ciertos momentos, e incluso

con un atrevimiento por parte de Camila que no sólo no satisfizo a Diego, después, en el silencio lúcido que suele seguir al amor conyugal, sino que le añadió sal a su desasosiego de exiliado. Exiliado de su país, su idea, su bandera, su idioma y, ahora, su mujer. Pues el atrevimiento de Camila no era de generosidad y entrega, Diego lo sabía, sino de desesperación por otro exilio que ella misma había comenzado a sentir.

¿Cómo lo sabía? Esas cosas se saben.

Para entonces a Camila se le habían caído un poco los párpados por las esquinas —nada, ni Diego se había dado cuenta—, y su extraordinaria piel, más joven que su edad, había comenzado un proceso que sólo podían adivinar quienes conocieran el excelente retrato de la abuela Clementina en el salón azul: una suavidad cuya microscópica progresión en las mejillas Rodrigo iba notando en los labios al dar las buenas noches.

Rodrigo, que cruzaba la edad en que se cambia día a día, era para su madre lo único realmente estable en un mundo cambiante. Lo más cambiante era el cielo. Camila lo había añorado en sus años en Inglaterra y Suiza como se añora el mar en una piscina, y sobre todo bajo el sol español, inmóvil y azul hasta la crueldad. Ahora descubría que el cielo de Tres de Marzo estaba lleno de nubes rápidas, igual que en su recuerdo, sólo que a menudo esas nubes se agrisaban oscureciendo la tarde. Antes de romperse en una especie de tragedia griega suprimían las montañas que custodiaban la ciudad y decretaban una tristeza súbita y unos ojos trágicos que también podían ser de entusiasmo por no se sabía qué.

La ciudad tampoco era la misma. Los cambios que se comenzaban a producir cuando se fue a Europa, y que eran hijos de la revolución del tres de marzo, habían tomado cuerpo y hasta mudaban ya de voz. Edificios de tres, cuatro y hasta cinco plantas grises comenzaban a ocupar los potreros que durante mucho tiempo le habían dado a la antigua ciudad de Loyola un aspecto verdoso e inacabado, donde aún iban a suceder cosas. No todos eran edificios para una burocracia que, aunque ya polvorienta, aún parecía

necesaria. También iban surgiendo grandes casas claramente inspiradas en las de los Cincuenta —casas españolas con uno, dos, hasta cuatro patios, como la de Camila; casas francesas, de pizarra, o victorianas— a las que les fueron añadiendo cosas, mezclas, detalles, a veces insignificantes pero con una curiosa capacidad para desequilibrar todo el conjunto y darle un aspecto de algo recién fabricado.

Eran las fortunas nuevas, los Lobos, como fueron bautizados de una vez y para siempre en un baile de gala en el *Jockey* en que uno de ellos apareció con zapatos y *smoking* blanco: una grave ofensa a los ingleses del altiplano, loyolenses que se sentían ingleses, pues parecía sugerir la insolente teoría de que también Tres de Marzo se encontraba en el trópico^[33]. Los Lobos eran los generales y coroneles de la revolución del tres de marzo, tan prolífica en galones y medallas como en decretos, y también toda esa tropa de especuladores y traficantes que suelen ver antes que nadie las posibles trampas de la letra pequeña en toda nueva ley.

Una vez conseguida una casa en La Soledad, el barrio más elegante tras las cuatro calles españolas que rodeaban el antiguo palacio presidencial, los Lobos entraban en campaña —una guerra de desgaste— para conseguir sumarse a los Cincuenta^[34]. Muy pocos comprendían que era aquél un objetivo azaroso, difícil, casi imposible en vida: los Cincuenta no querían aumentar más que por vías naturales —y poco a ser posible— y desplegaban una cruel astucia, desarrollada durante siglos y difundida en los salones y novelas de Europa, para alejar a los asaltantes de su fortaleza: risitas, miradas, cuchicheos en las simples escaramuzas, o graves afrentas en las grandes ocasiones, que dejaban las cosas claras y generaban realismo y resignación cristiana o juramentos de venganza. Casi siempre inútiles pues los Cincuenta, como los Cincuenta de todas partes, se mantenían fuera del alcance de los vengadores normales.

Estas graves afrentas se producían cuando uno de los Cincuenta todavía rico se permitía rechazar a uno de los Lobos como yerno, o

cuando le metía una bola negra en la candidatura al *Jockey*. «Tanto guerrear y joderse uno», se decía el rechazado, «para que lo venga a detener una bolita negra más pequeña que una cagada de oveja». Entonces se resignaba o juraba vengarse. Aunque el ácido del tiempo parecía disolver esa determinación de que la descendencia no tuviese que pasar por lo mismo, en realidad el rencor se quedaba ahí, pudriendo lentamente el alma hasta quién sabe cuándo. Entonces no les quedaba más remedio que emprender el único camino probado durante el siglo de independencia, y aún antes, en la Colonia: una vez cruzada la pubertad, enviaban a sus hijos a los internados y balnearios europeos donde les habían de enseñar el inglés de boca estrecha y el francés de garganta, y a distinguir lo *chic* de lo brillante, en tanto que los hombres iban a las universidades de la Ivy League para aprender el contrastado oficio de impedir revoluciones como las que les habían llevado a ellos hasta allí.

En fin... todo eso ha sido contado muchas veces y en muchos idiomas: siempre es lo mismo. Lo que aquí interesa es que, salvo en las grandes ocasiones, que zanzan y definen las cosas, sí existía una zona fronteriza donde los Cincuenta se dejaban ver en compañía de algunos de los Lobos de pelaje más plateado. ¿Cómo habría conocido si no el Blanco Gómez a Camila? Esas zonas eran la misa de doce, algún torneo de golf o tenis, ciertas fiestas patrias en que había que cumplir con el precepto democrático, y ocasionales recepciones, en algunas casas de La Soledad, a las que sólo se arriesgaban los más curiosos de los Cincuenta, los más valientes, los más desesperados. Éste era el caso de Camila, que entraba ya en esa etapa en que la nostalgia comienza a novelar. Además temía por Diego.

Porque Diego se ahogaba. Al principio le había gustado mucho el país: el verde del altiplano, los indios enruanados, el cielo alto. Luego había chocado con los Cincuenta: «Pequeña burguesía enriquecida», decía con todo el mascullante desprecio del mayordomo por el carnicero. Algo le preocupaba. Le agobiaba

incluso. Estaba pendiente del cartero, igual que un estudiante con la novia lejos. Pronto comenzó a no soportar ni el paisaje. «País de peces», decía, mirando la lluvia. «País de sardinas que han ganado la lotería».

Un día despertó a Camila muy temprano. Camila entreabrió los ojos y vio las cortinas del dormitorio abiertas de par en par, y las montañas, sobre Tres de Marzo, difuminadas por la palidez del alba. «No soporto más estas montañas», dijo Diego con una tranquilidad inquietante. «Se me van a caer encima».

Descartada pues la resignación al circuito habitual de los Cincuenta —que a ella también le parecía ahora tan estrecho como un bingo de parroquia—, Camila se permitió a sí misma entrar en aquella zona de peligrosa confraternización con los Lobos, con algunos Lobos de La Soledad. ¿Peligrosa? No mucho: de los Cincuenta, Camila pertenecía al cogollo fundacional, aquél a quien se permite, si no todo, al menos más. Así que se dio a sí misma el permiso de aceptar algunas invitaciones de ciertos Lobos de La Soledad que aún no eran considerados *gente decente* o *Alguien* pero que a ella se lo parecían. Fue un acierto. En alguna de esas casas a Diego se le desfrunció un poco el ceño y pareció recobrar el interés por otros temas que no fueran la situación europea y española —las noticias del correo le ponían tan tenso como a un criminal que viera todos los días a los huérfanos de su víctima— y recobró su viejo gusto por la esgrima de salón.

En uno de ellos, un jueves de sol tibio, Camila encontró con alegría al señor Schwartz. Era en la casa de un austríaco que había fundado un laboratorio con los beneficios, según decían, de la venta de armas a la revolución de García Pizano, algo que a Camila le parecía imposible: tanto el austríaco como su mujer parecían tan pulcros como un cuarto de baño de hotel. De todas formas, como no fuera por la nacionalidad compartida no parecían tener mucho que ver con el señor Schwartz. Camila no tardó en observar que, pese a la raya impecable, las rodillas de sus pantalones comenzaban a brillar, igual que los codos de su traje casi negro. Parecía, además,

muy cansado. Camila desplegó toda su delicadeza, que podía ser mucha, para intentar saber qué le ocurría y cómo se le podía ayudar. Era antes del almuerzo y ambos paseaban por el jardín de la casa, cuidado hasta conseguirle el aspecto de un jardín de hospital.

—No se preocupe por mí, Camila: yo estoy bien —terminó por decir Schwartz con su acento de nómada—. A mí la que me preocupa es usted.

En efecto: desde el viaje Camila había adelgazado hasta cruzar ligeramente esa frontera en que la delgadez se convierte en anemia. El cuello se le había alargado aún más y, lo que antes no ocurría nunca, a veces se quedaba mirando un punto indeterminado, como si en él se viera lo que la estaba secando.

—¿Ha vuelto a saber de nuestro amigo Niebla?

Camila le miró, agradecida de que alguien le hablara de él, pero tuvo que negar con la cabeza.

«Casi todo vuelve si se sabe esperar», citó Schwartz, un poco a ciegas, y fue una especie de profecía. Unos días después llegó la primera carta de Niebla: la traía un joven con la mirada triste que llamó a la puerta principal y, en un español que parecía aprendido esa misma mañana, pidió hablar con la señora y entregó una tarjeta cuya caligrafía sonaba tanto como el nombre.

Ludwig Muntz Kestenberg

«¿Ludwig Muntz Kestemberg?», silabeó doña Zoila un tanto alarmada, y sin perder un minuto pidió que pasaran al «señor extranjero», como lo habían anunciado, al invernadero. Allí el joven y doña Zoila, escoltada ésta por Víctor Hugo y *Madame* de Sévigné, se miraron atónitos, intercambiaron un breve diálogo y seguidamente doña Zoila fue en busca de su hija.

—Te busca un joven alemán —le dijo—. Judío.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. En *Lady Mars Academy* nos enseñaban a reconocerlos a cien metros de distancia.

Lo cierto es que con Ludwig ése hubiese sido un ejercicio más bien difícil. No respondía al tópico. Era un joven alto, con el pelo rizado y los ojos melancólicos que muy bien habría podido estar convaleciendo en un largo viaje de un desastre amoroso. No era exactamente el caso. Según averiguó Camila con una alegría salvaje (y dolorida) en la carta de recomendación escrita por Niebla, Ludwig era un joven banquero a quien su familia le había encargado la antigua misión de adelantarse a lejanas tierras para el caso de que todos tuvieran que huir de Austria. Niebla no comentaba nada más. A Camila le molestó como un pequeño ruido en su alegría que Niebla incluyese a Diego en la petición de ayuda. Luego miró a Ludwig y le sonrió. Estaba claro que una sonrisa era lo primero que necesitaba.

Ludwig y la carta reabrieron los recuerdos de Camila, en apariencia de Niebla, en realidad de Niebla y toda Europa. Naturalmente que ayudó a Ludwig, como hubiese hecho casi que con cualquier amigo de un amigo, pero pronto se hizo evidente que lo hacía más allá de la generosidad, el civismo y la conciencia política: banquero o no, Ludwig era claramente, como Schwartz y como otros que iban llegando con ropas de países más fríos, héroes perseguidos, víctimas: en realidad, a través de Ludwig Camila buscaba a Niebla. Debían de ser afines, admirarse, compartir tal vez algún secreto.

De modo que Camila insistió para que el joven se quedase ese

mismo día a almorzar —de todas formas en casa Mallarino se ponían siempre dos cubiertos de más—, le presentó a sus padres e hizo lo que pudo para que no se notara la inicial frialdad de doña Zoila, que no resistió la acometida de unos modales irrefutables: Ludwig se comportó con una naturalidad desarmante, no sólo con la tajada de papaya antes de la sopa y el aguacate acompañando ésta, sino con la prueba de fuego del pan dulce: una especie de bollo al que llamaban mogolla, más adecuado para la merienda de un niño, frente a la cual no dejó traslucir ni la más ligera protesta de su estómago vienés. Había pasado la prueba del esnobismo patrio de doña Zoila: Quizá fuese un judío prestamista; era también un caballero, y muy apuesto, además, con esa apostura que les gusta a las madres. Tras un movimiento de cejas que sólo advertía misía Sólita, el pan dulce fue sustituido con naturalidad por lo que en Tres de Marzo se llamaba *pan francés*, o sea pan.

Camila organizó un par de almuerzos, un té y una comida, para presentar a Ludwig a sus amigos y a quienes pudieran ayudarlo, pero hubo de esperar a un fin de semana en Todos los Santos para que lo tomaran en serio. El mundano de perfectos modales no los había impresionado: lo hizo el jinete, que incluso montado en El Bizco —sí: también él tuvo que montarlo— parecía un capitán posando para un pintor de corte. Primero montó a Miel de abeja hasta el pozo, un recodo del río donde tenían previsto comer, pero después del almuerzo Picas Pizano —que a la ida se había exhibido caracoleando a distancia en El Bizco— dijo no tener ganas de andar peleando con un garañón y le ofreció que cambiaran. Esta vez nadie se alarmó, ni siquiera Camila. Lo único que podía hacer El Bizco era intentar descomponerle la figura.

Pero no. No se sabe qué truco austríaco le hizo Ludwig al caballo con los muslos —porque no era una cuestión de manos, ni de espuelas— que volvió al Bizco suavemente y hasta bien plantado. Daba igual Miel de abeja, una yegua rubia, que El Bizco, un garañón con un largo historial de inadaptación y delincuencia: la estampa era la misma.

Ese mismo lunes Betina Camargo llamó a Camila y después de muchas vueltas y de sacarle todo lo que sabía sobre Ludwig —esto es, familia, posición, dinero—, le preguntó si a él no le gustaría, «mientras durase esta situación», manejar algunas de las fincas de su familia.

—¿Manejar? Manejar cómo.

—Manejar, ya sabes. Vigilar que no se roben el ganado y supervisar los trapiches.

—O sea, como un mayoral.

—... No exactamente.

—Pero casi.

—... Bueno: casi.

Ludwig escuchó la oferta y se quedó callado al tiempo que la melancolía se le ahondaba en los ojos unos cuantos metros. Para sorpresa de Camila, que había reunido mucho valor al proponérselo, aceptó.

«Así conoceré el país», dijo, y Camila tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para imaginarse a ese banquero que parecía hecho para encajar en el frac dando órdenes entre el calor mojado de los cafetales.

La inminente marcha de Ludwig de Tres de Marzo —volvería, pero ya no sería lo mismo— decidió a Camila a preguntar lo que no se había atrevido. Y en el momento de hacerlo, precisamente porque él no mostró ninguna sorpresa, supo que Ludwig *sabía*.

Ludwig había conocido a Iñigo —se sonrió feliz al saber que Camila lo llamaba Niebla— a bordo de un *ferry* que flotaba más que navegaba de Calais a Dover, en una niebla que envolvía el barco en una noche de aparecidos. De hecho Ludwig sólo se dio cuenta de que había alguien a su lado, sobre el puente, cuando el otro hizo que su cigarrillo brillara tenuemente. El silencio era particularmente intenso, o lo parecía a causa de las sirenas de otros barcos que surgían en la noche como lentos animales prehistóricos, y por el rumor del puente, donde se apretaban los pasajeros y hacían vaho en las ventanas.

—Se está mejor afuera —dijo Ludwig, por decir algo.

Así fue como se conocieron.

Desde luego que Ludwig *sabía*. Su modo de agradecer la hospitalidad de Camila fue ir contándole todo lo que sabía, todo, sin olvidar los detalles, que para Camila era casi lo más importante: sin formularlo así ni mucho menos, era de quienes creen que la historia está más en el margen, el amor está más en el prólogo o el recuerdo. El arte se ve sobre todo en la obra en marcha y la verdadera elegancia es la de pequeños detalles como reclinarsse en una silla o la forma de mirar. De modo que como si eso fuera parte ineludible de cualquier narración, el joven Muntz Kestemberg se puso en la piel de Camila y le contó que esa noche en el *ferry* Niebla vestía un grueso abrigo de espiguilla, llevaba sombrero bajo y parecía muy, muy cansado. Hacía, más que frío, mucha humedad, y en el barco se hablaba en voz baja: mujeres con pañuelo en la cabeza, hombres con la ansiedad de quien no sabe dónde estará, ni haciendo qué, dentro de un año.

Todo este cuento sucedía en el lugar de la casa conocido como *el invernadero*. Una forma de verlo. También podía haberse llamado *el zoológico*, o por lo menos *el salón de las fieras*. Aunque ¿eran fieras? ¿Se podía llamar así a Victor Hugo, Balzac y *Madame* de Sévigné? El viejo Mallarino y doña Zoila eludían recibir en el invernadero, vista la vocación pornográfica de los tres chimpancés, pero a Camila le hacían mucha gracia y además frente a ella les poseía un extraño pudor y eran formales: con ella presente Ludwig nunca se llevaría la impresión de que eran unos monos malcriados.

También es verdad que con ellos en escena resultaba más difícil admirar una guacamaya multicolor, dos o tres tucanes engreídos con el pico mirando al cielo, y todo un jardín de orquídeas protegido de los monos tras rejas de hierro andaluz. Esa jaula era como el laboratorio del viejo Mallarino, que se había concentrado en el estudio de las flores, agotado ya por la obviedad antropológica de los monos. Ahora clasificaba especies de orquídeas. Iba por las cinco mil. Camila le ayudaba, anotando en grandes cuadernos

negros de balances económicos, y con su misma letra de señora de entonces se puede ver la bautizada por su padre *Flor de lo Alto, Camila Iluminada*^[35].

¿Por qué estaba Niebla en ese *ferry*? ¿A qué iba a Londres una noche peligrosa atravesada de sirenas?... Lo único que pudo decir Ludwig es que el hombre del cigarrillo le inspiró suficiente confianza, pese a que casi tenía que adivinarlo, para charlar con él, contarle su historia y su proyecto de viajar a Suramérica. Era una especie de *presencia* que infundía confianza, igual que la que dan ciertos árboles, no forzosamente los más bellos: uno sabe que están ahí, en el jardín, y que por ellos la casa es distinta. Por eso Ludwig se sorprendió cuando llegando ya a Dover entraron con los otros pasajeros y pudo ver los ojos semicerrados de su interlocutor. Ojos semicerrados, lejanos, distintos, pero nada hostiles. Comprendió que si le había contado a un desconocido su historia y sus planes de huida, en un viaje a ciegas, peligroso, era porque aunque no se vieran esos ojos estaban cercados por un tipo de ojeras con el que se había estado familiarizando en los últimos tiempos.

No le volvió a ver. Unos días más tarde recibió en su pequeño hotel de Paddington, *Tharan's House*, la carta de presentación para Diego y Camila, y una explicación de quiénes eran: «mis primos», decía escuetamente. Camila no se reconoció.

Ése debió de ser el comienzo, el punto a partir del cual Camila comprendió que no había regresado realmente a Santiago: la llegada de Ludwig Muntz Kestemberg con el olor de Europa, y también, pegado al cuerpo, el olor de la Historia, que daba lejanas, miedosas, indignantes señales.

Fue entonces cuando Camila comenzó a sentirse culpable de su casa, sus monos, su doncella personal para abrirle la cama y ordenarle los vestidos, sus partidos de *paperchase* a caballo. Y no porque todo ello fuera injusto sino por absurdo. Lo decisivo fue, claro, la carta de Niebla. Su frialdad. Su firma: Iñigo. En la biblioteca de Gádor él le había dicho que se llamaba Iñigo, «pero mis amigos me llaman Niebla». Esa firma le dolió como si al verla hubiese cruzado de acera.

No eran sólo los rizos castaños de Ludwig, algo tan poco frecuente en ese país de pelo lacio como las manzanas o las cerezas, o su forma científica de montar, o sus trajes de *tweed* aún impregnados de frío. Todo ello le recordaba a Europa con una precisión de imprenta. Lo que le movió algo por dentro fue la mención por Ludwig del oculto parentesco con Niebla. El parentesco de las ojeras. Camila no le había visto las ojeras —aunque tal vez sí, dudó, un amanecer—, pero sabía de qué estaba hablando. En realidad era lo que más recordaba. Los ojos de Niebla semicerrados mirándola en la biblioteca de Gádor, desde el piano, con la doble distancia de la enorme alfombra y los dos pisos de libros, y la altanería de sus ojos semicerrados.

Y sin embargo algo había habido esa noche en la combinación

azarosa de biblioteca, ojos, piano —el piano color vino tinto de Gádor—, y también la fiesta de disfraces al otro lado de la puerta. De algún modo ellos estaban juntos, en el mismo lado de algo, y enfrente los demás. Sin dejarse amedrentar por aquella mirada distante, esa noche comprendió que lo que había entre los ojos de Niebla y el resto del mundo no era un muro de suficiencia sino eso, niebla, ráfagas de música, la inatravesable puerta de un mundo propio al que los demás podían, como máximo, asomarse.

A Camila se le despertó con la llegada de Muntz tanta nostalgia, tanto anhelo —nostalgia de paseos nocturnos con Niebla, anhelo de sus ojos que la recortaban en el aire, sus manos— que por la noche no pudo más y escribió una carta. Se encerró en el salón amarillo, el menos frecuentado quizá porque detrás de una pared de espejo que se abría como un biombo se encontraba un altar, encendió las luces —todas las luces, no se podía hacer otra cosa— y en un rincón de ese escenario imperio, bajo la luz de baile de gala de cuatro arañas de cristal que iluminaban el gran silencio, se sentó a escribir a Niebla. Era la única forma a su alcance de invocarle. Cuando comenzó tenía la intención de enviar la carta. Luego las cosas se torcieron y no lo hizo.

(De la carta inédita de Camila a Niebla, fechada en Tres de Marzo el 12 de abril de 1935).

... No puedo menos que preguntarme qué hacías esa noche de niebla en el ferry de Dover. Según Ludwig, ni las gaviotas se arriesgaban. Sólo los fugitivos, como él. Supongo, perdona el chiste fácil, que era tu noche y te sentías como pez en el agua.

Y sin embargo lo sé. Sé lo que estabas, lo

que estás haciendo. No sé mucho de ti pero lo que sé me basta. Cuídate. Si algún día lo necesitas, ya sabes dónde estamos...

Ahí quedó todo, de momento. Unas semanas después Camila recibió una llamada de Betina Camargo para decirle que lo sentía mucho pero que había averiguado que Ludwig era heredero de un banco y realmente a ella le daba mucha pena^[36] darle órdenes a un banquero.

—No te preocupes —le respondió Camila—, por el camino que van las cosas pronto su familia ya no tendrá banco y entonces no tendrás que sentir pena.

Aun así Muntz reapareció no mucho tiempo después en la casa Mallarino otra mañana radiante, y de nuevo fue conducido al invernadero de los monos y las orquídeas. Su ropa ya no olía a frío, había adelgazado y estaba tostado por el sol. No por eso tenía mejor cara, al contrario. El fondo de los ojos se le había hundido más.

Venía a despedirse: la experiencia en los cafetales de los Camargo había resultado intensa pero ya había terminado y él seguía viaje hacia el sur. Buenos Aires, quizá. «¡Qué país tienen ustedes!», dijo a modo de conclusión en un castellano ya casi correcto. Camila no pudo evitar querer saber más de su experiencia. Él se quedó callado un instante. Luego resumió:

—Betina quería una especie de trofeo para su salón, y yo sólo quería un trabajo. Sólo quería un trabajo y montar a caballo.

A Camila no le hizo falta más para imaginárselo: Muntz llegando de los trapiches oloroso a caballo y Betina fumando en la veranda, los labios redibujados con *rouge*. Betina queriendo que Ludwig le contara de los bailes de Viena y los títulos —por alguna razón los Cincuenta tenían fijación con los bailes, los palacios y los títulos, pese a que eran los nietos y biznietos de los héroes republicanos del país—, y Ludwig no recordando de Viena los bailes sino la cara

de sus padres al despedirse de él en la biblioteca, y su salida de la casa con las luces apagadas, no fuera a ser que un vecino le viese con maletas y le denunciase. Ya había pasado, en el mismo *Ring*, no lejos de su casa.

Puestos a recordar bailes, lo que Ludwig recordaba sobre todo era el silencio de Yuta, la chica con quien había acudido a los primeros. Yuta von Truck. El silencio de Yuta. Gracias a él se enteró de que era judío, algo que hasta el momento no había considerado más importante que haber nacido en Viena o tener el título de ingeniero. Hasta que una chica con ojos de un azul imposible que él había oído gemir dejó de ponerse al teléfono. De pronto, un día. Un silencio como el que precede a una tormenta en el trópico, cuando los pájaros se callan de golpe...

Camila imaginó también —la conocía— los esfuerzos de Betina por conseguir que Muntz se vistiera de etiqueta en la finca y la sacara a bailar como en las películas de la Metro, con sorbete de guanábana en lugar de *champagne*. Engañada como tantos ricos por años y años de adulación y astigmatismo, Betina sumaba además los equívocos que provocaba su cuerpo de hembra y no reconocía el ridículo cuando se le sentaba al lado. La podía incluso imaginar entrando en la habitación de Ludwig —Camila se avergonzó de su propia mezquindad—, preguntándole como en el peor folletín si él tampoco podía dormir o pidiéndole un fósforo.

Entonces, gracias a ese momento de bajeza, comprendió la verdad. Así llega, a veces. Imaginó a Betina en plan Garbo con Muntz en una habitación de la finca, y vio que no podía ser. El rechazo de Muntz no se debería tanto a la caballerosidad —Camila ya era mayor para saber que no hay caballerosidad cuando media una cama— como a la química: no podía haberla, entre ellos, como había sabido desde siempre, y por eso se había prestado a transmitir a Ludwig la oferta de Betina de que trabajara en sus fincas.

Y no es que Camila sintiera hacia él la más mínima atracción, como no fuera por sus trajes y sus modales de invierno. Es que a

través suyo era Niebla lo que estaba en juego: era el único puente que quedaba entre ellos. De alguna forma que no hubiese podido deletrear, a través de Ludwig había puesto a Niebla a prueba, y había ganado. Se sintió culpable y mezquina, y también, sin esperarlo, satisfecha como si hubiese vivido una noche de amor. El día de la marcha de Ludwig fue la única en acudir al aeropuerto. Quizá nadie más lo sabía. Le regaló un precioso *foulard* rojo oscuro y gris, le dio un abrazo oloroso a *Matin*, su perfume de joven madre, y dejó que se marchara al sur.

Para entonces Tres de Marzo ya era inabarcable. Engañados por su tamaño —no más de cuarenta calles a lo largo, siguiendo la cordillera, y unas veinte a lo ancho—, habrá quienes piensen que todavía era aquella ciudad prácticamente colonial en la que casi cada ciudadano iba cargando a la espalda su árbol genealógico y donde las señoras más antiguas podían calcular con bastante precisión (lo que tenía una influencia decisiva en el mercado de las dotes) si de tal o cual partido podían salir niños mestizos o cuarterones. Lo cierto es que en algún momento Tres de Marzo había cruzado lo que difumina para siempre las fronteras de una ciudad y ya no se sabe dónde termina, ni dónde está el centro, ni quién es todavía Alguien, ni sobre todo quién va a seguir siéndolo mañana.

¿Pruebas? Hay muchas, si bien su validez depende del idioma y éste es lo primero que cambia cuando desaparece la frontera. Sería como recurrir a un testigo que es a la vez víctima. En el idioma Antiguo Régimen, por ejemplo, se hubiese dicho que varios Lobos habían conseguido sumarse a los Cincuenta y estaban a punto de ingresar como socios en el *Jockey*; a partir de ahí podía suceder cualquier cosa. Camila ya no estaba sin embargo interesada en ese lenguaje. Le sonaba a minueto antiguo incluso desde Europa, aunque pareciera que era el mismo de su familia política, y ya no le servía para nombrar la realidad.

Camila sabía que la ciudad era otra por la muy sencilla razón de que veía otra ciudad. Ya no estaba habitada por un puñado de amigos que si todavía no eran parientes, lo serían en la siguiente

generación, y compuesta esencialmente por unas cuantas mansiones con salones ingleses y jardines de flores exóticas. Ahora veía otras cosas. No sólo la obviedad de los pobres, que su formación católica le enseñaba a poner en primer plano, y a aceptar, sino otras cosas: gente de color impreciso que llevaba corbata y también los puños raídos, o buses que comenzaban a abarrotar las avenidas con racimos de gente colgando de las puertas.

O la mirada de algunos de ellos. Ya no la mirada sumisa y campesina de los indiecitos que en su infancia acudían a la finca de Todos los Santos tan pronto como llegaban, llevando flores para misía Zoila, su pollo más gordo para el doctor Mallarino y dulces de azúcar moreno envueltos en hojas de plátano para la niña Camila y el niño Honorato. En las calles se veía ahora, o lo veía ella, algo huidizo en las miradas, que sin embargo parecía antiguo. Camila se sintió culpable de no haberlo visto antes. Estaba relacionado con el nuevo desorden de la ciudad, el lado silvestre e imprevisible de sus límites, esa sospechosa convivencia de corbatas y puños raídos, y el excesivo maquillaje de algunas mujeres que, cuando por casualidad salían a la mañana en las calles en torno al antiguo palacio presidencial, se las adivinaba recién llegadas del campo y seguramente olorosas aún a hoguera de eucalipto.

El Pollo Uribe solía decir en el *Jockey*: «Cuando Tres de Marzo me comienza a parecer una ciudad bonita, comprendo que ha llegado la hora de tomar unas largas vacaciones en Europa^[37]». Camila descubría una ciudad llena de cosas que no había visto: miradas huidizas o gente colgando de las ventanas de los buses, y junto con un miedo difuso y a la vez intenso no sentía rechazo sino unos enormes deseos de averiguar por qué todo eso la atraía tanto. Era una evidencia: a medida que abría los ojos Tres de Marzo la asustaba e intrigaba con la misma fuerza, más, tal vez, que los rincones desconchados de Madrid y París, las iglesias oscuras, las callejuelas de nombre largo y todo lo que no figuraba en las guías: igual que esos lejanos chirridos traídos por el correo y los periódicos. Ecos tan inquietantes o más que las miradas de los

tresmarinos. Demostraban sin embargo que el tiempo sí se mueve y tiende a cambiar las cosas. En las mansiones, el Golf, el *Jockey*, uno tendía a creer que el tiempo se había detenido, o se le había roto algo y en adelante iba a repetirse hasta el día del juicio final. Cada luna, cada generación, cada guerra... vuelta a empezar: las mismas casas, *jockeys*, fincas, pollosuribe, chistes, prejuicios, muebles ingleses y flores exóticas. Afuera, por lo menos, a las aceras les salían grietas con naturalidad de arrugas. Sin pensárselo dos veces, distraída, se lo comentó a su padre. En forma casi científica le dijo que la ciudad ya no parecía la misma, que alguna gente la miraba raro, como golpeado, y que no sabía si se había fijado pero a la ciudad le estaban saliendo muchas grietas.

Se encontraban en el invernadero, clasificando. El día anterior habían terminado con la Orquídea Friolera, un raro ejemplar que podía llegar a sobrevivir hasta a dos mil cien metros de altura, aunque al precio de no abrirse más que tres días de junio, y estaban comenzando a describir la Orquídea Inconclusa, una sensible flor que sólo se erguía y comenzaba a abrirse al escuchar un silencio perfecto o una música realmente noble, condiciones ambas muy difíciles de reunir y que en todo caso siempre terminaban antes de tiempo: la flor nunca conseguía abrirse y ser plenamente feliz. Así se explica que el viejo Mallarino estuviera a punto de impacientarse con Camila, que al interrumpir sin darse cuenta un quinteto de Mozart para clarinete y cuerda había quebrado el esfuerzo de la flor, una vez más abatida.

—Aquí es donde se ve el valor de las revoluciones —dijo el viejo Mallarino mirando la orquídea—: cuando ya nadie se acuerda de los gritos y el entusiasmo y aparecen las grietas. Entonces llega el momento de preguntarse si merece la pena salvar el edificio agrietado, o si es mejor derribarlo y comenzar de nuevo. A veces uno se pregunta también si no era mejor lo que había antes... Una pregunta tonta porque regresar es imposible.

Quizá fue esa última frase, la melancolía, la duda, el fracaso de la nostalgia de esa última frase, de los puntos suspensivos de esa

última frase, lo que hizo comprender a Camila que finalmente su padre comenzaba a envejecer de verdad. De todo el entusiasmo humanista de la época en que estudiaba a los monos no quedaba más que una quebradiza buena voluntad de botánico, dependiente de las más sutiles variaciones del aire. Algo había sucedido en alguna parte, aunque Camila no sabía qué, ni dónde. Decepcionado tal vez por la equívoca recepción de sus conclusiones sobre los simios por la comunidad científica, y en particular por la francesa, que tanto había admirado y a la que tanto creía deber, el viejo Mallarino se había ido refugiando en las flores, y entre ellas en las más débiles, las más enfermizas y fugitivas, las orquídeas. Aunque conservaba su vieja dignidad de retrato en el salón, el viejo se había ido agachando muy ligeramente y dejado una tupida barba blanca de científico incomprendido. Hablaba menos. Hablaba menos y rara vez con verbos cortos. Ahora tardaba más en explicar las cosas y daba vueltas como para no tener que sacar conclusiones, o tener que formularlas.

Camila le acompañaba todo lo que podía, con ese instinto maternal que les sale a las hijas cuando intuyen que no falta mucho para que sus padres se vayan de casa. Por algún mecanismo milenario y aún secreto, en su padre veía a su hijo, y en su hijo, Rodrigo, a su padre. De vez en cuando se quedaba embobada adivinando cómo sería su hijo con barba blanca, o intentaba averiguar cómo había sido su padre a esa edad, chiquito y liso. La ternura quedaba pronto barrida por el vértigo del tiempo y su misterio. También por el misterio de que Rodrigo no se pareciera ni a ella ni a Diego. El niño era el más guapo del mundo, por supuesto, pero parecía adoptado. De ella no había heredado ni las manos, ni el cuello, ni la piel, y de Diego tampoco tenía el carácter oscilante, el pelo de tinta o los ojos azules. Era un niño pelirrojo, más bien redondo y tranquilo pese a morderse las uñas desde muy pronto, que miraba las cosas como si fueran a estar siempre en orden. Y no se parecía a nadie, como no fuera por los ojos redondos con que también aparecía retratado Baltasar, el primero del nombre, en la

gran galería de Gádor: era Diego el que lo decía; Camila no lo recordaba.

Y aunque no lo pareciera, era Diego su preocupación, la causa de su disimulado insomnio cuando le daba la espalda en la cama para que él no la viera con los ojos abiertos a las cuatro de la madrugada. Con la lenta, casi imperceptible resignación del matrimonio, Camila había aprendido a aceptar los cambios de humor de Diego y a comprender que el estado más natural de aquel joven mundano con quien había compartido en París el anuncio del final del mundo (anuncio profético, en cierto modo) era el de ese tipo de melancolía que es común a los agraviados por la historia.

Diego había decidido marcharse de España cuando ya no pudo soportar más la falsificación de un mundo —su mundo, aunque hasta entonces no lo hubiera pensado— por la fuerza caricaturesca de las revoluciones. Había ido a Santiago con la firme intención de olvidar y fundar, instalarse, echar raíces, quemar las naves como habían hecho siempre los españoles en América. Algo sucedía, sin embargo, porque ahora Diego vivía en España más que nunca. Alquimias de la nostalgia, probablemente, o tal vez la comezón de haberse dejado algo por hacer, o cualquier cosa en el nuevo país que le provocaba un rechazo poderoso. Se puede ver en sus cuadernos de viaje, iniciados a bordo del *Magallanes*, atravesados por una letra más y más puntiaguda, un pesimismo contra el que sólo al comienzo parecía luchar, unos dibujos... tumbas, campanarios envueltos en pura niebla de añoranza, horizontes presumiblemente castellanos con un solo árbol, hileras de monjes dirigiéndose a maitines...

Lo cierto es que Diego estaba más que nunca pendiente de España. No sólo del correo y de las noticias —en realidad éstas las evitaba pues sólo le confirmaban que el mundo se había puesto a girar hacia la izquierda—, sino que había caído en el error de comparar, algo incomprensible en un viajero veterano como él y una

prueba más de que no estaba del todo bien. Si escuchaba un trío no tardaba en comentar que ese instrumento ingenuo sólo podía cantar baladas de campesinos, nunca tragedias de gitano como la guitarra. Las montañas le abrumaban, la puntualidad de la lluvia le deprimía y las radios costeñas que las muchachas escuchaban en la cocina le parecían «música de negros», como efectivamente era sólo que él lo decía con mala intención.

Lo paradójico es que no era realmente racista. Mucho más racista era doña Zoila, por ejemplo, aunque entre los ancestros que configuraban su orgullo republicano figurase el dictador que firmó la manumisión de los negros. Lo que pasaba con Diego es que el malhumor le iba creciendo a tal velocidad que tenía que irle dando escape. Su neura era de tal calibre que encontraba la forma de meterse con los limones americanos, exóticamente verdes y más pequeños que los anémicos limones europeos pero incomparablemente mejores. «Demasiado limones», criticaba Diego. Su estado, como se ve, era grave.

La vida social continuaba en Tres de Marzo, e incluso con más fuerza que nunca gracias al escalonado regreso de los emigrados de una Europa que se estaba poniendo desagradable. Un día Diego y Camila coincidieron en un almuerzo en la embajada de España con Pepín Sepulcro, el hijo mayor del Barón del Santo Sepulcro, un título pontificio aunque muy antiguo. Por esos años todavía no se había impuesto la moda anglosajona de que los embajadores residieran en casas lo más parecidas posible a clubs de golf, una de las primeras consecuencias del nuevo orden tras la guerra mundial, y la importancia de una embajada, como en los tiempos de Venecia, Londres, San Petersburgo, tendía a medirse por su cercanía del poder. Metros. Reflejo tal vez de su añoranza imperial, la embajada de España era la antigua mansión de un virrey, con una carroza en el patio (igual que la casa Mallarino por otra parte), y se encontraba a mitad de camino, ciento cincuenta pasos, entre el viejo palacio presidencial de San Ignacio y la catedral^[38].

Por esos años era embajador de España Juanito Guzmán de

Villalar, que había hecho una brillante carrera con la Monarquía en Dublín, Ankara, Lisboa como ministro consejero, y que cuando le correspondía por escalafón una embajada de primera —París, Londres, Bruselas y Santa Sede, y sólo ésas—, la República decidió enviarle a Tres de Marzo con la delicada misión de mejorar las relaciones con Santiago, muy deterioradas, le dijeron en el palacio de Santa Cruz en Madrid, desde que el general García Pizano declaró en una visita oficial a Washington que ojalá Santiago hubiese sido colonizado por los ingleses.

—Pero eso fue hace años —objetó Guzmán de Villalar.

—Diecinueve —precisó el nuevo ministro de Exteriores—. La tensión, no obstante, se mantiene.

Al bajarse del tren en Tres de Marzo, Guzmán de Villalar no sólo no se encontró con tensión alguna —únicamente los viejos comentarios impertinentes que el Nuevo Mundo se siente siempre obligado a hacer ante el Viejo—, sino con una burguesía ansiosa de comunicar que su familia venía de Guetaria, Betanzos o Sevilla, y que el primero de su familia en desembarcar había sido un virrey o un capitán díscolo de Pizarro. Enfermo de gota y vulnerable a las montañas y a la luna, que lo llenaban de presagios, el embajador supo que su carrera había terminado. Como le suele ocurrir a los funcionarios que durante demasiado tiempo han conservado la certeza de que un día serán Maquiavelo, Julio II o Metternich, hasta que no les queda más remedio que aceptar que sólo han llegado a ministro, se quedó esperando el retiro en su palacio virreinal, doblemente amargado porque los fantasmas que se le aparecían en las medianoches heladoras de la embajada no eran los de los virreyes sino los de los proceres de la independencia santiaguina^[39].

Todo esto para contar en qué atmósfera polvorienta se estuvo moviendo Diego a partir de un momento difuso. Poco a poco renunció a la sociedad tresmarina, al inagotable circuito de bailes, bodas, fines de semana a caballo y torneos de *bridge*, y fue distribuyéndose como una estrella de la ópera, avarientamente, en sólo dos escenarios: la casa Mallarino, y no toda, y la embajada de

España.

Él no lo sabía pero en la embajada no buscaba únicamente una compañía española. Buscaba también el inconfundible aire inodoro que había envuelto su infancia en varias de ellas, jugando con soldados de plomo en campos de batalla tan grandes que había que inventarles fronteras y difundiendo entre los jardineros el arte del ajedrez (que le había enseñado el de La Haya cuando tenía cinco años), hasta que conseguía hacerse amigos de su edad. Oliendo también el almidón de los uniformes de las camareras cuando servían la mesa o el café, y adivinando sin experiencia qué olor, qué pieles podía haber debajo de esa armadura.

Más que la casa oscura de Madrid, con su capilla, sus místicos de Zurbarán y sus naturalezas muertas, esa atmósfera nómada, inconfundible y universal de mansiones con grabados de cacerías a caballo, cortinas de raso, ceniceros de plata y tapetes persas era — cosas que ocurren— su hogar. Hay soldados que sólo lo encuentran en el olor del rancho y del fuego de campamento, santos que sólo son felices cuidando a desahuciados, y prostitutas que en realidad no quieren que ningún príncipe las saque de la habitación por horas. Para Diego la mansión silvestre de los Mallarino resultaba agotadora como una corrida de toros, una sesión de circo, y sólo se sentía en su hogar en el confortable y previsible anonimato de las embajadas.

Y de las conversaciones de embajada. La noche en que se encontraron en una cena a Pepín Sepulcro, hablaron como estaba previsto de las diferencias entre Tres de Marzo y Granada, el indio y el negro, el Ande y el Caribe, y comprobaron por millonésima vez que dos culturas convivían en el mismo país. Eso para abrir boca. Luego constataron hasta qué punto marchaba mal la burocracia en Santiago, y sólo una vez satisfechos porque en el mundo había países más burocratizados y lentos que España, se decidieron a hablar de ésta. Para entonces ya estaban en el postre. A Camila le sorprendió que hubiesen tardado tanto. Por lo general no se esperaba mucho para interrogar al recién llegado.

—Fatal —dictaminó pronto Pepín con ese regodeo español en el

pesimismo político—. Los empresarios se llevan su dinero. Los obreros no trabajan. La chusma se manifiesta. En Barcelona andan a tiros por las calles, secuestrando gente o quemando conventos.

—¿Y el gobierno? —Pepín subrayó la *g*, la *b* y la *r*—. No nos dimos cuenta de que Azaña tenía un nombre profético. Está consiguiendo la hazaña de terminar de destruir lo que fue un imperio.

—¿Qué hace la gente? —En ese salón no hacía falta especificar de qué gente se trataba.

—Esconderse —Pepín miró desafiante.

—¿Y los artistas? —medió Camila—. Aquí sólo se oye hablar de ellos.

—Sí, lo sé —dijo Pepín. Con el tiempo, pese a su inocencia, Camila terminaría por comprender que lo que había tomado por un incomprensible rencor era odio en estado puro—. Escritores como vuestro primo, Gayán de Gádor, que mientras España se desangra, se dedican a pasear el país de arriba abajo recitando versos.

Ésa fue la segunda vez en Santiago que Camila oyó de Niebla.

*No tengo tío en América,
tengo novia. Labios de fresa
cabellera de luto,
parche de pirata (bis)*

*En lugar de escribir me canta
me envía en barco una guitarra,
una carta, un lazo,
una foto, un acordeón (bis)*

*Pero el barco se emborracha
y hasta un año se retrasa...*

*Al fin llega cantando,
con foto, sin acordeón (bis)^[40]*

(De una carta de Cristina Castillo de San Luis, en Madrid, a su hijo Diego en Tres de Marzo, Santiago).

¿Ya te cuidas? De cuando papá estuvo destinado en Bogotá —y Bogotá debe de tener el mismo clima pues están casi a la misma altura— recuerdo que por las noches refresca hasta unas temperaturas que aquí ya nos habrían hecho encender la calefacción. Los bogotanos se defendían con chimeneas, ruanas y sopas —¡cómo añoro las sopas de colores de Bogotá!— y quejándose. Desde entonces sé que quejarse caliente lo suyo.

Ésa es la razón de que este invierno no estemos pasando nada de frío, pese a que aquí en Madrid el frío reventó no pocas calderas en la noche del cinco de enero, y entre otras la de tu tía Bubú, que naturalmente ese mismo día marchó a su finca de Málaga. No veas tú qué Reyes, los pobres, trasladando en tren hasta el roscón.

Y sin embargo no tenemos frío. El gobierno vela por nosotros y nos proporciona todas las mañanas abundantes motivos de

indignación para que podamos quejarnos, y así combatirlo. El asunto funciona durante algún tiempo. ¿Has visto tú hervir la leche alguna vez? Rúes eso: llega un momento que desborda. No sé en qué momento estamos. Lo que sí sé es que tu padre ya no está postrado en un sillón de Mon Bijou leyendo a Chateaubriand. De regreso en Madrid, tu padre sale temprano y vuelve tarde. Está vivo de nuevo...

(Telegrama del marqués de Loma de Águilas a su hijo Diego, escrito después de la carta anterior y leído antes).

ENCONTRANDO AQUÍ LO QUE BUSCAS AMÉRICA STOP QUÉ
ESTÁS ESPERANDO STOP VEN SOLO

LOMA DE ÁGUILAS

Nada más desembarcar Camila adivinó en el aire el murmullo que precede a la violencia y que los americanos aprenden a reconocer como una escala ineludible en las vueltas del mundo, igual que la lluvia, la juventud o los campeonatos de fútbol. Y eso que en La Coruña, puerto al que arribaba a bordo del *Marqués de Santillana*, no parecía haber más violencia que los chillidos de las gaviotas. El día que desembarcó ésa era la preocupación de la ciudad, según los periódicos: la mierda de gaviota estaba pudriendo los tejados. Había demasiadas. Sería necesario matar la mitad.

Pero su preocupación no eran las gaviotas, como es natural. En cuanto a la violencia, la esperaba. Por ella precisamente había llegado allí. Cuando leyó la carta de su suegra revivió el ambiente conspirador en el eco de campanas de la casa de Madrid y, como si viera un pájaro torcido bajo la lluvia, tuvo la certeza de que su familia estaba en peligro.

Y Camila no era una mujer que aguantara ese tipo de cosas. Con el cuello frágil, la frente alta y transparente y las manos quebradizas, pertenecía todavía al tiempo en que las mujeres estaban hechas para resignarse. Su padre científico no le había permitido estudiar para médico, por lo mucho que tendría que ver, ni tampoco para enfermera, por lo que tendría que soportar. Nunca la habían dejado montar a pelo a caballo, ni fumar por la calle, ni salir la última de una fiesta, ni susurrar siquiera la palabrota menos palabrota al romperse una uña o pillarse un dedo con un martillo: era sumamente improbable que nunca cogiera un martillo.

Todas esas prohibiciones no eran más que anécdotas, cierto,

pero significativas como las luces de una fiesta a lo lejos. Querían decir que una mujer como Camila sólo podía elegir un destino de marido, hijos, nombre. Podía elegir también un convento. Pues bien: ese destino inevitable era justamente lo que estaba en peligro.

Cuando al fin Camila se decidió a leer la última carta a Diego de su suegra, hacía diez días que éste se había embarcado hacia España, y trece desde que salió de Tres de Marzo. Llevaba tanta prisa que para salir de Tres de Marzo convenció a un piloto amigo suyo completamente loco para que lo llevara hasta la costa en su avión con los cristales pegados con esparadrapo: apenas si había vuelos comerciales aún, y eran una ruleta rusa con el tambor lento^[41].

Diego había embarcado llevándose el telegrama de su padre, con el pretexto de que lo requerían asuntos de familia. No mentía: lo eran. Igual que había sucedido años antes, cuando siguió a su marido al Madrid republicano, Camila sintió al leer la carta de su suegra que también eran sus asuntos y de su familia. Mandó que le hicieran no más de tres maletas, abrazó a su hijo durante dos días y le habló intentando que cogiera fuerzas y sobre todo cogerlas ella — estaba en el momento en que los niños chicos corren más rápido que sus piernas pero no se caen—, y se embarcó en el siguiente transatlántico que zarpaba de Granada. Ella en cambio prefirió alcanzar la costa bajando el río en barco, aunque corriera el riesgo de derretirse.

El gesto de Camila era tanto más vehemente que su matrimonio, para entonces, estaba ya entrando en tierra de nadie: una especie de afecto sin pasión que ya no sabe bien qué hacer consigo mismo y comienza a sentirse culpable por no saber todavía qué. Por el fracaso, probablemente. O por no saber cómo volver al comienzo. Y no saber porque... ¿se quiere realmente volver? Más sentimiento de culpa.

El telegrama de Loma de Águilas, el viaje, la Historia en definitiva vinieron como tantas veces al rescate y coartada de un sentimiento que de otra forma se habría ido quedando adormecido y hasta

idiotizado sobre un sofá. Pues Camila y Diego habían entrado en la fase de no hablar ya casi más que para comentar las recepciones a las que asistían, tolerarse los defectos con una vaga irritación que se cree resignada y no lo está, dormir juntos porque de alguna forma hay que seguir con la función.

Escena: Dos elegantes regresan de una fiesta. Parecen cansados. No hablan. Ella se quita un abrigo largo y lo deja caer sobre una butaca del vestíbulo. El gesto libera un vago olor a perfume ligero y también un poco exhausto. Ella comienza a subir por una amplia escalera. «¿Te vas a acostar ya?», pregunta. El parece vacilar, pensárselo. Mira hacia la biblioteca, donde se alcanzan a ver frascos victorianos de cristal y plata rellenos de amarillos y rojos brillando en la penumbra. «Sí», dice, «creo que sí». Comienza a subir, les separan unos diez pasos. Una vez arriba ella le espera frente a su puerta para darle las buenas noches. La habitación de él está más allá. Llegado a su lado, el hombre se inclina y besa ligeramente la mejilla con sus labios resecos por el tabaco y el alcohol. Alcanza incluso a decir «Buenas noches», y va a agregar «que descanses», cuando algo en la mejilla, o un aroma, o en la piel del cuello y del hombro le retienen. Vuelve a la mejilla y sin avisar pasa a los labios. No están resecos: más bien lejanos, inmóviles. Insiste. Por principio tal vez, quizá. La abraza por el talle, que siente delgado y flexible bajo su mano. La atrae.

Entonces siente los pechos de ella contra el suyo. Una presión misteriosamente poderosa en el límite de las costillas y el estómago que le despierta como ya casi no esperaba. Abrazándola, sujetándola con los labios, abre la puerta, la mete en la habitación, cambia de brazo y con la mano derecha cubre su pecho izquierdo. Sucede lo previsto: un ligero sobresalto de ella que se manifiesta en los labios; había comenzado a abrirlos, ahora se le quedan quietos. A él no le importa. Masajea el pecho morosamente y con placer siente cómo bajo el vestido de noche algo se despierta y crece. Ella

ha relajado un tanto los labios y permite ya en su boca lo que hace unos minutos no habría permitido. Para entonces él la acaricia a dos manos, con largos recorridos desde los muslos a los pechos, y se aprieta. Le baja la cremallera por detrás y la deja en ropa interior: una ropa interior tan delicada que parece incompatible con la pasión. Ella se libera del abrazo, va hacia el cuarto de baño, enciende la luz, cierra la puerta, se libra a misteriosos preparativos con agua. Luego sale y apaga la luz de la habitación.

Al principio no se ve nada, luego aparecen siluetas, en sombra. Él ha sufrido una pequeña parálisis de impaciencia, una irritación, un hastío. Su deseo sin embargo renace. Se desnuda en la semipenumbra sin ninguna gracia, como un chico, a manotazos, arrojando la ropa de cualquier manera, y se mete en la cama. Huele a sábanas recién planchadas, está fresca. Se incorpora un poco sobre ella y vuelve a besar unos labios de nuevo fríos. Apenas se toma el trabajo de calentarlos. Acaricia rápidamente a la mujer, termina de desnudarla, la penetra. Con dificultad al comienzo, pues no está preparada: incluso gime, no de placer.

No se miran aunque mantienen los ojos abiertos. Cada uno ve una película distinta en la oscuridad. Él llega a tiempo, con puntualidad inglesa. Ella pierde el tren. Luego están un rato inmóviles. Quizá dormiten. Más tarde él se despierta, mira hacia el cuerpo que le da la espalda, se baja con cuidado de la cama, recoge su ropa y, por la puerta interior, que luego volverá a cerrar, pasa a su habitación. Al día siguiente ambos se saludarán en el comedor, a la hora del desayuno, con un poco más de cariño que de costumbre. Pronto se disolverá en la rutina. No mucho después él se volverá corriendo a España.

De ese tiempo de ansiedad Camila siempre tuvo un recuerdo deslumbrado por la luz y aplastado por un aire con peso, y probablemente ésa es la razón de que en adelante asociara el sol con el duelo y la guerra con el calor. El viaje en el *Marqués de Santillana* no fue movido, como cuando habían cruzado el Atlántico con Rodrigo balanceándose en la cuna. Esta vez Camila navegó sin

amigos, sobre un mar liso, bajo un sol aburrido, monótono, previsible. El barco iba todavía más vacío que a la ida, y la primera clase, desierta: el comedor parecía un funeral de etiqueta. Camila optó por cenar en su camarote.

A su llegada a La Coruña, sólo los chillidos de las gaviotas le confirmaron que no se había equivocado. Por lo demás la ciudad dormía la plácida siesta del comienzo del verano. Había una huelga de trenes —algo que ver con desórdenes en Asturias—, de modo que cruzó España hasta Madrid en un taxi conducido por un hombre muy bueno que olía y hablaba muy fuerte en un acento saltarín e incomprensible en el que Camila reconocía palabras que eran como boyas de seguridad: rapaciño, por ejemplo. «En efecto», pensaba recordando a Rodrigo: «*rapaciño*». La palabra le parecía evidente.

Tampoco en ese paisaje parecía haber signos de alarma y sin embargo los había: horizontes quebrados por ruinas de castillos, campanarios en silencio, pájaros planeando, a lo lejos, pueblos mudos en los que la única vida era el eco del coche cruzando... A Camila le parecía estar viendo el cuaderno de Diego —sólo ahora comprendía hasta qué punto era profético—, y le conmovía la exactitud de su nostalgia.

Ese paisaje les duró dos días, en un viaje que sólo con un esfuerzo desmesurado se hubiese podido hacer en uno. Cuando al atardecer del segundo bajaban del Alto de los Leones, ya muy cerca de Madrid, un grupo de hombres les salió al paso y les obligó a detenerse. Con una serenidad que Camila no le hubiese sospechado, Benigno, el taxista, dejó de hablar —llevaba dos días haciéndolo sin casi interrupción— y bajó la ventanilla. Sucedió que el hombre que dirigía esa cuadrilla le reconoció como un paisano. Hablaban en gallego y —observó Camila— con cierta tensión en la voz.

Paisano o no, el hombre se inclinó y la miró intensamente unos segundos. Tenía algo sumamente agresivo en el fondo de los ojos.

Era la primera vez que un hombre se atrevía a mirarla así, de frente. Camila sintió cómo la furia por la insolencia le trepaba de golpe a la cabeza. Iba a decir algo, algo irreparable tal vez, cuando el hombre se retiró e hizo gesto de que siguieran.

—¿Qué ocurría? —preguntó Camila cuando logró tragarse la rabia.

—Oh, nada —dijo el taxista con su acento saltarín—: ese hombre, que es de Lugo, dice que se han levantado en África contra el gobierno —el hombre se volvió y le sonrió para tranquilizarla—: pero es que los de Lugo siempre estamos exagerando.

Camila permaneció poco tiempo en España. Cuando subió en Barcelona al *Michelangelo* —había llegado esa misma mañana por carretera de Madrid— sin ni siquiera haber agotado el tubo de dentífrico comenzado en Tres de Marzo, pensó que muy probablemente ningún americano había estado nunca tan poco tiempo en Europa.

Se equivocaba: sin ir más lejos, dos mesas más allá, en el comedor de primera, se sentaba el *play boy* ecuatoriano Ramón Zubiría, que la madrugada anterior había llegado a Barcelona en ese mismo barco. Cuando desembarcó a media mañana llevaba en la mano unos soberbios guantes de cabritilla y se ponía el sombrero como nadie. Caminó hasta La Rambla, sólo por el placer de sentirse en Europa, se compró un clavel reventón para la solapa, y renunció a caminar más pues incluso para él, originario de Guayaquil, el calor comenzaba a molestar. Cogió un taxi, subió hasta una mansión modernista del barrio de Sarria, preguntó por la señorita y al cabo de un rato de escucharla hablar después de dos años de nostalgia y ciento veintiséis cartas de promesas, comprendió que nunca podría pasar toda la vida junto a una mujer que se tomaba tan a pecho un golpe de Estado, y menos con esa voz. Si las mujeres Zubiría se hubiesen inclinado tan radicalmente a favor de los generales golpistas, haría tiempo que no existirían los Zubiría. Se terminó cortésmente de beber su té, admiró unos dibujos de Isidre Nonell, y esa noche, tras unas pocas compras, embarcó de nuevo en el *Michelangelo*, que regresaba a Valparaíso cargado de refugiados.

Gianni, el camarero que servía a Camila, se sorprendió al verle.

«Non le piaceva Barcellona, signore?» «No», deletreó Zubiría sin caer en el ridículo de intentar hablar italiano de oído: «Barcelona sí me gustó». Y eso fue todo.

Camila, dos mesas más allá, no le escuchó. Ni siquiera le vio, y eso que a Ramón Zubiría le veían todas las mujeres, todas, desde antes incluso de entrar en los salones. Una especie de fuerza en la que iba envuelto. Tampoco le vio durante la travesía. Ni a él ni a nadie. Sólo veía sus recuerdos y al hijo que ya llevaba en el vientre aunque todavía no lo supiera. Lo intuía. Con eso bastaba.

En Madrid sí se veía la guerra. Menos coches aún de los que Camila recordaba, menos sombreros, gente que evidentemente no estaba en su sitio, miradas desafiantes o recelosas —eso era nuevo—, y a la altura de la Plaza de España, un gran tumulto. El tráfico se rompió de pronto. Se oían blasfemias, voces de ataque, órdenes perdidas en el ruido. Gente aparecía en las ventanas del coche. A veces las golpeaba. Se les podía oler. Estampidos, estampidos secos, separados, casi inaudibles, mortales: un estampido, un muerto. Benigno, el conductor, había perdido su sangre fría y parecía asustado en la multitud. Camila sabía —por sangre y pasaporte— que una muchedumbre en desorden puede llegar a torcer el destino. Vio el peligro, nítido como la silueta de un fusil sobre un tejado.

Con la misma energía que había tomado el barco tomó el mando del taxi y con una voz que no admitía réplica lo sacó de allí como se saca un corcho atorado en una botella.

Ya en la casa, más tarde, se enteraron de que habían estado envueltos por la muchedumbre encolerizada que asaltaba un cuartel alzado en armas con los rebeldes. Y en las horas siguientes se fueron conociendo las bajas: Ramón Monteviejo, Alvaro Guzmán de Lirio, el Reconde de Urquiza —aquel que se reía arrojando huevos a Vinkírovitz en el Real—, José María Baúl de Riva... y el almirante Quijano, un viejo africanista que había hecho las campañas de

Marruecos con el tío Luis, aunque de quien era amigo era de Loma de Águilas. Debía de estar ya en la reserva.

Loma de Águilas no estaba. Camila creyó entender que andaba por el sur, y sólo mucho después, inventando la memoria a base de repetirla, cayó en que por el sur había comenzado la rebelión. A cambio en la vieja casa se había concentrado una tropa de familiares, curas e íntimos que comentaban, más que las noticias, los rumores. Rumores de alzamientos de divisiones existentes e inexistentes, masacres en la Puerta del Sol, oraciones a Santa Teresa, cortes de la luz en el cuartel alzado, regreso del Rey por Inglaterra para ponerse al frente de sus ejércitos, fusilamientos en La Moncloa, inminente intervención en la radio del presidente del gobierno, intendencia del día a día...

—Os quedáis a cenar —daba por sentado Tina Loma de Águilas.

—Yo no, que he dejado a Gonzalo solo en casa y se va a preocupar.

—Le mandas el chófer y le dices que se venga.

—Si es aquí al lado. Además, no sabes: José Luis se despidió ayer, con las primeras noticias. Después de quince años. Dijo que no eran tiempos de conducir coches sino de defender la República. ¡La República! La República es lo que los ha estropeado a todos.

—¿Y qué vais a hacer sin chófer?

Sobre las diez en casa de Loma de Águilas se respiraba algo entre bautizo —estaban los íntimos— y ocasión histórica: también había unos individuos repeinados que hablaban con el verbo encendido, como si estuviesen a punto de pedir a las señoras que entregasen sus joyas para la causa. No tardarían en hacerlo. *Anillos por cañones*, dirían los carteles, y aparecerían mujeres con niños en brazos despidiéndose de soldados. Con pena, sin duda, pero con entereza.

¿Y Diego? Camila apenas veía ni había visto nada, ni de la guerra, ni de la espera, ni las noticias de los muertos. No sabía por qué pero quería verle. Para eso se había subido a un barco, a otro, a un taxi que duró dos días, para eso se había venido desde

América. No es que de pronto hubiese encontrado algo brillando en el fondo del pozo, aunque puede que algo hubiese. Era más bien una especie de culpa por algo perdido. Justo porque no lo parece las oportunidades pasan aprisa en los matrimonios. Culpa también por no haber traído a su hijo a un mundo que aunque se desmoronaba era el suyo, y porque se desmoronaba era más suyo que nunca. Había terminado por comprenderlo. Pero Diego no estaba. Nadie sabía siquiera si estaba en Madrid. Hacía dos días que se había marchado sin dar explicaciones.

Su suegra la recibió en medio de un inacabable atardecer de julio, cuando ya en la casa había invitados. Así se lo dijo después de haber preguntado por su nieto y comprobado en fotos que tenía mucho de su padre: «Perdóneme si no te hago mucho caso». Nunca se lo había hecho. No otra cosa le hubiese dicho si llegasen de Burgos para pasar las Pascuas.

De modo que procurando no mirar los cuadros de santos ni los trofeos de caza del vestíbulo, que le recordaban más que nada adonde había vuelto, procurando no oír unas noticias que no comprendía; procurando comprenderlas pese a todo por si podía ver de paso dónde iban a tocar a su familia, Camila tomó una parte distraída en esa especie de celebración guerrera y en un momento, ya de noche, cuando vio que nadie la miraba ni notarían su ausencia, desapareció.

Esa noche leyó un viejo cuento de la niñez de Diego que encontró en un anaquel. El cuento de *Un país bajo las nubes*, que comienza así:

«Érase una vez un reino no más grande a simple vista que un comedor, pero en realidad más grande, mucho más grande que un campo de fútbol. La razón es que lo que los cartógrafos dibujaban era el *techo* del país —una superficie agitada por nubes grises—, y no se fijaban en que bajo esas nubes había un país que se extendía a lo largo y alto de dos extensas colinas que iban a parar a un río. Era pues un país

estrecho, para entendernos, pero muy profundo. Pues bien: en el momento en que comienza nuestra historia el Rey se ha muerto y el duque de la Montaña, que es su primer ministro, ha ido a buscar al príncipe Leopoldo del Lago, que es el heredero al trono. En lo alto de una de las colinas, en la frontera por así decir, justo debajo de las nubes, se aprecia el polvo del carruaje en que llegan a galope tendido...»

En ese momento la alcanzó el estampido de un disparo a lo lejos. Se levantó, se asomó a la ventana. En la calle de Lágrimas de la Verónica no pasaba absolutamente nada. Aun así cerró las ventanas y las cortinas confiando en que los altos techos mantendrían el calor a distancia; ya se habían retirado las alfombras por el verano. Apagó la luz, dejó la puerta entreabierta.

En su dormitorio Camila escuchó un tiempo el rumor de la guerra. Mientras se desvestía, se desmaquillaba, se lavaba a conciencia los restos del viaje en el agua fresca de una jofaina, mientras se ponía un camisón muy elegido y se cepillaba el pelo — no había querido que ninguna doncella la ayudara—, pudo escuchar el rumor de la guerra a su paso por un salón, el primer día, cuando aún el miedo es virgen, no tiene experiencia y la gente que va a morir o a llorar se da voces y se anuncia victorias. Mucho más joven que todos ellos, más vieja tal vez por origen en cuestiones de sangre, a Camila le inspiraron todos una gran piedad al comienzo y una gran rabia después por poner en peligro el mundo de su hijo. Así, angustiada, escuchó todavía un tiempo. Después se quedó dormida.

La despertó Diego, un Diego desconocido que ya no olía a Pinin Fariña sino a macho. Tenía barba de tres días y en los ojos huellas de escenas que Camila le pidió a su Dios no le permitiese ver nunca. Supo, aunque había estado dormida, que durante un tiempo Diego la miró, la miró dormir. Cuánto tiempo, quién sabe. Su mirada le quedó pesando sin embargo en el cuerpo como envolviéndola.

Luego Diego le puso una mano en el seno, que despertó de inmediato con ella y se enderezó como un centinela. «Diego», dijo, y se abrazó a él. Entonces descubrió que en tan poco tiempo algo había cambiado en su marido, tal vez para siempre. No sólo olía sino que la olfateaba, como un animal, buscándole olores escondidos. No sólo su barba era ya gris y de tres días, sino que con ella le frotó el cuerpo, la piel blanca y lisa, y Camila intuyó que para encontrar en esa brutal caricia consuelo por lo que había vivido y sobre todo se disponía a vivir. Diego le hizo el amor con ansia más que con fuerza, con dolor más que con placer, no para crear memoria sino para borrarla, prevenirla, despidiéndose más que reencontrándose después de años de distancia.

O quizá fue todo creación de la memoria de Camila, después. ¿Acaso no lo es siempre? Cómo saberlo.

Esa noche ya muy tarde Camila soñó que alguien venía a por Diego para ponerlo a salvo. Nunca se convenció del todo de que no había sido un sueño ni de que ese alguien no era Niebla. Diego la volvía a despertar, esta vez tocándola en el hombro con las manos limpias, olorosas de nuevo a colonia. Se inclinaba sobre ella y le daba un beso en la mejilla. «Me voy, Camila», y decía *Camila*, más que como un nombre, ya un recuerdo.

Sólo entonces ella abría los ojos y se volvía. Un sol fresco entraba horizontal y se acostaba junto a ella en una cama gloriosamente revuelta. Vagamente turbada, Camila pensó que tendría que medio tenderla para que las camareras no la vieran así. Eso duró un instante, y sólo con un lado de la cabeza. En realidad Camila observaba a su marido e intentaba reunir en uno al hombre asustado, desesperanzado y sucio que se agarraba a ella hacía un instante, en mitad de la noche, y el elegante Diego del Café du Regard, amanecido a su lado ese mismo día con la naturalidad de aquel ser de otro tiempo que anunciaba el final del mundo.

Ese segundo Diego de toda la vida se inclinaba sobre ella, le pesaba un poco con los brazos como dos pilares a ambos lados de sus hombros, y por primera vez en mucho tiempo aparecía tranquilo y casi feliz. De sus ojos habían desaparecido las grises montañas de Tres de Marzo y las nubes de las tres de la tarde. Ese amanecer de verano, la única hora tolerable en julio en Madrid, Diego era un hombre que había tomado una resolución. Ya no dudaba. Parecía tranquilo. Le sonreía como un soldado despidiéndose, agradecido por la maleta de recuerdos que se lleva y que luego convertirá en

otras tantas causas por las que vale la pena morir.

Todo eso lo comprendió Camila en un instante. Al fin de cuentas había sido preparada para ello desde siempre: ver partir a los hombres. A los hombres y a los hijos. Eso es más duro. Llega el momento en que los hombres deciden la guerra y las mujeres aceptan ese misterio con tanta facilidad como el de sangrar con la luna, que un día se les hinchen los pechos o su fortaleza ante la soledad a la que fatalmente están condenadas.

Esa serena despedida de su marido armó a Camila para los días siguientes, que fueron de miedo, calor y ruido. Había llegado al comienzo de una guerra y no se reconocía en ninguno de los dos bandos, si es que hay sólo dos bandos en las guerras, que no los hay: en realidad están los de un bando, los del otro, y los demás, que pasaban por ahí. Igual que el día que se quedó atónita al ver a mujeres de piel blanca y pecho pequeño arrojando huevos a Vinkírovitz —y a Niebla—, en los siguientes días, en la casa de Loma de Águilas, tuvo que salir más de una vez de habitaciones en donde su suegra y sus amigas —marquesas de manos manchadas y pechos grandes— odiaban con una violencia que a Camila la dejaba asustada como si hubiese visto en un ojo el mango de un cuchillo. Ese odio era puro miedo, en realidad, como suele ser: Diego y sus amigos tenían que huir, esconderse para no seguir la suerte de los oficiales del cuartel rebelde que había visto al llegar, linchados o fusilados por una multitud encolerizada por la rebelión en el sur y dispuesta a defender la ciudad a cualquier precio.

Eso la asustaba tanto como el odio que veía entre los suyos: el incendio en los ojos de mucha gente, que no era sólo la resolución de defender el gobierno legal —eso lo podía comprender— sino también la hora de viejas deudas que ni siquiera acertaba a intuir entre el griterío. Nada más ruidoso y previsible que los preparativos de una guerra.

Camila podía casi tocar las nuevas corrientes en la casa de Loma de Águilas, donde parte de la servidumbre era casi tan antigua como los blasones o los muebles. Varios de ellos eran

literalmente *criados*, esto es, criados entre los muros de la casa, como si éstos fueran los límites del mundo conocido. Así era. Cuando tenían la tarde libre, igual que exploradores de regreso al sillón, la mayor parte de ellos no sabían muy bien qué hacer.

Dolores, por ejemplo, la cocinera. Para entonces ya era una mujer angulosa, labrada por muchos años de fregar ollas con estropajo, pero de joven había sido muy solicitada por los lecheros, chóferes y guardias de las embajadas de Loma de Águilas, a quienes atraían sin excepción sus ojos de mora, su piel aceitunada, su cuerpo nervioso. Algunos novios que le salieron le podían haber dado un futuro muy digno, como un capitán de la policía holandesa al que se le encanecieron los bigotes alegres al no poder rendirla. Incluso la madre de Diego llegó a vencer el consabido egoísmo de las señoras, capaces de hacer lo que sea para no perder una buena cocinera, y le aconsejó un día que no espantara a tan buenos partidos, que el tiempo pasa.

—Sí, señora —le respondió Dolores, y en adelante la marquesa quedó libre de remordimientos—: es que les veo las ganas que tienen de esclavizarme.

Parecía una ironía y no lo era. Además, tampoco los *espantaba*. Al contrario, era amable con ellos e incluso los miraba un poco esquinado con sus pestañas de seda, y desde luego caminaba como las mujeres saben hacerlo, sin exagerar, cuando volvía de la compra o de misa y pasaba delante de la garita del guardia. También se la podía ver, al caer la tarde inmóvil del domingo, charlando en murmullos con algún pretendiente en el porche de la puerta de servicio... Mas siempre, quién sabe por qué, llegaba la ruptura. Siempre un lechero destrozado, un cartero triste, una Dolores un tanto ensimismada pero dura, resuelta a que no la esclavizaran. Así se fue quedando en la casa de Loma de Águilas, como otras antes que ella, integrándose, fundiéndose en la atmósfera con la misma seguridad que los zurbaranes, las campanas de la iglesia vecina de San Casimiro de Jerusalén y los ceniceros de plata de la mesa del comedor, que llevaban allí los

mismos años que ella.

Ahí estaba lo nuevo, justamente: en que lo inevitable ya no lo era. No hacía falta ser brujo —y Camila, además, lo era un poco— para comprender que ese orden inmutable, hecho a base de tiempo y sacrificio de cocineras solteras, había entrado en crisis y se tambaleaba: la guerra civil llegaba ya a la cocina. Tal vez ahí había empezado. Nadie le había dicho a Camila cuáles eran los bandos y sin embargo los hubiese podido deducir. A un lado los *criados*, fieles a la casa por estar fundidos con ella, seducidos para siempre por la lealtad que todo el mundo trae como un tercer brazo al nacer, enganchados por los afectos y por la inercia de la costumbre. Algo parecido a la ciega y misteriosa lealtad al Rey de los señores de la casa. En ese bando estaban Dolores y el viejo Mohamed que habría matado por el padre de Diego, con quien se había ido. Y por otro lado, toda la servidumbre, más joven, no criada en casa sino en alguna choza de suelo embarrado, o sufriendo de sabañones en un hospicio, que de alguna manera intuía en todo aquello, quién sabe, la posibilidad de que al fin les repartieran cartas decentes.

No había terminado de despertarse al día siguiente cuando escuchó unos gritos, a lo lejos. Camila se acordó de la guerra —al principio siempre cuesta creérsela— y se preguntó quién estaría gritando. Dónde. Eran gritos interrumpidos, apagados, rabiosos, ataque más que lamento. De pronto supo que venían de la propia casa: algo en la acústica. Retiró la sábana, buscó su leve bata azul, y guiándose por el oído llegó a la cocina.

Lo que vio y el sentido común la hicieron situarse rápidamente frente al cajón de los cuchillos.

Lo que vio Camila fue a Dolores y a Conchita, una de las dos camareras, agarradas del pelo y con los ojos brillantes de furia. Ambas estaban a medio vestir, Conchita porque todavía iba en camisón —un camisón de simple tela de sábana, sin gracia—, Dolores porque aunque ya tenía puesta la bata de trabajo, había perdido en la lucha más de un botón y el cuerpo se le salía.

Asustada, Camila no pudo menos que admirar la valentía de las

dos mujeres, una resolución indiscutible: por eso se puso frente a los cuchillos. Las dos mujeres se agarraban del pelo, intentaban derribarse, se mordían, gritaban sordamente o gemían. Les brillaban los ojos. Todo quedó quieto cuando cayó una bomba contra el suelo de la cocina y agrietó dos de las grandes losas.

Camila se giró hacia la puerta y vio a su suegra, también en bata, las cejas de una línea sobre dos ojos de hielo, erguida y recta como le habían enseñado desde hacía siglos que debían estar las señoras.

—Qué pasa —preguntó. No puso ni un signo de interrogación.

Dolores y Conchita se habían detenido y, del susto, incluso soltado. Conchita, que iba siempre con el pelo recogido, lucía una melena castaña alborotada y brillante por el vinagre que usaba para lavárselo. Dolores respiraba con avidez y se le enrojecía un araño. A su lado, en el suelo, se detuvieron al fin las dos ollas arrojadas por la marquesa contra el suelo con admirable eficacia.

—Qué pasa —repitió.

Las dos mujeres siguieron en silencio. Dolores miraba las dos grietas del suelo. Camila comenzó a sentirse culpable sin saber por qué.

La marquesa no lo volvió a preguntar. Simplemente dejó que un minuto se las arreglara para deslizarse como pudiera a través del vacío creado por el estruendo. Luego se dirigió a Conchita:

—Tienes un día para recoger tus cosas. Te pagaré dos meses de sueldo. No cuentes con recomendaciones. —Y añadió misteriosamente—: les puedes decir a los tuyos que te echamos de esta casa. Eso te servirá.

Más que los gritos, que las mujeres agarradas, que el ollazo contra el suelo. Más que la soberbia de su suegra y su alarde de injusticia —no sabía, no podía saber ni tampoco le interesaba qué había ocurrido—, lo que Camila recordó sobre todo lo demás fue la mirada de Conchita y la forma en que dijo a los cuatro segundos: «sí señora», neutral, indiferente, acostumbrada.

Lo recordó siempre pues le ayudó a comprender muchas cosas,

no sólo de esa guerra y su porqué, sino en general dónde estaba ella y dónde muchos de los demás. Todo el resto de su vida ese «sí señora» de Conchita, esa sumisión, ese acatamiento a lo inmutable, se le impuso frente a los ojos ante cualquier pedante intento de explicar la guerra. «Qué sabrán ellos», se decía: «qué sabremos todos», y recordaba los ojos resignados de Conchita. Y de Dolores, avergonzada.

Camila alcanzó a su suegra en el vestíbulo del segundo piso.

—¡No sabes qué ocurrió!

Su suegra la miró con no menos hieratismo que a las muchachas.

—Quizá —reconoció—. Pero Dolores es nuestra.

En Madrid en guerra —descubrió Camila— se habla más.

Aquella radio que retransmitía los capítulos de *Alejandra de día* desde todas las esquinas, con una fidelidad propia de un testigo, retransmitía ahora, también a todas horas, una guerra de la que en cambio se sabía más bien poco. Celeste Celeridad, el locutor que era capaz de radiar en una hora un secuestro, un encuentro de amor en una verja, un incendio y un juramento de venganza —o sea cualquiera de los 1.643 capítulos de *Alejandra de día*—, se había transformado en Celeste Seguridad, y su emisora, Radio Mediodía, se llamaba ahora Radio Viva la República.

¡Madrileños! —así hablaba Celeste Seguridad—:
¡Madrileños! ¡Nada podría alegrar más a los felones que nuestra tristeza! ¡La victoria está en nuestro cielo azul, nuestra risa, nuestro humor! ¡Si no podéis acudir al frente, sonreíd! ¡Desconfiad del derrotista! ¡Intentad convencerle, y si no, denunciadle! ¡La reacción nunca podrá con la alegría! Ante todo ¡cantad! ¡Seguid cantando!...

Y eso para presentar, con los primeros compases al fondo de la arenga, una canción de trinchera, de despedidas alegres, de heridos orgullosos y de mujeres de una pieza que reciben las malas noticias mirando el horizonte. Como antes con *Alejandra de día*, Camila comprobó que se podía seguir la guerra de radio en radio y de balcón en balcón. Sin embargo, pese a cierto aire de normalidad —mujeres con una barra de pan asomando en el bolso, hombres

abarrotoando tranvías—, no pocas cosas habían cambiado: los ojos, por ejemplo. Igual que en casa de Diego. Ya no ojos moribundos de empleados que agonizan de tedio sino ojos con miedo, o angustiados, o dispuestos a morir por una idea. Ojos vivos, que en el trayecto de unas cuantas manzanas podían contar una gran novela, y ya no los anémicos cuentos de antes, que había que leer muchos para distraerse un poco.

Camila no perdió tiempo y se lanzó a la calle a caminar por un verano tan dictatorial como siempre, aunque el calor ya no era lo más importante. De todos modos a esa hora temprana aún hacía fresco y a Camila se le salía ese sobrante de felicidad con que quedan las mujeres si la noche ha sido completa, no a medias. Había salido de la casa porque precisamente esa mañana no podía soportar las lentas campanadas de la iglesia, ni tampoco a las marquesas amigas de su suegra, a punto de disfrazarse de cocineras para esconderse de la horda. Hablaban de sus hijos escapados al frente como si ya estuviesen muertos. Y fuesen héroes.

De acuerdo con lo previsto, aunque ella no lo supiera, Camila se encontró frente a la taberna de Manolo y Paca, en Duque de Maura. En su interior los cristales ya no estaban empañados por el frío y *Alejandra de día* había llegado a su final, esta vez realmente último. Esto creaba un espeso silencio sudoroso. Camila se preguntó si *Ella* se había ido finalmente con *Él*, y la historia le pareció tan lejana que por un instante tuvo la vertiginosa sospecha de que en realidad no hay sólo una vida. Ni siquiera dos.

—Estuve una vez aquí con un señor... —vaciló.

—Sí señorita —Manolo tenía la impasibilidad de los grandes edecanes—. Estuvo usted aquí con el poeta Niebla.

—Sí, eso es.

Manolo esperó la continuación.

—¿Sabe usted dónde está?

Manolo pareció asombrado de que le pudiesen hacer una pregunta semejante.

—... ¿Corre peligro?

—Quién no, señorita.

—¿Cómo podría...?

En ese momento entraron un grupo de hombres con trajes de pana, barba de días, olorosos a sudor, y Manolo se puso a faenar. Los hombres pidieron vino, miraron. Camila se había vestido con la máxima sencillez, peinado como una doncella, pero no había podido camuflar sus piernas, sus tobillos de potranca, que la descubrían. Sintió que casi físicamente la desnudaban. Nunca había sentido eso en Madrid. Quiso marcharse. Nadie la retuvo.

—¡Adiós, Carmen! —la voz de Manolo la alcanzó ya en la puerta —. ¡Dile a tu padre que ahora sí que se tiene que cuidar, que ahora le necesitamos!

Antes de que la puerta se cerrara Camila alcanzó a oír la voz barbuda de uno de los hombres preguntando quién era. Por primera vez sintió en el estómago una sensación que no recordaba desde niña.

De alguna forma esa visita al bar dividió su viaje al Madrid de comienzos de la guerra como un cuchillo partiendo un salchichón por la mitad. La ciudad era la de antes: calor, edificios grises llenos de ángulos rectos, cielo azul y campanadas de San Casimiro de Jerusalén, que por alguna razón seguían tocando las horas y llamando a maitines en ese tiempo impío. También circulaba ahora más gente que la previsible en un día de calor. En su mayor parte eran hombres y no parecían pertenecer a esa hora, esas calles, incluso esa ciudad. Eso fue lo que atemorizó a Camila: más que el hecho de que olieran, o no se hubiesen afeitado, o vistiesen de pana en julio, o blasfemaran incluso —a cada rato se oían gritos, consignas, piropos, canciones, juramentos—, más que todo ese oloroso ruido, lo que hacía visible el comienzo de una guerra con la evidencia de un incendio fueron todos esos hombres que de pronto estaban en la calle. No se adivinaba por qué, ni de dónde venían, ni para qué.

Si de día circulaba más gente, la oscuridad se apoderaba de una

ciudad que nunca había sabido muy bien qué es la noche. Hasta unos días antes, la ciudad esperaba la hora en que las otras se van a la cama para sacar una silla de paja al portal. En Madrid a medianoche había más gente en los cafés que a cualquier otra hora del día, y los niños se acostaban no con las gallinas sino con la luna. Fue suficiente una inconcreta rebelión en el sur para cambiarlo todo. Bastó el miedo. Las sillas desaparecieron y la noche quedó desierta, atravesada como en cualquier otro país por coches ocasionales — sus luces cruzaban como faros por las paredes de las casas—, que no se sabía nunca quién conducía. Y en un detalle como ése podía ir la vida.

Una de esas noches llegó a la casona de Loma de Águilas, tarde ya, un grupo de hombres en busca de Diego. Aunque les esperaban eran más reales que en las pesadillas. Gritos de quien nunca ha tenido mando. Ojos iluminados de los que acaban de descubrir una Causa. Insolencia del que ha vivido siempre humillado. Cueros, armas, sobacos, barbas, uñas mugrientas y miradas de avidez. Avidez de cazadores, de venganza, codicia, de belleza también. De los cinco o seis hombres que llegaron había por lo menos tres que miraban deslumbrados los espejos.

Como en el guión que habían estado escuchando en su miedo, les preguntaron dónde estaba Diego y dónde el marqués, dijeron que no lo sabían y entonces comenzaron a registrar toda la casa y a increpar a los criados, preguntándoles por qué querían seguir siendo esclavos y animándoles a irse con ellos.

—Esclava será tu madre, desgraciao —le replicó Dolores, y por los ojos del hombre que había hablado pasó un navajazo. Sólo ahí se atrevió a intervenir Camila pues se terminó de convencer de que la marquesa era capaz de permitir cualquier barbaridad de alguien de La Casa, como ella decía, con tal de mantener a salvo el Honor, el Nombre, el Título, la Historia o cualquiera de las abstracciones sobre y para las cuales vivía.

—Yo soy la señora de Diego Gayán de Gádor y les doy la total seguridad de que mi marido no está en casa —dijo Camila, pero lo

importante no era lo que decía sino cómo lo decía y cómo siguió. Era su suavidad de tresmarina lo que ahí importaba. Su suavidad, su acento sin jotas, ni zetas, sus modales de señora que por serlo no necesitaban subrayárselo a nadie. Los hombres lo iban reconociendo, al punto de que se les comenzó a apagar el brillo de los ojos y uno de ellos llamó a Camila *señora*. Eso era más de lo que estaba dispuesta a tolerar su suegra, que entonces dijo aquello que seguramente había oído en alguna parte:

—No te esfuerces, querida. Con esta chusma intentar razonar es como echarles perlas a los cerdos.

Buscaba el martirio. Quería ser heroína ante un pelotón de fusilamiento. Se creía todavía en un salón. Lo habría encontrado: estaban a punto de llevársela cuando en una puerta apareció un hombre preguntando «qué pasa» sin preguntarlo, con la misma autoridad con que la marquesa lo había hecho uno o dos días antes para interrumpir la guerra civil en la cocina.

Mientras se lo explicaban la marquesa aguardó con por lo menos tanta dignidad, creía ella, como la de la reina Sancha esperando el veredicto final de los austríacos^[42]. En cuanto a Camila, hacía lo que podía para impedir que el corazón se le saliera por la boca.

Los hombres terminaron rápidamente de exponer sus cargos.

—¿Y os vais a cabrear por la insolencia de una vieja? —dijo el nuevo. La marquesa parpadeó—. ¿No creéis que ahora hay cosas más importantes, enemigos más peligrosos?

Quién sabe qué habría ocurrido si la marquesa se vuelve a mirar. El hombre parecía un oficial o algo así. Era delgado, vestía de oscuro y miraba torcido desde el fondo de unos ojos entrecerrados y medio fanáticos.

Pero no miró. Como toda su vida, estaba demasiado ocupada en representar inmejorablemente el papel que le había adjudicado la Historia, y además hacía tiempo que no había visto a ese hombre aparecido providencialmente, como siempre sucedía en las novelas de su mundo, para salvarla. Porque le conocía. Era Niebla, su sobrino Iñigo, investido de una extraña autoridad, ajena, distinta a

los muchos tipos de autoridad en los que la familia era experta.

Niebla regresó muy avanzada la noche, cuando ya ni siquiera los coches fantasmas recorrían la ciudad. Camila no había casi dormido y no se extrañó al oír dos cautos timbrazos en la puerta de servicio. Probablemente lo esperaba, igual que Dolores, que acudió rápido a abrirle y luego la llamó quedamente.

—Señorita, señorita —en susurros.

—Sí, ya sé.

Ella le vio primero. Le daba la espalda, seguía vestido con su especie de uniforme oscuro que era cualquier cosa menos un uniforme, y parecía —la madrugada es así—, parecía más bien solo. Fumaba inmóvil. En la casi penumbra de una pequeña lámpara encendida toda la noche permanecía absorto ante uno de los cuadros de Zurbarán. Finalmente ella hizo un ruido y él se volvió y la vio en mitad de la escalera. A diferencia de horas antes, y aunque aún un poco entrecerrados, tenía los ojos más redondos y parecía más joven que nunca.

—Recordaba estos cuadros —señaló vagamente—. Es toda una época. —De alguna forma quedó claro que no se refería a la época de los cuadros.

Costó mucho convencer a la marquesa de que tenía que marcharse —marcharse ya— sin sus baúles reforzados en cobre y disfrazada de cocinera.

—¿Yo cocinera? —preguntó. En el yo y en el punto de interrogación puso el admirado asombro de que a alguien se le pudiese ocurrir algo semejante.

—Por qué no —respondió Niebla—, Ya lo hizo mi tatarabuela

Berangére durante el Terror francés, y así pudo llegar a Londres y casarse con mi tatarabuelo.

—¿Eso hizo? —La marquesa dejó ver una grieta.

—Ahá. El duque de Siete Caballeros. Si no se llega a disfrazar de cocinera no lo hubiese conocido y tu propia historia sería distinta —Niebla hizo una pausa—. También es verdad que no estaríamos aquí y no tendríamos este problema.

Camila en cambio no dudó un segundo cuando Niebla le explicó que la marquesa corría peligro: el marqués era uno de los jefes de la rebelión —los monárquicos tenían la ingenua intención de reponer al Rey por la fuerza—, y eso ya se sabía en Madrid. En cuanto a Camila...

—No voy a ir con ella.

Niebla se la quedó mirando. Intentaba averiguar a qué se estaba negando en realidad. Qué estaba eligiendo.

—¿Tienes tu pasaporte santiaguino?

—Sí.

—Entonces tienes una fortuna... ¿Y Diego?

—Por él me quedo. Si ha de venir, será antes a Madrid que a Francia. —Y añadió—: ellos creen que es sólo la guerra de los Loma de Águilas, pero Loma de Águilas es también mi hijo.

También ahí, pese a la urgencia, se la quedó mirando Niebla.

—Quién sabe —dijo—. En realidad los padres no eligen las guerras de los hijos —se lo decía a ella pero sus ojos entrecerrados parecían vueltos de espaldas.

El problema con Tina Castillo de San Luis es que tenía el pelo de plata, manos que hubiesen palpado una olla sin reconocer qué era, y los ojos, aunque no era alta, acostumbrados a mirar desde arriba. Fue arduo disfrazarla y de todas formas quedó eso: disfrazada. No fue posible disimularle los ojos. Le pidieron que por misericordia no mirase nunca a nadie de frente, y que a ser posible se fingiese muda; algo casi imposible. Es muy difícil explicar la prudencia a quien nunca ha vivido de un sueldo.

Ambos las acompañaron, a ella y a Dolores, que iba con ella,

hasta la estación de Atocha. Gente, calor, ansiedad y el aire gris de la guerra. El plan era que se dirigieran a San Sebastián y procurasen pasar a Francia, donde esperarían en *Mon Bijou* noticias del marqués y de Diego, o el final de la guerra.

La marquesa estaba convencida de que sería una cuestión de días, y no podía aceptar que Camila no fuese con ella. La miraba con frialdad, si no con sospecha, y era inútil toda discusión: Tina Castillo de San Luis era por sangre, tradición y principio inmune al razonamiento. Cuando Camila se inclinó a besarla —jamás cocinera alguna tuvo esa piel, pensó—, la marquesa le sujetó la muñeca con la fuerza de las viejas y la miró con sus ojos de mármol. «No se te ocurrirá ir a esa taberna de... Paca ¿no es cierto?», y puso en *Paca* el mismo acento maloliente que aquella vez que en el coche le colocó en el regazo, con la punta de los dedos, la venenosa crónica de Avispero hablando de ella y Niebla.

Claro que fueron. Nada más salir de la estación. Con la noche el calor había bajado a un nivel si no razonable por lo menos sufrible, y las calles estaban casi llenas de madrileños cruzándose y mirándose, algo que siempre les ha gustado muchísimo. Casi parecía la ciudad de antes, de tabernas, poetas nocturnos, periódicos y palacios desconchados.

No se atrevían a pensarlo pero lo más parecido a lo que sentían era lo que sienten los enfermos a quienes al fin dejan salir a la calle. En ese Madrid que comenzaba a ser reducido a consignas, a ellos les habían crecido los ojos, el olfato y el tacto y no se sentían en la pequeña ciudad que era entonces Madrid sino en una metrópoli, no importa cuán amenazada. Fueron a buscar el coche que Niebla había aparcado en una calle oscura —un coche como la situación: ni pequeño ni grande, cubierto de polvo pero con el motor contento—, y fueron directamente al bar de Manolo y Paca, que al verlos apenas mostraron una prudente alegría. Era como si quisieran retomar las cosas donde las habían dejado.

Al principio no hablaron. Durante un tiempo que no hubiesen podido luego medir ni bajo amenaza, Niebla estuvo deletreándola y

comprobando el paso del tiempo. En la mirada de Camila no había tanto años como experiencia. Menos alegría. En la mirada de Niebla, comprobó Camila, había una mayor determinación: la misma intensidad de antes pero ya no dispersa en versos, notas, colores, canciones, sino centrada ya, se veía, en un objetivo concreto, visible. Tenía que ver con su vago uniforme y con esa nueva autoridad de jefe, tan sorprendente en Niebla como un pájaro afónico.

Camila había perdido algo de su soltura mundana. No era sólo que vistiera muy sencillamente, algo por lo demás obligado esos días. Era que sus ojos ya no tenían ese brillo especial que une a los que se fijan en ángulos de sombreros y en si un color de ojos pega con una chaqueta. No parecía darse cuenta, incluso, de que a ella misma se le había desprendido un mechón de su moño bajo y holgado: algo inconcebible. Niebla tenía el pelo más largo, sombra de dos días en las mejillas, las manos descuidadas y alguna uña oscura: inaudito. Sus manos le daban vueltas a una caja de cerillas sobre un paquete de tabaco.

Finalmente hablaron. Ella le preguntó por su padre y Niebla le respondió que hacía una semana estaba bien, sin novedad. No le contó de una conversación que habían tenido a gritos por un teléfono en el que también participaba una tormenta, muy lejos. Según le dijo al viejo Santás, se creía que la sublevación la encabezaban varios generales africanistas.

—A-fri-ca-nistas —silabeó Niebla en voz alta para hacerse entender.

Excitados susurros de la tormenta en el teléfono.

—Cuídate —dijo finalmente el viejo Santás—. Los conozco. Los más listos creen que la ópera es como la zarzuela, pero en italiano.

—¿Y Diego? —preguntó Niebla a Camila, en realidad ya sabía la respuesta. No era eso lo que preguntaba.

Camila no respondió. Primero miró a los ojos entrecerrados de Niebla. Luego miró hacia el bar, donde Manolo y Paca seguían frotando vasos como si nada ocurriera.

Pero sí ocurría. La respiración de la taberna había cambiado, junto con la de todo el barrio. La taberna sin nombre de Manolo y Paca estaba en el centro de una calle con doble hilera de castaños, la preferida de Camila, en la que los vecinos más constantes eran niños con pantalón corto y niñas con lazo y en invierno abrigo con cuello de terciopelo, que iban al Retiro de la mano de niñeras con cofia. Las niñeras siempre estaban exigiendo a los niños que no cruzasen solos el paseo de Alfonso XII. Las niñas se cogían de la mano y obedecían, regodeándose en su civismo. Los chicos ponían un punto de honor en cruzar corriendo el paseo. «¡Como me caliente te voy a...!», gritaba la niñera cruzando a su vez con niñas colgándole a los lados como barcas salvavidas. Nunca se calentaban lo suficiente. De todas formas pasaban pocos coches.

El parque se había quedado con pocos niños y ninguna niñera. No era lo mismo que los otros años, cuando llegaban los veraneos de tres meses en Santander, Comillas o San Juan de Luz. En el parque no quedaban entonces niñeras y los soldados de permiso no sabían qué hacer. Paseaban con las manos en los bolsillos pateando piñas caídas de los árboles. Ese verano era distinto; en el parque jugaban los niños que la guerra había sorprendido haciendo las maletas del verano, tampoco muchos, y no había niñeras. Al menos con cofia. Puede que en realidad fuesen niñeras muchas de las mujeres que cuidaban a los niños en el parque —nunca hasta muy tarde pese que sólo muy tarde refrescaba—, pero no gritaban a los chicos «¡Como me caliente!...», y tampoco dejaban caer los ojos al paso de los soldados.

Antes los soldados se hubiesen acercado poco a poco, de medio lado, y en voz baja les hubiesen dicho cosas como «Tienes los ojos más grandes que los faros de un camión». Ahora caminaban rápido, hablaban fuerte y hacían propuestas directas: «Vente conmigo», decían, «que pronto no estaré». Las chicas les escuchaban, divididas entre el deseo de irse con ellos a ese oscuro destino del que parecían estar tan seguros, y el temor, temor milenario, de que en efecto fuesen a desaparecer y ellas quedasen viudas y con el

vientre aún vivo.

Camila y Niebla se reunieron en El Retiro a media tarde del día siguiente, es probable que les pareciera un terreno neutral: los árboles nunca toman partido y por eso a menudo hacen de testigos en duelos, escenas de amor y juegos de escondite. El Retiro era además esos días el único sitio más o menos al margen de un generalizado clamor. De la noche a la mañana se habían abolido los matices, los hombres no podían ser más que leales o traidores y no se oían más que gritos. Por ejemplo el «¡Madrileños!» de Celeste Seguridad en Radio Viva la República.

¡Madrileños! —dijo esa tarde en el segundo de sus tres manifiestos diarios—. ¡Madrileños!: ¡La propaganda de los traidores dice que son más, más altos y mejor armados! (*silencio*) ¡Tenemos que reconocer que es cierto! (*silencio*) ¡Los lacayos siempre han sido más! ¡Los señoritos son más altos porque de siempre comen mejor! ¡Y van mejor armados porque han estado armándose contra el pueblo durante siglos! (*silencio...*) ¡Pero no saben que en esta guerra el número y las armas no cuentan! ¡Cuenta, contarán tan sólo el coraje y la dignidad! ¡La verdad, madrileños! ¡Y el coraje, la dignidad y la verdad están con nosotros! (*clamor, canciones heroicas*).

Se encontraron al día siguiente en el pequeño lago del palacio de Cristal cuando un último pato emprendía su paseo del atardecer. Iba recto y parsimonioso como un rey rumbo al cadalso, más tarde o más temprano su destino, sin duda. Los niños y unas pocas niñas sin uniforme terminaban de retirarse. En los árboles vibraba el calor, que intentaba llegar hasta la penumbra de las avenidas. Por entre el piar de algunos pájaros y los gritos de algunos niños, ya muy lejanos, se fue acercando una campanilla que marcaba una cadencia. Apareció un cura con estola y birrete llevando con valor los sacramentos y un pequeño monaguillo repicando una campana en cada quinto paso. Camila se arrodilló en la hierba, se santiguó, esperó a que desaparecieran entre los árboles. El pato había seguido imperturbable su paseo. Niebla habló como si continuara:

—Una vez en Berlín vi a un hombre anunciando el final del mundo. Se cubría con una especie de capa de obispo de color gris que costaba distinguir entre la nieve. Era muy alto. Hacía mucho frío.

Un pez rojo que por sus movimientos dignos también debía de saberse sentenciado se asomó un instante para comprobar quiénes eran. Regresó al fondo. No estaba lejos.

«¡Arrepentios!», gritaba el obispo, y aunque sus palabras se perdían entre la nieve, aún las recuerdo. Hace años. «¡Arrepentios! ¡El fin del mundo se acerca! ¡La pavimentación de los ríos, el crecimiento de ciudades sin límites, estruendo y arquitectos perversos...!»

«El fin del mundo y el desagüe de los mares», citó Camila.

—¿Tú también lo escuchaste?

—No sé: mi profeta iba sobre zancos y no anunciaba la pavimentación de los ríos sino su regreso. Y hablaba en francés.

—Y tú qué crees que sucederá: pavimentación o regreso.

—Pavimentación, desde luego. Mucho más práctico.

Comenzaron así una especie de caprichosa rutina ordenada por la parte invisible de Niebla: estaban sentados en un banco y alguien le hacía una seña desde lejos, y después de hablar con él, Niebla volvía, se excusaba y se iba. Con gran naturalidad y sin ninguna explicación. O estaban cenando riñones, o callos, o cualquiera de esas cosas que se comían en las tabernas con mesas de mármol que Niebla se sacaba siempre de la manga en la esquina siguiente, y de pronto se quedaba englobado, lejos, con el vaso de vino en el aire. O de pronto se detenía en mitad de la calle y observaba a unos chicos tirando el trompo.

—Yo era capaz de hacerlo bailar sobre un sello de correos.

—¿De veras?

Niebla se reía.

—No, por supuesto. Nadie es capaz.

Entonces les preguntaba a los chicos si alguien era capaz de bailar un trompo sobre un sello y los chicos le miraban con sorna. Se reían de él.

—¿Lo ves? —le decía Niebla a Camila—. Nadie es capaz. — Pero Camila sabía que era cierto. Ésa era una de las historias que le había contado Diego del tiempo del colegio.

En otra ocasión le pidió una trompeta prestada a un gitano que iba acompañado de una cabra llena de costillas y una niña a quien se le transparentaban a través del vestido. Y entonces Camila presenció una muestra de lo que había sido aquella noche de insomnio en el colegio de Diego, cuando castigaron a Niebla a no salir nunca más. Al gitano se le mudó el color, en efecto. La niña y la cabra permanecían muy quietas, como asistiendo a un prodigio.

—Trae, que me la rayas —dijo el gitano. Había perdido la sonrisa. Le arrebató la trompeta.

Niebla sonreía. Unos pasos más adelante Camila se volvió, corrió hacia los gitanos y le dio al hombre unas monedas. Cuando regresó era Niebla quien ya no sonreía; todo lo contrario.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo a Camila con una voz que no le conocía.

—Por qué.

—Porque si le das una limosna a un hombre lo conviertes en mendigo.

Al cabo de otros tantos pasos Camila dijo:

—No era una limosna...

—¿No?

—No. Era una indemnización por la tortura.

Rieron. Sólo así las cosas volvieron a su sitio^[43].

Camila sabía ya desde el principio que ni Niebla daba explicaciones ni había que pedírselas. Era así. Y lo sabía de la misma forma que nacemos sabiendo qué es un cero, una rueda, un esclavo. No era la guerra lo que le obligaba a llevar vidas inesperadas. Era él quien había llevado sus varias vidas a la guerra. Nunca se sabía, por ejemplo, quién le podía saludar en la calle. De pronto era un obrero, que cruzaba la calle para venir a saludarlo como duque, o Gota, o Montaña, o cualquier otro apodo del tiempo de las conspiraciones en el Packard bajo la lluvia, o de pronto era una señora que se le acercaba torpemente, sin saber cómo moverse en sus ropas de percal. Pero Niebla las reconocía siempre aunque no las conociese, y las trataba con deferencia y al poco de hablar con él se volvían a sentir lo que eran y perdían el miedo y la humillación. Su gran acierto, y por eso Camila le admiraba, era conseguir que ante él todo el mundo estuviese cómodo.

Aunque no pudiese hacer nada. A veces lograba salvar limpiamente una situación, como había hecho con la madre de Diego. A menudo tan sólo procuraba tranquilizar, lo que no era poco. En ocasiones aceptaba interceder por gente detenida. Como la vez en que una sombra ni siquiera esperó a que Camila entrara en su casa. Se abalanzó sobre ellos, tan inesperadamente que Niebla se

metió la mano en la chaqueta.

—No, no temas —dijo la sombra y se acercó por un segundo a la luz de un farol.

—Capella —dijo Niebla, sin mayor sorpresa; cualquier cosa podía pasar esos días.

El hombre volvió a ser sombra. Camila había podido verle. Un hombre no mayor y sin embargo con los ojos viejos, y no por la angustia de esos días: andar perseguidos o con un hijo en la cárcel. Este sufrimiento venía de atrás. Se trataba de Manuel Capella. Cualquiera que conozca su teatro puede imaginar qué cara tenía para entonces, con independencia de la guerra^[44].

De todas formas Capella también tenía un hijo en la cárcel.

—Temo que ya lo hayan fusilado.

Niebla lo miró sorprendido.

—¿Sin juicio? ¿Así?... Además, lleva tu nombre.

Capella no pudo evitar mirarlo entre sorprendido y burlón. En sus ojos eso producía un efecto doloroso.

—¿Mi nombre? —Se quedó pensativo, quizá recordaba. Luego sujetó a Niebla por el brazo—. Escucha: tú eres el único que puede hacer algo.

Niebla le miró, por primera vez grave, quizá se temía algo.

—Tu nombre sí que pesará —urgió Capella.

Niebla acudió esa misma noche a la sede del CRIA y ni siquiera pudo averiguar qué había sucedido. Le atendió uno de esos hombres que parecen haber sido engendrados por una regla y un ángulo recto, con un bigote trazado con la huella de un pulgar.

—Quién pregunta —dijo sin preguntar.

—Iñigo Gayán de Gádor —Camila notó que Niebla procuraba quitarle a su nombre los acentos y a ser posible las consonantes.

—Ah sí —dijo el hombre, y en la lentitud con que ese *ahsí* se tomó su tiempo para deslizarse bajo el bigote, arrastrarse por la nariz, Camila comprendió mucho de lo que estaba pasando—. «Ah, sí», dijo el hombre: «Gayán de Gádor» (*punto*) «El poeta» (*punto*) Y sus palabras, que sólo eran siete, dejaron al descubierto las

innumerables veces en que ese hombre había querido ser capitán, medir uno con ochenta o tocar la guitarra bajo los balcones de las muchachas. Y apareció también, más clara que un hacha, su intención de hacerle pagar a alguien al fin porque ninguno de esos deseos había sido atendido. Aun así Niebla siguió intentándolo.

—Así que es el hijo de Manuel Capella, ¿eh? —decía el hombre reclinándose en su silla de madera. Bombilla enferma colgando de un largo cable grasiento, voces inquietantes, portazos a lo lejos—. ¿Y quién es Manuel Capella? —miraba a Camila con guasa.

La sospecha de lo que había sucedido se convirtió poco a poco en certeza. Lo confirmó un miliciano con los ojos húmedos tras unas gafas redondas que les dio alcance en la calle, entre las sombras. Su consternación le quebró la voz al final.

Cuando ya arrancaban en el coche el miliciano se agarró a la ventana.

—Oiga...

Niebla se detuvo.

—Usted, que es poeta...

Niebla no dijo nada.

—Esta guerra no nos convertirá en lo mismo que ellos, ¿verdad?

Niebla le miraba viendo otra cosa. Luego arrancó. Fue directamente a la farola en cuya sombra les aguardaba Capella. Le dijo lo que sabía, sin omitir ni cambiar una coma. Capella se quedó un largo tiempo inmóvil y luego se marchó a pasos cortos, sin importarle que las farolas le descubrieran cada diez metros.

Camila le reprochó a Niebla su rudeza.

—Si a algo tenemos derecho es a nuestra propia muerte —le respondió Niebla. Y un tiempo después, como para sí—: además, cómo se le disimula a un hombre que han fusilado a su hijo.

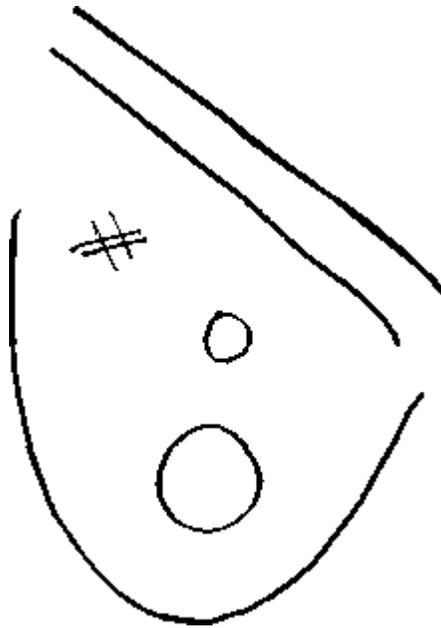
Ésa fue la primera noche que pasaron juntos. Para entonces serían las tres, o así. Ya no cogieron el coche. Estuvieron caminando por toda la ciudad, hasta la mañana, sin pausa y sin rumbo. Niebla caminaba, más o menos rápido, y Camila le seguía, medio paso detrás. Callados los dos.

Cuando Camila escribió a su hijo la carta del payaso, aún no sabía lo que estaba ocurriendo.

¿Notas todo lo que me acuerdo de ti? Estoy segura de que se nota sin mucho esfuerzo, pero si un día pierdes la onda es porque hay una tormenta y entonces pasa como cuando se va la luz. Recuerda entonces lo que debes hacer: te sientas frente a una ventana en una habitación donde no haya nadie. Cierras los ojos, abres las manos, dices azul, arco, risa, yegua u otras cuatro palabras que te suenen bien (eso es muy importante), y entonces notarás cuánto me acuerdo de ti. Aunque haya tormenta y se vaya la luz.

Yo lo hice ayer, en un parque lindísimo que hay cerca de la casa de tus abuelos. Me senté en un banco y estuve mirando una ardilla muy simpática que me miraba desde un árbol.

Como no sabía si había tormenta en el mar Atlántico, pues siempre las hay, cerré los ojos, abrí las manos, dije agua, beso, nariz y ardilla, y entonces me fueron llegando todos tus besos. A lo mejor nariz no te parece una palabra bonita, pero como a mí me encanta la tuya, toda llena de pecas, la usé y sirvió. (He comprobado que sirve cualquier palabra, siempre y cuando a uno le guste mucho). Y luego, cuando ya mucho más contenta abrí los ojos, no vi la ardilla mechicolorada como tú que me había estado curioseando desde un árbol. En su lugar había un payaso. Tenía una cachucha blanca que le hacía juego con la cara, la boca roja, la nariz rara y las cejas que iban cada una por su lado. Éste es más o menos su retrato:



¿Un payaso? Es muy improbable que Camila viese un payaso esos días en Madrid. Ni siquiera en Ventas, al lado de la plaza de toros, donde habitualmente representaban Cielito la trapecista, los Mandíbulas López, Ramón el Magnífico y otros artistas de la época. El Circo del Sol, además, había prestado su carpa para habilitar en la plaza de toros una especie de gran hospital —grande porque era muy alto—, que no fue necesario pues la guerra se estancó en el oeste de la ciudad en una especie de trinchera con horario y bastaron los hospitales que había y otros que se habilitaron más cerca. El circo-plaza-de-toros-hospital fue poco a poco afantasmándose. En noches raras, en el gran vacío y los rumores del viento que por ahí entraba a la ciudad, se podían escuchar mezclados los redobles que anunciaban los saltos mortales de la Cielito y el fervor con que la afición saludaba los sedosos muletazos de Domingo Ortega.

Lo que probablemente vio Camila en realidad fue un herido. En Madrid resultaba fácil saber que por la zona de la universidad se libraba una guerra, pues se oía, a lo lejos, pero a veces los heridos irrumpían en la ciudad en ambulancias o en coches dando alaridos. Se les podía ver en las terrazas del verano luciendo heroicos

vendajes. A veces alardeaban tanto que se hubiesen podido confundir con payasos.

También era posible verlos en Gádor. Camila fue allí a la sexta noche de su llegada, aunque le pareció el sexto año. Fue ella quien lo pidió. No lo sabía pero no deseaba volver a Santiago sin haber sentido de nuevo los ojos de Niebla desde el otro lado del piano. O sonriendo en lo alto de la barandilla de la biblioteca. Para Camila ambas imágenes, ambas miradas *eran* Niebla. Él se la quedó mirando a través de una mesa ocupada por el aroma de un queso de Burgos muy seco y un tinto peleón.

—¿Estás segura? —preguntó—. Puede ser peligroso.

Sólo con esas palabras lo había hecho ineludible.

—De acuerdo —dijo al fin y levantó un brazo para pedir la cuenta. En los restaurantes de Niebla, pensó Camila, nunca bastaba con mirar al camarero y alzar una ceja.

Aunque llegaron de noche, de día a Camila también le hubiese costado reconocer el sitio, no fuese más que por las insólitas zanjas que tuvieron que sortear desde las últimas casas de la ciudad. Las explosiones que se podían oír desde el centro ya no eran tan lejanas, y además ahora añadían silbidos, voces, incluso carcajadas; lo que es más extraño, súbitos murmullos de lluvia que pasaban tan pronto se oían. Un alivio a medias pues era la espera de la lluvia lo que les golpeaba en los nervios. Ese mismo viento impredecible pegó contra sus piernas la falda de Camila, dibujándolas. No le importó. Más tarde se preguntó si era esa desnudez de vestido de seda lo que le había hecho presentir algo, o era el viento indeciso, caprichoso, malhumorado. Ese viento de ningún modo podía traer paz.

Sólo una de las dos grandes verjas de Gádor fingía cerrarse. A la otra le había ocurrido algo parecido al portazo de un gigante. Una grieta atravesaba como un relámpago la lisa placa donde estaba el nombre de la casa sobre el pilar de piedra: Gádor. Nada más. Según

pudo ver Camila a la luz de los faros del coche, el rayo cruzaba la O en vertical, creando una nueva versión de la *O larga y negra partida* dibujada en jeroglífico en la pared por su tatarabuelo astrónomo, al otro lado del mundo, cuando los españoles lo llevaban al cadalso. Se preguntó si aquello era un augurio, un juego de alguien, una broma.

Las nubes no dejaban ver más que a ráfagas, de modo que Camila confirmó a oído lo que parecía verse a la luz de los faros: en el paseo que conducía a la casa había desaparecido la grava. El coche rodaba por un vulgar camino de tierra, bordeado no por las esculturas romanas a las que el viejo Santás pasaba revista a los compases de *Aída* mientras un jardinero rastrillaba sus pasos, sino por estatuas viejas. El viento abrió un instante la noche antes de que llegaran. La equilibrada silueta de la mansión aparecía con un lado medio hundido por un gran puñetazo.

Sólo después, recordando en una pausa de silencio, Camila tuvo la impresión de haber visto estatuas moviéndose, o más bien sombras moviéndose entre las estatuas. Figuras que se detenían para ver pasar el coche. Y se acordó de esas sombras porque de algún modo tenían que ver con lo que le parecieron gemidos, que descartó: sería el viento; o la lluvia. Al fin había empezado a llover. Agradecieron el alivio en la frente.

Entraron en la casa a través de la pequeña puerta de la biblioteca, que en tiempos de Santás sólo utilizaba él para salir al parque. Niebla encendió la luz de un alto candelabro en cobre y cristal sutil y Camila comprobó con alivio que allí no había llegado la guerra. Aunque la luz del candelabro no llegaba muy lejos, nada parecía haber cambiado.

En toda la noche no cruzaron una palabra. Sinceramente Camila no supo nunca cómo había empezado, ni quién, aunque a veces, de noche, admitía que a lo mejor fue ella. Ella, acercándose por detrás, haciendo que Niebla se diese la vuelta y metiéndose en sus brazos y en sus labios como si fuese la pieza del *puzzle* largo tiempo perdida bajo un sofá.

La luz del día borraba esa versión. De día, incluso en la luz ambigua de la tarde, Camila era incapaz de verse tomando la iniciativa, esa iniciativa. La que le atrapó con labios que ya no eran de virgen, apretó sus pechos contra el suyo y encajó su pierna, apenas protegida por una falda de verano, entre las dos largas piernas de él.

El punto en que el recuerdo ya no variaba con la luz era la naturalidad de todo ello. Como si nunca hubiesen hecho otra cosa. Lo extraordinario es que la impresión era falsa, pues tras ese primer espejismo de creer que habían encontrado el alma gemela, el espejismo de que tal cosa existía, se mostraron torpes, tímidos, inexperimentados. Besos sonoros, narices grandes, manos cojas, botones tercos y broches ocultos. Se hubiese dicho que jamás habían desnudado a nadie. O que llegaban de países donde la gente se viste distinto.

Incluso Niebla daba una penosa impresión de bachiller. Niebla, con la agilidad de quien no sabe de jefes, ni horarios, ni lúgubres oficinas, tenía casi paralizados los labios y movía las manos con una olvidada timidez de muchacho. Parecía que por primera vez exploraba una piel escondida y no sabía muy bien qué hacer.

No hicieron. No podían, paralizados como estaban por el asombro y la timidez de que les estuviera sucediendo a ellos. Durante un tiempo la corriente fue casi imperceptible. Igual que un buen vino, les fue soltando las manos, el pelo, la lengua, los dedos, los labios, las piernas. Ruborizada hasta las uñas, Camila iba recordando lo que con el tiempo había ido degenerando en el impuesto conyugal de la rutina y el tedio, y con la perversa astucia, además, de hacerlo parecer inevitable. Tras el fuego, corto, sólo puede venir la ceniza, larga. Exultante y desgraciada como sólo se puede estar en la felicidad, Camila no habría podido ver la ceniza guardada en lo más profundo de esa noche ni aunque se la hubiesen iluminado con un foco.

En cuanto a Niebla, su lentitud, torpeza, eran las del hombre que descubre sorprendido que sí se puede volver. Que el tiempo corre a

veces hacia atrás y borra las manchas. Que después de haber pasado por todo, al menos por mucho, es posible besar a una mujer casada como si aún tuviese los pechos tersos y decididos, y sentir en la pelvis, como entonces, el vacío.

Con la desnudez perdieron el miedo. No podían ocultarse ni tampoco regresar. Ni querían. A la luz anticuada del candelabro, Niebla pudo así descubrir que bajo la apariencia quebradiza del cuello, las manos, los tobillos y los ojos de cristal, Camila tenía los pechos llenos, con dilatados y oscuros pezones, y el estómago ya no vacío que deja la maternidad. Ahí se demoró.

Obligándose a superar su pudor y las seis mil quinientas leyes del código *Cómo hay que portarse*, Camila descubrió un cuerpo de nervio, consumido por el mismo combustible que alimentaba los ojos entrecerrados. Con la cabeza apoyada en el torso de él de modo que no le pudiese ver la cara, Camila recorrió morosamente el cuerpo de Niebla con una mano hecha de encargo para la caligrafía larga, airear los floreros, bajar la fiebre. Con la misma naturalidad, llegado el momento hizo lo que jamás había hecho. Y ni se le había ocurrido nunca que se pudiese hacer.

En ese mismo impulso cruzaron una y otra vez, con generosidad y tenaz esperanza, como si fuese su primera vez y al día siguiente tuvieran que separarse. De alguna forma sabían que debían respetar la cadencia. Tenía que ver con la lluvia, la polvorienta luz del candelabro, el silencio del piano, los apagados gemidos que Camila achacaba al viento bajo las puertas, el dibujo de la alfombra, el lejano retumbar, la incertidumbre del amanecer y los ojos semicerrados de Niebla, cercanos, hielos fundidos al fin por su propio fuego.

En Tres de Marzo a Camila la esperaban un niño más alto y tímido, un padre enfermo y cuatro cartas de Diego hablándole de la guerra, el deber y la soledad. Sus ganas de llegar le habían dado valor para coger un avión de línea desde Granada, de lo que tuvo tiempo de arrepentirse: el altiplano de Tres de Marzo parecía un lugar escondido con astucia entre los pliegues de una cordillera que acechaba el más ligero descuido y escoltaba el avión con nubes, vientos, abismos y soledades.

Aunque en el aeropuerto la aguardaba la misma multitud de tíos y primos de siempre, en la algarabía se le impusieron dos detalles que le fueron creciendo en el corazón hasta alcanzarle la garganta: Rodrigo la miraba con suave pero convencido recelo —¿no se iba a volver a marchar?—, y los brazos de su padre, notó mientras le abrazaba, se perdían entre las mangas del abrigo. Un abrigo de verdadero invierno, que resultaba excesivo para el otoño de trescientos sesenta y cinco días de Tres de Marzo. Camila hizo un esfuerzo porque no se notara que la sonrisa se le había amargado. Mientras le preguntaba por las orquídeas observó que su padre tenía un color de muñeco de cera que no había visto nunca.

—¿Las orquídeas? —decía el viejo Mallarino— Bien. El otro día me trajeron una que no conocía.

Sólo hasta dos días después, una vez pasada la agitación de la llegada, Camila no pudo visitar a su padre en el Invernadero. Lo encontró en un rincón en penumbra, acompañado de Balzac y *Madame* de Sévigné (Víctor Hugo no había podido resistir las ansiedades de la vida triangular), instalando una especie de ducha

que hacía llover eternamente polvo de agua sobre una flor pálida y bellísima, y casi carente del amaneramiento excesivo de las orquídeas. Un dispositivo de calor la envolvía en bruma.

—Pensé en llamarla *Orquídea de niebla* —dijo el viejo Mallarino, y a Camila se le paró el corazón—, y luego pensé que era más científico llamarla *Orquídea orangután*, pues sólo vive en remotos bosques, escondida entre la lluvia y la bruma.

Camila se quedó mirando en la penumbra la que le pareció la flor más bella y más triste que había visto nunca.

—Pero he decidido llamarla *Orquídea Mallarino* —dijo el viejo. Su hija percibió que por una vez su padre se sentía incómodo—. Qué diablos. Uno también tiene ganas de dejar algo bello sobre la tierra.

Camila se demoraría en terminar de llegar desde España, por lo que salvo en lo que concernía a su hijo y sus padres tardó en percibir lo que había cambiado. Un domingo a la salida de misa vio la calle prácticamente tomada por soldados con la mirada quieta y el fusil en las manos, y así se enteró de que la situación política obligaba a que el ejército protegiera a la Gente Decente.

—¿Protegernos? —exclamó el viejo Mallarino cuando se lo comentó al regresar a casa—. Nos tienen secuestrados, hija.

Ya no parecía importarle. Se hubiese dicho que estaba ocupado arreglando unas últimas diligencias relacionadas con los chimpancés y las orquídeas, y con un plazo marcado en su color ceniciento. Y sin embargo tampoco parecía darse mucha prisa: aunque siempre había sido vanidoso, por las mañanas se entretenía recortándose el bigote con una ociosa pulcritud nueva en él y se hacía los más gallardos nudos de corbata de toda su vida. Y cuando entraba en el comedor, el último como siempre, tres minutos de reloj después del gong, lo hacía con tal prestancia que a su mujer, sin saber por qué, le daban ganas de llorar.

Nunca habían sido tan ricos y nunca volverían a serlo. Como casi siempre su fortuna se debía tanto a los azares de la Historia como a la previsión del viejo Mallarino, que tenía por costumbre

anteponer los árboles, los cafetales y las orquídeas a las acciones de la Bolsa, aunque dieran mucha menos plata. El tiempo y el azar le habían dado la razón: la Depresión y el crecimiento de la ciudad les había enriquecido como si hubiesen sido los propietarios de un lago asediado por un incendio.

Y sin embargo ya no lucía tanto pues aunque la vida en Tres de Marzo intentaba volver a ser lo que había sido, con el regreso de toda una sociedad que en Europa comenzaba a sentirse colada y ya no invitada en la fiesta, esa misma sociedad se había llenado de lobos y lagartos (la subespecie de lobos serviles), y ya no tenía sentido hablar de los Cincuenta o del *Jockey*. Aún no se había escrito ni el primer capítulo de esa decadencia —la versión santiaguina del ciclo de muerte y renacimiento que hace rodar el mundo—, pero doña Zoila y el viejo Mallarino sentían que su tiempo había pasado. El viejo se mantenía más al margen que nunca de la vida nacional, principalmente por la miseria y mezquindad en que para él había caído la política. Doña Zoila se fue poco a poco encastillando con un grupo de irreductibles en los naipes Kem que traían de Nueva York y dejaban reposar en talco después de cada partida. *Las Últimas*, las llamaron quienes interesadamente estaban dispuestos a pactar con los coroneles y capitanes enriquecidos de la revolución de García Pizano. Ya habían tenido tiempo de comprarles abrigo de piel y cuberterías de plata a sus mujeres, y enviar a sus hijas a internados en Suiza. Entonces aún se estilaba Suiza.

No serían más de una docena o docena y media, pronto diezmadas por la artritis, la viudedad y la conciencia de vivir el fin de una época, la soberbia de sentirse los últimos ejemplares de una raza irrepetible. Eso desgasta mucho. Se reunían, primero una, luego dos tardes a la semana, y con el tiempo hasta cuatro o cinco, y en el juego de canasta y los legendarios *muffins* calientes con mermelada de ruibarbo que se servían con el té encontraban la fuerza suficiente para, antes de morir, seguir sosteniendo un mundo que se les iba desvaneciendo en el aire.

Nada que no se haya visto muchas veces. En Tres de Marzo

prácticamente no quedaban ya potreros que le dieran un aspecto inacabado. Prisionera entre las primeras fábricas del este y la cordillera que oprimía a Diego desde el oeste, la ciudad comenzaba a alargarse hacia el norte. Llegaría muy lejos: ésa fue la vez en que el sentido del futuro del viejo Mallarino sirvió para algo práctico. Llegado el momento había vendido algunas tierras de la familia situadas al norte, pero también se había quedado con un potrero de cuatro mil metros cuadrados y allí había comenzado a edificar una casa adaptada a las limitaciones de la modernidad. Su secreta ambición era poner a salvo un sentido del espacio y a la vez dar testimonio de cierta sabiduría de vivir antes de que fuese demasiado tarde. Ésa fue la razón por la cual mantuvo el proyecto en secreto: era su obra. Nadie más que él debía decidir dónde se colocaban las ventanas o el color de las paredes. ¿Acaso un pintor admite en su cuadro otros pinceles? Pues lo mismo.

La casa aún se puede ver en Tres de Marzo. Ahora es la sede de la academia de medicina, o algo así. Aunque recortado el jardín por las sucesivas ampliaciones de la avenida para hacerle sitio a los coches, y empequeñecido el cielo por edificios grises relativamente cerca, no es difícil comprender qué espíritu animó la construcción de esa casa: mucha y alegre luz, espacio generoso para no molestar a nadie ni ser molestado, y suficientes refinamientos para recordar que lo simple prácticamente no existe y qué bueno que así sea.

Más la historia y el tiempo se le echaron encima y al viejo Mallarino no le quedó de otra que llevar un día a Camila a conocer la casona.

La acción transcurre en uno de esos característicos días de noviembre en Tres de Marzo. Cuchillos de viento amasando humedad desde el alba, para dejarla caer de golpe sobre las tres de la tarde. Cielo alto,

bajando. En su bóveda se afana hacia el sur una caravana muy gris, que ensombrece las montañas peladas y enormes a cuyos pies crece la casa. No está terminada. Tiene paredes, chimenea y escaleras pero no todavía puertas, ni ventanas, ni tejado, lo que agrava las corrientes y le da al conjunto la impresión de una casa de muñecas, una mansión de muñecas a la que le hubieran levantado el techo para colocarle los muebles que aún no han llegado. En el segundo piso, recorriendo las habitaciones, una mujer joven y ligeramente embarazada, un anciano con barba, un niño: el anciano, por misteriosos motivos, se ha empeñado en traerle.

CAMILA (*después de mirar por la última ventana*):

Pero: ¿y el invernadero?, ¿el zoológico?

El viejo no responde. Finge entretenerse abotonando el abrigo del niño, que se impacienta.

CAMILA: Papá: Dónde está el invernadero.

(Pausa).

MALLARINO: No hay.

CAMILA: Cómo que no hay.

MALLARINO: Esos tiempos ya pasaron, hija. Ahora la gente no tendrá invernaderos en las casas... (*y para sí*) y mucho menos zoológicos.

Ése fue el día desgraciado —una mañana de viento gris en una casa sin techo—, en que Camila supo que su padre ya se había

puesto un plazo para morir: la casa. Pues no resultaba fácil imaginar un mundo en que el viejo Mallarino no pudiese cultivar orquídeas y tener chimpancés como animales de compañía.

El viento de esa mañana helada llevaba sin embargo algo más que malos presagios. Puede que el viejo Mallarino hubiese decidido morirse cuando terminara la nueva casa, o terminar la casa sólo cuando ya no hiciera falta pensar en qué hacer con las orquídeas, pero esa misma tarde tuvo que irse a la cama antes de la hora, con escalofríos, ardiendo la garganta y el pecho oprimido. Era una pulmonía, avanzó rápidamente. Al segundo día Mallarino deliraba y al tercero oscilaba de un lado a otro de una conciencia estupefacta. En un momento que parecía despierto su mujer le preguntó si no quería un sacerdote y el relámpago que pasó por los ojos del viejo fue suficiente respuesta.

Atravesada en vertical por un dolor que no le permitía ni sentarse, Camila enlazaba días con noches al pie de la cama de su padre. La mantenía despierta la rabia de que se fuera a morir sin haber terminado la lista con las orquídeas del mundo, ni, quizá, aquello sobre hombres y monos que pese a la indiferencia de la academia escribía en un enorme cuaderno azul de contable, parecido al de las orquídeas, que era negro.

Ése fue su bautizo: nadie le había dicho que estar despierta podía llegar a doler tanto. Temía incluso que ese dolor le llegara de algún modo torcido al niño que llevaba dentro. Inevitablemente, por la noche, cuando se quedaba a solas con su padre inmóvil y la enfermera leyendo una novela de plástico a la luz de una lamparilla de hospital, Camila cerraba los ojos y a falta de sueño recurría al recuerdo de Niebla, en el otro lado del mar, que a ella le parecía el otro lado del mundo. No tenía más.

Abrió los ojos y se encontró con los de Niebla. Por una vez había desaparecido la tensión, la distancia, aquello que tras los párpados medio caídos llevaba una vida por su cuenta. Niebla la miraba, no para averiguar nada, no para alimentar ese fondo voraz del que iba sacando versos, sino para simplemente estar, unirse a ella. Podía haberla besado, o hecho una pregunta. En lugar de eso la miraba. La miraba y, de nuevo, comenzó a acariciarla.

Ahora era distinto. Ahora podía verle a la luz que nacía en la ventana del parque. Por la noche, una vez apagado el débil candelabro, excesivo de todas formas para su timidez, el mundo se había concentrado en piel, labios, manos. Niebla la había estado recorriendo con manos suaves pero decididas. Ella había tardado en atreverse. Cuando al fin quiso, empezó como una niña: primero el pelo, después la nuca, luego los pómulos, el mentón, los labios...

Sólo después, ambos tendidos con los ojos cerrados, preguntó qué eran esos lamentos.

«Heridos», dijo Niebla, e igual hubiese podido haber dicho «el viento», o «palomas en el tejado».

Entonces apenas habían comenzado a llegar y por eso casi no se les oía. Con el tiempo y el encasquillamiento de la guerra en el oeste de Madrid, y a causa de su cercanía del frente, casi todo Gádor llegó a ser más o menos acondicionado como hospital. Los heridos desbordaron los dormitorios, donde junto a camas con baldaquín fueron instalados catres de campaña. Luego ocuparon el salón del billar y la galería de los retratos, y llegó un momento, en lo peor, en que la caseta de herramientas, el *office*, dos cuartos de

baño y la mitad de la cocina fueron habilitados como quirófanos. La invasión sólo respetó la capilla, el salón de juegos, demasiado insólito para la guerra, y la biblioteca, que Niebla insistió en mantener a salvo hasta el punto de que se mudó a vivir en ella. Estaba dispuesto a ceder toda la casa y permitir que se hicieran vendas y sábanas con los manteles de banquete, que se usara la plata como vajilla e, incluso, en el durísimo enero del 38, que se astillaran algunos muebles para hacer fuego, antes de permitir el derribo de algunos de los olmos y chopos centenarios que le daban al parque su perfil irrepetible. Pero la biblioteca no. De todas formas tampoco hubieran cabido en ella muchos heridos. Los daños habrían sido irreparables^[45].

La mención de los heridos terminó la noche y metió a Gádor de golpe en la guerra. Ya no era un refugio al fondo de un parque sino un bastión de retaguardia. Camila recordó las sombras que el coche había cruzado en el camino de la casa y comprendió que eran soldados. Se sintió espía.

El día agrandaba la biblioteca y la iba convirtiendo en un gran escenario: la altura, por lo menos, la tenía. Fondo de miles de libros encuadernados en pieles marrones y gran ventanal a cuadros que poco a poco va dejando pasar el verano: árboles enormes en los que a juzgar por el ruido oculto se afana una inmensa población de pájaros.

En el centro de la escena, no lejos del piano, en el lugar donde antes había un sofá, una cama organizada a ras de suelo; simple detalle fuera de lugar pese a que durante el día Niebla estira un cubrelecho (en realidad una gran cortina de terciopelo y seda) y lo cubre con cojines.

En esa cama Camila ha visto que la sábana le dibuja el cuerpo, y comienza a sentir, otra vez, una sofocante vergüenza. Mira en torno dónde ha quedado su ropa. Se pregunta cómo se va a vestir: por alguna razón no acepta vestirse delante de Niebla, un acto mucho, mucho más íntimo que desnudarse, y sobre todo que ser desnudada.

No ha contado con Niebla, adiestrado desde hace cientos de años para que ningún huésped se sienta incómodo en su casa, y mucho menos en su cama: como si la hubiera oído, Niebla descubre su lado, se incorpora con gran naturalidad, enfila un pantalón y una camisa, dice que va a buscar café y sale por la pequeña puerta que da al jardín. Cuando regresa, a los veinte minutos, viene afeitado y con el pelo húmedo, y trae una bandeja con café y un par de naranjas. Y encuentra a Camila en el momento en que, con los brazos en alto, termina de arreglarse el pelo, a ciegas, en un moño holgado. Queda suspenso. Parece no creerse del todo que esa silueta, esos pechos de mujer, esas manos le hayan estado hablando toda la noche.

Cuando Niebla abrió la gran puerta de doble hoja, a Camila le costó reconocer la mansión, y eso que aún no había ni la mitad de los heridos que llegaría a haber. La hilera de salones que la biblioteca remataba permanecían abiertos de par en par, como el día del baile, sólo que en lugar de enmascarados con antifaz había heridos con vendas grises, y en lugar de la luz de alarde de las arañas de cristal, los salones se alineaban siguiendo el de los polvorientos ángulos de luz que atravesaban los visillos. Esos focos daban profundidad y orden, si bien este orden era el único: los pacientes, distantes entre sí como héroes que aún no han sido presentados, no mantenían en ese hospital de campaña ni siquiera el intento, como no fuera por las vendas y los lamentos, de una apariencia militar. Ninguna cama era igual a otra, ni lo pretendía: aún la presión no había exigido el método y las camas se organizaban siguiendo un generoso azar. Cada herido se esforzaba por sobrevivir rodeado de muebles y espacios más adecuados para conjuras de salón y grandes recepciones. Para hablar entre sí tenían que subir la voz.

Fresca y más contenta aún que los pájaros de afuera, Camila recibió la guerra como la tormenta a traición que dos días después suspendió los combates una tarde. La noche anterior había tenido el inaudito privilegio de corregir su memoria y culminar un deseo

agazapado desde hacía tanto tiempo en lo más profundo que ya se había resignado a no satisfacer nunca. Igual que un pianista que hubiese perdido un brazo. Cuando contra todo pronóstico recuperaba el brazo, Niebla abría una puerta y la devolvía a la vida de lamentos y ausencias en la que se había resumido el mundo.

Más todo eso lo sintió después. Cuando tuvo tiempo. Pues si los heridos eran pocos, parecían muchos: no había casi enfermeras y no se veía ningún médico. Para cuando quisieron darse cuenta, Camila y Niebla se encontraban sirviendo vasos de agua y charlando con heridos que parecían doblemente extraviados en ese museo. Tenían talento, además. Niebla, porque se encontraba en su casa y precisamente ahí había depurado su don para impedir que las arañas de cristal y las alfombras de la Real fábrica de tapices intimidaran a la gente. Camila, sencillamente porque irradiaba suavidad y, esa mañana, alegría de las que se pueden ver.

El método de Niebla era simple y muy antiguo: pisaba las alfombras como si fuesen césped, y por el modo en que se movía en los salones se hubiese dicho que para cruzarlos eran precisos cuatro pasos cuando en realidad se necesitaban quince. Además parecía que conocía a los heridos. Que habían jugado al fútbol o a la pala o al mus, o que alguna vez se emborracharon juntos. No sin asombro Camila percibió que para los heridos los ojos entrecerrados de Niebla no resultaban distantes sino cómplices.

Al fin terminó por llegar a relevarles una mujer que debía de ser enfermera aunque tenía más aspecto de ama de cría, soprano de amplio pecho, directora de parvulario. Era robusta y rubia y de ojos azules, recordaba a la cerveza y su simple presencia irradiaba la misma seguridad que un general al frente de una división de tanques. Florentina de origen, había viajado a España junto con su compañero alemán para defender Madrid. Ambos sentían además que tenían una deuda particular, visto su pasaporte. A su alemán le habían matado en Moncloa no mucho después de llegar, como ella sabía desde siempre que terminaría por suceder: era un exaltado, un idealista, un valiente. Así murió. Cosima lo enterró sin que nadie

la viera derramar una lágrima, y se puso a ayudar en lo que hacía más falta, sin darse cuenta —o quizá dándose cuenta pero eso no importa— de que su vida acababa de dar uno de esos giros cerrados que no admiten vuelta atrás.

La noche aún estrellada de Tres de Marzo ha alcanzado su punto más oscuro cuando un hombre que ha llegado a toda prisa en bicicleta llama breve pero urgentemente a la puerta principal de la casona Mallarino, en la calle de la Salida. Un par de perros del vecindario ladran sin convicción. Se callan. En el estado de semivigilia en que parece haberse instalado para siempre, Camila oye el timbre amortiguado y, más que extrañarse por esa llamada nocturna, agradece la oportunidad de levantarse, salir del cuarto, hacer algo. Echa un vistazo a su padre, que parece respirar tranquilo, se envuelve bien en un chal que subraya su fragilidad —a esa hora la casa está helada—, y se apresura por las amplias escaleras, en cuya curva, dominando el vestíbulo, se encuentra un inmenso retrato de doña Zoila, de joven, con la mirada noble, el cuello largo y vestida para un baile.

El hombre es un cartero que al verla se quita la gorra y dice «buenas noches, mi señora» en voz casi baja. La oscuridad y el silencio intimidan. Camila coge el telegrama que el hombre le alcanza y, con lo que no parecía posible, una angustia en el vientre más cortante y más dura, aún encuentra sangre fría para entrar en la casa, ir a la cocina, buscar la caja de monedas para recaderos y limosnas, salir por la puerta de servicio, dar la vuelta a la casa en busca del cartero, alcanzar a sentir el frío de la madrugada, las sombras, las estrellas y la soledad, rezar con fervor un instante, firmarle el recibo al cartero, devolverle las buenas noches y entrar de nuevo en la casa para quedar, sola en la penumbra de un inmenso vestíbulo pensado para otras ocasiones, frente a frente con

el telegrama que sostiene en la mano.

(De la primera carta de Diego a Camila tras el comienzo de la guerra.)...

De ti me he traído algunas imágenes: aquella mañana en que escuchabas aplicadamente el anuncio del final del mundo en la terraza de Le Regard; esa vez que bailábamos en Hendaya; tú en la penumbra sofocante de La Esperanza, aquel barco de hélice en el que remontamos el río hasta Tres de Marzo; una vez que bajabas lenta y abstraídamente la gran escalera de tu casa: llevabas una falda gris, zapatos de medio tacón, un pañuelo negro en la garganta y sin embargo parecías encontrarte más en tu sitio, si me lo permites, que tu madre en el gran retrato de atrás.

Como aquí tenemos mucho tiempo, a veces intento adivinar qué es lo que reúne esas imágenes. Y —no te rías—, he llegado a la conclusión de que es la permanencia: eres siempre la misma persona, desde aquella jovencita sonriente y con un sombrero divertido en Le Regard a esa mujer grave y

abstraída de los últimos tiempos. «Claro», dirás. Rúes no está tan claro: en el mundo en que yo vivo, y pese a la monotonía, uno se da cuenta de que todo cambia a toda velocidad: no sabemos cómo cambiamos por efecto de las balas, la soledad, la añoranza... entonces me arrepiento de haber perdido tanto tiempo, sobre todo de haberlo perdido sin ti...

(De la segunda.)...

¿Sabes lo que más se añora aquí? Un cigarrillo, una chimenea, un postre..., todas esas cosas a las que en la vida normal no damos importancia. Es curioso porque la mayoría de nosotros está aquí por una idea — la mayoría al menos de los oficiales—, y sin embargo nunca hablamos de ellas. Somos una tropa de soldados: bromas gruesas, alardes, preocupación permanente por la comida, el calor, el frío, los permisos... Yo no he querido ninguno: para qué, si tú estás en Tres de Marzo...

(De la tercera.)...

Dos o tres personas me habían dicho ya

que se te había visto en Madrid este verano e incluso este otoño, y lo cierto es que hice el ridículo pues insistí en que te había dejado en América. Tenía que haberte conocido mejor: ayer me alcanzaron por fin, con meses de retraso, dos cartas de mi madre, una de mi padre, y la tuya, que ya me sé de memoria, fechada en Madrid.

Me conmueve que me hayas seguido hasta España. Ésta, al fin de cuentas, no es tu guerra. ¡Estáis tan lejos de esto en América! Pero al tiempo que te agradezco tu generosidad, lo cierto es que me angustio: éste no es momento ni lugar para una joven madre. Ya sé que es egoísta por mi parte, pero uno de los dos tiene que estar completamente a cubierto... Me tranquiliza saber que ya debes de haber vuelto a Tres de Marzo. Allí te escribo...

(Y de la cuarta).

No hay quien me entienda. En estas llanuras que tanto me hacían falta he llegado a añorar las montañas grises de Tres de Marzo...

Los médicos no averiguaron por qué el viejo Mallarino había logrado remontar a su edad el coma de una pulmonía doble, y Camila no supo realmente nunca cómo había muerto Diego en Torre del Infante. El telegrama oficial hablaba de *heroísmo*, pero ¿acaso no es ése el lenguaje propio de los telegramas? Aunque podría haberlo averiguado —bastaba con preguntar a quienes habían estado con él en el frente—, nunca hizo la más ligera alusión. Cuando hablaban de Diego ante ella, oponía un constante y fácil silencio y los demás cambiaban de tema. Parecía que la memoria aún le hacía daño.

No era exactamente así, puesto que no tenía, propiamente, memoria. Quizá se comprenda con un simple hecho: en la mesa de noche de Camila, una foto de Diego enmarcada en un pequeño portarretratos de viaje se iba agrisando en una juventud cada vez más lejana. Sin embargo jamás la miraba. Nunca. Ni al desnudarse, ni al encender la luz para comprobar la lentitud del insomnio que sufrió a partir de entonces, ni al levantarse. No miraba. Cuando en lo más íntimo de la noche la asaltaba de improviso la imagen de Diego muriendo —siempre al borde de una trinchera, siempre sacudido por balas que le impedían caer—, abría los ojos y buscaba con afán cualquier imagen fuerte que desplazase a la anterior^[46].

Ni el matrimonio, ni el regreso, ni la maternidad, ni el desengaño y la guerra habían conseguido que el tiempo pasara por Camila, sobre todo por los ojos, que son los que cuentan el tiempo. Hasta entonces había logrado conservarlos inocentes y alegres, y eso los mantenía jóvenes. La viudez le puso diez años de golpe y la

convirtió en una mujer. Su dramatismo no provenía tanto de que le hubiera sido anunciada por un telegrama lleno de medallas como porque ya se le empezaba a notar el embarazo. De todo ello, sin olvidar la certeza durante unos días de que su padre se les iba, Camila salió no sólo con unas pequeñas arrugas, canas y un nuevo aplomo, sino sobre todo con una cosa en el fondo de los ojos que ya no había de perder. Extraña viuda: las canas que apuntaban en su romántico moño holgado contrastaban con su gravidez, y su riguroso luto, con su manifiesta juventud. Eran sin duda tiempos de guerra.

En Santiago y toda América se vivía la prosperidad que suele producir la desgracia ajena. La incertidumbre había terminado de rematar la lentitud colonial de la vida y en todas partes se podía palpar una despreocupada euforia, incluso en el reducto de los Cincuenta más en contacto con el país. Incapaces de resignarse como las Ultimas a jugar a la canasta a modo de sortilegio para frenar la Historia, los más jóvenes de entre los Cincuenta habían decidido archivar sus prejuicios, o al menos disimularlos. Ése era el caso de Honorato, el hermano de Camila, regresado de Inglaterra sin el título de Cambridge pero con el prestigio de haber pasado por allí, el talento de anudarse las corbatas como ellos y cierta comprensión —obtenida con paciencia en *pubs* y casas de campo— de cómo se compatibilizan los negocios con una elegante respetabilidad. Al menos en Tres de Marzo, habían sido siempre incompatibles: la única relación decente que se podía tener con el dinero era heredarlo, y aun así había que aprender muy bien la frágil ciencia de no exhibirlo.

Honorato, por ejemplo, había terminado por aceptar plenamente al Blanco Gómez, hasta el extremo de flirtear (así decían entonces) con su hermana. La hermana del Blanco Gómez era una joven taciturna con las manos lentas y la mirada abstraída, que sólo fue sacada de dondequiera que estuviese escondida cuando el poder de Gómez se hizo incontestable. Se llamaba Rosaura y se parecía a su nombre. Era tímida y oscura, probablemente lo primero a causa

de lo segundo pues el Blanco Gómez la alentaba visiblemente a comportarse como una pelirroja que acabase de ganar un concurso hípico. Y aunque no montaba mal, estaba claro que Rosaura jamás ganaría un concurso hípico. Ni mucho menos sería pelirroja.

Para entonces hacía rato que el Blanco Gómez había sido admitido en el *Jockey* —ni una sola bola negra en esta votación—, y por una de esas excepciones que constituyen la norma en los salones, se paseaba por éstos con la soltura reservada a los descendientes de los conquistadores y de los libertadores, que por otro antojo del azar ocupaban el mismo rango. Había aprendido. Quizá fuera efecto de una práctica a escondidas sobre la base de lo intuido en Europa, o tal vez la química de la humillación, que suele conseguir prodigios. Lo cierto es que el Blanco ya casi conseguía el nudo de corbata para el que se necesitaban tres generaciones, ya no se agachaba ante la sopa sino que subía la sopa hasta él, y no entraba en los salones por los lados, como un administrador de fincas, sino por el centro, igual que los señores.

Los más irreductibles de entre los Cincuenta sugerían que esa elegancia no era más que el espejismo del poder, y que todo se vendría abajo si el Blanco Gómez lo perdiera. En su rabia llegaban a cambiarle el nombre: no le llamaban el Blanco Gómez sino que le restituían el Atilio, su nombre de bautismo, precedido de un *don*, don Atilio Gómez, con lo que lo devolvían de golpe a la condición de oficial de juzgado, que es lo que había sido su padre hasta que comenzó a hacerse imparablemente rico. «Por mucha plata o mucho poder que se tenga», decían como quien comprueba una vez más la fatalidad de la biología, «el señorío no se compra».

De la plata de los Gómez no había ninguna duda desde hacía por lo menos treinta años, pero lo curioso es que del poder, el más visible al menos, parecían haberse retirado. Igual que su padre, el Blanco se volvió ministro de Hacienda cuando se hizo necesario para apoyar las industrias de la familia, y se retiró una vez puso las bases de una prosperidad duradera. Y luego, cuando era evidente que sería candidato a la presidencia y hasta los demás delfines se

adelantaban a saludarle, se retiró de la política. Ni siquiera anunció su decisión: simplemente fue desapareciendo de la escena, bajando el perfil, esquinándose. Cuando alguien preguntó, ya no estaba: en eso era un maestro.

Hasta que reapareció, reencarnado en su hermana. Porque quien se colgaba del brazo y entraba con Honorato en el hipódromo, los bailes, el *Jockey*, las cenas de embajada, era Gómez, no su hermana. Una especie de conquista indirecta, como todo lo que hacía, pero sobre todo una venganza que si bien consiguió desde el primer momento su principal objetivo —que Camila supiera que era una venganza, y contra ella—, se equivocó en la carga: a Camila no le importaba. Ya no le importaba. En algún momento que no habría podido determinar se había salido de la lucha por la entelequia de los nombres, la raza, la genealogía, la preocupación porque fuera a salir un hijo con pelo de indio o labios de negro. Toda esa pelea le parecía, más que patética, insignificante.

Rosaura, en cambio, le inspiraba una remota pero verdadera piedad: borrosamente sospechaba una indestructible melancolía muy al fondo de aquellos ojos húmedos, de esas manos silenciosas. En la medida de sus posibilidades, pues salía poco, ayudó a Rosaura todo lo que pudo, no tanto para que no metiera la pata en la resabiada sociedad tresmarina, sino para que no se hiciera más daño que el ineludible. Pues la melancolía de Rosaura no era sino la del tenor a quien obligan a cantar de bajo, la del gato disfrazado de perro. Forzándose, pues ya nada de eso le importaba mucho, Camila guió a Rosaura en el difícil arte de vestirse y sobre todo en el muy difícil de elegir sombreros o telas de sofá. Cuando hubo que encargarse de lámparas y colchas para la casa que ocuparía con Honorato, Camila se las arregló para que no se hiciera con nada irreparable, y después de la boda la siguió ayudando, entre otras cosas porque sabía que, por muy interesado que estuviese, Honorato jamás perdonaría que su mujer se le apareciera un día con un casco de rulos. Los únicos libros que informaban de esas cosas eran las novelas —ciertas novelas, bastante raras—, pero

tomaban mucho tiempo y no lo había.

El día del matrimonio de Honorato y Rosaura, Mar ya había nacido y Camila recobraba, si no su juventud, sí su irrepetible modo de estar. Pues Camila se fue convirtiendo en una de esas personas antes las cuales se baja la voz (ella también tenía la voz baja; por ejemplo no podía gritar). Lo que intimidaba de ella es que al dejarla siempre se tenía la impresión de que había algo más, de que el tiempo no había alcanzado. Alcanzado para qué, no se sabe: simplemente no había alcanzado.

—Finalmente estábamos condenados a ser parientes —el banquete había enfilado ya ese confuso rumor al que están abocadas las bodas y el Blanco Gómez la miraba con un brillo en los ojos distinto del de su hermana.

—Contraparientes —precisó Camila, jugando, y aunque se arrepintió en la *p*, pues comprendió que se podía malinterpretar, ya era tarde. El Blanco Gómez la miró con un rencor viejo que por fin se dejaba ver al otro lado de su mirada oblicua.

—Ustedes no cambian nunca —dijo.

En Gádor, aquel día, Niebla había dicho algo parecido. Con la misma lógica imprevisible que al cruzar una puerta les había metido en un hospital de guerra, les sacó cruzar otra. En más o menos cualquier parte de lo que parecía un salón de juegos se encontraban una mesa de billar con desniveles y hoyos, un par de ajedreces de época suspendidos en situaciones de gran inminencia, mesitas con naipes y otras en que se desarrollaban lo que parecían juegos, juegos bellos, difíciles, que requerían raras habilidades. Quizá no fueran juegos. Quién sabe. Niebla se inclinó sobre uno cercano, puso un palito de madera en un lugar que parecía haberle estado esperando mucho tiempo, lo miró y luego golpeó con otro palo en otro sitio estratégico y la biblioteca fue ocupada por una vibración fuerte y armónica y sorprendentemente grande para el pequeño artefacto del que salía. Niebla miró a Camila con una gran sonrisa

que le quitaba veinte años de encima.

—Es un tramídopo. ¿Lo habías oído?

Camila se quedó como si la hubiesen sorprendido sin saber solfeo.

—Claro que no lo conoces. Es un instrumento de los indios Xiacao, y su sonido cambia tanto, según las piezas que se le pongan o quiten, que también cambia de nombre: trampíodo, trampoído, trampodio, potramido... según lo que suene. ¿Cómo crees que se podría llamar ahora? —Y entonces quitó otro elemento y arrancó otro sonido inaudito.

Así era Niebla. Como su nombre. Sólo en Tres de Marzo, durante el tiempo que permanecieron separados, Camila fue sospechando hasta llegar a la certeza de que ni existían los indios Xiacao, ni tampoco el trampoído, aunque ella lo hubiese visto y hasta escuchado. (En su recuerdo guardaba una imagen casi escultórica del aire expandiéndose). Como sus versos, sus ojos, sus apariciones y pérdidas, era una de las creaciones de Niebla que le permitían ir sobreviviendo en un tiempo en que se sentía como si al nacer hubiese trastocado la fecha, el año y hasta el siglo. Ése fue el sentido de lo que le dijo a Camila esa tarde mientras miraba el parque, la miraba a ella, volvía a mirar en el parque el sol ya de otoño, cayendo, con uno de los catalejos de bronce de lo que parecía una colección.

—Así veo yo —comentó con una voz lenta y científica—: demasiado.

Claro que fue el nacimiento de Mar lo que arrancó a Camila del estupor en que había caído tras su segundo regreso. La niña: su piel arrugada, una talla demasiado grande, sus puños cerrados, incapaces de hacer daño, sus ojos que sólo la reconocían a ella, la escasez de su llanto..., todo eso la sacó de sí misma y confirmó lo que ya le había ocurrido con Rodrigo, y es que ella pasaba a un segundo plano y les cedía una escena que de todas formas era suya.

De Mar, sobre todo. Con ese estar tranquilo que se le vio desde niño, Rodrigo tuvo de inmediato hacia su hermana una relación casi paternal —de alguna manera tenían ambos que inventarse un padre—, de la que se beneficiaba la propia Camila: encontraba en el muchacho un apoyo extrañamente sólido, y también una especie de alivio a algo emparentado con la culpa. No ante el marido doblado —ya no quedaba mucho entre ellos, para entonces—, sino culpa porque Diego había muerto. Una culpa falsa, se puede pensar, característica del entorno de los héroes, propicio al fatalismo y la superstición. Pájaros negros que cambian de significado según estén a la derecha, a la izquierda o volando. Sin embargo nunca sabremos qué había habido entre Camila y Diego. Como decía mi padre, «nunca se sabe lo que ocurre en una alcoba».

La crianza de Mar hizo pues que a Camila los años le parecieran meses. Eso y una sensación de fatalidad, la certeza de que algo importante se le estaba acabando ante los ojos y ella no sabía qué era. En la más vieja evidencia, la del tiempo, pensó que ello se debía a la edad de su padre, pero el viejo Mallarino llevaba la vejez

con la naturalidad de quien ha vivido lo suficiente y si se arrepiente de algo no lo parece.

Al fin y contra todo pronóstico Mallarino pudo ver su casa terminada. Una noche le preguntó a Camila si tenía algo importante que hacer y a la mañana siguiente la llevó a ver la nueva casa. Era preciosa, sin duda, por cuanto entraba toda la luz que se podía razonablemente permitir a tres mil metros de altura —el sol es blanco y agobia, aunque haga frío— y además era una casa que reflejaba a su constructor y había sido pensada para sus futuros habitantes y no para vengar del anonimato al arquitecto ni encajar en sus teorías. Las habitaciones de los niños, rectangular para Rodrigo, con un mirador para la niña, estaban configuradas de forma que nadie pudiese crecer allí pensando que es obligatorio vivir en ratoneras^[47]. Camila disponía de una pequeña sala sobre el jardín, desde la que podía gobernar la casa sin moverse.

Esa mañana no fue sin embargo la verdadera mañana. La verdadera llegó sin aviso en medio del faraónico trabajo de empacar, tras un siglo más largo de lo normal, la casa de la calle de la Salida. Doña Zoila, con el orgullo de un coronel con cicatrices, se afanaba sin pausa desde el alba, y sin embargo, por la noche, acostada de puro agotamiento, le decía a misía Sólita cuando le llevaban la cena que para entonces era siempre un huevo estrellado en un pálido consomé: «Nunca lo conseguiremos».

Ella, al menos, no. Un viernes que por tercer día consecutivo se encontraba sacando manteles y ropa blanca de los gigantescos armarios del *office* y metiéndolos en los viejos baúles sin fondo que ya eran veteranos de la travesía del Atlántico, se sentó por primera vez en su vida en una de las sillas de paja de la cocina. No viviría ni veinticuatro horas. Los médicos comentaron al viejo Mallarino que no podían comprender cómo doña Zoila había podido resistir de pie los penúltimos dolores de un cáncer de estómago. Les sorprendió aún más que a él no le extrañara.

La mañana que Camila conservó como una de las cinco esquinas de su vida llegó no mucho después. El entierro y funerales

de doña Zoila, una de las últimas grandes concentraciones de la vieja guardia tresmarina —señores con la frente alta de los proceres, viejecitas arrugadas con el pelo plateado y oliendo a un mundo ideal—, habían transcurrido en el doble estupor producido por la muerte y la mudanza: el velatorio hubo de hacerse en una casa en la que aún no se notaban en las paredes las pálidas ausencias de los cuadros pero de la que habían desaparecido los ceniceros de plata y los jarros Doulton con las caras de Pickwick y otros personajes de Dickens. Era una casa ya tocada por la ausencia.

Y era una casa totalmente entregada a ella —la ausencia y la deserción—, cuando unas semanas después el viejo Mallarino llamó a un fotógrafo de trípode y posó con Camila y Rodrigo entre las grandes cajas de embalaje y los marcos barrocos de enormes espejos y delicados balones de viruta que ya circulaban a su antojo por la casa de la que siempre habían salido los presidentes radicales, los tres de marzo bajo la lluvia, a tomar posesión en palacio. La niña dormía la siesta cuando vino el fotógrafo, de modo que no pudo posar. Después, mirando la foto y recordando, Camila terminó por comprender, igual que con el tiempo se terminan por comprender los testamentos caprichosos, que muy probablemente su padre no había querido que apareciese Mar. Rodrigo sí, pues ya era un niño. Un niño con pantalón corto, el don de saber estar y esa mirada grave que tuvo siempre de quien ya ha vivido un gran desastre. Mar no pues Mar era un bebé y los bebés todavía son de un mundo distinto a éste.

Ni siquiera el viejo Mallarino hubiese sabido explicar por qué la sesión de fotos era tan importante. Los tres posaron entre bromas y risas —más bien sonrisas— pero extrañamente esa alegría se transformó en las fotos en una indefinible melancolía vagamente sonriente: esa invisible nube que se aprecia en ciertas esculturas o fotografías. Extraña también ese sentido escénico en quien nunca había disfrutado demasiado con el teatro y demás. Camila siempre recordó esa mañana de tres personajes mudos, inmóviles y sin

embargo más vivos que nadie, como uno de los grandes momentos de su memoria. Y con el tiempo, cuanto más se alejaban hacia un pasado ideal, con progresiva emoción.

Pasaron unos años que Camila hubiese tenido dificultades para contar. Un tiempo liso que se deslizaba sin alargar las sombras ni dejar huella, y en el que el país sufrió un golpe de Estado mientras a lo lejos se escuchaba un rumor de guerra mundial, pero muy a lo lejos.

Con el golpe de Estado, también disfrazado de *revolución, final del caos, cirugía de hierro*, como siempre, en Santiago desaparecieron hasta los restos arqueológicos del mundo que había sido del viejo Mallarino. Camila se felicitó de que ya no estuviera allí para verlo. De todas formas ella apenas si se enteró pues guardaba un luto cuyo rigor de convento era en su caso una necesidad y no una convención, como creían en Tres de Marzo. Y como creyó el Blanco Gómez, transformado tras el golpe en una vez más uno de los hombres poderosos del Régimen. Una tarde inmóvil de domingo desierto se atrevió a presentarse en la casa de los Mallarino con cinco guardaespaldas y entregó a la camarera una tarjeta de visita en la que su nombre brillaba como un insecto.

Camila mandó que lo hicieran pasar a una salita de la planta baja, contigua al salón de juegos, y cuando bajó, diez minutos después, antes incluso de saludarle le preguntó al Blanco Gómez qué hacían todos esos hombres en el jardín y el vestíbulo.

—Me protegen —dijo el Blanco Gómez, no sin un pueril orgullo de jefe de pandilla, de ministro.

—Nadie necesitó nunca protección en mi casa —respondió Camila—, y no vamos a empezar ahora^[48].

Para desgracia del Blanco Gómez, Camila vestía de negro, no se

había pintado, tenía ya unas cuantas canas estiradas hacia atrás en un moño más severo que sus románticos moños de antes, y le pareció casi más bella que nunca.

Vivía completamente retirada, pendiente de sus hijos, y a la vez procuraba poner orden en una herencia que parecía tener una vida propia: por claros que hubiesen estado los testamentos de sus padres, los abogados y administradores se las arreglaban siempre para encontrarles oscuridades y pasajes de doble significado. En ello coincidían con su hermano Honorato, que se había ido convirtiendo en un personaje gordo, tormentoso y desconfiado, convencido de que los abogados hablaban en un idioma paralelo, sólo parecido al castellano, inventado para confundir a sus clientes. Eso lo sacaba de quicio, de modo que no paraba de comer, de fumar enormes puros de petrolero, y de enfurecerse. A Camila le caía el trabajo de impedir que con sus impulsos y cóleras sembrara todavía más el caos en una herencia que no había resultado ser ni mucho menos lo invulnerable que todo Tres de Marzo creía que era.

Más el trabajo principal de Camila, aquél en el que se volcaba no sólo con la cabeza sino con una especie de esperanza, la esperanza de algo que no sabía qué era pero la ponía en enorme tensión, era el de terminar de pasar a limpio los trabajos de su padre: sistematizar sus últimas páginas sobre los simios, escritas con las abreviaturas y enigmática caligrafía de quien ya no espera lectores, y sobre todo dejar en claro el universo de orquídeas descubierto y nombrado por el viejo Mallarino. Con esa misión le parecía tener una deuda particular.

Resultaba un trabajo duro, muy duro por cuanto debía hacerse en la vieja casa de la Salida, vaciada de todo menos de un par de cuidanderos, las orquídeas y un viejo Balzac que se había quedado completamente solo, ingrino, medio ciego: quería morir y no sabía cómo hacer. Camila era su único consuelo. Ya no se le subía en los brazos cuando ella llegaba, como antes, ni mucho menos le daba muestras de cariño ni fingía espulgarla. Viejo y descangallado, llegaba medio renqueando y cogía a Camila de una mano nada más

cruzaba ella la puerta, y así permanecía un buen rato. Luego, al marcharse Camila después de trabajar, siempre concentrada, sin dejarse ir a los muchos silencios y fantasmas que estaban ahí esperando un descuido, Balzac se quedaba durante un buen rato en el centro geométrico del invernadero, como si esa situación alejada de todo y de todos, en el más absoluto silencio, diera la medida de su soledad y se la confirmara una vez más como destino.

Camila se disponía a salir un día cuando el timbre de la puerta la sorprendió mientras cogía el paraguas. Se despidió pues apresuradamente de Balzac en el invernadero, cruzó la casa sin mirar a los lados ni escuchar el eco triste de sus pasos, abrió la puerta y, en un mediodía oscurecido por nubes de tormenta, vio a Niebla, inmóvil bajo las primeras gotas del aguacero. No le fue fácil reconocerle: necesitaba un corte de pelo y una gabardina doblada le colgaba de un hombro. Sobre todo algo le había ocurrido a sus ojos. No eran sólo unas ojeras que le trazaban un par de alarmantes pinceladas grises. Pese a que seguían entrecerrados y miraban desde atrás, era que parecían haber visto realmente mucho.

Para entonces ya llovía con la violencia del altiplano y ninguno de los dos se preocupaba por impedirlo. Se miraban. Finalmente Camila le pasó por la mejilla la espalda de dos dedos, como a veces hacía con sus hijos, e igual que hubiese ocurrido con ellos, cayó en cuenta de que llovía y lo metió en la casa.

Probablemente les intimidó entonces el silencio subrayado por el estruendo de la lluvia. El espacio. Los fantasmas de la casa vacía y también los de una separación de años. Igual que viajeros, no tenían dónde agarrarse de modo que no les quedó más salida que agarrarse el uno al otro. Avanzaron muy lentamente y se abrazaron, y debieron de sentir lo mismo que un marco y una puerta cuando al fin se encuentran.

Niebla llegó a Tres de Marzo en una de las primeras oleadas de refugiados, cuando fueron abiertos en Europa los campos de concentración. En ese momento pesaba veinte kilos menos —es de preguntarse de dónde los había restado—, tenía muchísimas canas,

aunque dispersas de una en una por el pelo negro, y sobre todo, lo más dramático, una mirada en la que no se sabía si había sobrevivido aquello que en el fondo de sus ojos entrecerrados hacía de Niebla alguien único, irrepetible. De hecho costaba imaginar de dónde había sacado la voluntad de meterse en un barco abarrotado, llegar hasta América y encaramarse hasta Tres de Marzo.

Camila no hizo ni una sola pregunta. Simplemente se puso enfrente, al lado, debajo, encima, donde la necesitara Niebla en cada instante —durante mucho tiempo pareció que ni la necesitaba a ella ni necesitaba a nadie, pareció que lo mismo le daba que lo partiese un rayo— y esperó. Ya había aprendido que si hay algo que se puede todavía arreglar, el tiempo acaba por hacerlo.

Terminó por pasar el suficiente para que una mañana, bajo la ducha, Camila sintiera de pronto un calorcillo sobre su cintura que no venía del agua. Intrigada, se terminó de aclarar el champú y se quitó el pelo de la cara, y con inesperada delicia vio que era un rayo de sol que entraba por una rendija de la cortinilla de la ventana y jugaba sobre su piel.

Con gran sorpresa y sin respiro, Camila comenzó a redescubrir, pues los había conocido alguna vez, hacía mucho, el gusto de las zanahorias crudas, la dulce acidez del jugo de lulo, el gris catedralicio de las montañas de Tres de Marzo cuando se prepara una tormenta, la alegría de las chimeneas y el placer de las sábanas limpias sobre el cuerpo. El cuerpo. De pronto volvía a tener sueños, pues aunque no los recordaba, los rastros de su paso al despertar eran evidentes. Estaba, además, mucho más alegre. No sin sorpresa las muchachas la sorprendieron una vez cantando mientras arreglaba un florero. Había vuelto a hacer floreros.

Hasta que llegó la noticia y Camila temió que fuera una helada prematura: Santás había muerto en Roma. La noticia se la escribió Loma de Águilas a Camila, por si ella sabía dónde estaba Niebla: «Mi sobrino Iñigo», decía. Nadie sabía nada de él desde el final de la guerra civil, y le hubiesen dado por muerto de no ser porque unos judíos que habían pasado por Madrid rumbo a Lisboa trajeron, hacia

1942, una carta suya pidiendo que se les ayudara. «Siempre tan especial», comentaba Loma de Águilas.

De la carta de Loma de Águilas a Camila.

Mi hermano murió en paz, sin sufrir aunque solo en la noche del 13 de junio de 1947. Su óbito fue descubierto por la camarera del Hotel donde se hospedaba, el Grande Albergo d'Inghilterra, extrañada por la peculiar circunstancia de que, rompiendo su costumbre, no saliera a las nueve a dar su paseo matutino.

El día anterior había jugado al bridge con algunos amigos, y se había retirado a la hora de costumbre. Por la noche leyó a Chateaubriand, al que tan aficionados somos en casa.

Según tuvo a bien comentarme la Reina en ocasión de los funerales en la iglesia de Santa Mana di Trastevere, nada parecía indicar que presintiese o temiese la muerte: piadoso y buen católico, estaba en paz con Dios. «Era un leal», dijo la Reina. «Díselo a Iñigo si por ventura tienes ocasión».

La tenía, y así lo hizo. No tan extrañamente, esa noticia de muerte fue la primera que insufló un poco de vida en los ojos apagados de Niebla. Camila se la comunicó lo mejor que pudo, a sabiendas de que no hay manera de dar ese tipo de noticias, y después optó por entregarle la carta de su tío y retirarse un poco, aunque manteniéndose alerta por si la necesitaban. Así vio a Niebla, de espaldas a ella, leer la carta en la parálisis de la emoción, y estremecerse suavemente unos segundos al enterarse de que también el moro Mohamed había muerto, de pura pena, veinte días después de Santás.

Dile a Íñigo, si lo ves, que él es ahora el heredero del ducado y demás títulos de nuestra casa. No me cabe la menor duda de que sabrá estar a la altura. Es un Gayán de Gádor.

Camila había temido al leer este pasaje que Niebla soltase una carcajada furiosa e hiciese una pelotita con la carta. Y no hizo nada de eso. Ni siquiera está claro que llegase hasta ahí. Lo único seguro es que se quedó mirando por la ventana, sin aguardar nada ni curiosidad alguna, y cuando Camila regresó a la habitación, ya al caer la tarde, se lo encontró sentado en la penumbra, en un sillón que había acercado, mirando sin pasión llegar la noche.

Poco a poco Niebla fue adquiriendo casi el mismo aspecto de antes y se abrió lentamente a la vida exterior aunque no a la sociedad. En Tres de Marzo se supo pronto de quién se trataba y el chorro de invitaciones a la fiesta sin pausa que constituía la vida social en Tres de Marzo se secó pronto ante una negativa inmóvil pero tenaz a participar en nada.

Niebla iba a montar a caballo con Camila, siempre y cuando fuese campo a través, y la acompañaba gustoso, en la vieja casa,

cuando trabajaba en las listas de orquídeas y su descripción. Un trabajo casi acabado que Camila alargaba para no acabarlo: era como si no se quisiese despedir de su padre.

Pero Niebla no estaba bien. Cierto que ya no parecía un náufrago —había engordado, se había cortado el pelo y hasta sus ojeras se le habían vuelto permanentes—, pero evidentemente no estaba bien. Hablaba mucho menos que antes, no hacía juegos de palabras ni canciones, y no intentaba retrasar la hora de dormir. Con mucha dificultad Camila había logrado que abandonase el hotel polvoriento al que había llegado, el Granada —el mismo, por cierto, al que había llegado el señor Schwartz—, y le había preparado el dormitorio de invitados. Tres meses más tarde ni el más pequeño objeto personal sobre la mesilla de noche sugería que ahí vivía alguien. Lo cierto es que no vivía. Estaba lejos. Nadie hubiese sabido dónde. Una noche en que terminaban su trabajo de botánicos en la vieja casona Mallarino, Niebla cogió una mano de Camila y le pidió que le dejase dormir allí.

—¿Aquí? —Camila miró las paredes vacías—. Dónde.

Niebla señaló un viejo sofá que junto con la mesa de trabajo constituía todo el mobiliario de la mansión, y Camila comprendió, no sin tristeza, que era mucho más lo que Niebla le estaba pidiendo. Le estaba pidiendo soledad y desnudez. Y lo único que podía hacer ella era dárselo.

Debía de ser realmente lo que necesitaba porque a partir de ahí sí se fue abriendo y creando una vida propia. Quién sabe cómo, de pronto se le empezó a ver, no en los salones ingleses de quienes se creían sus pares, en ese tipo de sobreentendidos que va siempre con el dinero y el poder, sino en los cafetines ahumados de quienes ni preguntaban quién era y sólo reclamaban de cuando en cuando una buena historia^[49].

Ni siquiera ahora está claro cuánto tiempo pasó. Era un tiempo gris, brumoso, de espera, también, de algo. Camila sabía que ese algo llegaría y de hecho lo veía venir en pequeños signos que lo iban acercando: estrellas nómadas en el silencio, polvo en el

horizonte, pájaros a la izquierda... Entretanto Niebla buscaba las calles transversales, investigaba en soportales oscuros y escuchaba, en silencio, las historias de los cafés. Un día Camila lo encontró leyendo y comprendió que lo más grave había pasado. Por cierto que en adelante pareció que en los extremos de los brazos le nacían los libros: siempre llevaba uno, algo insólito en esos tiempos en Tres de Marzo, y lo más insólito, libros que casi nadie sabía ni que existían. Libros semiclandestinos de botánicos y astrónomos y poetas americanos oscurecidos por la distancia pero en los que parecía encontrar misteriosas satisfacciones o pistas de algo que había extraviado. Los encontraba, en su mayor parte, en la amplia biblioteca del viejo Mallarino.

Poco a poco, mientras pateaba la ciudad y en las grietas de sus aceras parecía encontrar sutiles dibujos, explicaciones de lo que había visto y de lo que seguía encontrando, fue llegando a la cordillera que dominaba la ciudad y al cielo gris de la primera hora de la tarde. Como a Diego, algo debieron de tocarle dentro porque no mucho después, con ojeras de por lo menos dos días de insomnio, fue a buscar a Camila una mañana al alba, la sacó de la cama y le dijo: «Elige país. Nos vamos».

Y al segundo o tercer día de travesía en el *Magallanes* — justamente el pesado buque que había llevado a Camila en su busca—, se sentó a escribir. Según dicen, fue entonces cuando escribió aquello de

*Gaviotas azules alcanzan mi barco
y me despiertan
En vez de tierra anuncian días,
días a la vista
días verdes y azules mar adentro*

pero hay que sospechar de las leyendas, sobre todo cuando

encajan. Lo único seguro es que se puso a escribir. Le vieron.

Cuando hablaba de Gádor y todo aquello, mi padre terminaba a menudo en lo de las fotografías que mandó hacer el viejo Mallarino en medio del trasteo de la vieja casa. Parecía que le desanudaban algo por dentro. Primero mi padre recordaba algo de aquel tiempo, lo contaba una vez más, añadiéndole algo, y luego llegaba a lo de las fotos; entonces reproducía con un talento cada vez más sobrio el dramatismo un poco anacrónico que debía tener la escena: el viejo Mallarino con su barba de científico trashumante, Camila de luto y a la espera, y el pequeño Rodrigo mirando a la cámara con los ojos quietos y el pelo encendido. En torno, en un escenario súbitamente muy grande, cajas de embalaje en las que cabían sofás, virutas de paja sobre los suelos de madera desgastada, enormes marcos de espejos ausentes.

Yo jamás vi las fotos, o tal vez las vi y no me acuerdo, pero cuando finalmente Inés encontró una, hurgando en unos baúles de mi padre que años después de su muerte me llegaron de una esquina de sus viajes, me pareció que no había dejado de verlas. Era sólo una foto en realidad. Ahí estaba el viejo Mallarino, recto por cierto como mi padre, y con el mismo pelo blanco; Camila, con una melancólica delicadeza como ya no se acostumbra, y Rodrigo, que ya parecía estar viendo, y de ahí esos ojos agachados por las esquinas, todo su destino. Lo único que tontamente me sorprendió de la foto es que Rodrigo salía con el pelo gris, y yo sabía, pues incluso lo había leído en algún sitio, que Rodrigo era pelirrojo como un incendio.

Supongo que el destino está tan claramente escrito en unas cajas de embalaje que hasta un niño —sobre todo un niño— lo puede leer. Lo cierto es que Camila no debió de elegir país, como le había pedido Niebla, porque durante algunos años estuvieron viajando sin permanecer mucho tiempo en ningún sitio. Camila había sido hasta entonces una mujer más bien tranquila —entre un baile y una buena novela prefería lo último—, pero se adaptó sin mayor dificultad a la existencia nómada que Niebla le proponía. Debía de saber que no tenía elección, como por otra parte tampoco la tenía Niebla, que llevaba el viaje por dentro. Él se limitaba a seguirlo, y ella a seguirle a él, sin importarle. De un modo aéreo, extraño, imprevisible, era feliz. La prueba, por si hiciera falta, que no la hace, es que iba necesitando menos cosas. Educada en un mundo en que había un tiempo y hasta una habitación para hacer floreros, y la preparación de un postre podía durar tres días, Camila no tuvo la menor dificultad en despojarse, prescindir, irse dejando baúles por el camino, igual por cierto que hacía mi padre por esas mismas fechas.

Decir que Camila y Niebla iban adquiriendo un aspecto de nómadas sería mucho. Y sin embargo eso es lo que eran: gente que viajaba, no en busca de temporadas de ópera o carreras de caballos, como habían hecho sus padres, sino al impulso de otros vientos, en ocasiones tan sutiles que rozaban el capricho. Pero no lo eran, claro está. Cada cierto tiempo, al año o a los seis meses, eso no importa, Niebla miraba a Camila con ojos que ella había aprendido a reconocer en un vasto repertorio y le decía: «Nos vamos», y ni una sola vez a Camila le pareció un capricho. Sabía que Niebla llevaba el viaje dentro. El viaje sin destino. Ella le seguía. No hubiese podido encontrar una sola razón para no hacerlo, y no habría entendido si le hubiesen mencionado el interés de sus hijos. Todos los niños juegan. Para ella, sus hijos jugaban en un jardín más grande. Qué mayor interés que ése.

Tampoco hay manera de establecer un itinerario preciso. Mar no guardó más que imágenes: un paseo con palmeras que llamaban *passeggiata*, un jardín nevado, un chófer gigante con acento extraño que le regalaba muñecas hechas por él en las inmóviles esperas que constituyen la vida de los chóferes. En cuanto a Rodrigo, siempre pudo recordar secuencias, pero no en un orden preciso, y hasta frases de árabe, italiano, francés que ni siquiera sabía que sabía y que de pronto le salían solas de la boca como irrefutables pruebas de que aquel tiempo sí había existido.

Por entonces fue cuando más los vio mi padre, aunque siempre que queríamos saber más y le preguntábamos cómo, cuándo, se reía y callaba o cambiaba de conversación, variantes ambas de la desaparición del mago entre el humo. Me parece recordar —por entonces yo estaba más pendiente de juegos con muchachitas de manos sudorosas y labios tímidos—, me parece recordar que mi padre hablaba de encuentros con Camila y Niebla en Tánger, París, Inglaterra y Niza, aparte de los de España: por lo visto no sólo coincidió con Niebla y Diego cuando jóvenes —tío Ramón estudió con ellos en el internado—, sino que mi abuelo Luis estuvo en África con el viejo Santás.

De todas formas de ese periodo mi padre no hablaba mucho. Ni del de después: un tiempo gris que le entristecía, como a todos los de su edad. Prefería recordar el tiempo nómada en que a Camila, Niebla y los chicos sólo les faltaba un carromato, un perro vagabundo, una guitarra, y con el tiempo he llegado a sospechar que no tanto porque fuera un tiempo mejor, aquél en que ambos habían sido felices —¿Lo habían sido realmente?—, como porque a través suyo mi padre recordaba sus propios viajes, su propia trashumancia por caminos que más tarde se convirtieron en autopistas y, al menos para él, perdieron interés.

«Desde luego tu padre no era fácil», reconoció mi madre cuando yo comencé a escuchar en serio, «pero te diré algo: en mis veinte años a su lado no me aburrí ni un minuto».

Yo tampoco. Y lo más extraño es que es algo de lo que me he

ido dando cuenta con el tiempo. A mí me tocó de mi padre el tiempo de la memoria, y él la tenía más rica y aplacada que nadie que yo haya conocido. En realidad no había hecho otra cosa en toda su vida que llenarla, en la creencia de que «nadie muere la víspera» pero también en la profunda convicción de que a lo único a que puede aspirar un señor es a acumular recuerdos.

Por todo ello me cuesta desbrozar qué es de Niebla y Camila, qué de otras historias, y qué me he inventado yo con mi propia memoria, que tampoco es tímida. Guardo sin embargo unas pocas imágenes de esos años que, igual que para mi padre la foto del traslado, se me han quedado con incomprensible fijeza: Rodrigo y Mar, muy niños aún, intentando comer espaguetis demasiado largos en un hotel de la Riviera. Niebla y Camila sentados en la cubierta de un *ferry* que los llevaba o los traía de Calais a Dover —sí, el mismo viaje en que Ludwig Muntz Kestemberg conoció a Niebla— y donde los encontró mi padre: Niebla llevaba pantalones de flanel y una chaqueta de espiguilla (que Rodrigo conservó muchos años), y Camila un abrigo de camel con cinturón de nudo. Y finalmente Niebla escribiendo en una terraza obviamente blanca y mediterránea, y Camila, más allá de la sombra, reclinada en una silla en equilibrio y esperando con los pies semidescalzos en el muro y una gran pabela para protegerse del sol. No sé por qué guardo esas imágenes, de todas las que desgranaba mi padre, pero son ésas las que guardo.

Tengo la impresión de que estuvieron dando vueltas hasta que ya no pudieron hacer otra cosa que volver a España. Sería demasiado fácil pensar que simplemente se habían ido quedando sin dinero. En efecto, cuantos más kilómetros hacían, más se iba enredando la herencia de Camila. Además, por esos años surgieron las primeras guerrillas en la región de las fincas de los Mallarino, que terminarían por devorar en su mayor parte. Tentaba creer que la fortuna había caído en manos de una ecuación fatal que castigaba la lejanía. Hasta el momento eso nunca había ocurrido.

En cuanto a Niebla, ni siquiera sabía qué estaba ocurriendo con

sus rentas, entre otras cosas porque nunca se preocupó demasiado hasta agotar unos fondos que tenía en Inglaterra y soportar que un sastre le reclamara una factura. Eso ya le había pasado de estudiante; pero ya no era un estudiante.

Tuvo que ser Camila quien le hiciese caer en la mezquindad de que, desaparecidos Santás, Loma de Águilas (muerto esos días) y el propio Diego, el nombre de Gayán de Gádor —que también era el de Rodrigo y de ahí la ansiedad de Camila— se había convertido en un nombre enemigo. «¿Enemigo?», saltó Niebla. (Como poeta hubiese debido de tener una mayor malicia con la lengua). «Es raro el siglo, desde hace muchos, en que un Gayán de Gádor no haya escrito un párrafo de la historia de España».

Camila se lo quedó mirando, maravillada de la fuerza de la genética: no otra cosa hubiese dicho Diego, ni Loma de Águilas, ni suponía que Santás, ni doña Zoila, su madre de vocación inglesa, cambiando nombres, títulos y continentes. Ni en ningún otro asunto ni momento hubiese usado Niebla esa retórica. Le había salido como el coraje a un perro.

—No me cabe la menor duda —replicó con la mano izquierda—. Pero quién sabe si los que gobiernan ahora lo saben.

De modo que regresaron. Un helado y azul día de febrero cruzaron por la frontera de Irún, y la sola suposición de que llegaban sólo por los comienzos aún muy suaves de la escasez quedaría destruida por la emoción de esa mañana. Algo silencioso e formulado que sin embargo Rodrigo recordó el resto de su vida como si sólo faltara escribirlo. Algo había distinto, que también le pertenecía, en las gaviotas del puerto de San Sebastián, en los horizontes rectos de Burgos y en los ojos arrugados de los campesinos que con aires de gran señor veían pasar el coche por la solitaria carretera, rumbo a Madrid. No había campesinos así en ninguna otra parte del mundo. No sin sorpresa, mientras iba sumando ruinas de castillos y nidos de cigüeña coronando campanarios, Niebla descubrió que su gusto por el exilio, el viaje, la trashumancia no era tan incondicional como había creído, y que a lo

mejor él era de todas partes, cierto, pero de unas más que de otras. Desde luego, de aquella soledad de ruinas bajo el frío, el viento, el sol. Para cuando llegaron a Gádor la emoción ya no le sorprendió.

No hay ni una foto de Gádor en esos años pero a juzgar por lo que me contaron debieron de emplear no poco en dejarlo habitable. Tiempo, más que dinero, pues dinero no había: en una coincidencia que sólo comprenden quienes saben que dos más dos son a veces cinco, y hasta tres, Niebla llegó a España para descubrir que estaba arruinado, completamente, como sólo se puede estarlo tras una guerra en el lado de quienes la han perdido. Todavía al viejo Santás le habían respetado, pese a que también era un perdedor, un perdedor monárquico, pero Santás estaba muerto, al igual que Loma de Águilas y que Diego, cuya victoria no les servía de absolutamente nada. A Niebla no le quedaban más que un Gádor medio saqueado por bandidos de paso, que ni siquiera habían reconocido lo más valioso, y unas cuantas tierras improductivas por dispersas en toda España —las productivas se las habían quitado, con un pretexto u otro, o las había perdido directamente a causa de su exilio— y que se fueron durante los años siguientes en garbanzos, calefacción y ciertas costumbres a las que no hubiesen podido renunciar: jabones de olor, por ejemplo, o ropa interior suave, o de vez en cuando algún jarrón que fuera grato a la vista y también al tacto. A Rodrigo y Mar no les terminarían por quedar más que las tierras pantanosas, con una abadía abandonada, de las que había salido el nombre setecientos años antes. Pero eso sería mucho después.

Bien mirado todo eso les vino bien. Eso: la ruina, los robos, la escasez. (Escasez, se entiende, para ellos: la mayor parte de la gente lo pasaba mucho peor). Es verdad que resulta muy fácil decir *bien mirado*, ahora, cuando ha pasado el tiempo y todo aquello está como envuelto en bruma y es medio leyenda. Pero aun así creo que les vino bien. Piénsese que llegaban a una España dura en blanco y negro, y que a ellos, pese a las apariencias, les tocaba más bien el negro: odio aún flotando en el aire, miradas con bigote, brazos

enyesados. Hambre, escasez y sobre todo mezquindad. La ciudad de los cafés, los periódicos y los poetas nocturnos había sido arrasada para hacerle sitio a una pequeña aldea. Pasados los primeros años triunfales, cuando las academias y los periódicos eran dirigidos por quienes en la guerra habían demostrado ser más feroces, y cuando para obtener una cátedra de Historia de la filosofía bastaba quitarse una pierna ortopédica y, calzada y todo, ponerla encima de la mesa del tribunal: «Brúñete», exponía magistralmente el aspirante, lo que había venido después era casi peor: una realidad gris, espesa, inacabable, de la que no se podía ya esperar sino imaginar siquiera el fin.

¿Puede entonces decirse que Niebla y Camila se encerraron en Gádor? En realidad fueron quedando encerrados, como por lo demás reflejan unos versos de Niebla, casi que demasiado duros para acordarse de ellos.

*Rien de neuf chere amie.
Morceaux, tas, ferraille,
ruines et souvenirs d'ombre,
même pas un peu de pluie.
Un ciel éternel blesse les yeux,
le même silence pleio de voix,
c'est août même en octobre,
les arbres brûlent d'ennui.
Rien de neuf: hier soir^[50] ...*

Fue por entonces cuando Gádor comenzó a *encogerse*. Y no sólo por la falta de servicio. Algo había en el aire que tanto a Niebla como a Camila impulsaba a una especie de sobriedad que algunos hubiesen podido tomar por escasez, ascetismo, tacañería incluso.

Lo más evidente era la insuficiencia de la calefacción, que les obligaba a vestirse como ingleses, con abundancia de *tweeds* y lanas, y que poco a poco les fue llevando a refugiarse en invierno en las pocas habitaciones donde se encendían las chimeneas. Una vez arreglados los destrozos de la guerra, el resto de la casa fue cayendo en un pulcro y silencioso abandono. Como el museo de un escritor olvidado.

Aparte de la tentación de aislamiento que misteriosamente viven las parejas cuando crían a sus hijos, no salían mucho pues afuera no había mucho que les hiciera salir. Tan sólo un país entero trabajando en silencio bajo la equívoca alegría de un cielo azul. Supongo que también porque en Gádor encontraban el alimento que les faltaba: en el parque, poco a poco desbrozado pero al que ya nunca volverían los caminos de grava en los que un jardinero borraba las huellas de Santás; en la alta biblioteca de dos pisos; y en el piano que Mar comenzó a tocar desde muy niña, de la mano de *misses* y *mademoiselles* que fueron llegando a su debido tiempo. De todas formas la que mandaba era Cosima, la italiana que había seguido a su marido alemán para defender Madrid. Tras su viudedad se quedó en el Gádor-hospital de la guerra, y ya no se había ido.

A medida que los niños iban dejando de serlo, Niebla y Camila intentaban recuperar los viajes, a veces con ellos, a veces solos. En ellos no hacían mucho. Cogían el Citroën en el que habían llegado y se lanzaban a recorrer Europa. Y no la Europa oficial sino precisamente la oculta: los bosques del centro de Francia, el norte de Escocia, Sicilia..., sitios así. En aquellas regiones apartadas parecían encontrar lo que necesitaban pues repetían. Sus movimientos no eran siempre fáciles de comprender y, al igual que los gitanos, a veces tenían problemas.

Un día estuvieron a punto de ser detenidos en la frontera entre Francia y Alemania. En aquel tiempo, los gendarmes franceses compartían el puesto con los alemanes, y se podían oír unos a otros. Intrigado por su francés, un gendarme le preguntó a Niebla

dónde lo había aprendido y éste respondió que desde niño, sin especificar. Cuando le respondió lo mismo al guardia alemán, ambos adquirieron de golpe un aspecto inconfundible de espías: hasta el Citroën parecía el encargo de un novelista. Camila agravaba su caso por ser morena y a la vez elegante, y ambos por su pasaporte; en la mente limitada de las fronteras de posguerra, varias piezas no encajaban. De todas formas algo debían de tener porque no les detuvieron.

Este incidente fue reconstruido más tarde. En ese mismo viaje, unos días después, Niebla y Camila se mataron en un paisaje francés de viñedos y castillos al resbalar su coche sobre una placa de hielo e ir a incrustarse en un castaño que imagino magnífico. Húmedo y amarillo. Iban muy rápido. Unas horas antes habían llamado a Gádor, como hacían cada uno o dos días, y Cosima les había dicho que los niños tenían sarampión. No había ningún peligro y sin embargo volvían a casa a toda velocidad. El peligro era otro. Cuando les recogieron parece ser que Camila tenía rotos los tacones de los zapatos, de hacer fuerza en las curvas.

Sólo entonces Niebla volvió a conocer un mínimo de resonancia, y no precisamente por poeta. La prensa de la época dio cuenta de la noticia, aunque ocultando casi todo, y en particular su poesía y su pasado de exiliado, como era propio de esa prensa, de ese momento y de la rudimentaria escritura de género:

«Íñigo Gayán de Gádor, conde de Niva, y su esposa, Camila Mallarino, herederos del Ducado de Santás, resultaron muertos el pasado miércoles en un accidente de tráfico en una carretera de Francia, donde pasaban unos días de vacaciones. Camila Mallarino, casada en primeras nupcias con un héroe de la Cruzada, deja dos niños...».

... Ya no tan niños. Rodrigo ya se afeitaba (más de lo necesario) y Mar había entrado en la edad en que por primera vez no se comprenden las cosas. Menos mal que estaba Cosima, que de alguna forma impuso su tesis de que los chicos se encontraban perfectamente bien en Gádor y no hacía falta que nadie viniese a cuidarlos. Y nadie vino. No sólo no quedaba nadie —únicamente el tío Honorato, y demasiado ocupado en las intrigas políticas tresmarinas para viajar—, sino también porque a nadie podía importarle: de la vasta fortuna de los Gayán de Gádor sólo quedaba lo inservible.

Yo conocí a Mar unos veranos después, cuando mis padres la llevaron a pasar unas semanas con nosotros en Mallorca, una Mallorca a la que aún no habían llegado los constructores ni

tampoco los yates. Mi madre había sido amiga de Camila desde prácticamente niñas, y había estado en su boda, y naturalmente siempre sintió algo muy especial por Rodrigo y Mar. Como mi hermano ya tenía edad para hacer cursos de verano y demás, tuve a Mar para mí solo durante la mayor parte del tiempo que estuvo con nosotros, y únicamente ahora, con el recuerdo muy aligerado, puedo reconocer lo que me ocurría: el olvido de lo accesorio parece actuar como una especie de rayos X.

Mar era entonces un comienzo de muchacha si bien a mí me parecía ya una mujer. Sólo con los años se comprende que las formas no son todo y que la verdadera edad se encuentra en los ojos. No las arrugas: los ojos. Los ojos y la piel. Mar tenía una aterciopelada piel de niña, suavemente bronceada esos días por el tibio mar de las islas, una de esas pieles que a mi madre le hubiesen hecho exclamar «¡qué cutis!», sin entender yo a qué se refería (ahora lo entiendo). Sus ojos, sin embargo, sus ojos estaban cargados con algo indefinible y lejano. Como si no hubiese terminado de llegar de donde quiera que estuviese. Mar venía de Gádor, de acuerdo, pero parecía venir de más lejos.

En *La Cartuja*, la casa de Mallorca, mis padres tenían una biblioteca silvestre y real que reflejaba las abundantes y desordenadas lecturas del verano. Y yo había observado que Mar se acercaba más a la biblioteca que a otros lugares —yo observaba *todo* de Mar, y ése no me parecía el mayor de sus enigmas—, aunque ella nunca terminaba de acercarse, comprometerse. Quiero decir que siempre cogía los libros imaginables —*La isla del tesoro*, *Los tres mosqueteros*, *la vuelta al mundo en ochenta días...*—, y todavía no algo más personal. Entonces intuía y ahora sé que elegir un libro puede ser tanto o más revelador que un acento, o sentarse a la mesa, o sujetar unos naipes.

Hasta que una tarde aplastada por el calor la sorprendí sola, a la hora de la siesta, cerca de la biblioteca, al acecho. Pude esconderme sin que me viera. Al tiempo que parecía estar esperando un momento propicio, ya entonces me pareció que tenía

miedo de algo. Esas cosas se ven de inmediato, se sienten. Al cabo de un rato se terminó por decidir. Lenta pero con gran seguridad cogió un libro grueso y buscó algo en él, lo encontró, ahí mismo lo leyó a toda prisa, de pie, volvió a leerlo y dejó el libro en su estantería cuidando de no dejar ninguna huella antes de escapar en la tarde olorosa a pino.

Era la primera vez en mi vida que yo cogía un diccionario, y ése pesaba como si fueran dos: se explica porque era un diccionario de literatura. Pero no hubiese podido averiguar nada de no ser porque se abrió naturalmente por la huella de la única página que había consultado alguien, y que era la que hacía referencia a Iñigo Gayán de Gádor: *Niebla*, como él mismo terminó por firmar cuando la fuerza de ése su verdadero nombre, inventado entre risas por sus amigos anarquistas, se hizo lógico y hasta necesario como el croar de las ranas en los estanques. Por la pequeña fotografía que acompañaba al texto supe que *Niebla* tenía que ver con Mar, pues de toda evidencia los ojos eran los mismos sólo que en él mucho más acentuados, entrecerrados, mayores, con la lejanía realmente afilada. No se improvisan unos ojos así, ni caben casualidades.

El diccionario decía:

Gayán de Gádor y Sampietro, Iñigo. Poeta y prosista del segundo tercio del siglo XX. Heredero de las vanguardias, con las que coqueteó, no fue capaz de llevar su poesía hasta sus últimas consecuencias y terminó sometiéndose a sus orígenes de clase (era un aristócrata de fin de raza), por lo demás siempre latentes como demuestra su elitista y circense alarde de escribir en dos o tres idiomas. Los conflictos de su tiempo, en los que participó según el antiguo modelo de los escritores individualistas que tanta confusión aportaron a las razones y objetivos últimos de la literatura, contribuyen a lastrar su poesía con un referencialismo a

menudo trivial. (Véase Teo Carpintero, *Poetas menores en la esquina del medio siglo*).

Entonces me interesé —supongo que demasiado contraste entre ese texto y los ojos que lo ilustraban—, y comencé a escuchar las historias de mi padre. Escuchar con la cabeza ligeramente ladeada y los ojos prudentes, como a veces me escucha Inés cuando algo le interesa de las memorias que voy inventando con la esperanza, supongo, de revivirlas. En realidad, ahora que lo pienso, si algo me puso a escuchar fue la inmediata certeza, una especie de espejismo en el calor de la tarde, de que como los de Mar esos ojos de Niebla pedían una explicación y a la vez la inspiraban. Saltaba a la vista que, entrecerrados e intensos, guardaban de algún modo la causa última de los ojos de Mar. De su suavidad. Su lejanía.



PEDRO SORELA (1951-2018) Hijo de español y colombiana, vivió en varios países y tuvo familia directa en ocho. Dirigió el montaje de obras suyas de teatro, fue reportero de Cultura y columnista durante catorce años en el periódico El País, y en el momento de su muerte, impartía un curso de doctorado sobre las últimas tendencias de la escritura en la Universidad Complutense de Madrid. Aficionado al dibujo, viajó todo lo que pudo, convirtiendo el viaje en tema y en instrumento de su narración; buena parte de su escritura no sólo se inspiró en sus viajes, sino que partió de ellos. Es autor de las novelas *Quién crea la noche*, *El sol como disfraz*, *Ya verás*, *Viajes de Niebla*, *Trampas para estrellas*, *Aire de Mar en Gádor* y *Banderas de Agua*, entre otras; de los relatos *Ladrón de árboles*, *Cuentos invisibles*, *Historia de las despedidas* y *Lo que miran los vagos*, y de los libros de no ficción *Dibujando la tormenta*. *Faulkner*, *Borges*, *Stendhal*, *Shakespeare*, *Saint-Exupéry*. *Fundadores de la escritura moderna*, *La entrevista como seducción* y *El otro García Márquez*.

Los años difíciles, ensayo escrito a partir de su tesis doctoral y primer estudio sistemático de la juventud del novelista como reportero. Escribió y dirigió *Lost Paradise: A Journey through Imaginary England* para la serie *A Vision from Abroad* de la BBC.

Notas

[1] Embajador y ministra escaparon de Buenos Aires en un barco polaco que ya había entregado su carga de emigrantes. Su historia en París (esplendor) y Londres (decadencia y nostalgia), de la que quedan rastros en el archivo de Leticia C. San Luis, inspiró una película que permanece inédita por amenazas de la descendencia.

<<

[2] Ésa fue una superstición racionalista impuesta por la revolución del doctor García Pizano, que a la vez que perseguía a los curas, prohibía los nombres extranjeros en el Registro Civil (no los franceses), y encargaba un nuevo palacio de Gobierno. <<

[3] Por ejemplo: «En los sucesos del tres de marzo (que en realidad fueron del día uno), la gata del convento de la Encarnación parió mientras las tropas rebeldes vencían el último reducto gubernamental. Eso fue interpretado como buen augurio por el general García Pizano, y convirtió en mascota a uno de los cachorros: el célebre Goliat, que acariciaba cuando asistía a los Consejos de Ministros, siempre ausente y mudo, y cuya imagen sirvió de base al animal mitológico que hizo incluir en una esquina del escudo nacional». *Undschafpt undkiunden. Progresos y libertades en Santiago, 1810-1850*. Karl von Yarnoff. Maguncia, 1957. <<

[4] Finalmente Mlie. Jobert perdió lo ganado... y lamentablemente no aprendió la lección. No mucho después fue despedida por la madre de Camila, y su rastro se pierde en los garitos clandestinos de Pigalle. <<

[5] No por nada los Fist fueron los primeros en la venta por catálogo, los almacenes sin vendedores y las tres tallas únicas, con secciones de *gigantes y enanos* (llamados *Generosos y Ahorradores*) para los que no encajaran en sus camas. Por cierto que tras la guerra se supo de un gigantesco complot entre los Fist y la Hermandad Americana de Arquitectos y Constructores para ir embutiendo a la población en espacios más cuadrados y estrechos, y así ahorrar en materiales. Pero entonces el mundo estaba más pendiente de la amenaza soviética. Aunque el libro tuvo la suerte de ser acusado de pornógrafo, ésta duró poco y se retiraron precipitadamente las acusaciones, a tiempo de impedir un éxito de ventas. El libro terminó en los saldos de *lleve tres y pague dos* de los propios almacenes Fist. Russ Stone Carver. *Betrayal in the hed (Traición en la cama). Los reductores de cuerpos*. The Final Books. Nueva York, 1951. <<

[6] Duques de Zalamea la Mayor y condes del Lago de Bovedilla, que tenían su palacete en Zurbano, 1. <<

[7] Pocos podían comprender entonces que el truco de Juanito (marqués de) Vueltamundo consistía en ponerse unas gafas especiales de sol, encontradas en un bazar de Amsterdam, que anulaban el paisaje mediante efectos muy parecidos a los de las gafas de esquiador de ahora. <<

[8] Marqués de Rivera del Guadalquivir. <<

[9] Se rumoreó que en realidad *Isabel* (Juanita Ortiz de Montealto) estaba ventilando una deuda de honor con el *Inca* (Manuel López Pérez, embajador del Perú) pero nunca se pudo comprobar. Luego ella tuvo un destino muy desgraciado. <<

[10] De esa época sólo quedó una especie de enigmática partitura sorprendida por el erudito Juan Virroyo en la penúltima página de un cuaderno de ejercicios de álgebra que tienen la particularidad de estar todos equivocados, y equivocados de una Forma silvestre y progresista.

Por ejemplo: $a + b = \text{ábside}$

o: si $a \times b = ab$, ¿qué ocurre con x ?

En cuanto a la partitura, sólo enuncia:

Sinfonía de(l) viento

Para escuchar a oscuras y con frío en los pasillos altos de un edificio horrible —un internado, un ministerio, un orfanato, un asilo—, a ser posible con fantasmas de monjes medievales y psiquiatras alienígenas.

Dramatis personae

Un piano o en su defecto una marimba

Agua

Un cuerno inglés

Muchos periódicos largos para rasgar; no importa su ideología.

Lijas

Vasos, platos en abundancia.

Un aparato de radio en mal estado.

Muros y oído para saber cuándo estrellarlos. (Cabén

Botellas vacías; corchos.

improvisaciones.)

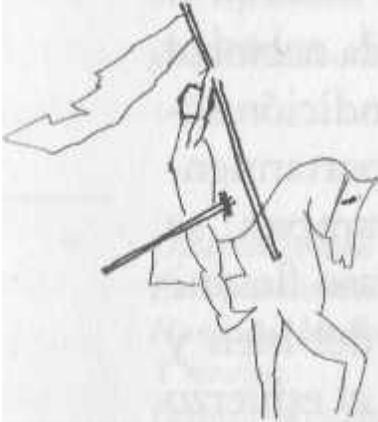
<<

[11] Marqueses de Paz del Paraíso, título hoy desaparecido. <<

[12] Nadie ha observado la casualidad, y aprovecho la ocasión, de que Nicomeda fue la estrella *descubierta* mediante deducción por Gonzalo Gayán de Gádor, allá por los orígenes del nombre. (Véase *Aire de Mar en Gádor*, página 95, Alfabuara, 1989). <<

[13] $E = MC^2$. <<

[14]



En un ataque de espíritu navideño, el ministro de Educación había decidido enviar polvorientos grabados arrumbados en los sótanos de la biblioteca Nacional a reyes y dignatarios extranjeros, a modo de felicitación navideña. El asunto trascendió al devolver el presidente de México el suyo: representaba la primera entrada de Cortés en Tenochtitlán, cuando aún los caballos eran dioses. El presidente, un mestizo hijo de la revolución, llamó a la prensa y declaró: «Los españoles no aceptan todavía que es la tierra la que gira alrededor del sol».

<<

[15] *Desaparezco para que al fin me veas*

En el piano creo el silencio

Hundo mis banderas en el mar, mis cicatrices

Y me alejo.

Existo si me recuerdas

De tu memoria vive mi venganza <<

[16] En efecto, al menos en uno: *Alta cocina*, de doña Mariquita Arboleda (Libros de los Andes, Tres de Marzo, 1937). Sólo que doña Mariquita se dejó engañar por misía Sólita en lo que se refiere a las croquetas: el secreto *no* estaba en la calidad del pescado —no se vendía muy buen pescado por entonces en Tres de Marzo— sino en la masa. Y el secreto de la masa misía Solira no se lo reveló ni a Camila. Se lo llevó a la tumba. <<

[17] Peter Sister ha subrayado por ejemplo hasta qué punto fue importante el encuentro, en abril de 1932, entre el dirigente anarquista *Emiliano* y el marqués de Ante. Ocurrió en casa de Loma de Águilas, en una cena organizada por Camila para veinte comensales. Y aunque de allí salió el llamado Complot del Puño, que como es sabido fracasó, tuvo la consecuencia indirecta de retrasar otras conjuras más contundentes contra la República. Peter Sister, *Small moments of the Spanish Civil War*, The Air Press, Londres, 1947. <<

[18] Por los Fonscolombe. <<

[18a] Mi amada se queda atrás
dulce amada bajo la luna
Mi amada se queda atrás
No temas, yo te mandaré llamar.

Adiós, casa de mis padres,
Adiós, prado verde, adiós
paz del fuego y silencio de la noche.
Allí adónde voy ¿qué fuego habrá?
¿Qué noche?, ¿qué silencio?

Truenos sin fin, atrás.
Truenos sin fin y sin luz
arrojan al hombre
de su tierra, su amada,
su prado verde,
su esperanza. Adiós. Adiós.

Pondré un espejo
al otro lado del mar,
y a mediodía,
una noche de luna,
un barco de viento
os traerá hasta mí.

(*Cantos del regreso*. Antología y traducción de Pedro Sorela.
Ediciones Corunda. México). <<

[19] ~~0~~ <<

[20] Los periódicos exageraron siempre las manías del músico, y le inventaron no pocas, como aquélla de que había interrumpido un concierto para pegarle a un violinista, pues a la vista de la música *deshilachada* de Vinkírovitz se había creído autorizado a improvisar, como si aquello fuese una sesión de *jazz*. Lo cierto es que no golpeó al violinista: después de suspender su música con un gesto tajante de su batuta, tan sólo fue hasta él en la tercera fila, lo agarró de las solapas y lo zarandeó.

Manías auténticas de Vinkírovitz eran la prohibición de zapatos cerca de donde él estuviera componiendo o interpretando, una puntualidad que le llevó a entablar una demanda porque un tren le había hecho llegar a un concierto con cinco minutos de retraso, o su costumbre de escuchar la música de la radio con un esclavo que quitaba el sonido en el instante exacto en que intervenía la voz de un locutor o, peor aún, se emitía publicidad. <<

[21] Literalmente, pues como es sabido al final de *Los pájaros* el intérprete tiene que intentar conseguir el famoso *efecto Tucán*. No se sabe muy bien lo que es. Tampoco tiene nada que ver con el canto del tucán pues Vinkírovitz nunca vio ni escuchó un tucán. Y porque el tucán no canta. <<

[22] Conde de Urquiza y conde de Casa Urquiza, también conocido como El Reconde. <<

[23] En una encuesta de la Sociedad de Naciones, el setón estaba considerado el idioma más completo tras el chino, el más rico en vocales (quince), y aquél en el que las mujeres prefieren las palabras de amor: «Noesm eohc ed zarpen-as-ën». <<

[24] «Es falso que la revolución del general García Pizano tomara la ciudad de Loyola el tres de marzo y que por ello le pusiera a la ciudad ese nombre cabalístico y masón. Es cierto que el general había *planeado* el día 3 para la victoria pero la guardia presidencial se le sumó el día 1, cuando aún no le tocaba, y precipitó el desenlace. Tamaña trivialidad no había de frenar sin embargo los deseos del general, que de todas formas le cambió el nombre a la capital y santificó el tercer día de marzo en la religión de la patria como refinado regalo a la Negra Iriarte, la amante morena y grandotota que le hacía cosas imposibles de hacer y a la que ya no sabía qué darle: el 3 de marzo era su cumpleaños». Karl Von Yarnoff, *op. cit.* <<

[25] Y si algún incauto le decía que no era el caso con el enfermo de tenia, él respondía con la satisfacción de un niño que, como su nombre indica, la tenía no era una enfermedad sino «un avatar de la codicia». <<

[26] Esa correspondencia fue quemada luego por la ira y frustración de quienes no podían entenderla. Pero hay testimonios de su existencia: una indirecta referencia a ella aparece en el reportaje *The tooth of the whale*, de George Orwell. <<

[27] Con el tiempo llegaría a ser pronunciado en inglés: *The Cercle*.

<<

[28] Éste es un blasón que disputan varias familias de Santiago, en un curioso fenómeno que se repite en muchos países. Véase la significativa obra de Santiago Bejarano Arboleda, *Viejos linajes tresmarinos* (Ediciones Tercer Mundo, Tres de Marzo, 1963). <<

[29] Cerca del 57%. *Anual Statistics on Revolution*, Action University Press, Langley, 1953. <<

[30] Cuentan que Dorothy Blue, la actriz y gran devoradora de hombres de la época, hizo que el reportero se quitase la chaqueta, se arremangase la camisa y doblase el brazo en escuadra, como sacando músculo, tras preguntar a la actriz qué tal era el dictador de Santiago, el general Ángel. Poco antes se les había visto juntos en un cabaré de París. Dorothy se quedó mirando el antebrazo enhiesto del periodista. «Más o menos así», dijo, «sólo que más divertido». *L'ombre de Hollywood*, Jacques Lafillette, Editions de la Différence, París, 1925. <<

[31] Siempre ha llovido en las luchas por la posesión de la ciudad, lo que explica las alusiones de casi guerra naval que aparecen en la *Crónica de la invención y adorno de la Villa de san Ignacio de hoy ola y Todos los Santos* por el fundador (1527), Luis Guaxardo y Faxardo (Madrid, Editorial del Rey, 1555). Hay quien justifica ese lenguaje acuático recordando que, según ciertas leyendas y rastros geológicos (sales, algas, fósiles de peces), el valle de Loyola fue en tiempos, como México, aunque mucho antes, una laguna. <<

[32] De ellas al menos hay indicios. Si hubo más —algo perfectamente posible—, no queda más que la sospecha. <<

[33] Parece ser que el autor del mote feliz fue Arbolito Angulo, un personaje que consagró toda su intensa e inútil vida de descendiente del presidente Angulo a vengarse en los demás de una broma de la naturaleza: le llamaban Arbolito porque tenía respingonas la barbilla y la nariz, orejas de elefante y el pelo parado, y sobre su sombra en una pared el Ganso Urrutia dibujó una vez la silueta de un árbol de Navidad. <<

[34] Antiguo porque tan pronto García Pizano se hizo con el poder se mandó construir un palacio Segundo Imperio que los tresmarinos pronto bautizaron como El Ponqué. En Santiago, desde los Incas, toda nueva riqueza se comienza por manifestar en la arquitectura.

<<

[35] *Orquídeas del Subtrópico Santiaguino*. Tomo II. Universidad Nacional. Tres de Marzo. <<

[36] *Pen* es *vergüenza* en Santiago y otros países de América. (*Diccionario de los idiomas castellanos*, Ediciones del Matiz, Madrid, 1932). <<

[37] Vacaciones —explicaba siempre, y una vez delante de Camila y Diego—, de las que tenía por costumbre excluir a España. «¿Por qué?», le daba pie siempre alguien. «Pues porque unas vacaciones en español no son vacaciones: demasiadas erres, jotas y zetas» —escupía—, y además porque «voces autorizadas defienden que Europa comienza en los Pirineos». Esa vez Camila estuvo a punto de saltar pero Diego le puso una mano sobre la suya y la retuvo.

—¿No lo crees así? —preguntó el Pollo Uribe. Toda la mesa estaba dispuesta a reírle la siguiente gracia.

—Qué —dijo Diego.

—Que África comienza en los Pirineos.

—Sí, en el sentido en que lo dijo Víctor Hugo. Pero no es algo que me preocupe. Lo que en cambio me hace mucha ilusión es comprobar que el payaso de salón es un personaje universal. No me extraña que te sientas a gusto en todas partes. <<

[38] Geometría equívoca, por lo demás, y no sólo porque el corte transversal de la basílica de Nuestra Señora de Loyola dibuja la silueta del cuatroluces, el animal sagrado tahita. Además, en una habitación del segundo piso de la Casa de Felipe, que así se llamaba en honor a Felipe II, tuvo lugar el *incidente de la silla*, más decisivo que el conocido como *de la embarrada*, que fue el que teóricamente precipitó la lucha por la independencia. En *la embarrada*, la carroza de un chapetón salpicó el vestido de novia de Clementina Zamora y, en lugar de pedir excusas, el español, un patán recién desempaquetado, se atrevió a comentar: «¿Estáis seguros de que las mozas de aquí pueden desposar de blanco?».

<<

[39] En el decisivo incidente *de la silla* —decisivo para la Independencia—, el virrey Amador y Cepeda hizo pagar muy caro a la Corona un insignificante, casi microscópico suceso: en una comida ofrecida en el palacio virreinal para celebrar el Domingo de Pascua de 1788, hizo sentar a todos sus invitados en altas sillas de terciopelo, excepto a uno. A éste se ofreció una silla ni mejor ni peor, sólo distinta y ligeramente más baja. La silla correspondía a Crisóstomo Benavides, un humilde comerciante de tejidos a quien el virrey debía ya mucho dinero —y de ahí la invitación, aunque a medias—, y que diez años más tarde, a las órdenes del ejército del norte de mi general Santiago (una tropa desharrapada de suicidas descalzos) venció y expulsó a los españoles en el paso del *Banquete de los Sentados*, así llamado en recuerdo de aquella silla bajita. <<

[40] Niebla. Cantos en la trinchera (1937). <<

[41] El piloto era Pepe Benavides, un tipo enjuto y simpático, con la voz rota por un puñetazo, cuya principal diversión era cruzar montañas con aviones que plafonaban a cien metros de la cima, intentando aprovechar las corrientes de aire cálido que escalan las montañas. Benavides murió a los 32 años, y fue el último de toda su promoción, cuyos restos —gorras, fotos, altímetros, pedazos de ala— decoraban su dormitorio como un museo del recuerdo. Alejandro Escobedo, *Antes* (Tercer Mundo. Tres de Marzo, 1963). <<

[42] «Hace ya tres días que en el castillo se esperan noticias de lo que ha decidido en Burgo de Osma el tribunal de los invasores. Agueda Santa Cruz, camarera de la Reina y futura baronesa de la Lealtad, acecha sin descanso desde las almenas la pequeña nubecilla que sobre la llanura de Castilla ha de anunciar la llegada del mensajero con la sentencia.

En la capilla contigua a su austera habitación, la reina Sancha reza. Cualquier cristiano en su mismo trance lo haría para pedir clemencia al Altísimo. Ella no. Ella es Reina y, en horas amargas, reza por España». (*Grandeza. Vida y sacrificio de la Reina Sancha*, por el duque de la Pisada. Página 87, la más sobada en el ejemplar que su padre le regaló cuando tenía doce años y que Tina Castillo de San Luis conservó toda la vida). <<

[43] Pero días más tarde Niebla interrumpió uno de los largos silencios que se instalan entre quienes se van a separar.

—¿Recuerdas la trompeta?

—Sí —dijo Camila. El alba silueteaba ya el perfil de Niebla.

—No era una tortura sino una especie de anuncio. Tal como yo lo veo —y se volvió a quedar callado. El silencio, sin embargo, era distinto. <<

[44] En TEATr (1935), por ejemplo, y gradas a las técnicas del teatro de sombras, a todos los personajes les falta algo —un brazo, un pie, un muslo, un hígado—, o les sobra: orejas enormes, narices incómodas o dobles, la mitad del pelo y no en los sitios normales. Se ha especulado mucho con esta simbología entre la Vanguardia y el Absurdo (véase *Kolsonig ns richtov*, Thor Gebstro, Kasbaek, 1976), y quizá sea interesante recordar un diálogo hacia la mitad de la obra.

(Ya se ha producido la invasión y los fugitivos se agolpan en una estación, o puerto, o aeropuerto, o algo).

—¿Vendrá? —dice Uno.

—Quién.

—Lo que nos saque de aquí.

—Qué tontería. No hay forma de salir de *aquí*. (*Subraya aquí con un gesto*).

—Entonces, usted, ¿porqué ha venido?

—¿Venido? (mira en torno como un propietario). Yo soy aquí. <<

[45] «Gayán de Gádor había conseguido mantener a salvo la famosa biblioteca de su familia pero un día un teniente cerril como se estilaban entonces pensó que no se podía consentir lo que probablemente consideraba un capricho de señorito: en ausencia del poeta, ordenó que tres heridos recién llevados a Gádor, la mansión transformada en hospital, fuesen instalados en la biblioteca. Entonces no hacía ninguna falta, toda vez que en el palacete sobraba aún espacio y todavía no habíamos empezado a operar sobre la mesa de la cocina, como sucedió en la última ofensiva. Cuál no fue nuestra sorpresa cuando los propios soldados se negaron a ejecutar la orden. Los propios soldados, y dos de los heridos al ser informados de la situación. Decían que una biblioteca no era sitio ni para sangrar, ni para jurar, ni para dormir. “Sólo para morir”, dijo uno. Bien es verdad que los soldados eran anarquistas y el teniente...» (Fernando Díaz Vega: *Un cardiólogo en el corazón de la guerra*, La Crónica del Siglo, 4 de julio de 1970). <<

[46] Lo más extraño es la puntería de su imaginación. Pues Diego murió de veinticuatro balas en la batalla de Torre del Infante. Así al menos se lo contó a Rodrigo, en la cafetería de paso de un aeropuerto, un señor muy elegante que a los treinta o cuarenta años de la guerra vio su nombre en su pasaporte y le preguntó si era algo de Diego Gayán de Gádor. Al parecer, la tarde anterior habían tomado dos pueblos y en las filas de Diego se respiraba la exaltación que precede a la locura y el heroísmo. Diego no murió en el borde de una trinchera, como veía Camila en sus duermevelas, sino en lo alto de un tejado que destacaba frente a una tierra ocre, un cielo azul, un horizonte recto sin esas montañas que le habían oprimido y que al final añoraba. <<

[47] Ésa era una de las causas profundas por las cuales Mallarino abandonó su estudio sobre los monos: no estaba seguro de que se pudiese llamar *primates* ni *eslabones perdidos* a quienes por principio vivían en espacios abiertos muy cerca de los pájaros, ni *homo sapiens* ni mucho menos *caballeros* a quienes se iban encerrando en cajas progresivamente pequeñas; lo que más le enfurecía es que fuesen esos sabios primitivos, agitándose a oscuras, quienes juzgasen sus trabajos. <<

[48] Exageraba: unos cien años antes un jefe celeste fue envenenado por una bisabuela de Camila fervorosamente radical, y unos treinta años después de aquello se produjo un tiroteo en el comedor de las grandes ocasiones, en la casa de la Salida, por un asunto de herencias. <<

[49] De uno de esos cafés se conserva la única foto de Niebla en Tres de Marzo, y se conserva no por él sino porque es también una de las pocas del pintor Christian Lebot, que por entonces ya vivía en Bolivia y había vuelto de visita a Tres de Marzo a ver a los amigos del Café del Mercado y beber aguardiente en botella de Coca-Cola, para disimular. <<

[50] Nada nuevo, querida amiga

Trozos, montón, chatarra,
ruinas y recuerdos de sombra.

Ni siquiera un poco de lluvia.

Un cielo eterno hiere los ojos,
el mismo silencio habitado de voces,
es agosto incluso en octubre.

De tedio arden los árboles.

Nada nuevo: ayer tarde... <<